Protege primero. Arrepiéntete después.

Detective Liz Moorland. Crímenes Prioritarios. libro 1



PARA NO PERDONARE

PHILLIPA NEFRI CLARK

USA TODAY BESTSELLING AUTHOR

PARA NO PERDONAR

DETECTIVE LIZ MOORLAND. CRÍMENES PRIORITARIOS.

LIBRO 1

PHILLIPA NEFRI CLARK



ÍNDICE

Detective Liz Moorland. Crímenes Prioritarios.

Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32

Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44
Capítulo 45
Capítulo 46
Capítulo 47
Capítulo 48
Capítulo 49
Capítulo 50
Capítulo 51
Capítulo 52
Capítulo 53
Capítulo 54
Capítulo 55
Capítulo 56
Capítulo 57
Capítulo 58
Capítulo 59
Capítulo 60
Capítulo 61

Detective Liz Moorland. Crímenes Prioritarios.
Acerca del Autor
Otros títulos en inglés

DETECTIVE LIZ MOORLAND. CRÍMENES PRIORITARIOS.

Presentamos a la detective Liz Moorland y a su equipo. Esta serie continua está escrita con términos y referencias australianos para una experiencia auténtica. Puedes leer el primer libro de forma independiente o continuar la lectura para descubrir emocionantes misterios detectivescos. Recomiendo leer los libros en orden y espero que los disfrutes tanto como yo disfruté escribiéndolos. Gracias y saludos desde Australia.

Para no perdonar Libro 1

Para no cerrar puertas Libro 2

Para no cambiar el rumbo Libro 3

Para que no quede nadie con vida Libro 4

UNO

No hay espacio en esta calle estrecha para aparcar, así que meto la furgoneta marcha atrás en la entrada de una casa a oscuras. No se enciende ninguna luz. Nadie se asoma a la ventana. Apago el motor.

Estas nuevas urbanizaciones son una porquería. Callejones sin salida por todas partes. Badenes. Rotondas diminutas. Casas enormes con jardines delanteros más pequeños que mi pañuelo. Árboles raquíticos y jóvenes reemplazan a los viejos robles o eucaliptos arrasados para dejar espacio a familias que se apiñan en cajas. Para mí, todas parecen iguales.

Pero solo una importa.

La del número diez.

Estoy dos casas más abajo y al otro lado de la calle, así que es fácil ver a los ocupantes dentro mientras se dirigen hacia la puerta. Su coche está en la entrada. Rojo. Tamaño medio. No costará mucho empujarlo fuera de la carretera… si llegara el caso.

Enciendo un cigarrillo y aspiro el asqueroso alquitrán hasta que me duelen los pulmones, luego expulso el humo. No ayuda a la visibilidad, así que abro un poco la ventanilla. El aire ya está amargamente frío y apenas es el principio de la noche.

La niña sale corriendo de la casa hacia el coche. Lleva un vestido corto, medias y una chaqueta acolchada. No tiene sentido. Un pantalón la mantendría más caliente.

—¡Date prisa, papá! ¡Me estoy muriendo de frío!

Como dije. Un pantalón te mantendría más caliente.

Tiene ocho años. Rubia como su madre. Salta arriba y abajo en círculos, exhalando aire blanco. A mitad de la vuelta, se detiene y mira en mi dirección.

Bajo el cigarrillo y lo apago en una lata vacía de gaseosa.

Es imposible que me vea. No a través de la condensación y el tintado de las ventanas. Mira todo lo que quieras, niña.

—Melanie, has olvidado tu mochila.

Susie Weaver desbloquea el coche con un mando a distancia, con el bolso sobre su hombro y la mochila de la niña en la otra mano.

Melanie abre la puerta de un tirón y se arroja dentro. —Casi me convierto en un muñeco de nieve, mamá.

—Primero necesitaríamos algo de nieve.

—Nunca he visto nieve.

—Sí que la has visto. Te llevamos a Suiza cuando tenías tres años.

—Era un bebé entonces. ¿Podemos ir ahora?

La típica pequeña charlatana.

Su padre está ocupado con la puerta principal. Comprobando que esté cerrada. Palpándose el abrigo en busca de lo que cree que ha olvidado.

—Será mejor que nos vayamos, David. —Susie ya está medio sentada en el asiento del copiloto.

Sí. Llegaréis tarde si no os marcháis. No querríais tener que apresuraros por las carreteras resbaladizas. Todavía no.

Un minuto después, el sedán sale marcha atrás llevando a la familia perfecta.

Pronto enfrentarán las consecuencias de una mala decisión.

Cuando sus luces traseras desaparecen en una curva, giro la llave de encendido.

DOS

—¡Quiero verte comer un plato entero de linguini *y* postre, Melanie Weaver!

Melanie soltó una risita mientras Carla Pickering intentaba parecer seria. No lo consiguió y acabó riéndose también. A Susie le encantaba eso de su mejor amiga. Desde que Melanie nació, Carla había sido más que su madrina. Había sido como una segunda madre.

—Mami, cuando venga el camarero, ¿puedo pedir yo misma mi comida?

—Puedes, e incluso la mía si realmente quieres.

Spironi's siempre estaba lleno los viernes por la noche, y ellos estaban sentados en su mesa habitual cerca de la ventana. David había salido para atender una llamada telefónica, así que lo estaban esperando, y también al marido de Carla.

—¿Dónde está Bradley, cariño?

Carla se encogió de hombros. —Ya sabes cómo son los dos. Siempre surge algo en el trabajo sin previo aviso. Prometió que solo pasaría por el almacén un minuto, y más le vale aparecer porque no quiero volver a casa en taxi.

—Te llevaremos nosotros si hace falta.

—¿Si hace falta qué? Perdón por llegar tarde. —Bradley Pickering se inclinó sobre el hombro de Carla para besarle la mejilla—. Deberían haber empezado sin mí.

—La próxima vez organizaremos una noche de chicas —dijo Susie. A través de la ventana, David (de espaldas) no parecía contento con quien estuviera al otro lado del teléfono. Tenía los hombros tensos y se pasaba la mano libre por el pelo. No era la primera vez esta semana que adoptaba esa postura durante una llamada.

¿Quién te está alterando tanto?

—Hola, pequeñaja. —Bradley le sonrió a Melanie mientras se sentaba junto a ella.

—¡Ah, llegaste! —Melanie se enderezó—. Voy a pedir mi cena y la de mami.

—Así debe ser. Debería mirar el menú. Estoy hambriento. —Bradley se echó hacia atrás para captar la atención de un camarero —. Me salté la comida.

—Entonces vamos a pedir. Adivinaré por David —dijo Susie.

No fue necesario. David regresó justo cuando llegó el camarero, deslizándose en el asiento entre Bradley y Susie. Hizo un gesto teatral al apagar su móvil, guardarlo y guiñarle el ojo a Melanie. Ella intentó devolverle el guiño, pero ambos ojos se le cerraban y abrían. En cuanto el camarero preguntó si estaban listos para ordenar, dejó de practicar y levantó la mano.

—Me gustaría hacer un pedido, por favor.

Todos se rieron. Era imposible no hacerlo, pero Melanie les frunció el ceño hasta que se callaron. Una vez que tuvo el silencio que quería, ordenó con precisión y educación, y luego cruzó los brazos.

Carla le susurró algo y los labios de Melanie se curvaron en una sonrisa.

David rellenó las copas con vino tinto.

—Para mí no. —Carla cubrió su copa con una mano.

Bradley se apresuró a llenarle el vaso con agua de una botella en el centro de la mesa y ella levantó el vaso con una mirada rápida y murmuró "gracias".

Los hombres iniciaron una conversación en voz baja. Melanie tenía el cuaderno que llevaba a todas partes y estaba garabateando. Susie se acercó a Carla. —¿No tomas vino? ¿Estás…?

—No lo sé. Tal vez. Me haré una prueba casera mañana.

—Sucederá, y serás la mejor madre del mundo. —Susie le apretó el brazo.

—Solo desearía…

—¿Qué, cariño?

—Bradley y yo esperamos demasiado. Siempre pensé… esperaba…

—No eres demasiado mayor, Carla.

Carla sonrió. Una sonrisa triste que conmovió a Susie. Había algunos años de diferencia entre ellas, y cuando Susie quedó embarazada al año de casarse con David, Carla la había molestado por ser una madre joven. Pero Carla nunca vaciló en su apoyo a Susie y se enamoró de Melanie a primera vista.

—Tía Carla, ¿podrías sonreírme para que pueda dibujarte?

Para cuando llegaron los platos principales, Melanie estaba satisfecha con el retrato, pero se negó a mostrárselo a nadie hasta colorearlo en casa.

A pesar de la comida frente a él, Bradley tenía su móvil fuera, mostrándole algo a David. Sus cabezas estaban muy juntas, pero el lenguaje corporal era extraño. Cuanto más se inclinaba Bradley, más se echaba David hacia atrás en su asiento hasta que tenía que estirar el cuello para ver la pantalla.

—¿Qué tal si comemos? Ya sabes, ¿en vez de hacer negocios? ¿David? —Susie mantuvo su tenedor en alto para dejar claro que no iba a empezar su comida hasta que dejaran de tratar problemas laborales en la mesa. Ambos hombres se disculparon y la mesa se sumió en un silencio cómodo mientras disfrutaban de lo que siempre era una comida deliciosa. Habían estado cenando juntos casi todos los viernes o sábados por la noche durante años, a menudo aquí donde la comida era excelente y el ambiente les convenía a todos.

Al otro lado de la mesa, Melanie intentaba imitar a su padre mientras enrollaba espaguetis alrededor de su tenedor contra una cuchara. Algunas motas de tomate salpicaban sus dedos, pero perseveró hasta que una pequeña cinta se enrolló alrededor de los dientes y rápidamente se la metió en la boca.

—Eres muy afortunada, Susie. Lo tienes todo —dijo Carla.

Claro, si te refieres a un marido que de repente guarda secretos.

Susie miró a David con el ceño fruncido y tomó su copa de vino.

Con los ojos de nuevo en Susie, Carla asintió. —*Lo tienes*, cariño. Una familia tan perfecta y ahora, con los nuevos acuerdos que los chicos están gestionando para el negocio, estaréis en posición de mudaros más cerca de nosotros. Algo más grande. Para Mel.

—Me gusta nuestra casa.

—Bueno, a Mel le gusta nuestro jardín. Le encantan nuestros árboles frutales y la piscina. Un poco más de espacio.

Como el que yo tenía antes.

Espacio para correr y ser ruidosa y hacer tonterías y tumbarse boca arriba para mirar el cielo. Sin árboles frutales ni piscina, pero algo mejor. Un poni. Su poni. Y un padre que era su mundo…

Agarró su vino y bebió más de lo que pretendía.

—¿Mami? Necesito usar el baño de damas.

Melanie había dejado su asiento y estaba al lado de Susie.

—Oh. De acuerdo, iremos…

—Madre. Sé dónde está. Soy una niña grande.

Susie sonrió y besó la frente de Melanie. —Claro que sí. Pero solo puedes estar fuera de mi vista durante dos minutos o pensaré que estás jugando al escondite, así que no tardes.

Melanie puso los ojos en blanco y se dirigió rápidamente hacia la parte trasera del restaurante. Estaba segura aquí. El personal la conocía y estaría bien sola durante unos minutos.

Le encantaba el aroma a limón del jabón de manos, así que Melanie se lavó las manos dos veces, cantando. Un día sería cantante, viajando por el mundo. O una artista famosa. Quizás ambas cosas.

A punto de presionar el botón grande del secador de manos, un ruido al otro lado de la puerta la detuvo. ¿Era papá? Escuchó. Lo era. Y el tío Bradley sonaba enfadado. Muy enfadado.

—Última oportunidad, David. Lo digo en serio.

—Y por última vez, no voy a aceptar esto.

—¿Esa es tu última palabra?

—Última palabra, Brad.

—¡Idiota!

Melanie golpeó con la mano el botón del secador y se paró cerca de él, ahogando las voces enfadadas. Contó hasta cincuenta, activando el secador dos veces más.

Pero cuando finalmente se asomó por la puerta, estaban un poco más allá en el pasillo. No solo el tío Brad y papá, sino otro hombre con cara de enfadado. Cerró la puerta y se puso de puntillas para mirarse en el espejo.

Sus dedos tocaron el cristal, dando golpecitos al compás. —Los. Mejores. Amigos. No. Deberían. Discutir.

Susie comprobó cuánto tiempo había pasado desde que Melanie se fue. Demasiado. Justo cuando iba a buscarla, Melanie se deslizó de nuevo en su asiento, con la mirada baja.

—¿Cariñito? Pareces disgustada.

—Quizás un poco.

—¿Te apetece contarme por qué?

Melanie miró hacia el camino por donde había venido.

David y Bradley habían desaparecido en la misma dirección justo después de que Melanie dejara la mesa. Susie estaba perdiendo la paciencia con toda esta historia de luchar a capa y espada, especialmente cuando afectaba a su salida nocturna.

—¿Viste a papá?

Con un asentimiento, Melanie dirigió ojos tristes a Susie. —El tío Bradley está enfadado con él.

Susie intercambió una mirada con Carla, cuya frente estaba arrugada. Obviamente ella tampoco tenía idea de lo que estaba pasando.

—Estoy segura de que solo es por negocios, así que iré a recordarles que necesitan pedir postre.

Después de darles una patada en el trasero.

Carla alcanzó un menú. —¿Qué vas a tomar de postre, Mel? Yo pensaba probar…

Agradecida por la respuesta automática de su amiga de distraer a Melanie, Susie se dirigió hacia la parte trasera del restaurante. Giró hacia el pasillo de los baños casi chocándose con su camarero.

—Lo siento, Marco. No estaba mirando. ¿Sabes dónde está David?

—Hablando con el señor Bradley. Cerca de la salida trasera.

—Gracias.

Escuchó su discusión antes de poder verlos.

—Amigo, los dos tenemos que firmar ese contrato. Si tú no lo haces, yo estoy jodido. Estás cometiendo el error de tu vida. De todas nuestras vidas.

¿De qué demonios está hablando Brad?

Detrás de los hombres que estaban enfrentados cara a cara, la puerta de salida se cerró con un clic. El rostro de David estaba tenso. Las manos de Bradley volaban por todas partes mientras divagaba hasta que notó la presencia de Susie. Sus brazos cayeron.

—Mis felicitaciones a ambos. Melanie está disgustada y piensa que se odian, y puedo ver por qué. Esta es una cena social. No una maldita junta de negocios. ¿Vale?

Después del postre, Bradley anunció que tenía que volver al trabajo un rato y antes de que Carla tuviera oportunidad de objetar, David insistió en llevarla a casa.

En casa de Carla, Susie bajó para darle un abrazo.

—No sé qué les pasa a esos dos —susurró Carla—. Chicos tontos.

Susie puso los ojos en blanco. —Muy tontos. —Se apartó con una sonrisa—. Pero gracias por estar siempre ahí para mí. No sé qué haría sin ti.

—Te quiero.

—Siempre y para siempre, Carla.

A los pocos minutos de dirigirse a casa, Melanie estaba dormida. Cuando giraron hacia el largo tramo de carretera abierta que usaban como atajo entre las dos casas, Susie se volvió hacia David. —¿De qué iba todo eso? ¿Tú y Bradley?

Él miró por el retrovisor a Melanie.

—Lo siento mucho. No pretendía que nos oyera.

—Pues lo hizo. ¿Por qué está Bradley tan enfadado?

—Tenemos opiniones diferentes sobre la dirección del negocio. Ya sabes cuánto le importa el dinero y he rechazado un acuerdo que creo que nos metería en problemas. Él no está de acuerdo.

—Le oí decir que necesitabas firmar un contrato.

—El primer paso en un camino peligroso.

—¿Algo ilegal?

—Digamos que no confío en la gente con la que él quería trabajar.

Susie frunció el ceño. —¿Debería preocuparme?

David estiró el brazo y le apretó la mano. —Por supuesto que no. De todos modos, estoy deseando que llegue nuestro paseo de mañana. No puedo esperar a enseñarte lo que encontré y quizás podamos parar a comer en la costa.

—¡Oh, me encantaría! ¡A Melanie le encantará!

Un destello cegador de luz llenó el interior cuando unos faros en luces altas aparecieron de la nada detrás de ellos.

Susie se dio la vuelta para mirar. Algún idiota estaba justo pegado a ellos.

—¿David?

—¿Qué demonios? No puedo ver la carretera.

Susie volvió a mirar al frente, agarrándose al asidero sobre la puerta mientras su coche se desviaba a través de la línea central.

Los faros desaparecieron.

Estaban en el carril equivocado.

Gracias a Dios que la carretera está vacía.

Antes de que David pudiera volver a su carril, un motor rugió y algo grande, una furgoneta, igualó su velocidad, pegado a la ventanilla de Susie.

—¡David!

Él pisó el freno con fuerza.
La furgoneta se adelantó.
Estaban derrapando.
Girando.
Los neumáticos chillando.
Melanie. Dios mío, Melanie.

TRES

—Hay dos cafés enfriándose en el mostrador del camión de comida gracias a que me arrastraste lejos. Otros dos minutos no hubieran hecho daño —gruñó el detective Pete McNamara desde el asiento del copiloto.

La detective Liz Moorland no respondió mientras conducía por la carretera helada. La queja trivial de su compañero no ayudaba en nada. Apretó el volante hasta que sus nudillos se pusieron blancos.

No puede ser verdad.

—Por lo que parece, esto fue solo un accidente. Tampoco es que podamos hacer mucho.

Ella le lanzó una mirada que esperaba lo hiciera callar. Pete era un excelente oficial de policía pero un verdadero dolor de cabeza.

Unas luces intermitentes azules y rojas señalaron la aproximación de una ambulancia, y ella redujo la velocidad, acercándose al borde tanto como se atrevió en esta estrecha carretera. La ambulancia pasó volando y ella murmuró una pequeña oración por el ocupante. No necesitaba creer en un dios para ofrecer su súplica interna de ayuda. Pete mantuvo sus pensamientos para sí mismo. Quizás la gravedad de una ambulancia a toda velocidad mantuvo su lengua controlada.

La escena frente a ellos era horrible.

Coches patrulla bloqueaban la carretera en ambos extremos de un tramo de unos cincuenta metros, con oficiales uniformados actuando como controladores de tráfico. Una pequeña fila de

automóviles estaba detenida en el extremo más lejano y algunas personas habían salido para tomar fotografías. Una ambulancia y dos camiones de bomberos estaban estacionados en ángulos más cercanos al accidente.

Focos portátiles iluminaban a los trabajadores de emergencia que usaban las pinzas de rescate en la puerta del pasajero de un sedán rojo destrozado. Su capó estaba envuelto alrededor del tronco de un gran eucalipto en la cuneta amplia y cubierta de maleza.

Liz se apartó a un lado, alejando el pensamiento de que nadie podría sobrevivir a ese impacto. La ambulancia llevaba las sirenas encendidas. Alguien estaba vivo.

Pete fue el primero en salir del coche. —Iré a hablar con ese oficial. Haré que haga su trabajo. Malditos parásitos fotografiando esto.

Su ausencia le dio a Liz la oportunidad de recomponerse. Dejar a un lado sus sentimientos. Lidiar con lo que sucedía a su alrededor sin permitir que la afectara.

Ni de broma.

—Liz. Lamento verte en estas circunstancias. —La agente superior Annette Benski la encontró a mitad de camino. Habían trabajado juntas en un caso reciente.

—¿Hay alguna posibilidad de que estés equivocada, Annette?

—No te habría llamado si lo estuviera. Maldita desgracia.

Una banda de hierro se apretó alrededor de su pecho mientras se acercaban al coche.

Mantente profesional.

—¿Alguna idea inicial sobre la causa? ¿Un accidente de un solo vehículo?

—No hay señales de otro vehículo. Investigación de Accidentes estará aquí pronto y eso es lo que parece a primera vista. La carretera está helada. El conductor podría haber ido demasiado rápido y perdido el control. Podría estar relacionado con drogas o alcohol… lo siento. No tiene sentido especular.

Con un gemido, la maquinaria forzó el metal a separarse y la puerta del pasajero cayó con un golpe seco.

El parabrisas estaba a centímetros del asiento delantero del copiloto. Una bolsa de aire desinflada colgaba flácida.

Susie Weaver estaba muerta.

Liz tragó el nudo de su garganta.

Miró más allá de Susie hacia David y retrocedió al ver el daño en su rostro.

—¿Melanie? ¿Estaba con ellos?

—La ambulancia acaba de llevársela. Sobre todo con dolor por un brazo roto según parece. Pero Liz, ella vio a sus padres. Los paramédicos le dieron un inhalador, pero sé que entendió que han fallecido.

Liz tocó el brazo de Susie.

Cuidaré de Melanie y de tu padre.

—¿Liz? Quizás sea mejor que no te quedes mientras recuperan los… cuerpos.

—¿Quién le avisará a Vince?

—Un par de uniformados. Pensamos que sería mejor que lo supiera de inmediato.

Con una última mirada a Susie, Liz fue en busca de Pete. Él estaba reprendiendo a los curiosos. Cuando la vio, se acercó. —¿Estás bien?

Su corazón ni siquiera latía más. Estaba segura de ello.

—No es justo. No otra vez.

Vince Carter trabajaba en un pequeño trozo de madera, tallando con un cuchillo de tornear las características de un pájaro con movimientos rápidos y expertos. Este le gustaba. Un mirlo indio, algo así como una plaga en la vida real pero un pájaro interesante para tallar. Su estómago descansaba sobre sus piernas mientras se inclinaba sobre el banco para aprovechar al máximo el estrecho haz de luz de una lámpara de escritorio, la única iluminación en la habitación aparte del televisor silenciado.

Unos faros trazaron un arco en la pared frente a Vince y se sobresaltó, cortando demasiado profundo en el cuello del pájaro. Tirándolo a un lado, se puso de pie con un gruñido, tomándose un minuto para enderezarse.

—¿Qué demonios?

Nadie lo visitaba nunca. Especialmente no en plena noche.

Miró el reloj en la repisa de la chimenea, iluminado por los faros de un coche que se había detenido. Era cerca de medianoche.

La luz iluminó las fotografías junto al reloj: Él con uniforme de policía, de hombros anchos y estómago plano; el día de su boda con una mujer de rostro dulce agarrando su mano y sonriéndole, Marion; y otra, ambos sentados con ella sosteniendo a una niña parecida a Melanie, excepto que era de hace años, Susie.

Su estómago se revolvió mientras se dirigía a la puerta principal y la abría de golpe.

Dos policías uniformados subían los escalones del porche. Unos críos. Sus nervios se evidenciaban en rápidas bocanadas de aliento brumoso.

—¿Agentes?

—Em… ¿Sargento Vincent Carter?

—Ex. Ex sargento Carter. ¿Qué ha pasado?

—Señor, soy el agente McNeill. Este es el agente Lovett. Estamos aquí por su… su hija. Susan Weaver.

Mientras sus piernas comenzaban a doblarse, Vince se agarró al marco de la puerta para mantenerse en pie.

—Señor, lamentamos informarle que ha habido un accidente automovilístico fatal esta noche. Susan Weaver y su esposo David Weaver viajaban a casa con su hija…

—Melanie… por favor, no.

—Melanie Weaver ha sido llevada al hospital. Entendemos que está en condición estable. Lamentamos mucho lo de su hija y su yerno. —Se quedaron allí. Eran demasiado jóvenes para encargarse de esta terrible tarea. Estaban atrapados entre el deber y la compasión.

Vince se desplomó hacia adelante, solo su agarre al marco de la puerta lo mantenía en pie.

Nunca tuve la oportunidad de arreglar las cosas. Ahora nunca la tendré.

El agente McNeill extendió una mano, un toque firme en su hombro. Vince levantó la cabeza.

—Lo llevaremos al hospital, señor.

—Puedo conducir yo mismo. —Entró de nuevo para coger sus llaves y cartera del perchero del pasillo.

—Lo llevaremos más rápido.

Con las manos temblando tanto que apenas podía recoger sus llaves, asintió.

Ya no quedaban más lágrimas. Solo un dolor sordo detrás de sus ojos y un trozo de hielo donde debería estar su corazón. Carla imaginaba que su cara era un desastre de máscara corrida e hinchazón, y no le importaba. Nada importaba.

¿Cómo voy a superar esto, Susie?

Sus dedos trabajaban con las cuentas del rosario heredado de su abuela, pero ninguna oración se formaba en sus labios.

Se sentó con Bradley en una pequeña sala de espera (más bien un hueco con una fila de asientos) a la vista de una estación central de enfermeras. Alguien había llamado a Brad… un amigo en la fuerza, le había dicho. Desde que llegaron apenas habían sabido nada, pero Melanie estaba viva y esta noche, eso era una bendición.

Si tan solo David y Susie no la hubieran llevado a casa. Si tan solo Bradley no hubiera vuelto al trabajo. Carla se movió en su asiento, poniendo algo de aire entre los dos.

Él no lo notó. Una vez más, estaba con su móvil pero escribiendo mensajes, no hablando.

Las puertas del ascensor se abrieron y Vince Carter salió precipitadamente, deteniéndose para mirar alrededor antes de dirigirse a la estación central. No había nadie atendiendo y miró por el área hasta que sus ojos se encontraron con los de ella. Si la

reconoció, no lo demostró, girándose para hablar con una enfermera que se colocó detrás del mostrador.

No te importaba tu hija, ¿por qué estás aquí?

Un camillero empujó una cama al pasar, y Vince lo siguió.

—Ha vuelto. —Carla se puso de pie, alcanzando su bolso.

—Esa es una buena noticia. —Bradley tomó su mano—. Necesitamos esperar permiso para verla, cariño.

—Él no debería estar aquí.

—¿Carter? Es su abuelo pero sí, probablemente no. —Bradley se puso de pie y suavemente atrajo a Carla hacia él—. Este no es el lugar ni el momento. Esperaremos todo lo que sea necesario. ¿De acuerdo?

Ella se apoyó contra él mientras el dolor borboteaba de nuevo.

Vince esperó en el pasillo hasta que el camillero se marchó.

Dentro de la habitación, una enfermera terminaba de ajustar las mantas y levantó la vista cuando él entró. Se detuvo al ver el pequeño cuerpo en la cama. Diminuto. Solo.

Los ojos de Melanie estaban cerrados. Tenía una vía intravenosa en un brazo y algún aparato en uno de sus dedos, monitoreando algo. El antebrazo de su brazo izquierdo estaba en una especie de férula. Era tan pequeña, tan vulnerable.

—Solo familiares directos, querido. —La enfermera revisó un portapapeles al pie de la cama.

—Soy su abuelo, Vince Carter. ¿Va a estar… está bien?

—La fractura en su antebrazo aún no ha soldado. Está sedada, pero puede sentarse con ella. Volveré en unos minutos, pero déjela descansar.

—Gracias. —Había una silla en la esquina, y él la movió entre la cama y la ventana.

La enfermera salió apresuradamente, pero su avance fue detenido por Carla y Bradley. Cualquiera que fuese su propósito

aquí, no era su lugar. Vince no se sentó, sino que cruzó los brazos y los miró fijamente.

—¿Podemos entrar? —Bradley llevaba traje y corbata y ni un cabello de su cabeza estaba fuera de lugar.

—Me temo que no. Un visitante a la vez y solo familia…

—Somos familia, sus padrinos. —Carla intentó deslizarse junto a la enfermera, quien dio un pequeño paso para cerrar el espacio—. Por favor. Por favor, ¿no puedo verla?

—¿Por qué no vuelven a la sala de espera, querida? Hay una máquina de café justo a la vuelta de la esquina. —La enfermera cerró la puerta detrás de sí y cualquier otra cosa que Carla tuviera que decir se convirtió en un ruido amortiguado en el fondo.

Vince se hundió en la silla. Apartó el cabello de la frente de Melanie, dejando al descubierto un moretón. Su mano se alzó y se cerró.

—¿Abuelo?

Su voz era tan suave, tan frágil.

Lo miró fijamente.

Él tomó su mano. —Hola, Melly-belly.

Una lágrima se deslizó desde la esquina del ojo de la niña. —¿Mamá? ¿Papá?

Él le dio un pequeño apretón a su mano. —Estoy aquí, cariño. Siempre estaré aquí para ti.

Un destello de alivio cruzó sus rasgos antes de que sus ojos se cerraran nuevamente.

La sala de espera estaba ocupada, pero a Vince ya no le importaba tener que compartirla con dos personas para las que no tenía tiempo. Su necesidad de estar aquí para Melanie superaba su necesidad de evitar a sus padrinos.

Carla lo miró fijamente sin decir palabra. Él nunca la había visto lucir menos que perfecta, pero su rostro estaba manchado de maquillaje, máscara y sombra de ojos mezclados por lágrimas y

pañuelos. Había sido la mejor amiga de Susie durante mucho tiempo, eran muy diferentes la una de la otra.

—¿Cómo está? De verdad —dijo Bradley.

Vince se encogió de hombros.

—Por favor. Hemos estado sentados aquí durante horas y no hemos tenido noticias.

Encontró algunas palabras a través de una garganta gruesa por el dolor. —Está cómoda, considerando todo. Despertó por un minuto y supo que yo estaba allí.

—Yo debería estar con ella —espetó Carla—. Susie lo querría así.

Ahora no.

—Sabes que ella querría que yo estuviera allí con Melanie. Odiaría que tú estuvieras aquí después de lo que dijiste aquel día. Susie no te quería en su vida, ¿por qué crees que querría que estuvieras cerca de su hija?

Sus palabras se clavaron en él. Vince cerró los ojos y se recostó en su asiento.

—¿Señor Carter?

Vince se sobresaltó saliendo de un semi-sueño, parpadeando para enfocar la vista.

Hospital.

Melanie.

Susie.

—Disculpe. Solo quería ponerlo al día. —Un hombre se dejó caer en el asiento junto a él. Bata blanca. Chapa identificatoria. Cansado —. Soy el doctor Lennard.

—¿Está bien?

—Melanie está evolucionando bien, considerando todo. Tiene bastantes contusiones por los cinturones de seguridad, un golpe en la cabeza, y una fractura simple en el antebrazo izquierdo.

—¿Se recuperará bien?

El doctor asintió. —Físicamente.

—¿Ella lo sabe? Sobre… Susie y David.

—Estaba consciente en el lugar del accidente y lo dedujo —dijo el doctor Lennard—. Tendremos a un consejero que pase tiempo con ella por la mañana una vez que esté alerta y organizaremos citas continuas con quien obtenga la custodia…

—Yo.

—Oh. ¿Usted la llevará consigo?

—No hay nadie más, y es mi nieta.

—¿No hay familia por ninguno de los dos lados?

—La madre de David está viva pero no se encuentra bien. Susie y Mel eran las únicas que quedaban de mi lado.

Todos se han ido.

El médico se puso de pie. —Bueno, esa pequeña tiene mucha suerte de tenerlo a usted. Hablaremos antes de que Melanie sea dada de alta. Es una jovencita muy valiente.

Viendo al hombre alejarse apresuradamente, las manos de Vince apretaron sus rodillas y tuvo que recordarse respirar.

Por supuesto que iba a hacerse cargo de Melanie.

CUATRO

Mientras el amanecer hacía un triste intento de atravesar la brumosa oscuridad de pleno invierno, Vince permanecía en el umbral de la casa de Susie, con un juego de llaves en una mano y una pequeña maleta en la otra. Durante un largo rato se quedó mirando la puerta, con los hombros caídos. Se inclinó hacia adelante hasta que su frente tocó la madera y tomó una larga y entrecortada respiración. El aire salió blanco y vaporoso, flotando alrededor de su cabeza. Un velo de tristeza.

Pasó un coche y él se enderezó sobresaltado.

Entre el manojo de llaves encontró la correcta, siempre y cuando Susie no hubiera cambiado las cerraduras.

La luz de la entrada estaba encendida, pero el resto de la casa estaba a oscuras, excepto por un resplandor en lo alto de las escaleras en dirección al dormitorio de Susie y David.

Vince se giró bruscamente y agarró el pomo de la puerta que acababa de cerrar tras de sí.

—Maldición. Maldita sea.

Pero marcharse no iba a cambiar nada. Había cosas que recoger para Melanie.

Sacó una nota manuscrita de un bolsillo y la revisó. Más concentrado, subió las escaleras. La habitación de Melanie era exactamente como Melanie: bonita, con sus lindos muebles y detalles; inteligente, con un estante de libros más allá de su edad; y ordenada como una patena, aparte de un oso de peluche marrón en

el suelo junto a un rompecabezas sin terminar. Dejó la maleta sobre la cama y sistemáticamente abrió cajones y puertas de armarios para recoger una selección de ropa, calcetines, zapatillas y su bata. Un libro y un par de juguetes. Solo lo que cabía en la maleta. Habría tiempo para recoger el resto más tarde.

La luz del baño estaba encendida al otro lado del dormitorio de Susie y David, y se obligó a entrar para apagarla.

Pasando junto a su cama.

Pasando junto a sus joyas y ropa.

Pasando junto a su sillón de lectura con su libro abierto, boca abajo.

Manteniendo los ojos en el suelo, apagó la luz y huyó de la habitación. Abajo pasó por el salón y retrocedió, atraído por la gran fotografía familiar en la pared principal. David. Melanie. Susie.

Su niña pequeña.

Con su niña pequeña.

La maleta se deslizó de sus dedos y cayó, con un golpe sordo, sobre la gruesa alfombra. Vince se tambaleó hasta el pasillo y luego más allá de las escaleras hacia la cocina, hasta el armario donde Susie guardaba los vasos. Con una mano en el fregadero, abrió el grifo y sostuvo el vaso debajo, luego bebió el contenido de un trago y lo volvió a llenar.

Mientras su ritmo cardíaco disminuía, echó un vistazo a la nevera y a la despensa. ¿Podría siquiera llevar aperitivos al hospital? Dejando el vaso, sacó la lista nuevamente y escribió en ella.

Ir de compras. Comida. Almohadas. Sábanas.

No tenía fuerzas para llevarse nada más de la casa. No hoy.

El teléfono en la encimera parpadeaba en rojo con un mensaje.

Presionó "reproducir" y la voz alegre de Susie flotó por la cocina.

Has contactado con David, Susie y Mel. Déjanos un mensaje.

Vince se cubrió los oídos mientras su estómago se contraía. Se lanzó hacia el fregadero y vomitó. Por más que apretara los párpados, no podían contener las lágrimas, y las dejó fluir hasta que cesaron las arcadas. Limpiar la asquerosa evidencia del dolor lo obligó a recomponerse.

El final del mensaje había pitado. Se lo había perdido.

Sus manos temblaban mientras recogía el vaso y bebía hasta vaciarlo. Luego presionó "reproducir" de nuevo.

Has contactado con David, Susie y Mel. Déjanos un mensaje.

Mensaje recibido a las siete de la tarde.

Una voz masculina. Enfadada.

Contesta, por el amor de Dios.

Un breve silencio.

Primero ignoras mis mensajes en tu móvil. Ahora esto. Has cavado tu propia tumba, amigo. Se acabó el tiempo, Weaver.

—¿Qué demonios? —Vince golpeó el vaso y se hizo añicos.

Presionó "reproducir" nuevamente, la furia cegándolo ante los fragmentos, y cuando alcanzó un bloc de notas cerca del teléfono, se cortó la mano. Antes de que la sangre pudiera acumularse en la encimera, Vince agarró un puñado de pañuelos de una caja y aplicó presión.

Luego presionó "reproducir" de nuevo.

Liz se arrastró hasta la reunión informativa matutina habitual. La sala estaba casi llena, con algunos detectives encaramados en escritorios o sillas, y otros de pie charlando. Sin excepción, todos la miraron con diversos grados de compasión… o lástima. Alguien le acercó una silla y ella no iba a rechazarla.

Nunca más quiero una noche como esa.

Pete llegó un minuto después con dos cafés para llevar, grandes. —Les dije que necesitabas un shot extra. —Le entregó uno y se apoyó en la pared cercana—. ¿Dormiste algo?

—Por supuesto que sí.

No lo había hecho.

A su turno solo le quedaban dos horas, horas destinadas a usarse en el caso Hardy, pero cuando llegó la llamada sobre el accidente de coche, ella le había gritado que subiera. A pesar de la protesta inicial de Pete y sus continuas quejas, se había concentrado en echar una

mano y había sido comprensivo sin más comentarios sarcásticos. Dejaron la escena cuando llegó el forense.

Después de dejar a Pete en casa, había conducido hasta la cabaña de Vince en medio de la nada. Él no estaba allí y se molestó consigo misma. Habría estado en el hospital con la pequeña Melanie, y que ella se presentara allí probablemente no sería lo que él querría. Él nunca querría compasión.

Durante una hora se había sentado en el coche en su camino de entrada y había derramado más lágrimas de las que sabía que tenía dentro.

Las lágrimas cayeron por Vince. Él había sido su compañero antes de la Brigada de Homicidios, cuando ella apenas comenzaba y él estaba a diez años de la jubilación. Ella había estado allí y visto lo que él había experimentado al perder a su esposa el mismo día que había salvado a personas inocentes de un tirador en un desfile de Anzac. Su dolor y culpa nunca lo abandonaron, aunque no podría haber estado en dos lugares al mismo tiempo. No era de los que hacían terapia, aparte de las visitas que demandaba el departamento.

Liz había llorado por Susie. Por la niña pequeña que había perdido a su madre y había sido criada por un padre que la amaba pero que probablemente nunca lo dijo. Susie solía ir a la comisaría en aquella época, haciendo los deberes mientras esperaba a Vince. Todos adoraban a la niña.

Pero sobre todo, fue por Melanie.

—¿Liz? ¿Todo bien?

Ella volvió bruscamente a la realidad. Era irreal estar aquí en la sala de reuniones, que en realidad era una oficina de gran tamaño donde los detectives se apretujaban mientras se llevaban a cabo las renovaciones. Una vez más, todos la miraban fijamente. Sorbió su café en lugar de responder.

—Está bien, Terry —dijo Pete.

El sargento mayor Terry Hall no parecía convencido, pero se volvió hacia la pizarra. —No hubo actualizaciones importantes durante la noche de ningún caso activo. —Rodeó un nombre con un rotulador y se enfrentó a la sala nuevamente—. Y hay una notable

falta de progreso en la recaptura de Malcolm Hardy. Lleva dos días prófugo, gente. Dos días. Un asesino convicto, un criminal violento e inteligente, y nadie sabe dónde está.

Pete arrojó el vaso de café que había bebido a toda velocidad a un cubo de basura abierto. —La cosa es, jefe, que nosotros no lo perdimos. Los idiotas que lo trasladaban a su nueva audiencia lo hicieron, entonces ¿por qué es nuestro trabajo encontrarlo?

Hubo un murmullo de acuerdo. Todos los detectives sin un caso activo habían estado buscando a Hardy o a sus cómplices.

—¿Te estás ofreciendo para liderar cuando mate de nuevo? ¿Para explicarle esto a la familia de su víctima? —preguntó Terry.

—Solo mata si tiene un mensaje que enviar.

—Cállate, Pete —susurró Liz. No necesitaba más en su plato.

—Buen consejo, Liz. Aunque demasiado tarde. ¿McNamara? Bájate a Footscray y revisa sus antiguos lugares habituales.

Incluso mientras Pete gemía, el resto de la sala se reía.

—¿Yo también, jefe? —preguntó Liz.

—Ve a casa un rato. Descansa algo.

—Pensé que podríamos reunir dinero para comprar algo para Vince, o para Melanie. —Liz se puso de pie—. No sé qué.

Terry asintió. —Se nos ocurrirá algo. —Miró alrededor de la sala —. Para quien no lo haya oído, un accidente automovilístico anoche se cobró las vidas de la hija y el yerno de Vince Carter. Su hija pequeña sobrevivió.

La puerta del pasillo se abrió bruscamente y Vince entró a grandes zancadas. Con todos los ojos puestos en él, se detuvo a unos metros, recorriendo la sala con la mirada hasta posarse en Liz. Parecía aliviado de encontrarla.

—¿Te ardían las orejas, compañero? —Terry extendió su mano hacia Vince, quien la miró y luego la estrechó—. Queremos ofrecer nuestro más sentido pésame. Todos echaremos de menos a Susie.

—Sí. Em, gracias.

—Aunque no deberías estar aquí.

—No podía encontrar a Liz. Ni a ti.

—Estoy aquí. Demos un paseo. —Liz llegó a su lado. De cerca, su piel estaba casi gris y las líneas en su rostro profundamente

marcadas. Parecía vacío.

—¿Cómo vais con la investigación, Terry? —exigió Vince.

Con una mirada sorprendida, Terry negó con la cabeza. —Investigación de Accidentes, amigo. Su área, no la nuestra.

—Estás bromeando —casi escupió las palabras.

—Malas condiciones por la helada en la carretera. No hay señales preliminares de nada más que un accidente, Vince. No hay signos de un crimen.

—Vuelve a la granja. —Pete se burló de su propio comentario hasta que Liz le lanzó una mirada de advertencia.

Antes de que Vince tuviera la oportunidad de ir y golpear a Pete, lo que probablemente merecía, Liz tocó su brazo. —Fue un accidente.

—¿Estás tan segura? —Vince sacó un papel doblado del bolsillo superior y lo puso en su mano. Tan rápido como había entrado, se fue.

Liz desdobló y leyó las pocas líneas de la letra de Vince y su corazón se hundió.

—¿Qué es? —preguntó Terry.

—Puede que tenga razón. —Le entregó el papel a Terry—. Volveré.

Debería haber sabido que no era buena idea venir aquí. Una llamada telefónica habría bastado. Una denuncia anónima. Podría haber afirmado que había escuchado a alguien hacer una llamada amenazante a la casa de los Weaver. Esta comisaría ya no era su territorio. Hacía mucho que habían pasado los días en que lo recibían con calidez, lo necesitaban por su experiencia, lo apreciaban por su conocimiento.

—¡Vince, espera!

Liz era la única a la que todavía le importaba. Había sido como una segunda hija para él cuando eran compañeros. Y a Terry quizás le importaba, pero Terry tenía que seguir la línea, ser neutral.

Se detuvo en medio del pasillo mientras ella lo alcanzaba.

—¿La nota? —sus palabras salieron como si estuviera resoplando.

—¿Desde cuándo trotar cien metros te deja sin aliento?

En los más de veinte años que había conocido a Liz, ella había sido delgada y todo músculo gracias a su obsesión por correr. Las medias maratones eran lo suyo y había ganado su parte.

—No lo estoy. ¿Qué pasa con la nota?

—Eso fue palabra por palabra de un mensaje en el contestador de Susie. Había una amenaza para David que claramente ignoró.

—¿Una amenaza de negocios, Vince? ¿O personal?

—Cualquiera. Ambas. Desde que se asoció con Pickering siempre estuvo justo al borde de la ley, pero nunca pude atraparlo. Alguien lo quería muerto y se llevó a Susie con él.

—¿Alguien en particular? —preguntó Liz.

—Si no te has dado cuenta, no trabajo aquí. Es tu trabajo averiguarlo.

—¿Estás seguro de que estaba dirigido a David?

Su boca se abrió para refutar la implicación. Luego se cerró.

Susie nunca estaría en problemas. Nunca atraería la atención de la gente equivocada.

Excepto que no creía en nunca.

—Fui a buscarte. A la cabaña —dijo Liz.

—¿Lo hiciste?

—Y me di cuenta de dónde estarías. No quería entrometerme en el hospital.

Un ridículo hormigueo detrás de sus ojos amenazaba con deshacer su resolución de mantenerse fuerte. Este no era el lugar ni el momento para desmoronarse, pero no podía mirarla a los ojos.

—¿Cómo está Melanie? Oí que no está en estado crítico, gracias a Dios.

—Brazo roto. Moretones. Shock.

Liz tocó su brazo nuevamente. —¿Qué va a pasar con ella?

—Estará bien con el tiempo. El médico cree que puede salir del hospital pronto. Voy a casa a ducharme y cambiarme y luego volveré. Me necesita allí.

Pete McNamara se acercó en su dirección. Alguien necesitaba borrarle esa sonrisa perpetua de la cara.

—¿Va a vivir contigo? —preguntó Liz.

Algo en la manera en que preguntó lo irritó. —No suenes tan sorprendida.

—Vince, no lo estoy. Solo estoy preocupada por ti.

Él comenzó a caminar de nuevo. Demasiada gente mirando, juzgando, señalando con el dedo.

Liz lo alcanzó. —¿Y si paso más tarde? ¿Cuando ella esté en casa contigo?

—Crie a Susie prácticamente solo.

—Sí, lo sé y es por eso que… ¿Vince?

Él había tenido suficiente. Aumentó la longitud de su zancada.

Liz debió haberse detenido. Su voz lo siguió. —Vince, vamos.

Gracias por el voto de confianza.

—¿Por qué sigues aquí?

—Me voy en un minuto. —Liz se dejó caer en el asiento frente a Terry—. Quería escribir lo que vi anoche… temprano esta mañana. Plasmarlo mientras aún lo recuerdo.

Terry levantó ambas cejas. —Crees que fue algo más que un accidente.

—Tal vez. Cuando estaba en la escena, me pareció un lugar extraño para perder el control. La carretera es recta durante un kilómetro. Campos abiertos a ambos lados y sin otras carreteras o entradas cerca de la escena. Sin embargo, el coche giró y terminó en el lado equivocado de la carretera incrustado en un tronco de árbol.

—¿Canguros? ¿Algún otro animal en la carretera?

—Siempre es una posibilidad, pero aún así… —Estaba demasiado cansada para resolverlo.

—¿Vince lo está llevando bien? —preguntó Terry.

—No. Cree que sí, pero ¿cuánto necesita soportar una persona en su vida, Terry? Creo que esa niña pequeña es todo lo que le queda.

—Lo compadezco, de verdad. Mira, ¿Liz? Investigación de Accidentes no llegará al coche hoy, así que ve a casa y duerme. Te necesito en el caso Hardy, pero ve a hablar también con Jim. Mira lo que tiene que decir sobre el accidente. Mañana.

Ella se puso de pie. —¿Y el mensaje del contestador?

—Sí, en realidad no es mucha amenaza. Podría ser una llamada de broma o cualquier cosa. Veamos primero qué informa Jim. Dudo que el contestador vaya a ir a alguna parte.

CINCO

Lo único que Vince quería era dormir. Dormir de verdad en su propia cama en lugar de siestas inquietas en una silla de hospital y los sobresaltos de su corazón cada vez que lo recordaba. Pero eso no iba a suceder pronto. Subió por su largo camino de entrada y giró el coche para que quedara mirando hacia fuera. No sería una parada larga.

Alguien había dejado flores cerca de la puerta principal. Un hermoso ramillete de flores invernales en un jarrón con agua. Una cinta blanca atada alrededor del frasco tenía una tarjeta metida en ella.

Sin palabras. Estoy aquí para ti. L.

Bajó los escalones, dobló la esquina y miró hacia la colina donde estaba la casa de su vecina. No había movimiento allá arriba.

La noticia se había difundido rápido.

Lyndall lo conocía lo suficiente como para poner las flores en agua o él las olvidaría, y para saber que odiaría cualquier cosa ostentosa. Pero esta selección de su jardín era la manera de Lyndall de hacerle saber que ella sabía y que se preocupaba. Siempre lo había hecho como amiga cercana de su esposa, la que había estado allí cuando Vince no lo estaba.

Vince reprimió unas náuseas desgarradoras. No podía revivir aquel día. No ahora. Perder a su esposa había sido lo peor de su vida.

Hasta ahora.

Abrió la puerta, recogió el jarrón y entró. La cabaña estaba casi tan fría como el exterior. Nunca lo había notado antes, pero por alguna razón ahora importaba. Al pasar por la sala de estar, echó un vistazo a la chimenea, casi nunca usada. Puso las flores en la mesa de la cocina y puso la tetera. Quizás su estómago se asentaría con un poco de té y tostadas.

Primero, sin embargo, se duchó y se afeitó.

El té le quemó la garganta y quemó las tostadas. Pero se las comió, untadas con mantequilla para ocultar el sabor. Eso ayudó un poco y salió de la cabaña sintiéndose más sereno de lo que había estado en horas.

De vuelta en el hospital, pasó unos minutos con Melanie antes de que se la llevaran para enyesarle el antebrazo. Todavía estaba adormecida por los analgésicos pero logró una pequeña sonrisa cuando él le besó la frente. Cuando la sacaron en silla de ruedas, se quedó junto a la ventana, perdido.

—¿Señor Carter?

Una enfermera asomó la cabeza.

—El doctor Raju pregunta si tendría unos minutos. Es uno de nuestros psicólogos aquí y ya ha ido a ver a Melanie. Le mostraré el camino.

Vince había jurado no volver a pisar la consulta de un psicólogo, pero esto no se trataba de él. Una recepcionista lo condujo directamente a la oficina.

—Ah, señor Carter. Soy el doctor Raju, por favor pase y tome asiento. — Alto y mucho mayor de lo que Vince esperaba por su limitada exposición a los psiquiatras, el psicólogo le estrechó la mano y luego señaló una de las tres butacas dispuestas alrededor de una mesa de café. Una mujer se levantó de su asiento, de unos cuarenta y tantos años, seria—. Esta es la señorita Dawn Burrows y ha pedido estar presente.

—Señor Carter, soy trabajadora social de Servicios Infantiles.

El acto de acomodarse en la silla le dio a Vince un momento muy necesario para recomponerse. Por supuesto que habría preguntas sobre el futuro de Melanie, tanto a corto como a largo plazo. Había tratado con suficientes situaciones en el curso de su carrera donde

diferentes agencias se unían por el bienestar de un niño o una familia.

—¿Me dicen que le están enyesando la fractura a Melanie? —preguntó el doctor.

—Así es. Una de las enfermeras dijo que usted había ido a verla antes.

—Pasé unos minutos con ella. Los medicamentos para el dolor la estaban haciendo sentir somnolencia, pero habló brevemente conmigo. Es una joven valiente e inteligente.

—¿Qué dijo… em, habló del accidente? —Realmente no quería saber.

—No. Pero dijo que su abuelo fue a verla. —El doctor Raju sonrió.

Un pequeño brillo cálido comenzó en algún lugar profundo del corazón de Vince.

Y se extinguió cuando la señorita Burrows habló.

—Entiendo que estos son los primeros días y todo es un terrible shock, pero mi preocupación es sobre los próximos pasos con Melanie. Una vez que esté lista para ser dada de alta.

—Vendrá a casa conmigo —dijo Vince.

—Ya veo. ¿Qué hay de otros familiares?

¿Buscando una mejor opción?

Se tomó su tiempo, obligando a sus manos a aplanarse contra sus piernas en lugar de cerrarse en puños como querían hacer.

—Soy su último pariente por el lado de Susie. Tanto mi esposa como yo éramos hijos únicos y Susie también era hija única. No hay primos ni nada parecido. David es similar. No hay familia que yo conozca aparte de su madre, que tuvo un grave accidente hace años y tiene un cuidador a tiempo completo. Podría haber un primo en Inglaterra. No estoy seguro.

La señorita Burrows escribió en una tableta mientras él hablaba, mirando hacia arriba cuando terminó.

—¿Y está al tanto de algún testamento existente u otros documentos legales con respecto a Melanie?

—Se redactó un testamento después de que ella naciera. Pero también recuerdo un comentario al paso de Susie sobre que

necesitaba actualizarlo.

—¿Hace cuánto tiempo fue eso?

—Un par de años.

—Ya veo. — Ella miró fijamente a Vince—. ¿Y cuáles eran sus deseos para Melanie… en caso de las circunstancias actuales?

¿Quién planea para eso? ¿Quién realmente lo hace?

No tenía respuesta y ella continuó presionando.

—¿Había una expectativa de que usted interviniera?

—Se supone que los hijos deben sobrevivir a sus padres. — Lamentó la dureza de su tono en el momento en que las palabras salieron de su boca—. Lo siento. Estoy exhausto.

El doctor Raju se inclinó un poco hacia adelante.

—Por favor, tómese su tiempo, señor Carter. Nadie lo apresurará para tomar decisiones sobre Melanie.

La trabajadora social no parecía compartir su opinión.

—¿Si no hay otra familia, entonces padrinos?

Por encima de mi cadáver.

—Hay padrinos, pero usted sabrá mejor que nadie que no tienen automáticamente derecho sobre la custodia de un niño. Melanie vendrá a casa conmigo. Tengo una habitación de sobra que acomodaré para ella. — Vince quería irse. Esto era demasiado encima de todo lo demás.

—Por supuesto, pero si se siente incapaz de proporcionar un entorno hogareño adecuado… —comenzó ella.

—No he dicho eso.

El doctor Raju se removió en su asiento.

—Es natural sentirse reacio a recibir a una niña pequeña en su vida.

—No estoy reacio.

—Señor Carter, si me permite… creo que vive solo, a cierta distancia de todo lo que le es familiar a Melanie, no tiene transporte público cerca, y una niña de ocho años es mucho trabajo. Escuela primaria, actividades extracurriculares, amigos —dijo la señorita Burrows.

¿Cómo había asumido ya tantas cosas sobre él? ¿Qué quería que dijera? Miró fijamente sus manos que ahora agarraban sus rodillas.

—Melanie necesita familiaridad ahora mismo. — El doctor Raju tenía una voz tranquilizadora, fácil de escuchar.

Vince levantó los ojos para encontrarse con los del doctor.

—La tendrá. Mel me conoce. Me quiere.

La señorita Burrows se puso de pie.

—Hablaremos más adelante sobre los próximos pasos, pero estoy de acuerdo en que en esta etapa lo mejor es que Melanie vuelva a casa con usted. Pero hay mucha agua que debe pasar bajo el puente antes de que esto se vuelva permanente, así que le sugeriría que reflexione sobre esto. Que piense mucho sobre lo que es mejor a largo plazo para usted y para Melanie.

Después de que ella se fue, el doctor Raju de repente sonrió.

—Melanie tiene suerte de tenerlo a usted.

No se le ocurrió ninguna respuesta.

—Es un momento difícil para ella, pero también para usted.

—No necesito un psicólogo. — Vince logró mantener su voz neutral.

—Perdió a su esposa cuando la madre de Melanie era joven.

—Y no necesito una lección de historia.

—El dolor tiene una manera de volver a nosotros. Dolor y auto-recriminación. Si siente la necesidad de hablar…

—No, estoy bien. ¿Qué le digo a Mel sobre todo esto?

—Que la quiere.

—Eso puedo hacerlo. — Vince se puso de pie.

—¿Puedo ofrecerle un consejo?

El doctor se puso de pie pero no hizo ningún movimiento hacia la puerta.

—Piense en conseguir asesoramiento para su propio duelo.

—¿Eso es todo? —preguntó Vince.

—No muerdo.

Él quizás no, pero las viejas heridas sí, y era mejor mantenerlas enterradas.

Carla estaba desplomada contra el respaldo de un moderno sofá de cuero, con una prueba de embarazo colgando de sus dedos y lágrimas secas dejando nuevamente rastros a través de su maquillaje. Su atención estaba en una gran ventana que daba a la calle enmarcada por cortinas que había mandado a hacer según sus exigentes especificaciones. Bradley caminaba de un lado a otro por el camino de entrada, entrando y saliendo de su vista mientras hablaba por teléfono. Su brazo gesticulaba. Cada vez con más frecuencia, él no atendía llamadas en la casa y Carla no tenía idea de por qué.

Él se detuvo en seco y sostuvo el móvil para mirarlo, luego maldijo. Ella arqueó las cejas leyendo en sus labios el improperio, pero cuando él lo metió en su bolsillo y se dirigió a la puerta principal, Carla agarró un puñado de pañuelos y limpió su cara. Para cuando él se unió a ella, arrojándose al otro extremo del sofá con un gruñido, ella estaba sentada erguida, con el puñado de pañuelos escondido en un bolsillo.

—¿Qué pasa, Brad?

—Trabajo. Solo trabajo.

—Estás molesto con alguien.

—Maldita sea que sí. Si la gente simplemente hiciera su trabajo… —La miró por primera vez—. ¿Has estado llorando?

Ella levantó la prueba de embarazo y él se deslizó para rodearla con sus brazos.

—Sucederá, Carla. Seguiremos intentándolo.

—Me estoy volviendo demasiado vieja para un milagro.

—No nos rendiremos.

—Pero ¿por qué es tan injusto? Melanie está completamente sola sin padres. — Se soltó de su abrazo y tomó una de sus manos—. Y nosotros estamos completamente solos sin hijos. ¿Dónde está el sentido en eso?

—No lo hay.

—No solo estaba llorando por la prueba. Quiero decir, sí, es angustiante, pero luego recordé a Susie preguntándome anoche si estaba embarazada. Y si lo estuviera, nunca podría decírselo… — Respiró profundamente, con un suspiro tembloroso—. Y estoy tan

preocupada por dónde irá Melanie una vez que le den el alta. No podría soportar que él obtuviera la custodia.

—¿Vince Carter? —preguntó Bradley.

—Sí, él. Seguramente quien tome estas decisiones verá más allá de su momento heroico y todo el daño que ha hecho. Fue un padre terrible para Susie, y me estremezco al pensar cómo sería la vida de Melanie con él.

Bradley asintió. ¿Lo cual significaba qué exactamente? ¿Estaba de acuerdo con ella o solo quería que se calmara?

—Sé que parezco alterada, cariño. ¿Qué crees que deberíamos hacer para ayudar a nuestra niña? —dijo ella.

Su móvil sonó y él frunció el ceño.

Carla soltó su mano.

—Contesta.

—Me desharé de ellos. ¿Y si vamos a la iglesia un rato? —Se puso de pie, alcanzando el móvil—. Pasemos un tiempo rezando por Melanie.

—Me gustaría eso.

Pero él ya había contestado la llamada y estaba a medio camino de la puerta.

—Y rezando por Susie y David —murmuró ella.

SEIS

Era tarde. Vince estaba desplomado en el suelo de madera del porche de la cabaña, con una botella de whisky medio vacía en una mano y un vaso vacío en la otra. Miraba fijamente a la oscuridad. Poco se movía en el frío, pero a lo lejos, el aullido melancólico de un perro solitario resonaba periódicamente.

En las dos horas que había estado sentado allí, algunos coches habían pasado y cada vez, él había dado un respingo. Pero ya no había más malas noticias. Melanie estaba a salvo y recuperándose. Sus heridas físicas sanarían y en el hospital no correría peligro. Él había querido quedarse toda la noche, pero las enfermeras lo habían echado, diciéndole acertadamente que Melanie lo necesitaría por la mañana cuando los efectos de los medicamentos disminuyeran.

Había identificado los cuerpos de Susie y David después de salir de la comisaría. Luego había hablado con la funeraria.

Había mantenido la compostura. No había mostrado ni un ápice de emoción, porque no sentía nada.

Hasta que llegó a casa esta noche.

Otro sonido flotaba en el aire inmóvil. El relincho de un poni.

¿Le puse la manta? ¿La alimenté?

Con un gemido, se puso de rodillas y usó la pared para levantarse. Estaba bien. Nada que otro trago no pudiera arreglar. Agarró el cuello de la botella. Los escalones estaban resbaladizos, y se aferró a la barandilla, soltándola igual de rápido. Estaba congelada.

—No necesito hielo para mi bebida.

Se rio de su ingenioso comentario.

Otro relincho.

—Ya voy.

Abrió la puerta y pasó, teniendo cuidado de cerrarla. No es que Apple fuera a escaparse. Estaba hurgando en sus bolsillos, olfateándolos en busca de golosinas. Llevaba puesta su manta. Quizás se había olvidado de quitársela esta mañana. No importaba con este frío. Tenía heno fresco. Lyndall debía haberla revisado.

—¿Quieres un trago, vieja amiga?

Vince tomó un largo sorbo y eructó, limpiándose la boca con la mano.

—Disculpa.

Le ofreció al poni el extremo abierto de la botella, y ella lo tomó con la boca, casi inmediatamente resoplando su desagrado y soltándolo.

—¿No? No importa… nadie bebe conmigo de todos modos.

Había un tocón de árbol, y se hundió en él.

—¿Sabes que los dos estamos acabados? Al menos a ti la gente te quiere.

El poni se alejó y él miró hacia el cielo. Tenía la claridad perfecta de las noches de pleno invierno, completo con racimos de estrellas brillantes. En algún lugar allá arriba había una estrella con el nombre de Susie. Demasiado pronto. Arrebatada mucho antes de su tiempo.

Se ha ido. Mi niña se ha ido.

Se puso de pie y señaló a la estrella más brillante, apuntando al ritmo de sus palabras.

—Maldito. Hijo. De. Puta.

Alguien tenía que pagar por esto. Alguien debería haber impedido que esto sucediera.

—¿Contento ahora? —gritó al cielo—. ¡Maldito hijo de puta!

La tierra giró y se elevó, y él cayó de rodillas. La botella salió volando y golpeó el suelo helado con los puños hasta que el dolor recorrió sus brazos. Con un grito, Vince cayó de costado y recogió sus piernas, rodeándolas con los brazos.

Cerró los ojos y susurró: —Deberías haberla protegido. Maldito hijo de puta.

Nadie lo escuchó. A nadie le importaba.

No había nada más que Liz pudiera hacer esta noche respecto al caso Hardy. Acababa de dejar a Pete en la comisaría para que pudiera coger su propio coche e irse a casa, y ahora deseaba haber entrado para hacer papeleo. Esas dos horas que se tomó esta mañana para dormir habían reducido su nivel de cansancio, pero arruinaron cualquier posibilidad de acostarse temprano.

El reloj de su coche la provocaba. Eran más de las diez, no era muy temprano.

Una hora más y me iré a casa.

La búsqueda de Malcolm Hardy había pasado de ser una búsqueda a gran escala con todos los policías del área general donde se le vio por última vez. Aunque no había un oficial en el estado que no mirara dos veces a cada hombre corpulento de unos cincuenta años que se cruzara, simplemente no había suficientes policías para continuar al nivel con el que habían comenzado, especialmente porque el criminal había desaparecido con facilidad. Ahora se trataba de centrarse en sus contactos. Pete prosperaba con ese tipo de trabajo policial y realmente no le importaba que lo hubieran enviado a las personas más improbables en el antiguo suburbio de Hardy en Footscray. No es que hubiera encontrado mucho todavía, pero era como un sabueso cuando algo captaba su interés.

Ella quería ver a Vince. Sentarse con él. Dejarlo hablar si quería. Pero lo más probable es que estuviera en el hospital o durmiendo, y conducir hasta allí de nuevo probablemente sería un viaje en vano. En cambio, Liz tomó el camino hacia Laverton.

A esta hora de la noche, el suburbio estaba relativamente tranquilo. Un par de empresas de transporte de carga estaban tan ocupadas como durante el día, con camiones siendo descargados y

trabajadores gritándose entre sí. La mayoría de los negocios estaban cerrados y mantenían un horario comercial normal. Uno de ellos era el almacén de Bradley Pickering y David Weaver.

Ocupaba un bloque estrecho a lo largo de una calle sin salida. Rodeada de edificios similares, su oficina estaba a unos pasos de la acera con el resto del edificio detrás. Dos puertas, cerradas con una pesada cadena y un candado, se extendían desde el lado de la oficina hasta la valla del edificio siguiente, lo suficientemente anchas para que un semirremolque retrocediera.

Pasó conduciendo lentamente. Nada se movía y el lugar estaba a oscuras mientras estacionaba un poco más abajo en la calle. La única farola que funcionaba estaba cerca de la esquina, y pocos de los edificios tenían iluminación exterior. Conocía bien la zona. La proximidad del suburbio a los muelles de Melbourne lo hacía popular para empresas de transporte de carga y negocios asociados, y había trabajado en casos aquí más de una vez.

Con la linterna encendida, caminó hasta el frente del almacén. La luz iluminó el nombre del negocio sobre la puerta de la oficina.

PickerPack Holdings Pty Ltd.

—Qué mono. Seguro que te encantó meter tu nombre ahí.

Nunca había estado dentro, pero conocía a Bradley de hace tiempo. A juzgar por su casa en aquel entonces, sus trajes a medida y su coche caro, esperaba que su negocio estuviera floreciendo y se alojara en una propiedad más impresionante.

En cambio, había una fachada sombría sin tráfico que pasara. ¿Qué ocurría exactamente aquí dentro?

Las telarañas cubrían la única ventana al lado de la puerta principal, y estaba tan sucia que la linterna apenas penetraba. La puerta misma estaba en desuso y tenía un letrero indicando a la gente que fuera por el costado. No había nadie alrededor. Ella verificó, mirando a ambos lados de la calle antes de presionar la linterna contra el cristal. Su nariz casi tocaba la ventana.

Unos ojos le devolvieron la mirada.

Liz retrocedió tambaleándose mientras su corazón latía con fuerza.

¿Había sido una cara? ¿O un truco de la luz?

Desenfundó su arma.

De vuelta en la ventana, movió la linterna pero si alguien había estado allí hace un momento, se había ido.

Esto ya no era una oficina sino una sala de descanso improvisada con sillas, mesas, fregadero y nevera. Más allá había un arco que conducía al almacén oscurecido. Las sombras de los contenedores de envío se perfilaban al fondo.

Probó la puerta. Cerrada.

Algo no encajaba. El pelo en la nuca se le erizó.

En la puerta, sacudió la cadena. El candado era pesado y no cedía. El contorno de una furgoneta de reparto estaba al final del camino de entrada, pero no había otros vehículos a la vista. Sacó su móvil y aunque el detalle era pobre debido a la distancia y la falta de luz, pasó unos minutos tomando fotografías y luego volvió a la ventana e hizo lo mismo.

De vuelta en el coche cerró las puertas y exhaló lentamente.

SIETE

Estoy a kilómetros de cualquier parte. Estúpida policía metiendo las narices donde no la llaman. Si pudiera ver el video de su cara a través de la ventana. Hilarante.

No hay más remedio que deshacerse de esta cosa… servirá para un nuevo propósito.

Es agotador salvar a otras personas. Si hicieran su trabajo, mi vida sería más fácil. Y me gusta lo fácil.

El GPS de mi móvil indica que hay un giro adelante. Sin farolas es casi imposible ver. Pasé la estación de tren hace unos minutos. No hay tren hasta el amanecer, pero la caminata de regreso servirá para pasar el tiempo. Giro hacia un camino de tierra.

Para cuando termine, nadie debería encontrar el vehículo, pero si alguien se topa con él, la ubicación desviará a los policías. A menos que controles el juego, no tiene sentido jugar. Lo que tiene que pasar a continuación es cooperación. No como el estúpido de David Weaver. Esa es una lección que los demás deben tener en cuenta.

Un canguro salta a través del camino y freno. Este es su territorio, no el mío.

El GPS ya no sirve. Se conecta y se desconecta gracias a las pésimas redes rurales. Pero he memorizado el resto del camino. A la furgoneta no le gusta el terreno. No está hecha para caminos rurales.

Mejor que no se averíe.

Suelto un suspiro cuando llegamos a la cima de la colina. Lo peor del trayecto ha pasado.

El camino ahora es poco más que un sendero. Avanzo lentamente para evitar los baches y no terminar en la cuneta. Cuando no hay nada más que un callejón sin salida, bajo a primera velocidad y me abro paso entre los arbustos. Las ramas raspan el techo y los costados. El chirrido mientras arañan la pintura es música para mis oídos.

Apago el motor y empiezo a limpiar. Una vez que el interior está impecable, salgo y apago los faros. Limpio el interruptor, cierro la puerta y también la limpio.

Con apenas espacio para salir, me las arreglo para cortarme el brazo con las espinas. Una vez libre de los arbustos, limpio la herida. No son más que un par de rasguños. Desde el sendero no hay señal del vehículo.

Satisfactorio.

Enciendo un cigarrillo y comienzo la larga caminata hacia la estación de tren.

OCHO

Cómo había regresado a la cabaña, cerrado la puerta principal y subido a su propia cama era un misterio para cualquiera. Pero cuando Vince despertó poco después del amanecer, estaba cálido y solo tenía un vago recuerdo de haber estado tumbado en el prado.

—Idiota. —Le dolían las manos.

Duchado y vestido, salió y alimentó al poni. La botella de whisky estaba vacía, el contenido restante derramado cuando la había dejado caer. Probablemente era lo mejor. Con un poco de suerte, Melanie estaría en casa hoy y no iba a repetir sus acciones de la noche anterior con ella en la casa.

Mientras tomaba café y tostadas, afortunadamente no quemadas, escuchó las noticias.

La policía sigue desconcertada por la desaparición del asesino convicto, Malcolm Hardy. Hardy, de cincuenta años, escapó de la custodia policial camino de una audiencia, desencadenando una búsqueda por todo Melbourne. Esta se ha reducido durante la noche.

—No pueden mantener a todos en ello.

El equipo legal de Hardy ha declinado hacer declaraciones, pero aumentan las especulaciones de que la policía entrevistará a Richard Roscoe para determinar si el abogado puede ayudar a localizar al violento delincuente.

—No va a delatar a su cliente.

Vince dudaba que el abogado principal de Hardy tuviera algo que ver con la fuga del hombre. Hardy había aprovechado un fallo de seguridad, un error que le dio la más mínima oportunidad de liberarse de sus guardias. Lo más probable era que Roscoe supiera del paradero de Hardy. El hombre había escapado esposado y estaba haciendo un buen trabajo evitando su recaptura. Los medios de comunicación se estaban dando un festín con la fuerza policial.

Pusieron un anuncio de una funeraria y Vince desenchufó la radio. Ayer por la tarde había organizado el funeral de su hija, al menos lo había puesto en marcha hasta que el forense la liberara. La funeraria lo había tratado con empatía y respeto. Le habían mostrado ataúdes, arreglos florales, sugerencias musicales. No sabía qué hacer en la mayor parte del tiempo y dejó que la amable mujer guiara sus elecciones. Había enterrado a su esposa hace muchos años y las cosas habían cambiado. Algunas cosas. No la agonía.

Se puso de pie, sacudiendo la cabeza como queriendo alejar el dolor. Hoy era un nuevo comienzo. Una maravillosa niña pequeña estaba a punto de mudarse, y tenía mucho trabajo por delante.

A media mañana la cabaña estaba lo mejor que podía estar dadas las circunstancias.

La cama de Melanie estaba recién hecha con sábanas y almohada nuevas y, encima de las mantas, había colocado un edredón de retazal. Había olvidado que estaba allí, doblado en el estante superior del armario del pasillo y seguía tan bonito como cuando Susie solía tenerlo en su propia cama. Marion había hecho el edredón para su hija.

Había encontrado una lámpara polvorienta, la había limpiado y le había puesto una bombilla nueva. Ahora estaba en su mesita de noche. Tenía una bonita de color rosa en su otro dormitorio y vería si le gustaría traerla aquí, o preferiría elegir una nueva.

Cuando se recuperara y estuviera lista, irían a comprar muebles más modernos.

El único baño había recibido una limpieza de arriba a abajo. No es que estuviera en mal estado, pero no era lo suficientemente bueno para una jovencita acostumbrada a tener uno para ella sola.

Había sacado las mejores toallas. Incluso había añadido una flor en un vaso del ramo que Lyndall había dejado.

¿Está bien? ¿Me he olvidado de algo?

Todo estaba tan limpio y acogedor como él sabía hacerlo. Caminó de habitación en habitación, terminando en la sala de estar, esperando haber hecho lo suficiente, pero todo lo que podía ver era la alfombra gastada y las cortinas viejas.

Si ella odiaba estar aquí, entonces la vendería. Encontraría algo para ellos cerca de su escuela.

¿Y qué pasaría con Apple? Tendría que tenerla en pensión en algún lugar.

Cerró los ojos. Irse de aquí no era algo en lo que pudiera pensar. No encima de todo… si tan solo pudiera retroceder los últimos días. Decirle a Susie que se quedara en casa con Melanie. Que se mantuviera alejada de quien quisiera muerto a su marido y no le importara quién lo acompañara.

Forzándose a abrir los ojos, tomó su móvil y marcó.

Fue al buzón de voz de Liz y no dejó mensaje. Probablemente estaba hasta el cuello intentando encontrar a Hardy.

El número del móvil de Terry todavía estaba en sus contactos.

—¿Vince? ¿Todo bien?

—Espero traer a Mel a casa hoy.

—Esas son buenas noticias. ¿Está bien?

Se dejó caer en el sofá. —¿Qué está pasando con el caso?

El suspiro de Terry fue audible a través del teléfono. —Todavía parece un accidente, amigo. El informe del coche aún no ha llegado, pero…

—¿Pero qué, Terry? El mensaje en el contestador era una amenaza.

—O algún contacto de negocios de David sintiéndose frustrado.

—No escuchaste el tono de voz —dijo Vince—. Iré a grabarlo para ti, o traeré la máquina.

¿Por qué no hice eso desde el principio?

Se puso de pie.

—Haz una copia en tu móvil y envíala. No te estoy ignorando, Vince. Solo que tengo mucho trabajo.

—Malcolm Hardy —dijo Vince.

—Sí. No debería ser nuestro problema, pero lo es. Envíame el mensaje, ¿vale?

Después de colgar, Vince recogió su cartera y llaves. Echó un último vistazo. La próxima vez que estuviera aquí, Melanie estaría con él. Todo estaba a punto de cambiar. Otra vez.

De vuelta en la casa de Susie, Vince dudó en la puerta principal, pero esta vez fue porque algo no parecía normal. A simple vista nada había cambiado en poco más de un día, excepto que el felpudo se había movido un poco. Dio un paso atrás y tomó fotografías con su móvil. La esquina estaba unos centímetros alejada del escalón, dejando un leve rastro de tierra polvorienta alrededor como si hubiera sido levantado y dejado caer.

Había macetas a ambos lados de la puerta. Ambas tenían guijarros de colores como mantillo y ambas habían sido desordenadas. Susie era meticulosa con las plantas, pero había tierra entre los guijarros.

Alguien había buscado una llave de la casa.

Buscó una pistolera que ya no estaba allí.

No lo estaba desde hacía años.

La fuerza de la costumbre.

Debería llamar a la policía local, pero ¿qué diría?

Envíen una unidad con sirenas. Tengo una corazonada. Las cosas están ligeramente movidas.

Vince abrió la puerta con llave y la empujó. Miró dentro, luego, con cuidado de no mover el felpudo, entró. Hacía frío. Como si una ventana estuviera abierta en alguna parte.

La sala de estar parecía bien, y la cocina estaba en orden. El comedor bien.

Pero lo que encontró en la lavandería fue suficiente para hacerle llamar a la policía local y luego enviar un mensaje a Terry.

La puerta de la lavandería está abierta, la ventana rota.

Era peor que un simple allanamiento.

Sabiendo que era mejor no tocar nada con las manos desnudas, Vince encontró una bolsa de plástico en un armario y a través de ella, presionó "reproducir" en la máquina contestadora.

No hay mensajes nuevos. No hay mensajes guardados.

Habría golpeado el mostrador con el puño.

Si hubiera hecho una copia ayer… si hubiera recogido la máquina y se la hubiera llevado…

Terry llegó antes que los uniformados. Vince estaba afuera después de tomar más fotografías de cualquier cosa que considerara relevante. Cuarenta minutos y ni rastro de la fuerza local para un allanamiento en el hogar de una víctima de asesinato.

—¿Soy la caballería? —Terry parecía exhausto.

Era solo unos años menor que Vince pero había hecho todo bien con su trabajo y se había labrado una carrera decente. Debía estar a punto de jubilarse pero todavía tenía esa pasión por el trabajo que Vince había perdido hacía mucho tiempo.

—Solicité luces y sirenas —dijo Vince.

—¿Debo encender las mías? —Terry sonrió.

—Guárdalas para atrapar a Hardy. Alguien borró el mensaje.

—¿En el contestador? Mierda.

—He dado un cuidadoso paseo y superficialmente nada falta o está perturbado en la casa. —Vince señaló el garaje—. No he entrado ahí. De cualquier manera, quien entró lo hizo para eliminar la evidencia.

—¿Del correo de voz? Bastante extremo.

—Si quien llamó esa noche fue responsable del… accidente, entonces podrían haber tenido un serio caso de arrepentimiento de mensaje. Quieren destruir cualquier cosa que los vincule con ello.

Un coche patrulla se detuvo cruzando el camino de entrada.

—Lo investigaremos. —Terry tocó en su móvil—. Veré si alguien más inteligente que yo puede recuperar el mensaje.

Mientras Terry hacía la llamada telefónica, Vince regresó a la casa. El alivio era algo extraño de sentir, pero el apoyo de Terry, aunque solo fuera para apaciguarlo, ayudaba. Los oficiales uniformados lo alcanzaron y él señaló el felpudo y las macetas,

luego los llevó a la lavandería. Tendría que asegurar la ventana rota antes de irse. No había tiempo para reemplazarla hoy cuando tenía que reunirse pronto con el médico de Melanie.

—Revisemos esa máquina. —Terry lo encontró—. Meg en Personas Desaparecidas es una brillante experta en forense cibernética. Echará un vistazo, pero tiene trabajo acumulado.

Nada ha cambiado desde mis tiempos.

El mensaje no había vuelto mágicamente, y Terry requisó la máquina en una gran bolsa de evidencia. —Tengo que irme, amigo. Pondré a Liz al tanto de esto y dejaré que ella te actualice. ¿La has visto? Me refiero a desde la comisaría ayer.

No estoy listo para eso.

—No nos hemos cruzado.

—Entonces haz que se crucen. —Terry lo miró fijamente—. Se le rompió el corazón la otra noche en la escena, y no lo estoy comparando con tu pérdida, así que no me des esa mirada, pero Liz está de tu lado. Siempre. Si hay alguna evidencia de que el accidente fue planeado, entonces ella la encontrará.

—¿Entonces es una investigación de Homicidios?

—No. Pero sigues siendo uno de los nuestros y todos querían a Susie. Lo que Liz hace en su tiempo libre es su elección. —Terry le dio una palmada en el hombro a Vince—. Danos unos días con esto. —Levantó ligeramente el contestador—. Sal de aquí tan pronto como puedas.

El viaje de regreso desde el hospital fue silencioso y Vince se tomó su tiempo, siendo muy cuidadoso al girar en las esquinas y pasar sobre los badenes. Melanie estaba sentada a su lado mirando por la ventana. Se veía tan frágil y pequeña.

El médico había dicho que estaba bien. Necesitaba descanso y su medicación y mucho amor. Había concertado una visita al psicólogo al día siguiente y sugirió que valía la pena continuar con las visitas durante un tiempo. Se esperaba que la fractura de su antebrazo

sanara en las próximas semanas, al igual que los moretones y golpes. Era su corazón y su mente los que tardarían más en encontrar el camino.

—¿Recuerdas mi casa, Mel?

Ella asintió, con los ojos fijos en el paisaje que pasaba.

—¿Cómo va el brazo?

Vaya, Vince. ¿Es lo mejor que puedes hacer?

No contestó.

—Ya no falta mucho.

Hubo una rápida mirada hacia él y el corazón de Vince se hundió ante la incertidumbre en sus ojos, pero sonrió hasta que ella apartó la mirada de nuevo.

El resto del viaje transcurrió en silencio, y se sintió aliviado al girar hacia el camino de entrada. Ella se incorporó un poco para ver mejor hacia adelante.

¿Estás viendo esto como yo lo veo?

Años de vivir solo lo habían acostumbrado al deterioro.

El camino de entrada era un largo sendero de tierra entre un espacio escasamente cubierto de hierba que no era ni prado ni jardín. Había un jardín, o lo había habido hace años, alrededor de la cabaña, pero poco más que los tristes restos luchaban por sí solos. La cabaña misma necesitaba más que pintura y un martillo. Era vieja pero no de una manera catalogada como patrimonio. Algunos habían dicho que una excavadora habría sido una muerte más amable que la tortuosa putrefacción de los tablones y toldos.

A un lado de la cabaña había una pequeña cochera ligeramente inclinada y Vince se estacionó debajo. Justo adelante había una serie de cobertizos, uno de ellos abierto donde guardaba su reserva de leña para el invierno.

Bajó y abrió la puerta del pasajero, pero Melanie no se movió. Sus ojos estaban muy abiertos, preocupados. Le desabrochó el cinturón de seguridad. —Fui de compras ayer. Conseguí mucha comida y cosas.

Sus labios temblaron.

—No recuerdo la última vez que me visitaste. Quiero decir, recuerdo ir a tu casa, pero deben ser tres años desde que estuviste

aquí. Eras pequeña, no una niña grande como ahora, y estoy muy feliz de que estés aquí conmigo. ¿Tienes hambre?

Ella asintió y dejó que la ayudara a salir. Su brazo estaría en un cabestrillo hasta que tuviera confianza para dejarlo. Esperó mientras él recogía la maleta con sus cosas, luego tomó su mano buena y la guio.

A mitad de camino hacia la puerta de entrada, una vaca en el prado de al lado mugió y Melanie gritó y saltó.

—La mamá vaca solo está llamando a su bebé. —Después de dejar la maleta, Vince levantó a Melanie con un brazo y señaló con el otro—. ¿Ves? ¿Allí? —Un ternero corrió hacia su madre en la distancia—. ¿Y puedes ver la gran casa allá arriba? Esa pertenece a Lyndall, que es mucho más aterradora que las vacas. También tiene burros. ¿Te gustan los burros? Orejas largas, ruidosos.

La niña escondió su cara contra su abrigo.

Gotas de lluvia golpeaban contra el techo de metal. La temperatura bajó.

Melanie estaba acostada en el sofá de la sala de estar, una manta cubriendo todo excepto su cabeza mientras veía algún programa infantil en la televisión. De vez en cuando, sus labios se curvaban en respuesta a algo en la pantalla. Vince no quería entrometerse en su escape de la realidad, pero ella lo notó parado en la puerta.

—Te traje algo para almorzar. —Llevaba una bandeja y ella se sentó, arreglando la manta para hacer espacio—. Perdón por lo tarde que es. Espero que te guste la mermelada de fresa. Hice un sándwich con eso y otro con mantequilla de cacahuete.

—La mermelada es mala para mis dientes. A mami no le gusta que la coma…

—Bueno, em, ¿solo como un premio especial? Puedes lavarte los dientes después y mira, hay un vaso de leche que es bueno para ellos. Calcio.

Ella tomó el sándwich de mantequilla de cacahuete y le dio un mordisco mientras sus ojos volvían a la televisión.

Hacía demasiado frío aquí. Vince hurgó en la chimenea con un atizador entre los restos de un fuego hace tiempo apagado.

—Podría ir a cortar un poco de leña para encender el fuego, para calentar las cosas. ¿Estarás bien durante unos minutos?

Ella hizo un ruido con la boca llena que él tomó como un sí.

Los trozos de madera dura estaban apilados debajo del cobertizo abierto. Agarrando un hacha de mango largo del cobertizo, Vince se puso a trabajar. Las astillas de madera volaban mientras golpeaba una y otra vez los bloques. De vez en cuando se detenía lo suficiente para limpiar el mango y sus ojos de la lluvia cada vez más intensa, luego comenzaba de nuevo, sin importarle que su camisa se pegara a su piel.

Melanie necesitaba calor. La cabaña era demasiado fría para una niña pequeña.

¿Cómo pude dejar que el lugar se deteriorara así? Marion lo odiaría.

Odiaría más que eso.

Tac. El hacha se hundió en la madera.

Destruí mi relación con Susie.

Tac. Pedazos se astillaron y salieron volando.

Nunca podré remediar esto ahora.

Marion no estaba hacía mucho tiempo. Susie se había ido.

Cuando limpió la lluvia de sus ojos de nuevo, se dio cuenta.

Eran lágrimas.

NUEVE

Bradley miraba fijamente la pantalla de su portátil. Había leído la misma frase veinte veces y no recordaba ni una palabra. Le dolía la espalda de estar sentado en el mismo lugar durante media hora sin moverse. Estar aquí, en su oficina en el almacén, era solo una excusa para tomar un descanso del torrente emocional de Carla. La amaba con locura, pero desde el accidente de coche ella estaba o llorando o bebiendo. A veces ambas cosas. Lo entendía. Nunca había experimentado una pérdida como la de Susie y el duelo llevaba tiempo y todo eso, pero simplemente necesitaba su propio espacio por un momento.

—¿Jefe?

—Madre de… —Bradley casi saltó de su asiento—. ¿Qué demonios haces aquí?

—El almacén normalmente está desierto los domingos. Pensé en seguir trabajando en la adaptación del contenedor.

Alto y huesudo con pelo blanco y corto, Abel Farrelly era el capataz de Bradley. Más que eso, realmente. Supervisaba a los empleados y aseguraba el buen funcionamiento del piso y no le importaba hacer algún trabajo extra si Bradley tenía algo adicional para él. Como trabajar en un contenedor marítimo para prepararlo para carga especial.

Echando hacia atrás su silla, Bradley se levantó y se estiró. —¿Necesitas ayuda?

—No, gracias. De todas formas pareces ocupado.

—No realmente. Aunque creo que me iré.

—Cerraré cuando me vaya. —Abel se dio la vuelta para irse.

—Eso me recuerda. La puerta estaba abierta.

Abel se volvió rápidamente. —¿Qué? ¿Entraron al lugar?

—El almacén seguía cerrado.

—Sí, pero ¿revisaste el candado de la puerta?

Abel desapareció y con un suspiro, Bradley lo siguió a través del almacén semioscuro hasta la entrada lateral. Cuando Bradley lo alcanzó, Abel sostenía la pesada cadena en una mano y el candado en la otra.

—Cizallas —dijo Abel con disgusto.

—Ni siquiera lo noté.

—Hay suficiente cadena para que pueda asegurarlo esta noche. Mañana encontraré una solución más permanente. —Abel miró fijamente a Bradley—. ¿Cómo no viste eso?

Bradley miró hacia el camino de entrada donde estaba su coche, ahora junto a una camioneta con plataforma. Abel alternaba entre esta y la furgoneta. —Tengo muchas cosas en mente. ¿Dónde está la furgoneta?

—¿No la tienes tú? —Abel dejó caer la cadena enrollada cerca del lado de la puerta—. Pensé que te la habías llevado a casa cuando vi tu coche aquí.

—¿Nadie más la ha tomado prestada? Por favor, dime que nadie tuvo acceso a las llaves.

Sin esperar respuesta, Bradley volvió furioso al interior. Esto era una broma. ¿Dónde demonios estaba su furgoneta? Había llaves de repuesto y de emergencia para todo en la caja fuerte de su oficina. Tecleó el código y la abrió. Todas estaban allí. Junto con un fajo de dinero y una pistola.

—¿Tienes tu juego personal, jefe? —Abel lo había seguido y miraba fijamente la caja fuerte.

Bradley la cerró con un clic. —En el escritorio. ¿Y el tuyo?

Abel metió la mano en un bolsillo y sacó varios juegos. —Sí. La de la furgoneta está en este.

—Repórtalo tú. Yo me voy a casa. —Bradley cerró su portátil.

—Claro. ¿Has sabido algo de Duncan Chandler últimamente? ¿Desde que murió David? —Abel se apoyó en el marco de la puerta —. Hay una oportunidad que se está desperdiciando.

A punto de responderle bruscamente a Abel que había más en la vida que facilitar el transporte de juguetes baratos, Bradley se mordió el labio. No era culpa de Abel. Un acuerdo con el hombre apodado "el rey de los juguetes de descuento" cambiaría la vida de todos. Lástima que David no hubiera vivido para beneficiarse de ello.

Recogió sus llaves y su cartera. —Te diré qué: tú encárgate de ese contenedor y habla con la policía. Yo contactaré a Duncan. Ah, y ¿quizás podrías cerrar el contenedor antes de dejar entrar a cualquier policía?

En un recinto subterráneo de la policía, el coche destrozado de David descansaba torpemente sobre una plataforma elevada. La parte delantera estaba aplastada, y el techo hundido desde la mitad del coche hacia adelante.

—¿Cómo sobreviviste, Melanie? —murmuró Liz.

—¿La niña pequeña? También es un misterio para mí. —Jim Joyce llevaba una carpeta desde una oficina a un lado del recinto—. Estaba medio esperando que alguno de vosotros vinierais a visitar.

—¿Alguno de nosotros?

Jim se cruzó de brazos. —Terry. Tú. Alguien que todavía se preocupa por Vince.

—Es un buen hombre. Fue un buen policía.

—Nunca creí otra cosa, Lizzie.

Ambos se volvieron para contemplar los restos.

La parte delantera, más del lado del conductor, del coche había soportado todo el impacto contra el árbol; las bolsas de aire se desplegaron pero no fueron rival para la fuerza del choque. En comparación, el asiento trasero apenas estaba dañado.

Al menos Melanie sobrevivió.

—No puedo decirte mucho —dijo Jim.

—¿No puedes? ¿O no has empezado?

—Lo segundo. Solo le di un vistazo rápido pero hay preguntas. Estoy tratando de presionar para que lo revisen antes.

—Vince está viendo algo siniestro donde posiblemente no existe. —Liz miró hacia el lado del pasajero con su puerta desaparecida—. Oh, Susie. Mierda.

—Fue rápido.

—¿Qué se ha confirmado? —preguntó Liz, apartando los ojos del coche.

—Todas las mediciones de la carretera están hechas. Viajaban a setenta y ocho kilómetros por hora en una zona de ochenta. No había tráfico que podamos encontrar. Ciertamente ninguno que se detuviera a ayudar. Algo hizo que David abandonara su carril.

—¿Un perro en la carretera?

Jim negó con la cabeza y abrió la carpeta. —Sería un perro endemoniadamente grande. —Revisó una serie de fotografías de la escena, deteniéndose en una con claras huellas de neumáticos y marcadores policiales.

—Si fuera algo como un animal callejero o algún obstáculo en medio de la carretera, David habría aplicado los frenos mientras estaba en su carril. Y cuando el agarre de los neumáticos fallara, y el coche derrapara hacia el otro lado de la carretera, habría más evidencia de frenado intenso. —Trazó las marcas de neumáticos en la foto—. En este caso, el coche se movió al otro lado de la carretera, el lado incorrecto de la carretera pero a la misma velocidad. Sin frenos hasta que presumiblemente David estaba perdiendo el control del coche.

Liz miró más detenidamente la foto. —¿Estaba conduciendo hacia el tráfico que venía?

—El coche iba en trayectoria hacia el arcén del lado opuesto. Dudo que hubiera estado en el carril equivocado por más de unos segundos cuando frenó.

La siguiente foto era un primer plano de Susie en los restos y Liz retrocedió.

—Lo siento. —Jim cerró la carpeta de golpe.

Ella respiró profundamente para alejar la imagen. El shock. —¿Estás diciendo que algo forzó a David a ir al otro lado de la carretera?

Jim se encogió de hombros. —Déjanos seguir trabajando. El informe estará arriba en las próximas veinticuatro horas.

Liz sabía lo que Jim realmente quería decir. Había más en esto que un conductor que podría haber bebido un poco de más y había olvidado en qué lado de la carretera estaba.

Su siguiente parada fue de vuelta en la comisaría. Pronto tenía una reunión con Pete y Terry, pero primero se apresuró a Personas Desaparecidas para encontrar a Meg. La analista forense estaba trabajando en dos portátiles, una mano en cada uno, y le lanzó una mirada a Liz con un "No. Lo miraré más tarde. Cuando pueda".

Liz raramente había visto a la joven sin un dispositivo, o dos. Era una adicta al trabajo y excepcional en lo que hacía. Terry la había puesto al día sobre el allanamiento en la casa de Susie, pero no debería haber esperado una respuesta, o incluso que hubiera comenzado a analizar el mensaje borrado.

—Gracias. —Dejó a Meg en paz y regresó a Homicidios.

Todavía era circunstancial, dependiente de la precisión de Vince. Hasta que alguien presentara alguna evidencia, seguiría siendo una teoría de una parte herida. A simple vista, el accidente era una tragedia causada por una carretera congelada y posiblemente un conductor por encima del límite de alcohol. Eso era especulación hasta que llegara el informe del forense. Pero también era demasiado común en conductores de accidentes automovilísticos que habían pasado la noche en un restaurante.

Y a David le gustaba el vino.

Presionó el botón del ascensor y se apoyó contra la pared mientras esperaba.

Había habido una fiesta en la casa de Vince. Quién sabe cuántos años atrás… ¿doce? Susie acababa de terminar la universidad. Era

su cumpleaños y de alguna manera había convencido a su padre, poco sociable, de que le permitiera organizar una reunión. Ella había elegido la música, la comida y a la mayoría de los invitados. La fiesta se instaló afuera y Vince había alquilado una carpa e incluso baños exteriores. La comida era vegana y servida por uno de los amigos de Susie que se había dedicado al catering, y era excepcional.

Pero dos hombres habían terminado en la cocina de la cabaña cocinando hamburguesas congeladas para agregar a sus comidas. Vince y David, que parecía un niño en aquel entonces. No realmente un niño, pero de la edad de Susie y obviamente enamorado de ella. Él y Vince habían pasado tiempo juntos esa noche, por lo que Liz podía recordar. Ella pensó que era estratégico por parte de ambos mientras cada uno trataba de conocer al otro. Habían comenzado a beber diferentes vinos hasta estar un poco demasiado "alegres" y Susie se había enojado con ambos.

Las puertas del ascensor se abrieron. Estaba lleno. Lo dejó pasar y fue en busca de las escaleras. De todos modos, era mejor para su cardio.

Pete estaba en la oficina de Terry cuando ella golpeó.

—Toma asiento, Liz. ¿Alguna suerte con Investigación de Accidentes? —preguntó Terry.

—Demasiado pronto para decirlo.

—Porque no hay nada que decir —dijo Pete—. El conductor no pudo manejar las condiciones heladas y perdió el control. Simple.

En lugar de darle la satisfacción de debatir el punto, Liz miró a Terry. —Está por todas las noticias que hemos perdido la oportunidad de atrapar a Malcolm Hardy. ¿Qué hacemos para demostrar que están equivocados?

Terry hizo una mueca. —Pronto voy a una reunión para discutir esto. Hardy no está ahí fuera solo. Tiene suficientes amigos para esconderse hasta que se ponga demasiado caliente para él, lo cual es nuestro trabajo hacer que ocurra. Me gustaría que ambos comenzarais a visitar nuevamente a sus diez o más contactos conocidos. Sacudid algunos avisperos. Sugerid que cualquiera que sea atrapado con él caerá duro… a menos que sean amables y ayuden.

Pete hizo crujir sus nudillos con una amplia sonrisa.

—Mantenedme informado. —Terry miró su reloj—. Me voy. ¿Tenéis una lista actualizada de los contactos de Hardy?

—Los conozco de memoria. —Pete se puso de pie—. Casi somos lo suficientemente cercanos como para intercambiar tarjetas de Navidad.

Las tarjetas de Navidad tendrían que esperar. Después de una sola parada (un callejón sin salida) Terry había llamado y les había dicho que se fueran a casa. Se fijó una reunión para primera hora de mañana y quería que todos estuvieran frescos. Pete había aprovechado la oportunidad y le pidió a Liz que lo dejara cerca de una parada de tranvía en Carlton después de organizar una cita de última hora.

El hambre y la oportunidad llevaron a Liz a sentarse en una mesa en Spironi's justo antes de las ocho.

La mesa era para dos y estaba ubicada contra la ventana. A pesar del frío exterior, la acera estaba bastante concurrida. A lo largo de todo el distrito de restaurantes de Lygon Street, los posibles comensales eran agasajados por voceadores que competían por clientes.

Jugaba con el tallo de una copa de vino tinto, sus ojos moviéndose de mesa en mesa. Era la única persona cenando sola. Había una o dos parejas, pero el resto eran grupos de cuatro a ocho. Camareros con delantales blancos se movían entre las sillas con grandes bandejas de comida. El olor a tomates, pan y hierbas hizo que su estómago rugiera.

Su camarero, un hombre de unos cuarenta años con una gran sonrisa, le trajo sus ñoquis y los colocó frente a ella con un floreo.

—Gracias… ¿Mike? —Leyó en el bolsillo bordado de su delantal.

—Es un placer. ¿Le gustaría otra copa de vino?

—No, pero gracias. Me preguntaba si trabaja los viernes.

Mike le dio una mirada cautelosa. Liz mostró su placa.

—Oh. Oficial. Soy uno de los propietarios. ¿Algún viernes en particular?

—El último. ¿Recuerda a un grupo de dos parejas y una niña pequeña?

Su rostro decayó. —Los Weaver y los Pickering. Vienen casi todas las semanas. Terrible lo que pasó. No es lo que uno espera.

Nunca lo era.

—¿Notó algo fuera de lo común?

—Solo los acomodé. Marco era su camarero, pero está libre esta noche. ¿Quiere que le deje un mensaje?

—No es necesario. Siempre puedo pasar si lo necesito.

—Recuerdo que Marco dijo que los hombres, el señor Pickering y el señor Weaver, estaban discutiendo. Cerca de la puerta trasera, pasando los baños.

—¿Escuchó de qué se trataba?

—Mejor preguntarle a él.

—¿Por casualidad hay cámaras en esa parte del edificio?

—Me temo que no.

—Gracias, Mike.

¿Sobre qué estaban discutiendo? ¿Y alguien más lo había escuchado?

Algo no encajaba. Dos amigos discutiendo la misma noche que uno de ellos recibió un mensaje críptico. ¿Advertencia o amenaza? De cualquier manera, necesitaba averiguarlo.

DIEZ

—¡Mami!

Vince se incorporó de golpe, arrancado de un sueño.

—¿Dónde *estás*, mami?

—Ya voy, Susie. Oh. Mierda. Melanie. —Rodó fuera de la cama, buscando una bata que parecía no querer ser usada. Su brazo se metió por el agujero equivocado, y tuvo que empezar de nuevo.

—¡Mami! ¡Papi!

Melanie estaba de pie en su cama, con lágrimas corriendo por su cara. Vince encendió la luz. Con el brazo extendido, ella lo señaló y gritó:

—Quiero ir a casa. Los quiero de vuelta.

—Melly…

Su rostro se desmoronó en desesperación, y se dejó caer sobre su trasero. Él se sentó a su lado, desorientado. Nada de lo que pudiera hacer o decir mejoraría esto.

—No quiero que estén muertos —dijo con un gemido.

—Lo sé, cariño. Yo tampoco quiero que estén muertos.

Ella se arrojó a sus brazos y durante un largo tiempo él la dejó llorar, meciéndose juntos y acariciando su cabello. Su corazón estaba vacío. Frío como una piedra.

Los sollozos se convirtieron en hipidos.

—Espera. Déjame tomar un pañuelo. —Tomó algunos de la mesita de noche y ella le permitió secarle las lágrimas antes de tomar el control y sonarse la nariz.

—¿Dónde está Raymond? —preguntó.

—¿Quién es Raymond?

—El oso Raymond. Siempre duerme en la cama conmigo.

¿El osito de peluche de tu antigua habitación? ¿Por qué no lo traje en vez de dejarlo en tu otra cama? Idiota.

—Lo encontraré por la mañana. ¿De acuerdo?

—Pero… —Se llevó la mano a la boca mientras sus ojos volvían a brillar.

—Espera, Mel. Tengo una idea si puedes darme un minuto. Vuelve a meterte en la cama y veré si tengo un sustituto para esta noche.

Ella se metió en la cama y él encendió la lámpara.

Al salir, apagó la luz principal.

En el armario del pasillo rebuscó en el rincón más alejado, sacando una vieja caja polvorienta. Bajo la tapa había un desgastado oso de peluche rosa descansando sobre álbumes de fotos, papeles y recuerdos. Dejó la caja y llevó el osito a la habitación de Mel. Ella se incorporó a medias, con ojos curiosos.

—Esta es Topsy, y ha estado en una caja en el armario durante mucho tiempo. Creo que necesita muchos abrazos.

Melanie tomó el oso y lo examinó, dándole vueltas.

—¿Este era tu oso?

—Topsy pertenecía a tu madre.

Su boca formó una "o" y miró del oso a Vince y viceversa. ¿Sería demasiada verdad? Podría haber mentido al respecto, pero mentir no ayudaba a nadie.

—¿Crees que Topsy podría sustituir a Raymond esta noche?

Melanie se deslizó de nuevo en la cama, apretando el osito contra ella. Las lágrimas podrían haberse ido, pero cómo debía dolerle su pequeño corazón. Vince subió las mantas y las alisó.

—Me quedaré aquí un rato si te parece bien.

Con el más pequeño de los asentimientos, Melanie cerró los ojos con fuerza.

Había olvidado esto. Las lágrimas y el pánico en medio de la noche. Susie despertando y llamando a su madre. Noches en las que se había sentado aquí odiándose una y otra vez por no haber llegado

a casa a tiempo ese día para salvar la vida de Marion, o al menos evitar que Susie la viera morir.

Entonces le cantaba a Susie. Siempre la calmaba y a veces lo calmaba a él también.

—La luna está mirando… —comenzó, tan suavemente como pudo —. Las estrellas están bailando…

Los ojos de Melanie se abrieron un poco.

—Y allá arriba alguien especial está pensando en ti…

No puedo creer que recuerde la letra.

—Te aman siempre… eres su precioso regalo…

La mano de Mel buscó la suya y le dio una débil sonrisa.

—Y la luna y las estrellas también te adoran a ti…

Se quedó dormida y él le besó la frente.

Ahora estaba en la sala de estar. Había recogido la caja del armario y no sabía qué hacer con ella, así que la dejó en el sofá. Su corazón ya no estaba vacío ni frío. Latía pesadamente mientras trataba de reprimir la terrible tristeza. Era la misma pesadilla otra vez.

Lo habían superado, él y Susie.

No puedo hacer esto de nuevo.

Miró fijamente el banco que usaba para tallar madera. El pájaro estaba allí donde lo había dejado, aquel al que había cortado demasiado profundo con la llegada de la policía. Lo recogió y con un movimiento rápido le rompió el cuello y arrojó los pedazos a una papelera debajo del banco.

En la parte posterior del banco había una escultura tallada terminada de una exquisita ave lira, con su cola curvada hacia arriba, y cada pluma perfectamente definida. Vince la agarró y la sostuvo sobre la papelera.

Luego tomó una respiración temblorosa y la llevó a la repisa de la chimenea. Entre fotografías y otras aves, encontró un espacio para ella.

Sus piernas temblaban. Había un rugido en sus oídos.

Tomando la fotografía de él con Susie y Marion, la sostuvo contra su pecho y se tambaleó hasta el sofá. Se balanceó hacia adelante y hacia atrás mientras miraba la imagen de su hija y esposa.

Las lágrimas se acumularon en sus ojos hasta que desbordaron, corriendo por sus mejillas mientras alcanzaba la caja y sacaba un libro de bebé. En la primera página estaba Marion, muy embarazada con una sonrisa radiante compitiendo con una leve expresión de pánico.

En la siguiente página estaba la recién llegada Susie. Susan Marie.

Un oso de peluche rosa estaba en la esquina de la cuna.

Página tras página de recuerdos.

Un mechón del cabello de Susie.

Imágenes de ella gateando, luego caminando.

Su primera palabra. "Pa-pá".

Vince lo cerró abruptamente y se limpió las lágrimas de la cara.

Enmarcado en madera oscura estaba su certificado de matrimonio. Vincent John Carter y Marion Leigh McLean. Su dedo trazó la firma de Marion. Nunca había cambiado a lo largo de los años, la forma en que escribía tan pulcramente, a diferencia de sus garabatos desordenados.

Había un puñado de cartas que Marion había guardado de cuando estaban comprometidos y él había tenido que estar ausente durante semanas. Tanto para ella como de ella, y algún día las leería de nuevo, pero aún no tenía el valor.

En el fondo había una pequeña caja y dentro estaba una medalla de oro con una "V" y una "A" entrelazadas en su centro. La Condecoración al Valor Policial por valentía. Cerró la caja de golpe.

Su valentía no significaba nada.

Amarillento y doblado, un artículo de periódico llamó su atención. Había olvidado que lo tenía. Por qué lo había guardado… quizás alguien se lo dio, y lo había metido aquí con los otros recuerdos. La fotografía principal mostraba a un oficial de policía uniformado ayudando a una anciana a ponerse de pie. Estaban en una calle donde la gente se agolpaba y barreras de control de multitudes

bordeaban ambos lados. Ella vestía un uniforme de servicios armados y medallas.

Otra foto de una sábana sobre un cuerpo en lo alto de unas escaleras con vistas a la misma calle.

Y una de un paramédico atendiendo a otra oficial de policía, con la cara sangrando.

Liz.

Un titular.

Tragedia evitada en el Desfile Regional del Día de Anzac.

Sus ojos se cerraron mientras los recuerdos lo golpeaban.

Un joven con la cabeza rapada acechando detrás de una estatua en lo alto de las escaleras. El destello de algo en su mano envió a Vince volando escaleras arriba justo cuando una pistola apuntaba a la multitud de abajo. Una advertencia gritada por encima de su hombro podría haber alertado a la multitud pero también al tirador, quien disparó mal, rozando la cara de Liz.

Se había colocado en la línea de fuego y derribó al hombre con dos disparos.

Nadie más resultó gravemente herido. El hombre había dejado una nota. Tenía la intención de matar a tanta gente como pudiera ese día. Era el plan a medio cocinar de alguien en libertad bajo fianza acusado de amenazar a su abuelo distanciado, un veterano que era uno de los pocos en este desfile en un pueblo a dos horas de la ciudad.

Vince abrió los ojos, volvió a doblar el periódico y lo devolvió a la caja. Había estado allí ese día con poco aviso, conduciendo con Liz. No podía recordar por qué ellos, o por qué la policía local quería una presencia más fuerte.

—Era mi día libre.

La caja de la medalla cayó sobre el recorte de periódico.

Marion había estado enferma con asma durante la noche. Pero él la había dejado sola de todos modos. A ella y a Susie.

Añadió el libro del bebé a la caja.

Cuando el pánico del tiroteo había disminuido, cuando su propia adrenalina finalmente se había desplomado, llegó una llamada. Le dijeron que fuera a casa.

La ambulancia todavía estaba en su casa cuando, con las sirenas sonando, entró en su camino de entrada. Lyndall tenía a Susie en la cocina. Marion estaba en el sofá de la sala de estar. Había llegado demasiado tarde.

Sostuvo un gran sobre contra su pecho durante un rato, con la mirada perdida. Había pasado mucho tiempo desde que alguien tocaba esto. Con un suspiro que salía de su alma, abrió el sobre. Dos alianzas de boda. La suya y la de Marion. Y el certificado de defunción de ella.

ONCE

Vince llevó una taza de café afuera, cerrando la puerta principal en silencio con la intención de sentarse en el porche para ver amanecer. Hacía demasiado frío para quedarse quieto, así que deambuló para revisar al poni. Ella lo saludó con un relincho suave y lo empujó con el hocico hasta que él dejó la taza y le dio un desayuno temprano. El poni estaba envejeciendo. Era de Susie, de hace unos veinte años. Sin embargo, estaba en buena forma y si Melanie se animaba, probablemente estaría dispuesta a llevar una brida de nuevo.

—Buenos días, Vincent.

Había notado que Lyndall estaba moviendo el ganado en uno de sus potreros, pero no la había visto cruzar su camino de entrada. Su primera reacción fue gruñir y volver adentro, pero los buenos modales se impusieron. Los modales y un pensamiento repentino.

Se acercó a ella en la valla. —Gracias por las flores. Fue muy amable de tu parte.

Ella apoyó los brazos en el barandal superior y lo miró desde debajo del sombrero de ala ancha de tela encerada que casi siempre llevaba. —Tu pequeña nieta ha venido a vivir contigo.

¿Se te escapa algo?

—Recuerdo haber conocido a Melanie hace un par de años. Susie la trajo a la casa.

—Es una buena niña. —No supo qué más decir.

—Por supuesto que lo es. Mira a su madre. Y a su abuelo.

Un silencio se extendió entre ellos. Habían sido vecinos durante décadas. Ella había sido amiga de Marion. Había ayudado cuando Susie estaba creciendo. Pero apenas se habían relacionado desde su distanciamiento con su hija. Ella había trazado alguna línea en silenciosa desaprobación.

Lyndall se enderezó. —En fin, las vacas no se moverán solas.

Pregúntale.

—Está bien. Bueno, gracias de nuevo —dijo él.

Lyndall dio unos pasos alejándose antes de mirar hacia atrás. —Si alguna vez necesitas algo. O una niñera, entonces…

—Eh, sí. ¿Estás segura?

Su sonrisa era sospechosamente conocedora. —¿Cuándo?

—Necesito recoger algunas de sus cosas de la casa de Susie. No me atrevo a llevarla allí todavía.

—¿A las diez? Le traeré algo a Melanie para el té de la mañana.

—Te lo agradezco.

Ella saludó con la mano mientras regresaba cruzando el camino de entrada y trepaba a través de la valla hacia su potrero.

Él odiaba pedir ayuda.

Pero solo por esta vez.

Encontraría a alguien local a quien pudiera pagarle para que lo ayudara si fuera necesario. Cualquier cosa era mejor que hacer peticiones a una mujer que lo había visto en su peor momento. Que probablemente todavía lo juzgaba por la muerte de Marion.

Ya se arrepentía de la conversación.

Las puertas del refrigerador estaban abiertas en la cocina de los Weaver. Bradley se apoyaba contra una encimera bebiendo jugo de naranja, hecho por Susie del preciado naranjo de Carla, directamente de una jarra. Ya había devorado la mitad de un plato de magdalenas caseras. Todo estaba todavía fresco. Delicioso. Menos mal que Susie le había dado llaves a Carla por si acaso estaba ayudando con Melanie después de la escuela y cosas así.

Algo había sucedido aquí. Residuos de huellas dactilares marcaban las superficies desde las plantas en macetas cerca de la puerta principal hasta las encimeras. No tenía sentido. ¿Por qué la policía habría espolvoreado el lugar cuando el accidente automovilístico fue exactamente eso? Un accidente.

El refrigerador emitió un pitido en protesta por haber sido dejado abierto tanto tiempo y él volvió a guardar la jarra y cerró las puertas. Había bolsas térmicas en la despensa y las puso sobre la encimera para recordar llenarlas antes de irse. No tenía sentido que el contenido del refrigerador y el congelador se echaran a perder.

Miró la cafetera, pero un rápido vistazo a su reloj fue suficiente para que se dirigiera a la oficina de David. En una hora tenía una reunión y si había alguna posibilidad de salvar este desastre de semana, necesitaba recoger algo de munición.

Como era de esperar, el escritorio estaba impecable. Sus cajones estaban ordenados y, lamentablemente, era demasiado moderno como para tener compartimentos secretos. Un archivador de madera estaba cerrado con llave, lo que no presentaba ningún problema. David guardaba las cosas importantes en una caja fuerte dentro del vestidor del dormitorio principal. Menos mal que compartían sus combinaciones en caso de emergencia. Sí, bueno, esto calificaba como tal.

Rozó uno de los trajes de David y se detuvo, tocando la solapa. Las veces que le había enderezado la corbata a David a lo largo de los años. Lo había adecentado para reuniones.

—Te echo de menos, amigo.

Perder a David era un golpe en muchos niveles. Amigo. Socio comercial. Confidente. Pero haría su duelo a su debido tiempo. Por ahora, tenía que asegurarse de que el negocio avanzara porque Melanie necesitaba lo que era justamente suyo.

Las llaves del archivador estaban en la caja fuerte y se las metió en el bolsillo. Registró sistemáticamente el resto del contenido. Pasaportes. Certificados de nacimiento y similares. Un fajo de dinero en efectivo. Había un sobre grueso y sellado. Interesante. Extendió la mano hacia él.

Clic.

Dio un respingo al oír un sonido proveniente de abajo y agarró lo único para lo que había venido: una carpeta.

Temeroso de ser sorprendido allí, Bradley cerró la caja fuerte y reinició la combinación con algo que era poco probable que alguien más adivinara. Volvería más tarde.

Desde lo alto de las escaleras, la casa estaba en silencio. Nadie se movía. Claramente, todo este asunto estaba alterando sus nervios.

La llave del archivador cumplió su función y Bradley tomó un montón de carpetas, deslizándolas en un maletín que había traído consigo. Abrió el portátil de David y buscó en su historial, anotando un número de cuenta en un trozo de papel que arrancó de un bloc de notas. De todos modos se llevaría el portátil, pero necesitaba este número para la reunión.

Bradley dobló el papel para guardarlo en su bolsillo.

—¿Qué demonios estás haciendo aquí?

El papel se le cayó de los dedos al sobresaltarse.

—¡Me has dado un susto de muerte, Vince!

Vince llevaba una pequeña maleta.

—¿Por qué estás en la casa, Pickering? Esta es propiedad privada.

—¿Vas a llamar a la policía, ex oficial Carter? —No pudo evitar el desdén en su voz, pero no le importó. Vince Carter era un inútil cuando era policía y hoy en día era poco más que un obstáculo para el acceso suyo y de Carla a Melanie. Cuando Vince se movió hacia él, levantó ambas manos para calmar la situación—. Tranquilo. Me has sorprendido. Solo estoy recogiendo documentos de la empresa que David iba a llevar a la oficina. Los necesito.

Recogió el papel caído y luego alcanzó el portátil.

—Déjalo —espetó Vince.

—Pertenece al negocio.

—Alguien entró ayer. ¿Tienes idea de lo que buscaban?

—Ah, eso explica los residuos. ¿Entraron aquí? —Bradley miró alrededor de la oficina. Nada parecía fuera de lugar—. ¿Robaron algo?

—No robaron nada. No que podamos encontrar todavía. Pero la policía ha tomado una gran cantidad de huellas dactilares y otros rastros.

Con una sonrisa, Bradley cerró el maletín. —Las mías estarán por todas partes. Las de Carla también.

—Te acompañaré a la salida.

Necesito ese portátil.

No importaba por ahora. Tenía que llegar a la reunión y pasó con paso firme junto a Vince, quien lo siguió. —¿Dónde está Melanie? ¿No la habrás dejado sola en el coche?

—Dónde está no es asunto tuyo. —Vince iba justo detrás de él bajando las escaleras.

—Somos sus padrinos, Vince. —Abrió la puerta principal y se volvió para enfrentar al otro hombre—. Carla se está volviendo loca por verla. Queremos que nos visite.

Vince dejó la maleta en el suelo y por un instante, el corazón de Bradley se aceleró anticipando ser físicamente empujado fuera de la casa. Pero Vince cruzó los brazos y lo miró fijamente. —¿En qué andaba metido David?

—No entien…

—Tal vez estás tan metido en la mierda como lo estaba David.

—Nuestro negocio es transparente.

—Ese accidente no fue casual —dijo Vince.

—Bueno, la policía dijo que la carretera estaba congelada.

—¿Y tú qué dices, Bradley?

Nada que no le ganara un puñetazo.

—Dame las llaves de la casa. No hay razón para que las tengas.

Bradley se las entregó. —Todavía necesito el portátil y muchos más archivos.

—Entonces coordínalo a través del abogado de David y Susie.

—Tal vez Melanie debería mudarse con nosotros por un tiempo. Obviamente necesitas tiempo para hacer tu duelo.

Los brazos de Vince cayeron y dio un paso hacia Bradley. —Tal vez deberías largarte de aquí.

Tan pronto como Bradley salió, la puerta se cerró tras él.

Vince esperó hasta que Bradley se alejó en su coche antes de moverse de la puerta principal. No confiaba en que el otro hombre no tuviera un segundo juego de llaves. No tenía motivos para que Bradley le cayera tan mal, pero siempre había sido así. El hecho de que estuviera casado con la mejor amiga de Susie había generado incomodidad en los eventos a los que todos habían asistido, pero siempre se había mantenido cordial. Por el bien de ella.

Liz ha tratado con ellos.

Por qué eso le vino a la mente era un misterio, pero su antigua compañera había estado involucrada en un caso relacionado con Carla años atrás y no podía recordar por qué ni el resultado. Necesitaba preguntarle. Lo que significaba lidiar con cientos de preguntas preocupadas de ella.

Negando con la cabeza, Vince se dirigió al dormitorio de Melanie.

Raymond, el oso fue el primero en entrar en la maleta, seguido de más de su ropa. Le había preguntado qué quería que le trajera esta vez y lo único que se le ocurrió fue a Raymond. Se había quedado muy callada, y él no la presionó para que diera más ideas.

Encontró pantuflas, más zapatos y pijamas, un par de jerséis y otras prendas abrigadas. Había un gorro tejido muy lindo y unos frasquitos de crema para manos o algo así, así que los metió junto con un par de libros. Todo lo que podía esperar era tener suficiente para ella por un tiempo. Hasta después del funeral.

Habitación por habitación, revisó la casa. Todas las ventanas estaban cerradas. Puerta trasera cerrada. La puerta de la lavandería tenía una plancha de madera clavada en lugar de vidrio y sería difícil de atravesar.

Se detuvo al ver las bolsas térmicas en la cocina. No habían estado ahí el día anterior. Bradley debía haber planeado vaciar el lugar.

—Pequeño cabrón.

La nevera estaba bien surtida. Empacó lo que podía servirle en una bolsa térmica. Queso. Magdalenas. Fruta. Yogur. Debería regalar

el resto. O tirar lo que se estaba poniendo demasiado viejo. O algo.

Tendría que esperar. Tenía que reunirse con el abogado de Susie, una cita de último minuto gracias a la disponibilidad de Lyndall esta mañana.

En la puerta principal dejó la maleta y la bolsa térmica para buscar las llaves.

Había estado allí antes. Un poco más de un año atrás. Con su hija.

—Susie, no entiendes lo que les está haciendo a los dos.

—Te he dicho que te vayas, papá.

Estaba furiosa. Tenía las manos en las caderas y la cara roja de ira. Vince acababa de enterarse de que David había sido interrogado sobre la situación migratoria de algunos de sus empleados. No era la primera vez.

—Cariño, tienes que pensar en Melanie.

—Eso hago.

—Que ella esté expuesta a ese tipo de…

—¿Tipo de qué? —Susie negó con la cabeza—. Si hay un problema con el personal, entonces David lo arreglará. Él es honesto y siempre lo ha sido. La persona de la que necesito proteger a Melanie eres tú.

Como si le hubieran dado una patada en el estómago, Vince retrocedió.

—Vives en el pasado, papá. Lo que quiero es que busques ayuda. Que superes la muerte de mamá y toda esa mierda. Empieza a ser el abuelo que Melanie merece.

—No necesito ayuda.

Toda la ira se había desvanecido de ella, reemplazada por tristeza. Su tono se había aplanado. —¿Ves? Solo vete, papá. Vuelve cuando estés listo para dar la talla.

Esas fueron las últimas palabras que intercambiaron.

Él se había ido y se había enfurruñado en lugar de cambiar y arreglar su relación.

Ahora se veía obligado a dar la talla.

Demasiado tarde.

DOCE

Lyndall era agradable. Para nada aterradora como había dicho el abuelo. Tenía ojos sonrientes con arruguitas y líneas interesantes en su rostro, y le gustaba dibujar.

A Melanie le encantaba dibujar y esperaba que el abuelo le trajera su cuaderno de arte de casa. Lyndall había traído uno con ella y lápices de colores y se habían turnado para dibujar diferentes cosas.

Flores en el jarrón que Lyndall dijo que eran de su propio jardín.

Uno de los pájaros de madera que tallaba el abuelo.

Un dibujo de cada una.

Y luego algunos de cosas imaginarias.

Cuando el abuelo llegó a casa, parecía triste otra vez. Pero puso la maleta sobre su cama y le dijo que mirara dentro y allí estaba Raymond. Después de abrazar a Raymond, abrazó al abuelo y entonces él sonrió.

Uno de sus libros de arte estaba allí pero no había lápices.

—¿Qué pasa, cariño? —Lyndall se estaba poniendo su abrigo para irse.

No quería que el abuelo se viera triste otra vez en caso de que se sintiera mal por olvidar los lápices. —Oh, nada realmente.

—¿Sabes? Me gustaría que te quedaras con esos lápices y el cuaderno de dibujo hasta que tengamos otra sesión de dibujo. Y úsalos mientras tanto si te apetece. ¿De acuerdo?

¡Sí! Melanie se puso a trabajar en un nuevo dibujo. Usaría su imaginación otra vez.

—¿Te importa si acompaño a Lyndall hasta la valla? —preguntó el abuelo—. No tardaré mucho.

—Hmm mm.

Iba a crear algo hermoso.

—Siento haber tardado más de lo esperado.

Vince y Lyndall caminaron desde la cabaña en dirección a su camino de entrada.

—Melanie es muy especial. Está un poco callada, lo cual es de esperar, pero esa pequeña personalidad alegre que recuerdo está justo bajo la superficie, esperando a que el sol brille de nuevo.

Llegar a casa y encontrar dibujos coloridos por todo el suelo de la sala no era lo que esperaba, e incluso había habido un par de sonrisas de Mel.

—Se ha encariñado contigo, Lyndall. Gracias.

—A mí también me cae bien. Te veías abatido cuando regresaste. ¿Malas noticias?

—Encontré a Bradley Pickering revisando cosas en el despacho de David.

—Espero que lo hayas echado de una patada.

Sonrió. Era un pensamiento agradable.

—No llegó a tanto, pero le he quitado su juego de llaves. Carla las tenía cuando solía ayudar con Melanie.

—¿Vale la pena decírselo a la policía?

—Estoy pensándolo.

Se detuvieron en la valla y Lyndall tenía una expresión extraña. Extraña, incluso para ella.

—¿Qué? —Vince prefería saber.

—Mel mencionó que extraña a Carla.

Este era un problema para otro día. Miró hacia la valla. —¿Por qué estamos aquí y no cerca de mi coche? Puedo llevarte de vuelta.

Ella puso los ojos en blanco y en un movimiento fluido trepó los barrotes y estaba del otro lado. —No está mal para una vieja. ¿Qué te dijo el abogado?

Él miró hacia la cabaña. —Susie y David tienen un testamento pero es antiguo, de justo después de que Mel naciera. Desde entonces, David compró parte del negocio con Bradley y no hay nada sobre cómo gestionar su participación. Aunque debería ir a Melanie, siempre hay complicaciones y Bradley podría tener algún acuerdo que lo afecte. Eran propietarios absolutos de su casa y tengo que decir, Lyndall —se volvió hacia ella, que no se había movido, sus ojos estaban fijos en él—, que eso me sorprendió. Son jóvenes… eran jóvenes… para haber pagado una hipoteca tan pronto.

Eso lo tenía desconcertado. Susie no había trabajado en un par de años aunque estaba involucrada en organizaciones benéficas. Los ingresos, por lo que él sabía, provenían del negocio de David. Debe estar funcionando mejor de lo que aparentaba el almacén mal mantenido.

Y eso era un desastre total.

—¿Nunca cambiaron el testamento sobre Melanie… adónde deseaban que fuera en tales circunstancias? —Su voz era la más suave que jamás había escuchado.

—Nunca lo cambiaron. Siempre se entendió que vendría conmigo. Pero el abogado me advirtió que no sucederá automáticamente, lo de la custodia legal. Tengo algunos obstáculos que superar.

Con una sonrisa, Lyndall le dio una palmada en el hombro. —Entonces mejor empieza a ponerte en forma. Acabas de ver a una mujer de sesenta y cinco años trepar una valla en medio segundo. Imagina lo que podrías hacer si lo intentaras. —Antes de que pudiera responder, ella se alejó trotando. Luego levantó el brazo para saludar sin mirar atrás.

—Presumida —murmuró.

—El oído todavía me funciona bien, Vincent —gritó ella.

Él se palmeó la barriga. Perder un poco de peso no le haría daño. Con o sin obstáculos.

Carla estaba cerca de la ventana de la sala; sostenía la cortina a un lado mientras miraba fijamente la calle.

Bradley tecleaba en un portátil desde el sofá, mirándola de vez en cuando. Le preocupaba verla tan esperanzada. Necesitaba mantener sus expectativas bajas. Al menos por ahora. —Cariño, no estoy seguro de que este sea el mejor movimiento.

Ella no se volvió. —Necesita saber la verdad. ¿Cómo pueden los Servicios Infantiles tomar decisiones adecuadas sin ella? ¡Oh, ya está aquí!

Bradley cerró el portátil. Había cometido el error de contarle demasiado a Carla sobre su encuentro con Vince y ella había llamado inmediatamente por teléfono. Lo extraño era que le había caído bastante bien Vince hasta que Susie lo excomulgó. La lealtad hacia Susie era profunda en su esposa.

Carla corrió a la puerta principal y un momento después regresó con la otra mujer, una funcionaria pública desaliñada con un maletín. Él se levantó y extendió su mano para saludar. —Soy Bradley.

—Dawn Burrows. Encantada de conocerlos a ambos.

—¿Café? —preguntó Carla.

—No, gracias. Ando un poco corta de tiempo, pero su llamada sonaba urgente.

—Por favor, tome asiento. —Bradley señaló un sillón frente al sofá, donde él y Carla se sentaron después.

—Señorita Burrows, esto es referente a Melanie Weaver —comenzó Carla—. Es nuestra ahijada y la queremos mucho. Hemos estado en su vida desde que nació, y ha pasado mucho tiempo con nosotros. Susie era mi mejor amiga, desde nuestros días universitarios.

—Siento mucho su pérdida, señora Pickering.

—Gracias. Es difícil imaginar que Susie ya no está, e igual de difícil no saber qué será de Melanie.

—No entiendo del todo.

No eres la chispa más brillante, ¿verdad?

—Estamos preocupados por Melanie —dijo Bradley—. Le hemos pedido a Vince Carter que nos permita verla, pero se negó rotundamente.

—Aún es muy reciente. Acaba de salir del hospital y él y Melanie tienen mucho que asimilar. Mucho que ajustar. Estoy segura de que está en buenas manos.

Carla miró a Bradley y luego de nuevo a la otra mujer. —El asunto es que Vince y Susie tuvieron una gran pelea hace un tiempo y él prácticamente cortó todos los lazos con ella, *y* con su propia nieta. Pero nuestra casa es como un segundo hogar para ella. Se siente segura aquí. Idealmente, nos encantaría que Melanie viviera con nosotros.

La trabajadora social frunció el ceño. —Las visitas son una cosa. La custodia es algo muy diferente.

—¿Incluso si quien tiene la custodia no es apto? —El pánico en la voz de Carla conmovió el corazón de Bradley.

—¿Cómo es Vince Carter no apto? —Dawn entrecerró los ojos.

—Tenía algo contra David. Lo acusó más de una vez de ser un criminal y eso simplemente le rompió el corazón a Susie. Ella le dijo que no era bienvenido hasta que buscara ayuda.

—¿Qué tipo de ayuda, señora Pickering? ¿Sabe usted?

Carla asintió. —Tiene problemas de ira, y la violencia. Es un asesino.

Eso pareció sorprender a la señorita Burrows, quien tocó el asa de su maletín como si estuviera a punto de recogerlo, luego cruzó las manos sobre su regazo. —Soy consciente de que le quitó la vida a alguien en cumplimiento de su deber, y potencialmente salvó varias al mismo tiempo. ¿Es a eso a lo que se refiere?

Se estaban formando lágrimas en los ojos de Carla. Se estaba frustrando. Bradley tomó su mano y la apretó, y sus hombros parecieron relajarse un poco. Él hablaría por ella. Le quitaría la presión.

—Todo el mundo sabe que Vince salvó vidas ese día, pero lo que la mayoría de la gente no sabe es que nunca lidió con las consecuencias. Quiero decir, su propia esposa falleció ese día porque no podía estar en dos lugares al mismo tiempo, y eso le afectó la

cabeza. Carla y yo estamos genuinamente preocupados por el bienestar a largo plazo de Melanie si se queda con él. Ya fue bastante difícil para Susie criarse allá fuera, completamente sola excepto por un viejo amargado.

—Y Susie dijo que quería que yo siempre fuera parte de la vida de Melanie —susurró Carla mientras una única lágrima se deslizaba por su mejilla.

Después de revisar su reloj, la señorita Burrows recogió su maletín y se puso de pie. —Puedo asegurarles que todos los aspectos serán considerados antes de hacer cualquier recomendación. Hasta que se lea el testamento y se tengan en cuenta otros factores, el status quo se mantiene. Ahora, discúlpenme por favor.

Bradley la acompañó fuera de la sala, pero ella se detuvo en el umbral con lo que podría haber sido un intento de sonrisa hacia Carla. —Déjeme hablar con el Sr. Carter sobre una visita. Me pondré en contacto.

Carla asintió, pero cuando Bradley regresó un minuto después, ella estaba secándose más lágrimas.

—Dijo que hablará con él. Concéntrate en eso.

—Necesitamos hacer algo, Brad. Se va a perder todas las cosas que Susie quería. Y la extraño. —Su labio tembló—. Realmente la extraño.

—Yo también. Veamos si esta persona Burrows logra algo y si no, quizás tengamos que intensificar un poco las cosas. —Había más formas de ganar esta guerra de las que Dawn Burrows podría siquiera imaginar.

Mientras Melanie veía televisión en la sala, Vince abrió su portátil en la cocina. Usualmente pasaban semanas sin que lo usara, pero arrancó bien. Ignoró su solicitud de actualización.

Con bolígrafo y libreta cerca, Vince buscó el registro comercial.

PickerPack Holdings Pty Ltd.

Anotó el Número de Negocio Australiano y la dirección registrada, que era la de Bradley. Se había establecido originalmente como una empresa privada hace casi diez años. Revisando el registro histórico de su existencia, encontró cuando David compró parte y se convirtió en codirector. Cuatro años atrás.

Fue una sorpresa en ese momento, para Vince al menos. David era un gerente senior en una importante empresa de logística al otro lado de la ciudad. Se había quejado lo suficiente del trayecto diario, pero Susie no quería mudarse a los suburbios del Este. Su trabajo era seguro, bien pagado y le ofrecía potencial para avanzar en su carrera, mientras que comprar parte de un negocio en dificultades hizo sonar las alarmas.

Y Susie estaba preocupada.

Vince abrió sus correos electrónicos y murmuró una palabrota mientras un *ding* tras otro anunciaba la llegada de varias semanas de correspondencia. La mayor parte era basura: correo no deseado de vendedores en frío y cuentas que ya había pagado. Se levantó para revisar a Melanie.

Estaba acurrucada con Raymond y Topsy en el sofá, una manta cubriéndole la espalda y los hombros. El fuego estaba encendido pero ella estaba acostumbrada a la calefacción central, y tendría que considerar cómo hacer un mejor trabajo para mantenerla caliente. Ella no lo notó, y él se fue antes de poder molestarla.

Todos los correos electrónicos se habían cargado y escribió "Susie" para comenzar una búsqueda.

Los más recientes eran condolencias por su muerte de antiguos colegas y cambió su búsqueda a su dirección de correo electrónico real. Esto mostró cientos de correos de ella durante un largo período, hasta sus días universitarios cuando vivía en el campus.

Su corazón latió incómodamente.

Se desplazó hacia atrás cuatro años y encontró el que recordaba. David estaba a punto de dejar su antiguo trabajo.

Confío en él completamente, por supuesto. David no toma decisiones a la ligera, pero supongo que realmente ha tenido suficiente de conducir por toda la ciudad cinco días a la semana y trabajar para otra persona. Él y Bradley son tan buenos amigos y

serán socios. David está rebosante de ideas para usar su experiencia en logística para atraer más clientes. Estoy segura de que sabe lo que está haciendo.

—Y sin embargo, no lo sabía.

Había otro, un par de meses más adelante.

David está un poco decepcionado con Bradley, que quiere que cualquier cambio llegue lentamente. No quiere trasladar el almacén para facilitar más clientes, así que por ahora, David está tratando de aprender todos los aspectos del negocio para tener un caso más sólido para el desarrollo. Mencionó que había algún tipo de problema con un empleado. Algo sobre su estatus migratorio. Pero por lo demás, todo va bien. ¿Te parece si voy el fin de semana con Melly-belly?

Ella lo había visitado y habían discutido. Fue el comienzo del verdadero deterioro de su relación, y solo trajo a Melanie un par de veces más. Vince había hecho algunas averiguaciones discretas y no le impresionó en absoluto que Bradley estuviera siendo investigado por contratar inmigrantes ilegales. No solo eso, sino que les pagaba menos por largas horas de trabajo. Susie negó que David supiera algo de esto pero se negó a aceptar la opinión de Vince de que las malas prácticas de Bradley repercutirían en su nuevo socio.

Copió ambos correos electrónicos a un archivo. Luego añadió el enlace al registro comercial.

Quedarse de brazos cruzados era imposible. Alguien había atacado a David y su instinto le gritaba que estaba relacionado con el negocio. Pero por qué ese alguien decidió asesinar a una mujer inocente y herir a una niña no era algo que su cerebro pudiera entender. Ser policía lo había expuesto a lo peor de la naturaleza humana y esto estaba entre las acciones más malvadas que había encontrado. Si no podía investigarlo como miembro de la fuerza, y si ellos no lo investigarían, entonces tomaría el asunto en sus propias manos. Y que Dios ayude a quien encontrara responsable por esto.

TRECE

Pete conducía. A Liz le palpitaba la cabeza por la falta de sueño y el exceso de preocupación, y pensó que darle el volante a Pete lo mantendría demasiado ocupado para molestarla. No fue así, y se tragó más analgésicos antes de llegar a su siguiente parada. Después de un informe temprano, habían pasado el día trabajando en su parte de una lista de conocidos de Hardy. No todos eran delincuentes, pero ninguno, hasta el momento, había proporcionado información alguna.

—Dos más, Lizzie. ¿Crees que los teléfonos están que echan humo por toda la ciudad ahora mismo? Incluso podrían estar organizando una reunión para hablar de los policías molestos que no les dan paz.

A mí me serviría algo de paz.

Desear poder cerrar los ojos no ayudaba. Tocó su móvil, que tenía cargada la información que estaban manejando.

—Ya conoces a esta… Ginny Makos.

Él sonrió.

—¿Qué?

—Le caigo bien.

No era la primera vez que Pete decía algo similar sobre una persona de interés. Había estado encubierto durante mucho tiempo en una unidad secreta y había pocas personas que no conociera o de las que no hubiera oído hablar.

—Entonces quédate en el coche.

Se rio mientras estacionaba. —Ni siquiera hablará contigo. No es una mujer de mujeres, si entiendes lo que digo. ¿Hombres? Cosa muy distinta.

Cuando se abrió la puerta del apartamento del quinto piso, Liz lo entendió.

La mujer ni siquiera la miró, pero casi ronroneó mientras recibía a Pete como a un viejo amigo. Los dejó entrar hasta una pequeña sala pero no les ofreció asiento. Todas las cortinas y puertas interiores estaban cerradas, y el aire estaba demasiado cálido y lleno de suave música clásica. Ginny llevaba una bata de satén lo suficientemente abierta para mostrar la parte superior de un sostén de encaje rojo y tacones de aguja rojos de quince centímetros.

—Detective Pete… hace mucho que no nos vemos. Pero deberías haber llamado primero. Ya tengo un amigo que llegará pronto.

—Un minuto bastará. Alguien que ambos conocemos está jugando al escondite conmigo y pensé… quién mejor para darme una pista o dos que la dulce Ginny.

En serio voy a vomitar.

La sonrisa de Ginny se ensanchó aún más mientras sus ojos se endurecían. —Sabes que me encantan los juegos, Petey. Pero no creo poder ayudar.

—Señorita Makos, ¿conoce el paradero de Malcolm Hardy? —preguntó Liz.

Fue ignorada, como si no hubiera hablado.

—Tengo que prepararme para mi visitante. —Ginny puso su mano en la mejilla de Pete—. Pero ninguno de mis amigos está escondido.

Pete sacó su tarjeta y lentamente la deslizó en la parte superior de su sostén. —Si escuchas algo, cualquier rumor, o llegas a ver a Malcolm… te agradecería mucho que me lo dijeras. —Le quitó suavemente la mano de su cara—. Nos marcharemos.

Llegaron al ascensor sin hablar y Liz presionó con fuerza el botón de "bajar".

—¿Era a Ginny a quien te imaginabas golpeando? —preguntó Pete inocentemente.

—O a ti.

Las puertas se abrieron y entraron en el ascensor vacío.

—¿Exactamente cómo la conoces tan bien? En realidad, no contestes.

—La arresté.

—¿Por?

—Digamos que estaba metida en algo que le quedaba grande y después de cooperar, salió con un delito menor. Si alguno de los contactos de Hardy va a escupir la sopa sobre él, creo que será ella.

Liz no compartía su confianza, pero hasta ahora se habían topado con muros de piedra a cada paso, así que estaba feliz de que le demostraran que estaba equivocada.

La última persona con la que querían hablar no estaba en casa. Habían conducido hasta Wyndham Vale en los suburbios del oeste y esperaron durante media hora antes de regresar. Liz había dormitado mientras Pete seguía pistas en su móvil y cuando despertó, el dolor de cabeza casi había desaparecido. No tenía mucho sentido esperar más.

—¿Te apetece un pequeño desvío?

—¿Adónde? —preguntó Pete.

—Estuve en el almacén de Bradley Pickering la otra noche.

—¿Por qué?

—Curiosidad. —Había esperado algún comentario sarcástico—. El lugar parecía desierto, pero había alguien allí. Un hombre, creo, que me devolvía la mirada a través de la ventana.

—¿Estabas merodeando por su propiedad?

—Más o menos.

Pete giró hacia la carretera de Laverton. —¿Y por qué vamos allí otra vez?

—Terry estuvo en la casa de Susie ayer en Caroline Springs. Ha habido un allanamiento pero no se llevaron nada por lo que se puede ver. Luego Vince sorprendió a Pickering registrando la oficina; me envió un mensaje hace un rato para decir que le había quitado un juego de llaves a Pickering.

—No veo la conexión, Liz. Él tenía llaves.

—Sí. Pero no tenía permiso para llevarse nada de la casa y estaba a punto de llevarse un portátil. Es un tipo conflictivo. Y lo escucharon discutiendo con David la noche del accidente.

No hubo respuesta. Liz miró a Pete y él se volvió para encontrarse con sus ojos, con las cejas levantadas.

—Pensé que tendrías algo que decir sobre Vince —dijo ella.

—Mi problema es con él, Liz. No contigo. Si quieres investigar a Pickering, estoy feliz de ayudar.

¿Te estás ablandando? ¿O solo disfrutas la perspectiva de una discusión?

Sea como fuere, agradecía que viniera con ella. A Liz no le asustaban muchas cosas, pero había algo en el almacén, y en el hombre que lo poseía, que le molestaba.

Este día no podía terminar lo suficientemente rápido. La reunión de Bradley más temprano ese día había resultado en más trabajo para él, solo parte del cual había cubierto en casa esperando la maldita visita de la trabajadora social.

El resultado de meses de planificación pendía de un hilo gracias al accidente de David. Si tuviera que empezar de nuevo y encontrar una nueva empresa de transporte que cumpliera los requisitos, añadiría un retraso inaceptable a otras partes del proceso. David había establecido el trato, y con él fuera la otra parte estaba echándose atrás. Nunca habían tratado con Bradley y cuestionaban su capacidad para gestionar el lado logístico del acuerdo.

Si solo supieran cuánto dinero está en juego con este trato.

Había regresado al almacén para completar una nueva propuesta y acababa de enviársela por correo electrónico. Ahora comenzaba la espera. Los trabajadores estaban saliendo mientras él cerraba la puerta de su oficina. Abel estaba en la puerta lateral revisando sus bolsos como de costumbre. Desde que había comenzado a hacer eso cada día, los robos habían disminuido considerablemente, y un par de empleados se habían marchado, lo que le convenía. Los malos trabajadores hacían su vida un infierno.

—Voy a cenar con Duncan. —Bradley fue el último en salir aparte de Abel y se detuvo para hablar—. Debería obtener pronto un sí de

la empresa de transporte.

—Si no, será una cena corta.

Tal vez debería hacer a Abel socio. El hombre tenía un don para olfatear dónde estaba el dinero y disfrutaba ensuciándose las manos.

Afuera el viento había arreciado, haciendo volar trozos de basura por el hormigón. Bradley revisó su móvil mientras se alejaba, casi dejándolo caer al ver a dos policías subiendo por la entrada. Sabía que al menos una de ellos era policía. La última con la que quería encontrarse. Guardó el móvil.

—Vaya, si es la agente Moorland.

Qué satisfactorio que un destello de irritación cruzara su rostro. No había envejecido bien. Líneas que el maquillaje no podía disimular. No es que llevara mucho. Probablemente no le gustaban los hombres.

—Oficial Moorland —dijo ella.

—Voy camino a casa. —Hizo alarde de comprobar su Rolex.

—No le quitaremos mucho tiempo, señor Pickering. —Sus ojos recorrieron la entrada de arriba a abajo—. ¿Sin furgoneta?

—Impresionante que dos detectives se ocupen de vehículos robados.

Los policías se miraron. No lo habían oído. Entonces, ¿por qué estaban aquí?

—No lo hacemos, pero por el bien de la conversación, ¿cuándo fue robada? —El otro detective había hablado. Estaba desaliñado. Pelo largo como un surfista pero demasiado viejo.

—¿Y usted quién es? —preguntó Bradley.

—Oficial Pete McNamara. ¿Exactamente a qué se dedica su negocio?

—Revendemos mercancía, y notamos la falta de la furgoneta ayer. Alguien había usado cizallas en el candado de la puerta y se la había llevado. Lo denunciamos.

—¿Nosotros?

—Mi capataz lo hizo. Él la conduce, o quien necesite hacer entregas.

—¿Y usted también la conduce? —preguntó la mujer.

Casi balbuceó ante la idea. —Nunca. No es mi tipo.

—¿Dónde está su capataz?

—¿Por qué? —¿Qué creían que sabían?

El policía surfista dio un paso adelante. —¿Está aquí?

—Claro que sí.

Bradley regresó a la puerta, que se había cerrado y estaba bloqueada. La desbloqueó y miró dentro. —Lo siento. Debe haberse ido por hoy.

¿Dónde demonios estás, Abel?

—Puedo hacer que los llame. ¿O les gustaría tener su número? Cualquier cosa para ayudarnos a recuperarla.

Con una fuerte ráfaga de viento, la puerta se estrelló contra la pared.

El policía surfista metió la cabeza dentro. —Muchas mesas. ¿Son esos juguetes? Dijo que es un revendedor. ¿De juguetes?

—Entre otras cosas. Compramos artículos importados rechazados. Cosas que el comprador original cambia de opinión cuando las ve, y eso sucede mucho más de lo que esperaría. La mayoría de las veces no hay nada malo con los productos excepto las expectativas del importador y hemos hecho un negocio próspero comprando barato, reempaquetando y revendiendo. David tenía una manera de encontrar un mercado para cualquier cosa.

—¿Cualquier cosa?

—Cualquier cosa legal, detective McNamara.

—¿Sobre qué discutían usted y David Weaver en Spironi's la noche del accidente de coche?

Esto era lo último que esperaba de la boca de Moorland. —¿Qué? ¿Quién dijo que estábamos discutiendo?

—¿Lo estaban? —insistió ella.

—Claro que no. Éramos como hermanos. Ahora, lamento apresurarlos, pero realmente tengo que irme. —Cerró la puerta—. Saben, David era mi amigo y mi socio comercial. Susie era la mejor amiga de Carla, y ella llora hasta quedarse dormida cada noche. Y ni siquiera se nos ha permitido ver a Melanie.

—¿Qué estaba haciendo en su casa?

Requirió mucho control no estallar contra la mujer con su cara aburrida y ojos conocedores. Siempre había pensado que era mejor que él. Mejor que Carla. Pero explotar no iba a sacarlo de aquí más rápido y no estaba a punto de darle munición.

—Tenía llaves. Ahora las tiene Carter. Y todavía tengo un negocio que dirigir. David tenía archivos en su oficina en casa que necesitaba hoy. Y hay un portátil. Carter se negó a dejarme recogerlo, pero es mío.

—Gracias por su tiempo, señor Pickering. —El policía surfista asintió y luego se fueron. Ni una palabra sobre cómo podría recuperar el portátil. Ni ninguna compasión por su pérdida. Y ahora había un problema mayor. ¿Quién había escuchado su conversación con David esa noche?

CATORCE

Otra noche helada y aquí estoy, afuera una vez más.

Enciendo otro cigarrillo.

La puerta trasera de Spironi's finalmente se abre y sale a quien quiero ver. No me nota al principio hasta que soplo algo de humo en su dirección y da un respingo.

—¿Quién anda ahí?

Lleva una bolsa de basura.

—Tira eso, chico. Tengo una oferta para ti.

Pero retrocede hacia la puerta, así que me muevo para que pueda verme.

Su cara se relaja. —No vi su rostro en la oscuridad, señor…

—Tírala, chico.

La arroja al contenedor y me presta atención.

—Un joven como tú necesita algo de dinero. ¿Verdad?

—Claro, pero…

—Solo escucha. —Tiro el cigarrillo al suelo sucio—. Puede que alguien te pregunte sobre cierto desacuerdo que escuchaste.

Su boca se abre de golpe.

Saco un fajo de billetes del bolsillo y empiezo a separar algunos.

—El asunto es que esa fue una conversación privada, y debe seguir siendo privada. Necesitas olvidar cualquier cosa que creas haber oído.

Los ojos del chico no abandonan mis manos. Probablemente está contando. Hay mil ahí. No está mal solo por no decir algo.

—¿Oír qué?

—Buen chico. —Enrollo sus billetes en un cilindro y los deslizo en el bolsillo de su delantal—. Sigue así y obtendrás otro billete gordo.

—¿Cuándo?

—Nunca se sabe cuándo podría pasarme por aquí. Venir a ver cómo te va.

Tiene el dinero en la mano, contando rápidamente.

—Eso sí, una palabra fuera de lugar y eso estará pagando tu funeral.

El chico mete el dinero en su bolsillo y casi tropieza con sus propios pies al volver adentro. Ha captado mi mensaje alto y claro.

QUINCE

Carla había despertado en una casa vacía y permaneció en la cama un rato repasando la estúpida discusión con Bradley de anoche. Raramente discutían y le dolía que no hubieran resuelto las cosas antes de acostarse. Él no había venido al dormitorio y ella no estaba convencida de que siquiera hubiera permanecido en la casa por mucho tiempo. Su obsesión con el trabajo en este momento no era la razón, pero no hacía las cosas más fáciles.

La necesidad de café la llevó abajo, sin molestarse en ducharse y aún con la bata puesta. Otro día se extendía por delante con esta pesadez en su corazón como única constante.

Había una nota en la encimera.

Lo siento por lo de anoche, cariño. Salgamos a cenar esta noche. Tengamos un poco de tiempo para nosotros. Te quiero.

Sus labios se curvaron hacia arriba y parte de la tristeza se disipó.

Salir a cenar no le atraía. Pasaría mucho tiempo antes de que pudiera sentarse en un restaurante sin pensar en aquella noche. Pero podía preparar algo agradable para que comieran aquí. Ir de compras. Poner la mesa del comedor y comprar un buen vino.

Se dispuso a planificar un menú y luego escribió una lista de compras.

Después de lavar su taza de café, limpió el fregadero con una toalla de papel y abrió el cubo de basura para deshacerse de ella.

¿En serio, Brad?

La razón por la que habían discutido anoche estaba en la basura. Un paquete vacío de cigarrillos que ella había encontrado en el bolsillo de su chaqueta. Había olido el humo en la chaqueta cuando él se la quitó y ella quería llevarla a la tintorería. A menudo olía a humo después de estar en una de sus cenas con clientes. Pero allí estaba el paquete y él se había encogido de hombros echándole la culpa al estrés.

Esto era una pequeña traición. Querían un bebé y él había prometido no volver a fumar después de haberlo dejado dos veces. Ella lo empujó hacia abajo y cerró la basura de golpe.

Vince estaba sentado en la sala de espera fuera de la consulta del doctor Raju.

Melanie ya había tenido una revisión física con el doctor Lennard, quien estaba contento con su progreso. Había dibujado un gatito en su yeso, lo que la hizo reír. La siguiente parada era una sesión con el terapeuta, una de varias que Vince había reservado después de la visita inicial. Puede que no le gustaran los psicólogos, pero Mel era demasiado joven para navegar por la pérdida de sus padres con solo él para ayudarla. Como si él pudiera ayudar a alguien.

Envió un mensaje a Liz.

Buenos días. ¿Alguna novedad?

El contestador automático era lo más parecido a un callejón sin salida que podía imaginar y sería una baja prioridad con la carga de trabajo del equipo de Melbourne. Pero el coche, el informe del forense, esos estaban por llegar pronto. La funeraria había llamado temprano para avisar que el funeral ya estaba programado. Aún tenía que hablar con Melanie sobre ello y temía hacerlo.

Se reclinó en su asiento, con los ojos cerrados, los dedos curvándose en las palmas. Si su corazón latiera más fuerte, la recepcionista lo oiría. Años atrás le habían dado una lista de formas para manejar el estrés, ninguna de las cuales había tenido en

cuenta, aparte de comprar una pelota antiestrés. Todavía estaba en su envoltorio de plástico en algún cajón.

Tallar los pájaros ayudaba. Cuidar del poni también.

Su móvil vibró y abrió los ojos ante un mensaje de Liz.

Debería tener algunas noticias hoy y te llamaré cuando las tenga. ¿Podríamos reunirnos más tarde?

Aún no. Quería a Liz pero no estaba listo. El móvil fue a su bolsillo, el mensaje sin responder. Pero tendría que lidiar con ello pronto, una vez que tuviera un poco más de información y necesitara su ayuda.

La puerta de la consulta se abrió y Melanie salió corriendo para mostrarle a Vince otro dibujo en su yeso. —¡Es un león! ¡Para darme valor cuando tenga miedo!

—Un león y un gatito. ¿Hay alguna temática aquí?

—Tal vez —reflexionó, tocando primero uno y luego el otro.

—Señor Carter, ¿puedo hablar un momento con usted? —preguntó el doctor Raju.

—¿Estás bien si te quedas sentada aquí un ratito, Mel?

La recepcionista miró hacia ellos. —Hola Melanie, ¿te gustaría venir aquí conmigo y hacer algunos dibujos? Tengo unos lápices de colores nuevos esperando a ser usados.

Aparentemente era una invitación que valía la pena aceptar. Vince siguió al doctor a su consulta.

—Por favor, tome asiento.

Al menos la trabajadora social estaba ausente esta vez. Vince se sentó en uno de los sillones tipo tina.

—¿Cómo está usted, señor Carter?

—Por favor, llámeme Vince. Estoy más interesado en cómo está Melanie.

—Está como esperaría en este momento, no es que el duelo y el shock puedan medirse. Su comprensión de los cambios en su vida es abrumadora, así que le he dado algunos pequeños trucos para ayudarla a manejarlos uno a la vez. Tengo copias de todo lo que he sugerido, así que le daré una.

—De acuerdo. ¿Necesito hacer algo en especial?

¿Y si lo estropeo?

—No. Familiarícese con las técnicas que le estoy enseñando, para que entienda su proceso. Ella podría, por ejemplo, pedirle que se siente con ella para sentirse segura. O querer estar sola, lo cual está bien en pequeñas dosis.

Puedo hacer eso.

—¿Qué debo decirle sobre su madre?

—La verdad. Pero filtre todo y deje que ella haga preguntas. ¿Se ha adaptado en casa? ¿Cómo está en el día a día?

—Bien —dijo Vince.

—¿Le gustaría que organizara algunas visitas domiciliarias de alguien que pueda…?

—No pretendo sonar grosero, doctor, pero Melanie es mi nieta y estamos bien. Está un poco asustada y echa de menos a sus padres. Estoy haciendo lo mejor que puedo.

—Y ella tiene suerte de tenerlo a usted —dijo el doctor Raju.

Suerte era lo último que sentía y sabía que Mel lo cambiaría por sus padres en un instante. Él también lo haría.

—Echa de menos a su tía Carla.

—No es su tía —dijo Vince.

—Para Melanie lo es, y es alguien cercano. Piense en llevarla a visitarlos si ella lo pide.

Vince se puso de pie. —Creo que le gustan los gatitos.

—Seguidamente querrá uno —sonrió el doctor.

—Sí. No estoy seguro de eso. —Vince logró devolver la sonrisa.

—Podría no ser justo darle algo que amar que luego quizás tenga que dejar atrás. Si tuviera que mudarse otra vez.

La sonrisa de Vince desapareció. —No va a ir a ninguna parte.

El doctor lo miró por un momento y luego asintió. —Bien por usted. Bien por usted.

Melanie estuvo callada durante todo el camino a casa y en cuanto Vince aparcó, abrió la puerta y se dirigió corriendo a la casa. Cuando

él la alcanzó, ella estaba saltando de un pie a otro frente a la puerta. —¡Tengo frío, abuelo!

—¿Tienes demasiado frío para estar afuera un par de minutos más? ¿Me gustaría presentarte a alguien muy, muy especial? No tardaremos mucho.

—Bueno, supongo que sí.

Tomó la mano de Vince, y él la condujo alrededor del otro lado de la casa donde la hierba estaba un poco alta y había una vista clara de la casa de Lyndall más arriba en la colina. Pero fue al paddock detrás de la casa adonde se dirigió.

El poni estaba pastando en el extremo más alejado y cuando Vince silbó, su cabeza se levantó de golpe. Trotó hacia ellos con un relincho de bienvenida.

Melanie se escondió detrás de Vince y su corazón se hundió.

—Ha venido a conocerte, así que qué tal si… —gruñó mientras levantaba a Mel para que sus piernas se envolvieran alrededor de él — le dices hola. ¿Recuerdas a Apple?

Apple se inclinó sobre la valla, sus orejas moviéndose hacia atrás y adelante mientras intentaba alcanzar los pies de Melanie. Melanie gritó y los subió, y Apple resopló.

—Siente curiosidad por ti. ¿Crees que es una manzana roja o verde? ¿Granny Smith o Red Delicious?

Melanie se rio. —Es un caballo. No una manzana.

—Es un poni, y es una vieja.

Apple intentó de nuevo olfatear a Melanie, quien enterró su cabeza contra Vince. —Quiero ir adentro. Por favor, ¿podemos irnos ahora?

Después de frotar a Apple entre los ojos, Vince se alejó del paddock. —¿Sabes que tu mamá solía montar a Apple por todas partes? Todos los días cuando tenía tu edad.

—¿Lo hacía? ¿Mamá montaba *ese* poni?

—No solo montaba a Apple, sino que la cepillaba, la alimentaba y era su mejor amiga.

Aunque no hubo respuesta, Melanie se asomó sobre el hombro de Vince para echar otro vistazo.

Pequeños pasos. La próxima vez llevarían algunas zanahorias.

Vince estaba sentado en los escalones delanteros cuando un coche se acercó. Gracias a que ella había llamado antes, él esperaba la visita de la trabajadora social. Ella le había asegurado que no era nada más que un seguimiento de su reunión en el hospital, pero él había tenido un millón de pensamientos recorriendo su mente desde que ella llamó y estaba preparado para plantarse firme si ella quería trasladar a Melanie.

Ella salió de su coche, abrió la puerta trasera y extrajo un abrigo pesado. Después de ponérselo, recogió un maletín y cerró el coche con llave.

Él fue a saludarla.

—Señorita Burrows. ¿Encontró el lugar sin problemas?

—Señor Carter, por favor llámeme Dawn. Y sí, sus indicaciones fueron fáciles de seguir. —Contempló el frente de la propiedad con su hierba escasa y plantas que luchaban por sobrevivir, luego dirigió su atención a la casa. Su expresión apenas cambió, pero ¿cómo podría no encontrarla deteriorada y necesitada?

—¿Le gustaría una taza de té o café? Hace un poco de frío aquí fuera.

—No me vendría mal un té, gracias.

—Melanie está haciendo dibujos en su habitación. —Vince la condujo por los escalones y abrió la puerta, haciendo un gesto para que la mujer pasara primero—. La cocina está al final del pasillo. ¿Le importa si nos sentamos allí?

Mientras hervía el agua, le contó a Dawn sobre la visita al hospital más temprano ese día.

—Y he concertado algunas citas para ella. Solo hasta que el doctor Raju piense que no necesita verlo. ¿Cómo le gusta el té?

—Con leche y tres azúcares. Es un hombre amable. Excelente con situaciones difíciles.

No necesitaba añadir "como esta". Él sabía lo que estaba pensando: una niña pequeña que se queda sin nadie más que un

abuelo bien entrada su edad, viviendo en una choza en medio de la nada.

Vince trajo el té a la mesa y se sentó enfrente. —Me reuní con el abogado de Susie y está organizando el testamento y demás cosas. La casa es de su propiedad total… era de su propiedad total. Imagino que se venderá y estableceré un fideicomiso para Mel. Hay muchas incógnitas en este momento.

—¿Vale la pena considerar mudarse a esa casa? Más cerca de la escuela de Melanie, sus amigos y actividades. Mantendría su vida un poco más normal.

Nunca ocurrirá.

—Todo es posible, pero como mencioné, hay mucho que deben hacer primero los abogados.

—Hice una búsqueda antes de conducir hasta aquí. El transporte público está a una distancia considerable y es casi imposible para una niña de ocho años ir y volver a una escuela de los barrios del Este. Entiendo que le va bien allí, así que trasladarla podría no ser la mejor opción.

Bebió un poco de té para darse la oportunidad de pensar en una respuesta. Había pasado por esto con Susie después de que su madre muriera: visitas de trabajadores sociales, bien intencionados pero haciendo preguntas para las que no tenía respuestas. Igual que ahora.

—Lo resolveremos todo. Melanie y yo.

—Se dispondrán algunos recursos para ambos. Puedo ver cuánto se preocupa por ella. Solo una cosa: hablé con Carla y Bradley Pickering.

¿Para qué diablos?

—Mencionaron cuánto les gustaría verla. Tengo entendido que Melanie es cercana a ellos.

—Hmm.

Ella inclinó la cabeza en señal de interrogación.

—Lo pensaré. Pero después del funeral.

Debió haber usado el tono de voz apropiado para convencerla de que era el final de la discusión porque ella sonrió y cambió la conversación al clima.

DIECISÉIS

—Liz, ¿tienes un minuto? —llamó Terry desde la puerta de su oficina.

Ella estaba en medio de la elaboración de una lista de contactos secundarios de Hardy. Pete estaba comprándoles el almuerzo y luego saldrían.

Terry ya estaba de vuelta en su silla cuando ella entró. Las palmas de sus manos descansaban sobre un expediente en su escritorio. —Toma asiento. ¿Qué resultó de tu visita a Pickering?

—Estaba un poco hostil pero tratando de disimularlo. Aunque puede que sea por nuestros tratos anteriores.

—Escuché el rumor de que ya habías tenido contacto previo con él. ¿De qué se trataba?

—Ay Dios, fue hace años. Yo estaba uniformada pero aún no trabajaba en pareja con Vince, así que no tenía idea de la relación entre las dos familias hasta mucho después. Querían presentar cargos contra el hijo de un nuevo vecino. No había hecho nada malo, pero lo acusaban de merodear frente a su casa y sugirieron… bueno, esa es decirlo de manera amable, que estaba rondando por el frente para estudiar la casa con intención de entrar a robar.

—¿Era un niño?

—Un adolescente joven.

—¿Entonces por qué estaba allí?

Ella se rio. —El autobús escolar paraba allí para recogerlos por la mañana. Igual que lo había hecho desde que los Pickering se

mudaron. Lo gracioso es que nunca se habían quejado de ninguno de los otros niños que hacían exactamente lo mismo.

Terry levantó ambas cejas. —¿Color de piel o religión incorrectos?

—Ambos.

—Gente encantadora.

—Armaron un escándalo. Intentaron convertirlo en algo que no era, y yo me opuse. Les expliqué algunos hechos de la vida, algunas leyes. Bradley amenazó con hacer que me despidieran. Le sugerí que lo intentara.

—Bien por ti. —Terry sonrió—. ¿Y el resultado?

—Dada la situación, una casa salió al mercado, se mudaron. Problema resuelto.

—¿Qué? ¿No fue la familia del niño?

—No. Bradley y Carla encontraron una casa en un barrio que sentían que se adaptaba mejor a sus "necesidades". Y lo que lo hacía todo mejor era que perdieron dinero con la venta. La vendieron por debajo del valor de mercado porque Carla ya no soportaba vivir allí.

Liz había ido a la subasta por interés. La casa ya estaba vacía y cuando no se alcanzó la reserva, hubo una apresurada llamada telefónica entre el agente y los vendedores que inmediatamente aprobaron la oferta más alta.

—¿Y Bradley te reconoció?

—Casi se le cae el móvil.

Le alegraba que Pete estuviera con ella. Le dio la oportunidad de ver el tipo de persona con la que Vince estaba tratando. Había sido poco halagador al referirse a Bradley en el camino de regreso, llamándolo perdedor en el típico lenguaje de Pete.

—El almacén es un desastre. Revenden juguetes rechazados por importadores, aparentemente. Sus razones para estar en la casa de Susie parecen legítimas. Pero aquí hay algo interesante, jefe. ¿La furgoneta que vi la otra noche? Fue robada.

—Vaya, qué conveniente. —Terry empujó el expediente a través del escritorio—. Es de Jim. Se encontraron rastros de pintura negra en la puerta delantera del pasajero del vehículo de Weaver, más en

el mismo lado pero en la parte trasera, y rastros en la carretera mezclados con pintura del otro coche.

Vince tenía razón. Sus instintos nunca le fallan.

—Me gustaría que echaras un vistazo a la escena del accidente teniendo en cuenta esta nueva información.

—Entonces… ¿esto es oficial?

—Más bien una expedición de pesca.

—¿Y Vince? —preguntó Liz.

—A oscuras hasta que algo pique en tu anzuelo.

Pete se llevó la lista de contactos para comenzar después de quejarse cuando Liz le dijo adónde iba. A ella le parecía bien estar sola para volver a visitar el lugar del accidente.

Siguió la ruta que David probablemente había tomado esa noche. Desde Lygon Street hasta su casa en el suburbio occidental de Caroline Springs eran unos treinta minutos a esa hora de la noche si hubiera usado las carreteras principales, un poco más usando caminos secundarios.

Pero no tenía sentido por qué estaba en *esa* carretera.

Al seguir la ruta del GPS desde el restaurante hasta la casa de los Weaver, se desviaría del lugar del accidente por varios kilómetros.

—¿Así que adónde te desviaste primero?

Quizás uno de los teléfonos móviles recuperados proporcionaría algunos datos. El coche no tenía navegación incorporada ni un soporte para ninguna. Otro trabajo para el Departamento de Servicios Forenses con poco personal y acumulación de casos.

Después de un desvío, giró hacia la carretera correcta. No había farolas y pocas casas, así que no muchas entradas. Había muchos campos abiertos con ganado vacuno u ovino. Algunas carreteras secundarias que se desviaban hacia quién sabe dónde. En circunstancias normales, no había nada que indicara que este era un tramo peligroso.

El aire estaba fresco cuando salió después de estacionar en un arcén con césped a unos veinte metros de la escena y miró al cielo. La lluvia estaba en camino.

Era inquietante estar aquí de nuevo. Esta vez no había un coche destrozado, solo profundas hendiduras en la parte inferior del eucalipto. Pedazos de corteza y vidrio salpicaban un radio alrededor. Al examinar más de cerca, fragmentos de metal perforaban el tronco. Se estremeció. Este era un lugar de muerte.

Forzándose a no vomitar, caminó lentamente alrededor del árbol, tomando muchas fotos con su móvil y añadiendo notas de voz. Investigación de Accidentes ya habría hecho esto y más, pero necesitaba hacer sus propios registros.

El siguiente paso fue seguir la cerca de alambre de púas de una propiedad vecina, zigzagueando desde ella hacia la carretera y de regreso a través del césped espeso y las malas hierbas del amplio arcén. Mantuvo los ojos bajos buscando quién sabe qué y después de unos cincuenta metros, cruzó la carretera e hizo lo mismo. A mitad de camino de regreso al árbol, lo vio.

Un cigarrillo medio fumado había sido claramente dejado caer o arrojado, no aplastado bajo un zapato.

Probablemente algún idiota que tira basura.

Pero ¿y si no lo era?

Una vez que tomó fotos de él y de la ubicación, lo puso en una bolsa de evidencia.

Miró en dirección al árbol. El coche había estado orientado hacia este lado, destrozado y roto, sus ocupantes del asiento delantero muertos o muriendo. ¿Se habría detenido un coche que pasaba, y su conductor habría tirado su cigarrillo antes de correr para ver si podía ayudar? ¿Quién había reportado el accidente? Hizo más anotaciones.

La lluvia comenzó a caer mientras continuaba su búsqueda en la otra dirección y se levantó la capucha de su chaqueta. En ninguna parte de este tramo (cien metros o más) había puertas ni entradas. El ganado suelto podría ser responsable de que David cambiara de carril. Visitaría las granjas más cercanas después.

Pero eso no explicaba el rastro de pintura negra en dos partes de su coche, ni la combinación de pintura negra y roja en la carretera

un poco antes de que comenzara a frenar y casi en el carril equivocado.

Otro vehículo había golpeado a los Weaver. Ahora tenía que encontrar al conductor.

Mientras la lluvia se intensificaba, regresó al árbol y puso su mano en el tronco. —Descubriré la verdad, Susie.

Después de dejar el cigarrillo de vuelta en la comisaría, Liz tenía una parada más antes de reunirse con Pete. Todavía tenían un montón de cosas que cubrir antes del final del día.

Estaba de vuelta en Lygon Street y había conducido vía Williamstown donde vivían Carla y Bradley, que era un trayecto directo a través del campo desde el lugar del accidente. ¿Habían regresado las parejas allí después de cenar? ¿O los Weaver habían recogido y dejado a los Pickering?

Spironi's estaba al final de su servicio de almuerzo y aunque todavía estaba abierto, no tenía clientes. Dos camareros estaban preparando las mesas para el servicio de cena y cuando Liz entró, uno de ellos se le acercó inmediatamente. Un joven con el nombre "Marco" en su delantal. Perfecto.

—Mis disculpas, señora. Ya estamos cerrados para el almuerzo.

—Está bien. Estoy aquí para hablar con Marco… y puedo ver por su etiqueta que tengo a la persona correcta.

Marco volvió a la mesa. —Tengo que seguir trabajando. ¿Es usted la oficial de policía? Mike dijo que volvería.

El hombre mantuvo sus ojos en su trabajo, al que atendía con rapidez y precisión.

—No le quitaré mucho tiempo. Tengo entendido que usted escuchó una discusión. La noche en que el grupo de Pickering y Weaver estuvo aquí.

Moviéndose a la siguiente mesa, Marco negó con la cabeza. —No lo recuerdo.

—Son clientes habituales, y hubo un accidente de coche que mató a David y Susie Weaver en su camino a casa esa noche. Es curioso que no lo sepa porque cuando estuve aquí ayer, Mike sabía todo al respecto y dijo que usted atendió su mesa.

—Los recuerdo. Eran clientes regulares. Eso no significa que escuchara una discusión.

—Sin embargo, se lo contó a su compañero de trabajo.

Marco levantó la mirada. —Él está equivocado.

—¿Así que no hubo discusión? ¿Dos clientes cerca de los baños? —Esto era tanto irritante como interesante—. ¿No oyó voces alzadas?

—Nada. Siento no poder ayudarla.

—Una pregunta más y lo dejaré con su trabajo. ¿Los invitados llegaron todos al mismo tiempo?

Él se enderezó. —Yo no los acomodé, pero todos estaban presentes cuando fui a llevarles agua unos minutos después.

Liz le entregó su tarjeta a Marco. —Llámeme si recuerda a David Weaver, quien murió poco después, discutiendo con Bradley Pickering. Es importante.

Se marchó por su cuenta.

DIECISIETE

El almacén estaba ruidoso y concurrido. Abel y otros tres hombres descargaban cajas en palés desde la camioneta con plataforma que habían metido marcha atrás debido a la lluvia. Un montacargas movía los palés tan pronto como estaban cargados, depositándolos al final de las largas mesas de trabajo. Un pequeño camión de reparto esperaba su turno afuera con el motor encendido.

En medio de todo esto, un SUV de lujo negro se abrió paso y encontró un lugar para estacionarse al fondo de la entrada.

Bradley agarró un paraguas y salió disparado bajo la lluvia, apresurándose para llegar al visitante antes de que bajara.

Sostuvo el paraguas sobre la puerta del conductor, con agua goteando por su cuello mientras quedaba sin protección.

—Es un día para patos, no para personas. —Duncan Chandler sonaba alegre mientras bajaba después de comprobar dónde aterrizarían sus pies, calzados con zapatos de piel de cocodrilo—. Espero con ansias una jubilación anticipada en un lugar perpetuamente cálido y con escasas lluvias.

Como todos.

Sin llegar aún a los cuarenta, la barriga del hombre y su nariz y mejillas enrojecidas reflejaban su estilo de vida. Se le había escuchado decir con suficiente frecuencia: trabaja duro, diviértete más. Bradley lo admiraba, en cierto modo, lo suficiente como para querer trabajar con él.

—Salgamos de este clima.

La lluvia golpeaba el techo del almacén, sumándose a los gritos de la gente y al pitido del montacargas.

—¿Un café, Duncan?

—En realidad, me gustaría ver cómo funciona todo esto, si no te importa.

—Es cierto, nunca has estado aquí antes.

—Muéstrame el proceso.

Bradley cruzó la mirada con Abel y en un momento, este se unió a ellos.

—Este es Abel Farrelly. Él mantiene las cosas en orden, y siempre puedes hablar con él si no estoy disponible.

—Parece ocupado. ¿Todos esos son juguetes? —Duncan miró las mesas donde se abrían cajas y se vaciaba su contenido.

—Hasta el último. Hay un contenedor completo pasando por aquí durante la próxima semana gracias a que el importador quebró mientras el barco estaba en camino. Se quedó en los muelles un poco más de lo esperado. Ha sido difícil perder a David —dijo Abel.

—Y ahora quieres cambiar de dirección. —Duncan le dio la espalda a Abel.

Bradley le indicó a Abel que volviera al trabajo y llevó al visitante a la primera mesa. — Como dije en nuestra cena, he asegurado un nuevo acuerdo con la empresa de transporte pendiente de la firma del contrato.

Duncan lo miró con el ceño fruncido. — Pendiente no es firmado.

—Lo será. —Era momento de cambiar de tema—. Lo primero que hacemos es revisar el producto. A veces varios vienen metidos dentro de una bolsa grande y otras veces, como en esta caja, cada uno viene envuelto. —Bradley recogió un dragón morado dentro de una bolsa transparente barata—. Todo el embalaje se retira y se inspecciona la integridad del producto. Pueden ser extremadamente baratos, pero necesitan pasar la prueba. —Rasgó la bolsa y le pasó el juguete a Duncan—. ¿Qué te parece?

El dragón de juguete era lo suficientemente grande para que un niño pequeño lo abrazara y la tela era suave. La costura era bastante buena y era bonito.

—Suponiendo que pasó por la aduana y no contiene drogas, es exactamente el tipo de cosa que yo compraría. —Duncan lo arrojó de vuelta a la mesa—. Sin embargo, solo me has ofrecido un acuerdo de transporte y distribución. ¿Por qué?

No queriendo que sus empleados escucharan la conversación, Bradley guio a Duncan hacia el fondo del almacén donde estaban los contenedores. Las puertas de uno estaban cerradas con candado, pero el otro estaba abierto y los trabajadores lo estaban llenando con grandes cajas coloridas.

—Una vez que un juguete pasa la inspección, se reempaqueta. Eso generalmente significa ponerlo en una bolsa de plástico transparente gruesa con un cabezal de cartón. Esas cajas grandes son nuestras y la marca cambia según los artículos. Tenemos media docena de marcas registradas.

Duncan sonrió, pero no de manera agradable. Su alegría anterior había desaparecido hace tiempo. — ¿Por qué estoy aquí?

Hora del café.

—Vamos a la oficina. Es un poco más tranquilo allí.

Una vez que les consiguió café a ambos y cerró la puerta para mantener el ruido fuera, Bradley activó su encanto. — Duncan's Discount Toys es un negocio estrella. Construiste un imperio desde cero en menos de una década y eres una clase magistral en negocios de emprendedores.

—No me adules, amigo. Solo responde la pregunta.

—De acuerdo. Mira, hemos estado aumentando lentamente nuestra participación en el mercado en otros estados y en algunos centros regionales remotos. Pero enviar contenedores medio vacíos a otros estados es un desperdicio de dinero. Trabajamos con un puñado de tiendas de dos dólares en Queensland y menos en Darwin y Adelaide. No es suficiente para un servicio semanal a menos que…

—A menos que puedas llenar el contenedor. Lo que pasa es que… no me hice rico ayudando a mi competencia. —Duncan se reclinó en su silla y cruzó un tobillo sobre su rodilla. Miró fijamente a Bradley, con los labios apretados.

Este era el momento decisivo. Si Duncan cancelaba las negociaciones, estarían acabados.

—Cuando David Weaver se unió hace unos años, tu imperio se expandía rápidamente. Nuestro negocio también crecía, y habíamos establecido algunas conexiones en China y en los muelles, así que nos enterábamos de los envíos no deseados. Incluso en ese entonces tenía sentido contactarte, ver si podíamos encajar en tu cadena de suministro de alguna manera.

—¿Pero?

Bradley se encogió de hombros—. David dijo que no. Quería seguir haciendo lo que siempre hemos hecho con las cargas mixtas. Pero hace unos meses, cuando hicimos las cuentas para expandirnos y enviar nuestras cajas a otros estados, supe que necesitábamos ofrecer espacio regular en contenedores a otro negocio. A ti.

—Lo cual me planteaste hace meses. Después nada hasta ayer.

—Hay más. Puedo ofrecerte la primera mirada a cualquier juguete ahora. Mi modelo de negocio es para las cosas extremadamente baratas, así que tiene sentido que compres los envíos de mejor calidad. Luego los transportamos conjuntamente.

—¿Dónde estaba esta oferta la última vez que hablamos?

—Tenía las manos atadas.

El teléfono comenzó a sonar. Bradley levantó y volvió a colocar el auricular.

—¿Qué cambió, Bradley?

En la parte superior del archivador había una fotografía de Bradley y David estrechándose las manos, tomada el día en que su asociación se hizo oficial. Bradley apartó la mirada.

—Te diré lo que cambió, Duncan. La persona que me había impedido avanzar contigo murió. Por trágico que sea, David ya no está. Eso es lo que cambió.

Melanie insistió en ayudar a limpiar la mesa de la cocina después de la cena. Desde su sesión con el doctor Raju esta mañana, parecía un

poco menos retraída y más interesada en estar activa en lugar de acurrucada frente al televisor.

—Eso fue de gran ayuda, Melanie. ¿Vas a leer un poco ahora?

—Ya leí todos los libros de mi habitación.

—¿Ya? ¿Has revisado la estantería de la sala? Estoy bastante seguro de que hay algunos que tu mamá solía leer.

Ella asintió.

—¿Ya los revisaste?

—¿Puedo tomarlos prestados?

Su corazón dolió un poco ante su educada petición. ¿Aún no entendía que ahora viviría aquí y que todo lo suyo era de ella?

Acercó una silla e indicó a Melanie que se sentara cerca de él—. Melanie, tienes buenos modales, pero no necesitas pedir permiso para leer los libros porque ahora son tuyos también. Igual que puedes servirte cualquier cosa del refrigerador. Todo aquí es tuyo también. Probablemente sea mejor que dejes los libros para adultos para cuando seas mayor y que preguntes si necesitas algo que esté muy alto, pero aparte de eso, sírvete.

—¿Qué hay del resto de mi ropa, juguetes, libros y cosas? En casa.

Ojos grandes y serios lo miraban fijamente.

Cuando Marion murió, él había tratado de proteger a Susie de las realidades de la vida sin su madre. Evitaba ser honesto si podía lastimarla demasiado.

Lastimarme demasiado a mí.

—¿Abuelo? Te escuché hablar con la señora antes. No quería escuchar, pero iba al baño y ella estaba hablando de mi escuela.

—Deberías haber venido a saludar, Mel. La señorita Burrows es una trabajadora social que cuida de personas que podrían necesitar ayuda a veces. —Se movió en su asiento mientras recordaba la conversación—. ¿Era sobre lo lejos que estamos de tu escuela?

—Dijo que el transporte público está muy lejos. Pero puedo caminar mucho, abuelo. Así que puedo seguir yendo allí. ¿Verdad? —Sus labios temblaron y Vince rápidamente asintió y sonrió.

—Voy a hacer todo lo posible para que así sea. Y no tendrás que caminar.

—Tengo tarea que no he hecho todavía. En mi habitación de casa. ¿Podemos ir a buscarla?

No había pensado en la escuela o en las vacaciones escolares. —¿Cuándo regresas?

—Em… no la próxima semana. La siguiente. Entonces, ¿cuándo podemos ir por mi tarea?

—Bueno, depende de si quieres venir conmigo. Puedo ver si Lyndall puede pasar un rato mañana para estar contigo si prefieres que vaya solo.

Melanie se bajó de la silla—. ¿Puedo ir contigo?

¿Qué podía hacer sino estar de acuerdo? Ella tendría que volver en algún momento.

DIECIOCHO

El desayuno había terminado y la ropa lavada estaba colgada con la esperanza de que no lloviera hasta más tarde. La chimenea estaba lista para encender. Ya no quedaban más excusas para posponer lo inevitable.

Volver a la casa de Susie era lo último que Vince quería hacer. Llevar a Mel allí era aún peor. ¿Cómo afrontaría Mel regresar al lugar donde creció, donde cada habitación guardaba recuerdos de sus padres y su dulce corazoncito podría romperse en pedazos?

—¿Por qué respiras de forma extraña? —Melanie tomó su mano, y él inspiró lentamente, concentrándose en la sensación de sus dedos. Pequeños y pertenecientes a la única persona que le quedaba en el mundo. Sus necesidades eran más importantes que las suyas.

Contrólate, Carter.

—Debí cargar demasiada leña la última vez.

—Entonces te ayudaré la próxima vez.

—Hagamos un trato —dijo él—. Escribe una lista de todo lo que necesites de la casa, e iremos a buscar esas cosas. Pero si no te sientes capaz de entrar, te quedas en el coche, y yo recogeré todo rápidamente. ¿De acuerdo?

—Yo lo haré más rápido.

Vince se rio y ella también… por un momento. Luego salió corriendo.

—¿Mel?

—Necesito papel para hacer una lista.

Por supuesto. Y cuando la tengas, ¿me podrías decir cómo ser resiliente como tú?

Permanecieron sentados en la entrada durante unos minutos. Melanie había hecho su lista y cuando Vince sugirió traer una maleta, ella le dijo que había muchas en el armario del pasillo de arriba.

—¿Te gustaría quedarte aquí en el coche?

—Hice dos listas. Una para cada uno. —Le entregó una lista pulcramente escrita con cinco elementos—. Buscaré primero mis deberes.

Él echó un vistazo a su lista.

- Maleta rosa en el armario del pasillo de arriba
- Sábanas con unicornios en el estante sobre las maletas
- Juegos de mesa en el armario de la sala de estar
- Caja de hierbas en la ventana de la cocina
- Puf en la sala de estar

Ubicaciones y todo.

—Traeré primero la maleta y la llevaré a tu habitación, ¿de acuerdo? Así podrás empacar lo que necesites de tu cuarto.

Ella asintió y se desabrochó el cinturón de seguridad.

—¿Qué es la caja de hierbas, Mel?

—Cultivamos hierbas frescas en ella. —Arrugó la cara como si intentara encontrar las palabras para describirla y separó las manos unos treinta centímetros—. La parte de abajo es de madera y hay pequeñas macetas dentro con las hierbas. Es mi trabajo regarlas todos los días. —Dicho esto, abrió la puerta y saltó afuera.

Mierda. ¿Sin agua durante cuánto tiempo ya?

Mel esperó a que él abriera la puerta, mirándolo a la cara un par de veces. Le apretó el hombro y abrió la puerta, y ella corrió

directamente escaleras arriba.

El aire en la casa estaba viciado y Vince se reprochó mentalmente. Ignorar el problema no lo hacía desaparecer. Solo era una casa. Solo muebles. Pertenencias. Cosas. Empezaría con los asuntos legales. Averiguaría a qué debía atender. Hablaría con el abogado otra vez.

—Abuelo, ¿puedo tener mi maleta? —Mel estaba en lo alto de las escaleras mirando hacia abajo.

—Voy enseguida.

La maleta rosa estaba guardada dentro de otra negra mucho más grande. Vince encontró las sábanas de unicornios y las cogió también, abriendo la maleta sobre la cama de Mel y colocándolas en el fondo. Ella ya había localizado sus deberes y estaba apilando libros en su pequeño escritorio. —¿Necesitas ayuda?

Ella negó con la cabeza.

De vuelta abajo, agarró el puf y lo llevó directamente al maletero del coche.

Después, una docena de juegos de mesa.

Una anciana se acercó por la entrada con un puñado de correo.

—El buzón estaba lleno. Sigue cayéndose el correo. Usted es el papá de Susan, ¿eh?

—Sí, señora Rionetti, soy Vince. Nos hemos conocido. Y gracias por guardar estas cartas.

—Malo. Muy malas noticias. —Sacudió la cabeza y cambió a algunas palabras en italiano mientras regresaba por donde había venido.

Mel salió con los brazos llenos de peluches. —No puedo cerrar la maleta.

—Aquí, esos pueden ir sobre el puf. —Movió los juegos de mesa para hacer espacio para la maleta—. ¿Hay una llave para el buzón?

—Tiene un código. Once-doce.

Se le cortó la respiración. Ese era su cumpleaños.

—Abuelo, ¿qué hay de la caja de hierbas? Tú recoge el correo y mi maleta, y yo buscaré eso. —Corrió hacia dentro.

Solo tardó un minuto en abrir el buzón que estaba repleto de correo y publicidad. Revisaría todo más tarde. Pagaría las facturas.

Por ahora, todo fue añadido al maletero, y se dirigió nuevamente escaleras arriba. Ella tenía razón sobre la maleta. Vince murmuró y gruñó mientras aplastaba la tapa lo suficiente para cerrarla con la cremallera. ¿Qué diablos había metido ahí dentro? Bajó la maleta a rastras y reorganizó el maletero porque el puf hacía imposible meter la maleta. Se quedó parado sosteniendo el puf.

Mel no había regresado.

El puf aterrizó en el suelo con un golpe suave mientras él se dirigía a la casa. —¿Melanie?

Ella estaba de pie sobre un escalón que debía haber traído de algún lugar, mirando la caja de madera en el alféizar de la ventana de la cocina.

—¿Quieres que la alcance por ti? —Sin esperar respuesta, recogió la caja. La tierra estaba seca y todas las plantas menos una estaban marchitas hasta el punto de no tener salvación. La otra no se veía bien pero podría recuperarse.

—Un poco de agua, Mel…

Ella susurró algo que él no entendió y se pasó la mano por los ojos dejando un rastro de lágrimas en su piel. —Era mi trabajo regarlas. Mi… culpa.

La caja de hierbas acabó en el fregadero mientras él tomaba a Mel en sus brazos. Sus lágrimas fluían sin control, y la rabia abrasaba sus entrañas. Si Susie y Mel no hubieran ido a cenar esa noche… si David no hubiera puesto a su familia en peligro… si un asesino no hubiera matado a su hija…

Si yo no hubiera arruinado todo con Susie.

Había un millón de palabras que decir y ninguna en absoluto.

La lluvia comenzó durante el viaje de regreso.

Después de llorar mucho acurrucada en el lado de la cama de su madre, seguido de un largo recorrido por la casa agarrando la mano de Vince como si nunca fuera a soltarlo, Melanie había anunciado tranquilamente que era hora de irse. Había aceptado a

regañadientes llevarse la caja de hierbas con ellos. Vince no sabía nada sobre cultivar hierbas, pero estaba a punto de aprender. Había tanto espacio sin usar alrededor de la cabaña y mientras conducía, las ideas fluían en su cabeza. ¿Qué tan difícil podría ser crear un verdadero huerto? Algo que pudieran cuidar juntos.

Arrastró la maleta al interior de la cabaña y dejó a Mel desempacándola. Necesitaría el pequeño escritorio de su antigua habitación, y su cama era más nueva y bonita que la de este cuarto. Deberían caber en el viejo remolque de atrás en un día menos lluvioso.

Una vez que hubo traído el resto de los artículos de la lista, se puso a encender el fuego en la sala de estar y encontró un lugar para el puf. Hecho esto, tiró el correo sobre la mesa de la cocina para ocuparse de él más tarde.

Por ahora, necesitaba alimentarlos. Revisó la despensa buscando ideas.

No estaba en su habitación, pero la maleta estaba vacía, cerrada nuevamente y apoyada contra una pared. Sus peluches alineados en fila sobre la cama. Las sábanas dobladas al pie. Sus zapatos ordenadamente colocados cerca del armario. Susie a esta edad era un tornado de desorden.

Melanie había encontrado el puf y estaba acurrucada en él con Raymond y un libro.

—¿Tienes hambre? Yo sí.

No respondió ni levantó la mirada.

—¿Alguna preferencia para el almuerzo?

Negó con la cabeza.

—¿Qué tal sopa y un poco de pan crujiente? Siendo un día tan gris ahora, nos calentará a ambos. ¿De tomate o de pollo con fideos?

—Me da igual.

—De tomate será.

La lluvia se intensificó, derramándose desde el borde del techo para caer en cascada desde el frente del porche como una catarata. Melanie llevó a Raymond a la ventana para mirar. El torrente formaba charcos fangosos en la tierra y el césped, y apenas podía ver el camino a lo lejos. No como en casa donde su habitación estaba en alto y daba al jardín trasero.

Un gatito diminuto y empapado pasó corriendo frente al porche.

Dejando caer a Raymond, Melanie corrió hacia la puerta principal.

Se estremeció, frotándose los brazos una vez que cerró la puerta tras de sí. No había tiempo para una chaqueta. En algún lugar ahí fuera, completamente solo, había un gatito perdido. Tomando una respiración rápida, saltó del porche a través de la cortina de agua, jadeando cuando le empapó el pelo y la camiseta.

Pero, ¿adónde había ido el gatito?

Melanie caminó alrededor de la casa con los calcetines empapados.

—¿Gatito?

Más allá de la cabaña había otro edificio con piezas de metal sobresaliendo hacia un lado cubriendo la leña del abuelo que usaba para la chimenea. Había dejado un gran bloque bajo la lluvia con un hacha clavada en él.

Hubo un sonido desde debajo del refugio.

Melanie se metió debajo, agachándose debido al techo bajo.

—¿Gatito?

Se escuchó un lastimero maullido.

Temblando de frío y mojado de la nariz a la cola, estaba sentado sobre un trozo de madera.

—Oh… está bien, pequeño. Estoy aquí ahora. Soy Melanie Weaver.

Se arrodilló y el gatito, con la cola en alto, avanzó dando saltitos, sacudiendo una pata tras otra. Cuando estuvo cerca, ella lo levantó

suavemente y lo metió bajo su camiseta mojada. Se rio cuando un ronroneo resonó contra su pecho.

—Vamos a buscar al abuelo para secarte.

Pero alguien caminaba hacia ella. Alguien con enormes botas negras, usando un largo abrigo marrón que ondeaba y un sombrero de ala ancha que ocultaba la mayor parte de su rostro. Se detuvo junto al bloque de madera y arrancó el hacha.

¿La había encontrado el hombre enfadado?

Melanie retrocedió lo más que pudo, pero esas botas pisotearon los charcos hasta llegar al borde del refugio, bloqueando el camino hacia la libertad.

El hacha se balanceaba de lado a lado.

Melanie no podía respirar. Le dolía el pecho por mantenerse tan quieta.

¿Por qué no le había dicho al abuelo antes de salir?

Se tapó la boca con la mano por si hacía algún ruido.

El gatito asomó la cabeza y maulló.

La figura se agachó, mirando entre las pilas de leña. Deslizó el hacha sobre su lado fuera de la lluvia y se quitó el sombrero.

—Hola. Veo que has encontrado a mi bebé perdido.

Melanie nunca había estado tan feliz de ver a alguien en su vida. No era el hombre enfadado. —¡Eres tú, Lyndall!

—¿Quién más podría ser? Vamos, sal, cariño. —Lyndall ofreció una mano y Melanie se deslizó hacia adelante y la tomó, manteniendo su agarre sobre el gatito mientras salía—. Vaya, vaya, vaya. Míralos a los dos. ¡Uno tan empapado como el otro!

—¡Melanie! ¡Melanie, dónde estás! —gritó el abuelo a lo lejos.

—Uh-oh, ahí viene el aguafiestas.

Melanie soltó una risita.

—No hay nada malo en dar un paseo bajo la lluvia, ¿eh?

—¡Gracias a Dios, Mel!

El cabello del abuelo se veía gracioso todo aplastado contra su cabeza por la lluvia, pero su rostro estaba serio y preocupado. Llevaba un impermeable y estaba jadeando.

—Buenas tardes, Vincent.

—*¿Lyndall?* Mel, ¿qué haces aquí fuera con este aguacero?

—Este aguacero llena mi embalse, así que que llueva.

Melanie extrajo el gatito de dentro de su camiseta y se lo ofreció a Lyndall, quien le dio un beso en la cabeza.

—Esta inteligente nieta tuya encontró a mi gatito perdido. Su madre ha estado buscando por todas partes. Aunque estará feliz de verlos partir pronto. Vincent, deberías llevar a esta niña adentro antes de que se resfríe. —Lyndall se encasquetó el gran sombrero en la cabeza y le guiñó un ojo a Mel—. En tu próxima visita vendrás a mi casa y pasarás un tiempo con estos gatos, pequeña.

Un momento después desapareció por detrás del edificio y la mano de Mel estaba firmemente dentro de la del abuelo mientras se dirigían a la puerta principal.

—Te dije que Lyndall daba miedo —dijo él.

—Es agradable. ¿Puedo ir a ver a los gatitos?

—Tal vez. Ahora mismo vas a secarte y a tomar algo de sopa. ¡Sopa! Oh, no…

Soltó su mano. Ella no sabía que podía correr tan rápido.

La sopa goteaba por el borde de la estufa formando charcos como de sangre en el suelo. El líquido hirviendo había extinguido la llama. Vince apagó el fogón y abrió la ventana.

—Ew. Eso huele terrible.

Melanie se tapó la nariz con el índice y el pulgar.

—Es lo que sucede cuando el gas sigue encendido y se encuentra con sopa quemada. ¿Por qué no te metes a la ducha y yo empiezo a limpiar?

—Puedo ayudar primero.

Con una niña tan empapada frente a él, Vince no pudo evitarlo. Se rio.

Cruzando los brazos, Melanie levantó la barbilla.

—Estás goteando por todo el suelo, Melly-belly. Tu ropa está empapada, y creo que recogiste algunas telarañas en tu pelo.

Con un pequeño grito, se golpeó la cabeza.

—No hay arañas. Ninguna que pueda ver.

—Esto no es gracioso, abuelo.

—Sí lo es. Un poquito.

—He decidido ducharme y ponerme ropa seca. —Melanie salió majestuosamente de la habitación—. Y tengo mucha hambre.

Así se hace.

Dejó la olla en el fregadero para arreglarla más tarde y usó grandes cantidades de papel de cocina para limpiar la sopa en la estufa. El suelo necesitaba fregona y cubo, pero esperó a que la ducha se apagara antes de buscarlos. Dos grifos al mismo tiempo significarían agua fría para ambos, gracias a su anticuado sistema de agua caliente, y Melanie pensaría que lo había hecho para molestarla aún más.

Encontró otra olla y calentó la otra lata de sopa, mirándola fijamente mientras revolvía. Tenía que hacerlo mejor. Melanie había desaparecido sin decir palabra, dejando a su amado Raymond atrás, y él había corrido casi hasta el camino antes de pensarlo bien. Si ella hubiera abandonado la propiedad, conseguir el coche para buscarla era una mejor opción. Estaba casi de vuelta en la cabaña para coger las llaves cuando creyó oír voces. Encontrar a Lyndall con su nieta fue como un regalo. Pero tenía que hacerlo mejor.

—¿Corto el pan?

Vince dio un respingo. No había oído regresar a Mel. Su pelo estaba húmedo, pero llevaba ropa seca y zapatillas en los pies. Y una sonrisa en su rostro.

—Eh… el cuchillo es bastante afilado.

—No me cortaré.

Cortó dos rebanadas gruesas y las untó con mantequilla. Generosamente. Después de ponerlas en platos pequeños, recogió cuencos y cucharas para sopa. Todo esto fue a la mesa de la cocina, y localizó la sal y la pimienta de la pequeña despensa.

—¿Tienes bicarbonato de sodio? —Miró dentro de la despensa.

—No sé. ¿Por qué?

—Para limpiar la olla. Oh, qué bien. —Sacó un paquete sin abrir que Vince no recordaba haber comprado—. Después del almuerzo arreglaré esa olla. ¡Como nueva!

Susie solía decir eso.

—¿Papá? ¿Sabes el desgarro en mi uniforme escolar…? Bueno, practiqué costura hasta que lo hice verse como nuevo.

—No te preocupes por la mancha en la alfombra, papá. Solo es vino tinto y descubrí cómo quitarla para que quede como nueva.

—Oh, cielos… pero no te preocupes, papá. El ramo es tan frágil y no podías saberlo, así que déjame pedir prestadas algunas flores a una de las damas de honor. Te prometo que quedará como nuevo.

—Tierra llamando al abuelo. He apagado la sopa.

Con un golpe enfermizo, Vince volvió al aquí y ahora. Sus manos temblaban mientras vertía la sopa en los cuencos. Los llevó a la mesa atrapado entre la necesidad de salir corriendo para encontrar un lugar privado donde vomitar… o llorar.

DIECINUEVE

—Ve tú a hablar con él. Si vas a insistir en creer los desvaríos de Vince, adelante, pero yo quiero comer ahora que nos hemos detenido unos minutos. — Como para reforzar sus palabras, Pete se inclinó hacia el asiento trasero y agarró un rollo de algo envuelto en plástico—. No te agradaría verme cuando tengo hambre.

—No me agradas y punto. No cuando eres tan cruel con Vince. — Liz miró al cielo mientras salía del coche, luego volvió a asomar la cabeza—. Las marcas de pintura no mienten, especialmente cuando el coche ni siquiera debería haber estado en esa carretera. Disfruta de lo que sea que estés comiendo.

No había querido hablarle mal a Pete, pero algunos días él se pasaba un poco. Antes de que la lluvia regresara, se apresuró a cruzar y bajar por la calle.

Esta parte del norte de Melbourne estaba incrementando su valor de mercado a medida que la gente renovaba y vendía sus hogares por enormes cantidades de dinero. Las casas adosadas se alineaban a ambos lados de la calle y cada una que pasaba era una obra de belleza. Excepto la casa de Abel Farrelly.

Su verja estaba oxidada y chirrió cuando la empujó para abrirla. El corto camino hacia la puerta era desigual y donde alguna vez pudo haber prosperado un pequeño árbol ornamental en medio del diminuto jardín, ahora había un caparazón seco de ramas. Muerto desde hace tiempo. La puerta principal necesitaba pintura, aunque había una de esas elegantes cámaras con audio cerca de la entrada.

No tocó el timbre, curiosa por ver cuánto tiempo le tomaría contestar la puerta si ella se quedaba mirando la cámara. La camioneta estaba estacionada afuera, así que lo más probable es que estuviera en casa.

Le tomó exactamente dos minutos.

No dijo nada, solo se quedó allí mirándola.

—¿Abel Farrelly?

—¿Qué pasa?

—Soy la oficial Liz Moorland. — Mostró su placa—. ¿Le importaría responder un par de preguntas?

—No soy muy hablador.

Sin embargo, Abel retrocedió y le hizo un gesto para que entrara. Una vez dentro, giró uno de los varios cerrojos de la puerta y la condujo a una cocina. No cualquier cocina, sino una sacada directamente de una revista de estilo de vida. De hecho, lo poco que podía ver del resto de la estrecha casa combinaba perfectamente. Nada parecido al exterior.

Abel se puso al otro lado de una encimera de mármol y cruzó los brazos.

—Tengo entendido que recientemente denunció el robo de un vehículo. ¿Propiedad de PickerPack Holdings? —preguntó Liz.

—Así es.

—¿Cuándo fue la última vez que vio el vehículo?

—El viernes por la noche. Estaba cerrado en la parte trasera del camino de entrada del almacén cuando cerré el lugar.

—Yo lo vi el sábado por la noche en el almacén.

Sus ojos no vacilaron, pero un lado de sus labios subió por un instante. —No trabajo los sábados. Si lo vio, entonces lo robaron después.

—Tiene una casa hermosa, señor Farrelly. ¿Vive aquí desde hace mucho?

—¿Por qué una detective pregunta sobre una furgoneta robada? —Sus brazos cayeron y colocó ambas palmas sobre la encimera.

—No tengo libertad para decirlo, pero agradezco cualquier ayuda que pueda proporcionar. ¿Quién tenía acceso a la furgoneta?

—Yo. Bradley. Cualquiera que consiga uno de los juegos de llaves.

—¿Así que falta un juego de llaves?

—No dije eso.

Ella forzó una sonrisa. —¿Falta alguna de las llaves de la furgoneta robada?

—Mejor pregúntele al jefe, pero no que yo sepa.

—¿Otros empleados la conducen? El señor Pickering mencionó que se usa para recogidas y entregas.

—Ya he dicho lo que sé. Cualquiera podría haber conseguido las llaves, robado la furgoneta, y quién sabe qué más. Yo la conduzco. Media docena de los otros pueden conducirla si estoy ocupado y necesito que hagan algo. Bradley la conduce.

Ustedes dos necesitan ponerse de acuerdo con sus historias.

Sacó una tarjeta y la dejó sobre la encimera. —Póngase en contacto si piensa en algo.

—¿Bradley le dijo que alguien cortó la cadena de las puertas la noche que desapareció? Encontramos las puertas abiertas.

—Sí, lo mencionó —dijo ella.

—Espero que la encuentren.

—Me retiraré.

Él no protestó y ella no perdió tiempo en marcharse. Había sido perfectamente educado, pero sus sentidos estaban en alerta máxima.

Las gotas de lluvia caían mientras regresaba al coche y la temperatura bajaba rápidamente.

Pete le dio una mirada extraña.

—¿Qué?

—Te cuento en un minuto. ¿Qué dijo?

—Que no sabe nada del robo, que vio por última vez la furgoneta el viernes por la noche, y que Bradley es una de las personas que la conduce.

Los labios de Pete se curvaron hacia arriba. —Mentira. Mentira. Mentira. Déjame mostrarte algo. — Tocó su móvil y comenzó un video.

Lo había tomado mientras ella esperaba en la puerta de Abel. Un Lexus coupé blanco se había detenido en el mismo lado que la casa de Abel, pero un poco más adelante. La puerta del conductor se abrió, permaneció abierta durante unos diez segundos antes de cerrarse de nuevo, y el coche se alejó.

—Bonito coche —dijo Liz.

—No hay muchos en el estado.

—¿Debería saber quién es el dueño?

—He estado revisando grabaciones relacionadas con el caso Hardy. El día que escapó había prensa por toda la entrada del juzgado e intentaron entrevistar a Richard Roscoe. Él se metió apresuradamente en un Lexus coupé blanco y creo que si hacemos una verificación, este coche —señaló la pantalla del móvil— es el suyo.

Liz miró hacia la casa de Farrelly y luego a Pete, quien tenía una expresión ridículamente satisfecha en su rostro. —¿Qué tiene que ver el abogado de Hardy con nuestro amigo de ahí?

Dejando caer su móvil en la consola central, Pete arrancó el coche. —Eso, mi colega, es tu trabajo averiguarlo.

Después de una tarde jugando juegos de mesa y preparando y comiendo macarrones con queso para la cena, cada uno siguió su camino: Melanie llevó un libro a la sala de estar y Vince se puso a limpiar.

Ella había hablado mucho durante la tarde, principalmente sobre el gatito y Lyndall. Pero algo que dijo se le había quedado grabado en la mente.

—Estaba *tan* contenta de que fuera Lyndall y *no* el hombre enfadado.

Para entonces, él ya había escuchado cada detalle sobre cómo ella había seguido al gato y cómo se había metido en la pila de leña para rescatar a la pequeña criatura. Estaba esperando a que ella

preguntara (de nuevo) cuándo podría visitar la casa de Lyndall, y su comentario casual tardó un minuto en ser asimilado.

—Entonces, ¿puedo?

—¿Puedes… oh, visitar a Lyndall? Sí, organizaremos algo. Pero, Mel, ¿quién es el hombre enfadado?

Sus ojos bajaron, y puso un montón de macarrones en su tenedor y se lo metió en la boca.

¿Habría escuchado mal? Tal vez quería decir que estaba aliviada de que no fuera una persona enfadada… un extraño. Desde debajo del refugio bajo la lluvia torrencial, la vista de Lyndall con ese sombrero suyo bajado y su abrigo de hule ondeando a su alrededor era suficiente para asustar a cualquiera.

Lo dejó pasar, pero lo archivó en su mente.

La lluvia había regresado después de una pausa a última hora de la tarde, durante la cual había reabastecido el suministro de leña, y por una vez había logrado calentar la cabaña. Cuando Melanie volviera a la escuela y su tiempo estuviera libre de nuevo, organizaría un nuevo sistema de agua caliente y buscaría mejores opciones de calefacción.

Vince recogió el correo que había traído de la casa de Susie y comenzó a clasificarlo en la mesa de la cocina. La mayoría era correo basura, algo que no recibía aquí. El correo se entregaba tres veces por semana, pero nunca un periódico gratuito o catálogos de tiendas, lo que le venía bien.

Había media docena de facturas. Electricidad. Seguro de la casa. Seguro de los coches.

Había olvidado que Susie y David tenían un segundo coche y no se había aventurado en el garaje.

Una carta de la escuela de Melanie estaba dirigida solo a David. Conocía vagamente la escuela por su reputación y recordaba a Susie hablando maravillas sobre la calidad del personal y las ventajas para Melanie de asistir allí, cómo había estado en alguna lista de espera desde su nacimiento.

Una escuela elegante con un precio elegante.

La carta era de la directora, Joyce McCoy, y nuevamente, estaba dirigida a David. Solo había dos párrafos relevantes.

A medida que nos acercamos al tercer trimestre sin señales de los pagos de este año, solicitamos una reunión urgente para discutir el futuro de Melanie con nosotros. Por mucho que nos gustaría que permaneciera como una de nuestras estudiantes, los arreglos que aceptamos en el primer trimestre no han sido cumplidos por usted.

Apreciamos la difícil situación en la que se encuentra con su negocio, pero le recordamos que las cuotas son obligatorias para nuestra escuela. No podemos ofrecer la gama de opciones para una estudiante sin su contribución. Por favor, póngase en contacto conmigo lo antes posible, pero definitivamente antes de que comience el próximo trimestre.

Lo leyó dos veces.

—¿Qué situación difícil?

Susie siempre decía que el negocio iba bien. ¿Desde cuándo David había dejado de pagar las cuotas escolares?

Había una segunda página.

Una factura.

—Santa madre de…

¡No había manera de que alguien debiera pagar tanto por educación! ¿Qué hacían allí… comidas de tres platos? ¿Excursiones a la luna?

Recorrió la lista con la mirada.

Esto era solo por las cuotas. Dos trimestres sin pagar este año.

Antes de que su presión arterial llegara al techo, devolvió la carta y la factura al sobre. Por la mañana llamaría a la escuela y organizaría una reunión y tenía algunas cosas en las que pensar porque esas cuotas estaban fuera de su presupuesto.

El resto de las facturas eran insignificantes en comparación. Hizo una lista de a quién contactar mañana, a quién pagar y qué servicios cancelar o ajustar. Hecho esto, puso todo en una carpeta y la llevó a su dormitorio. De ninguna manera quería que Melanie viera algo de esto.

Ella estaba en la sala de estar, profundamente dormida. Se había cambiado a su pijama y su libro estaba cerrado sobre la mesa de café y Raymond acurrucado bajo su brazo. Con mucho cuidado, la levantó en sus brazos y la llevó a su dormitorio.

Después de arroparla y besarle la frente, cerró la puerta y regresó a la sala de estar. Su intención de revisar la chimenea e irse a la cama fue interrumpida por unos faros en la pared y su corazón dio un sobresalto. La última vez que eso sucedió, había recibido la peor noticia.

Miró a través de las cortinas gastadas y gruñó.

Liz corrió hacia los escalones con una chaqueta sostenida sobre su cabeza. Él mantuvo la puerta abierta mientras ella sacudía la chaqueta y la colgaba en un gancho afuera.

—No es la mejor noche para estar fuera.

—Necesitaba una cerveza. —Sonrió y le mostró el paquete de seis que tenía en la otra mano.

—Ella acaba de irse a la cama, así que ve a la sala de estar.

Se sentaron uno frente al otro. Los restos del fuego eran la única luz, parpadeando y proyectando sombras. Liz sacó dos cervezas y le dio una a Vince.

—Te ves exhausto —dijo ella.

—Tú tampoco pareces alguien lista para festejar toda la noche.

Se abrieron dos cervezas. Se bebieron dos sorbos.

—¿Cómo está Melanie?

—Bien. Dormida.

Otro sorbo. O dos.

La cerveza estaba buena. Podía estar cansado, pero estaba lejos de estar relajado. Esto ayudaba un poco.

Liz se acomodó en la silla y cruzó las piernas. —Siento haber tardado tanto en visitarte.

—¿Estás bien, Lizzie? Parece que ha pasado mucho tiempo desde la última vez. — Levantó la cerveza.

—Demasiado tiempo. Todavía amo mi trabajo. Todavía no tengo interés en trepar por la escalera corporativa. No estoy en casa lo suficiente, lo de siempre, y persiguiendo mi cola gracias a que Malcolm Hardy se ha vuelto invisible. Estamos luchando por determinar dónde está. — Golpeó el lado de su cerveza con los dedos y luego se inclinó hacia adelante—. ¿Cuánto sabes sobre PickerPack Holdings?

¿En qué has estado metida?

—Pickering es un criminal —dijo él.

—Es bastante posible. ¿Conoces a alguno de sus empleados?

Ahora, resopló.

Liz sonrió. —¿Debería reformular la pregunta?

—No es necesario. Tiene un historial pobre con los empleados. Le advertí a Susie sobre eso cuando lo multaron la última vez.

—¿Ilegales?

—Sí, y mal pagados. Hasta donde yo sé, solo una persona se ha quedado: su mano derecha, Abel Farrelly.

—¿Tus impresiones sobre él? —Liz lo estaba observando de cerca, así que significaba algo para ella.

—Parece intachable. Mi instinto me dice que es corrupto. Susie no era una gran admiradora. ¿Por qué?

—Estoy tratando de establecer la conexión entre Farrelly y Richard Roscoe.

—¿Roscoe? —Una chispa de emoción, casi inquietante, revoloteó en su estómago. Justo como en los días de policía cuando estaba cerca de un arresto. No había sentido esto en años—. Roscoe es el abogado de Hardy.

—Bueno, sí. Lo sé, y Farrelly también podría ser su cliente. O un amigo. La otra cosa es… llegó el informe sobre el vehículo. El de David.

Con una sensación de temor, dejó la cerveza.

—Hay evidencia de que un segundo vehículo estuvo involucrado en el accidente.

—¿Qué evidencia?

—Transferencia de pintura. Estamos trabajando para identificar la pintura, de qué tipo de vehículo exactamente. Todavía podría haber sido accidental.

No lo fue.

La lluvia golpeaba el techo. Los ojos de Liz se dirigieron a la repisa de la chimenea, a la fotografía del día de la boda de Vince. —Ella habría estado orgullosa de ti por hacerte cargo de Melanie. Marion lo estaría.

—Ella estaría aquí si no fuera por mí.

—Estabas salvando vidas. Posiblemente la mía. Transeúntes inocentes. No podías estar en dos lugares al mismo tiempo, así que piensa en perdonarte, Vince.

No es tan fácil.

Hizo un gesto hacia la parte trasera de la cabaña. —¿Esa niña al final del pasillo? Desapareció por unos minutos hoy. Salió corriendo de la cabaña bajo la lluvia. Pensé… pensé que el mundo se había detenido —. Terminó su cerveza con un par de grandes sorbos.

—¿Adónde fue?

—Rescató a un maldito gatito, Lizzie. Luego me ayudó a limpiar el desastre que hice cuando salí corriendo a buscarla. Sopa por todas partes. E incluso me dejó bromear con ella —. Un ridículo nudo llenó su garganta y alcanzó una botella nueva, sin querer encontrarse con los ojos de su amiga—. Melanie merece algo mejor.

—¿Mejor que qué?

—¿Has echado un buen vistazo a este lugar? Difícilmente es el mejor ambiente para que una niña crezca y antes de que lo digas, sé que Susie lo hizo. Pero Susie debería haber tenido una casa bonita y estar más cerca de otros niños y cosas así. Fue un error obligarla a vivir de esa manera.

—Sin embargo, salió bien. Y lo mismo ocurrirá con Melanie. Tiene suerte de tenerte.

Más tarde, después de que Liz se marchara y el fuego se apagara, Vince se encontró sosteniendo esa fotografía. La sonrisa de Marion todavía iluminaba su corazón. Tocó su rostro y volvió a colocar la fotografía donde pertenecía.

VEINTE

Al girar hacia la calle de los Pickering, Vince casi detiene el coche y da marcha atrás, pero Melanie ya estaba mirando por la ventana con una amplia sonrisa iluminando su rostro.

La felicidad de ella significaba más que sus recelos.

Pero si algo salía mal… si Carla o Bradley la molestaban…

Sus nudillos estaban blancos sobre el volante, y se esforzó por aflojar los dedos. A este paso terminaría teniendo que ver al doctor Raju o a alguno de sus colegas antes de que le estallara una arteria.

—¡Nos pasamos de su casa!

—Solo estoy dando la vuelta. —Condujo hasta el final del callejón sin salida y dio la vuelta, deslizando el coche en un lugar cerca de su entrada. El coche de Bradley estaba aparcado frente al garaje.

—¡Puedo ver a Carla!

Carla estaba en la acera, saludando.

—Espera un momento. ¿Estás segura de que te parece bien quedarte aquí un par de horas?

Podría haberse ahorrado el aliento porque en cuanto el motor se apagó, Melanie ya se había desabrochado el cinturón y estaba empujando la puerta para abrirla.

—Melanie… está bien, ve.

En un minuto estaba en los brazos de Carla, quien la levantó como si recibiera a su propia hija perdida. La apretó tan fuerte que Melanie chilló y se retorció para volver al suelo.

Vince recogió la mochila de Melanie del asiento trasero.

—Aquí tienes, Mel. Volveré en dos horas, ¿de acuerdo?

Ella asintió y se la puso, luego tomó la mano de Carla. —¿Vamos a cocinar?

—Cocinar, jugar y hacer algunas joyas si quieres, cariño. Vamos adentro. —Carla la guio por el camino de entrada.

Bradley se acercó a ellos desde la casa.

—Hola, tío Brad. —La voz de Melanie apenas era un susurro.

—Hola, pequeña. Vosotras entrad y yo os seguiré en un momento.

Se detuvo al otro lado de la acera frente a Vince. —Puede quedarse todo el día si quiere.

—Volveré en dos horas. Llámame si hay algún problema.

—¿Por qué habría problemas, colega? Está segura aquí con sus padrinos. Y nos quiere.

No provoques a la bestia. Colega.

—Cuando Melanie vuelva al colegio, me gustaría tener una reunión para hablar de la parte de David en vuestro negocio. Nuestros abogados pueden gestionar los detalles, pero quiero que me expliques cualquier acuerdo que tuvierais.

—¿Por qué esperar? Ven al almacén ahora y responderé a tus preguntas.

—Hoy no. Organizaré algo después del funeral.

—Claro. Envíame un mensaje con la hora y me aseguraré de estar allí —dijo Bradley—. Tengo algunas fotos de David en mi oficina que podrían gustarle a Melanie. ¿Puedo pedirte un favor? El portátil que está en la casa realmente pertenece al negocio y tiene archivos que necesito. ¿Hay alguna posibilidad de que pueda recogerlo?

—Ninguna. Pero consultaré con el abogado y consideraré llevártelo.

Bradley abrió la boca y luego cambió de opinión y la cerró.

Carla estaba en la ventana observando. Se apartó cuando Vince la miró. Su evidente desaprobación hacia él era extraña. Había sido amiga de Susie desde la universidad y había visitado su casa con ella más de una vez. Con los años, especialmente desde que los dos maridos se convirtieron en socios comerciales, se había vuelto

distante, pero nunca había estado tan enfadada con él como lo había estado desde la noche del accidente.

—¿Ocurrió algo malo la otra noche? ¿Estaba David disgustado? Cuando se fue… ¿le preocupaba algo?

—No. Nada. Pasamos una buena noche.

El otro hombre miró fijamente la acera, moviendo un guijarro con la punta de su zapato.

—¿Me contarías sobre la cena? Susie…

Bradley levantó la mirada. —Por supuesto, colega. Claro que querrías saberlo. Simplemente no hay mucho que contar. Los cuatro mimando a Melanie. David y yo hablamos de negocios y deportes. ¿Carla y Susie estaban hablando de bebés, creo?

—¿Bebés?

—Los nuestros, no de Susie. Carla tenía esperanzas esa noche. Pero no está embarazada.

—Lo siento.

—Es la voluntad de Dios. Nuestro momento llegará cuando Él esté listo.

—¿Y no ocurrió nada fuera de lo normal? ¿David estaba bien? ¿Susie estaba bien? ¿Incluso cuando subieron al coche?

Bradley lo miró directamente a los ojos. —Se fueron con un saludo. Melanie tenía sueño. Nada fuera de lo común, Vince.

—Cariño, ¿vienes? —llamó Carla desde la puerta.

—Mejor me voy. ¿Tres horas?

—Dos.

Con un encogimiento de hombros, Bradley regresó a la casa.

Dos horas después, exactamente, Vince llamó a la puerta. El coche de Bradley no estaba, y fue Melanie quien abrió la puerta con una sonrisa. —Ya casi estoy lista, abuelo.

—Buena chica. ¿Te divertiste?

Ella asintió y luego, dejando la puerta abierta, corrió hacia una de las habitaciones. —¡Vuelvo enseguida!

Se oyeron palabras amortiguadas y Melanie regresó, esta vez con su mochila puesta y llevando una bolsa para ropa.

Luchaba por sostenerla y Vince la tomó. —¿Qué es esto?

—Eh, la tía Carla me compró un vestido especial para… lo del… ya sabes. —Su sonrisa desapareció y sus ojos se agrandaron—. Y medias y zapatos.

Sus párpados se cerraron con fuerza involuntariamente mientras un rugido llenaba sus oídos. ¡Cómo se atrevía! ¿En qué mundo alguien ajeno a la familia, sin que nadie se lo pidiera ni lo quisiera, se tomaría la libertad de vestir a su nieta para el funeral? No tenía ningún derecho.

—Vince… soy su madrina. Estoy haciendo lo que Susie habría esperado de mí.

Las palabras fueron pronunciadas tan suavemente que apenas las oyó, pero cuando el sonido en sus oídos disminuyó, abrió los ojos. Carla estaba justo frente a él, con la mano en su brazo. No estaba enfadada. Solo triste.

—Melanie te está buscando un vaso de agua. ¿Quieres sentarte?

Tragó oxígeno. ¿Había dicho esas cosas en voz alta?

—¿Vince?

—No… gracias. ¿Por qué? ¿Por qué hacer eso?

Carla miró por encima de su hombro.

—Por mi amiga. Para honrarla. ¿Es eso tan malo?

—Aquí tienes, abuelo. ¿Tenías mucha sed? —Melanie llevaba un vaso demasiado lleno, con cuidado de no derramar agua.

—Sí tenía mucha sed. —Aunque tenía la garganta apretada, se obligó a beber el agua—. Mucho mejor.

—Voy a devolver el vaso.

Tan pronto como Melanie desapareció de vista, Carla recogió la bolsa de ropa que él debió haber dejado caer sin darse cuenta. —*Tú* crees que me extralimité. *Yo* creo que estaba cuidando de Melanie y de ti. Dejar que otras personas ayuden no es un crimen. —Se la ofreció—. Está bien si no quieres que la tenga.

Pero Melanie ahora espera ponerse esto.

—Gracias. —Aceptó la bolsa de ropa—. Y… lo siento.

Sus labios se curvaron hacia arriba por un segundo.

Melanie regresó corriendo. —¿Ya estás mejor?

—Mucho mejor. Despídete de la tía Carla.

Hubo un abrazo y más palabras en voz baja, y luego tomó la mano de Melanie en la suya. En el coche, abrió la puerta para que ella entrara, y luego el maletero, colocando la bolsa de ropa.

Junto a la bolsa de Target con su propio vestido negro del tamaño de Melanie que acababa de comprar.

VEINTIUNO

—Vi a Vince anoche.

Liz y Terry se habían acomodado con café en su oficina con la puerta cerrada. La oficina principal bullía de detectives y personal de apoyo discutiendo sobre el caso Hardy. Pete estaba a cargo, supuestamente, y el nivel de ruido era menor aquí dentro, gracias a Dios.

—¿Cómo está Melanie? —preguntó Terry.

—Llegué un poco tarde y ella estaba dormida, pero por lo que escuché, está bien. Le dio un susto a Vince cuando siguió a un gatito bajo la lluvia, pero creo que él está más preocupado de que ella quiera adoptarlo que por cualquier otra cosa.

Terry se rio de eso. —Me lo puedo imaginar con un gatito pequeño. Simplemente aún no sabe cuánto lo va a querer.

—Me reservaré el juicio sobre eso. Mira, sé que dijiste que lo mantuviera al margen, pero mencioné la transferencia de pintura, con un fuerte recordatorio de la posibilidad de que fuera un accidente.

—¿Cómo lo tomó?

—Estuvo callado. Pero al menos sabe que estoy investigando. Es una lástima que la División de Servicios Forenses esté tan atrasada. Me hubiera gustado tener un resultado del cigarrillo que encontré cerca de la escena, pero dicen que tardará semanas, no días.

—¿Algo sobre el contestador automático? —preguntó Terry.

Liz revisó su teléfono como si esperara un mensaje. —Desafortunadamente, todavía no. Quiero tu opinión, jefe. Hablé con Abel Farrelly, que trabaja para Bradley Pickering como su capataz. Él reportó la camioneta desaparecida y cuando le pregunté quién tenía acceso, prácticamente nombró a todos. Dijo que él la conduce, al igual que algunos empleados, y Bradley.

—¿Y?

—Y Bradley me dijo que él nunca la conduce. Pete estaba presente cuando lo dijo. No sé. —Removió el café restante—. Quizás esté equivocada, pero algo no encaja. La gente está mintiendo. Incluso el camarero del restaurante dice que lo han citado mal y nunca escuchó ni mencionó una discusión. Y luego está el avistamiento de Richard Roscoe… bueno, al menos su coche porque no podemos distinguirlo en el video, fuera de la casa de Farrelly cuando yo estaba esperando a que abrieran la puerta.

Terry se inclinó hacia adelante. —Explícame.

Ella lo hizo y le mostró el video que Pete había tomado.

—Estamos planeando visitar a Roscoe, pero según su oficina, está fuera de la ciudad hoy. Iremos a verlo después del funeral.

No hubo palabras por un momento o dos. Todas las personas que ella conocía querían despedirse de Susie, algunos policías con los que había crecido, otros que estaban jubilados y venían a presentar sus respetos, y otros que habían cambiado turnos para estar disponibles. Era demasiado joven para morir y había demasiadas personas que la recordaban de los días en que estaba en la comisaría esperando a que su padre terminara su turno.

Hubo un golpe en la puerta y Pete asomó la cabeza. —Hemos terminado aquí y todos tenemos nuestras listas de tareas. —Sonrió —. Hice una para ti, Liz.

—Vaya, gracias.

—Un placer. Lo principal es que ha habido un posible avistamiento de Hardy en Ballarat y dos coches están saliendo hacia allá ahora.

Terry se levantó y agarró su chaqueta. —Contad conmigo. Necesito tomar aire y atrapar a Hardy sería una buena manera de terminar el día.

Pete ya se había ido.

—Si no me necesitas, jefe, investigaré un poco más sobre Farrelly y veré si puedo encontrar esa camioneta —dijo Liz.

—Todavía tengo curiosidad sobre cómo encajan Farrelly y Roscoe. Llámame cuando lo descubras.

—Lo haré. Ve a atrapar al malo.

Abel Farrelly no tenía antecedentes.

Ningún problema con la policía. Ni siquiera una multa de estacionamiento.

Ningún tiempo en las fuerzas armadas.

No tenía huella digital en las redes sociales, al menos no bajo su nombre real.

—Un ave rara en estos días —murmuró Liz.

Repasó lo que sí sabía. Había nacido en el pequeño pueblo de Moe, en Gippsland. Hijo único. Padres fallecidos. Después de la secundaria se mudó a Melbourne. Si había ido a la universidad, ella no podía encontrar ningún rastro, y su siguiente aparición fue completando una verificación policial para un trabajo en una morgue, de todos los lugares posibles.

Había mucho a lo que no podía acceder sin una causa justificada, pero Farrelly parecía ser una persona ordinaria viviendo una vida ordinaria. Los registros de su domicilio daban una fecha de la última compra unos ocho años atrás por más de un millón de dólares. Comparado con propiedades similares que se vendían en ese momento en esa zona, un millón estaba por encima del promedio.

Entonces, ¿cómo pudiste permitirte tu casa?

¿Herencia?

A menos que se lo preguntara, tendría que seguir siendo un misterio por el momento.

Después de conseguir su tercer café desde que Terry y Pete se marcharon (de hecho, todos se habían ido excepto ella), Liz miró fijamente la pantalla mientras pensaba en el video.

El coche pertenecía a Richard Roscoe, propietario del bufete de abogados que representaba a Malcolm Hardy. También era el abogado personal de Hardy. Lamentablemente, las imágenes no mostraban al conductor, pero el coche había pasado muy despacio frente a la casa de Farrelly y se había estacionado unas casas más abajo. La puerta del conductor se había abierto, pero nadie salió. Pasaron unos diez segundos hasta que la puerta se cerró de nuevo, y el coche volvió a incorporarse a la carretera. Durante todo ese tiempo, Liz había esperado en la puerta de Farrelly, sin darse cuenta.

¿Llamaste a Farrelly? ¿Preguntaste quién estaba de visita? Y él podía verme a través de la cámara.

¿O fue esto pura coincidencia? ¿Alguien deteniéndose para contestar el teléfono?

Liz no creía en las coincidencias.

Comenzó a investigar a Richard Roscoe. Ahora, aquí había una persona que sabía cómo hacer grande su huella digital. Tenía cuentas en redes sociales por todas partes, personales y para el bufete. Liz fue al sitio web del bufete e hizo clic en su página "sobre Richard". En su mayoría, un montón de presunción y ostentación. Lugares a los que había donado. Su universidad.

LinkedIn proporcionó más información.

Después de graduarse como el mejor de su clase, Richard Roscoe comenzó su ilustre carrera desde abajo, como deberían hacer todos los buenos abogados. Rápidamente ascendió a la cima, convirtiéndose en socio en pocos años y luego comprando el bufete. No está mal para un chico de Moe.

—¿Es así? Moe.

Comprobó la fecha de nacimiento de ambos hombres. Era con meses de diferencia entre sí. Ambos asistieron a la misma escuela secundaria. Mismo año de graduación.

Liz se reclinó en su asiento, entrelazando los dedos detrás de la cabeza.

Había encontrado la conexión, pero ahora, ¿qué hacer con ella?

VEINTIDÓS

Dos tumbas abiertas.

Lado a lado.

Descansando juntos. Para siempre.

Los dedos de Melanie estaban envueltos en la mano de Vince. Sus ojos no se habían apartado de la tumba de Susie desde que el sacerdote dio su bendición final, pero ella no había hablado ni llorado. Llevaba puesto el ridículo vestido negro con volantes que Carla había comprado y que le había confesado en secreto que no era muy cómodo. Liz había estado cerca durante la ceremonia y él había sentido su mano en su brazo varias veces.

Cerca de cien personas estaban allí y cuando comenzaron a separarse en grupos más pequeños para hablar en voz baja, Melanie soltó su mano y corrió hacia Carla. Casi la detuvo, pero este no era el lugar ni el momento para hacer algún tipo de escena.

Durante unos minutos habló con el sacerdote y con la madre de David, una mujer frágil que apenas entendía por qué estaba allí y que iba acompañada por una cuidadora. La llevaron en silla de ruedas y él no supo qué hacer consigo mismo. Había personas que no había visto en años y que estaban allí por Susie, no por él. Había roto muchos vínculos antes de retirarse.

El sol brillaba. La tormenta hacía tiempo que se había ido. Ni una nube en el cielo.

Un camino despejado hacia el cielo, mi pequeña.

—El más triste de los días, amigo. —Terry apareció de la nada y le estrechó la mano—. Si hay algo que pueda hacer, sabes que estoy a solo una llamada de distancia.

—Sabes lo que necesito.

Terry hizo una mueca y asintió. —Liz está investigando. Podemos hablar de ello otro día.

Vince gruñó. Terry tenía razón. Aquí no.

Liz se acercó desde donde había estado hablando con un grupo de policías. —Melanie es tan valiente.

—Sí. Nos vamos a casa ahora, para que ella descanse.

Liz se inclinó cerca y susurró. —¿Vas a poder llevártela? Carla no parece lista para devolverla.

No había posibilidad de que Carla hubiera escuchado a Liz desde esa distancia, pero se giró para fulminarla con la mirada. Las manchas negras alrededor de sus ojos le daban un aspecto ligeramente siniestro.

—¿Necesitas ayuda? —Liz no había quitado los ojos de Carla, quien frunció los labios ante el escrutinio.

—Puedes recordarme qué pasó entonces entre tú y Carla.

—Con gusto. Llámame.

Lo haría.

—No teníais que estar aquí, ninguno de los dos, pero gracias.

—Teníamos que estar aquí —dijo Terry con media sonrisa—. Eres familia.

No era cierto. Terry y Liz decían todas las cosas correctas y tenían buenas intenciones, pero su tiempo como parte de la fuerza policial había quedado atrás hace mucho. Pero asintió y fue a buscar a Mel.

Carla se agachó y abrazó a Melanie, susurrándole al oído. Bradley estaba cerca con una mirada inexpresiva. Probablemente dándose cuenta de que fueron sus problemas con David los que mataron a Susie.

Vince lo sabía en sus entrañas.

—¿Melanie? ¿Qué tal si te llevamos a casa?

La niña lo miró de reojo.

—Carla, es hora.

Una lágrima rodó por la cara de Carla ante sus tranquilas palabras y levantó la barbilla un poco y, si acaso, apretó más el brazo alrededor de Melanie.

Bradley intervino, levantando a Melanie y dándole un abrazo. —La tía Carla y yo te queremos mucho, pequeña. ¿De acuerdo? —Le pasó a Melanie a Vince, y ella trasladó sus brazos a su cuello.

—Sé una buena niña, y te veremos muy pronto. —La voz de Carla se quebró al final y Bradley se la llevó.

No había razón para quedarse allí. El sacerdote se había ido. La mayoría de los dolientes se habían marchado o se estaban yendo.

Esto era todo.

Su hija ahora era un recuerdo.

—Necesito a mamá y papá.

La punzada de dolor que atravesó su corazón era demasiado para soportar. Lo habían perdido todo. Las lágrimas llenaron sus ojos mientras forzaba las palabras. —Yo también, Melly. Yo también.

Ella enterró la cabeza contra su cuello y lloró hasta que su cuerpo tembló con la fuerza de su dolor y él la sostuvo cerca mientras se alejaba lentamente de las tumbas.

VEINTITRÉS

Se sentía extraño estar en el trabajo. Todos los que habían asistido al funeral estaban más callados de lo normal y Liz lo entendía. La gravedad de la mañana había regresado a la oficina con ellos. Había organizado que enviaran una canasta de frutas y chocolates a Vince y Melanie, y no era ni remotamente suficiente.

¿Qué más puedo hacer?

Terry tenía un aire similar, pero también estaba decidido a atrapar a Malcolm Hardy y estaba frente a una pizarra blanca con un rotulador.

—Empecemos de nuevo, chicos y chicas. —Golpeó la punta del rotulador en la pizarra—. Ayer fue una pérdida de recursos sin rastro de Hardy en Ballarat ni del lugar donde supuestamente lo habían visto. Queremos atrapar al cabroncete, pero debemos estar atentos a las falsas alarmas.

—Probablemente ya esté en otro estado —dijo uno de los detectives más jóvenes, y un par más murmuraron en señal de acuerdo.

Pete negó con la cabeza.

—¿Por qué no, Pete? Han pasado diez días desde que escapó. Tiempo suficiente para hacer autostop y salir de Victoria —dijo Terry.

—Nos llevaba solo unos minutos de ventaja cuando huyó, lo que significó que teníamos cubiertas todas las salidas principales antes de que pudiera hacer algo más que meterse en un agujero para esconderse hasta que bajara la presión. Para entonces, su cara

estaba por todas partes en el estado. Las empresas de transporte y las autoridades de transporte público están en alerta, al igual que la policía en todo el estado.

Tenía una lógica sólida, pero con cada día que pasaba sin señales del criminal, las posibilidades de encontrarlo disminuían.

—Y estoy de acuerdo con Pete —continuó Terry y comenzó a garabatear en la pizarra—. No podemos mantener vigilancia en todos sus viejos escondites ni en sus contactos principales. ¿Y si lo sacamos de donde sea que se esté escondiendo?

Había escrito un nombre. *Betty Hardy*.

—Jefe, hemos tenido a su madre vigilada desde el primer día —dijo Liz—. No puede ir de compras sin una sombra, mucho menos reunirse con su hijo.

—Es hora de tener otra charla con ella, ver si podemos darle una razón para que nos ayude a localizarlo. O plantar una semilla en su cabeza. Dejar que él piense que tiene una ventana de oportunidad para salir de la ciudad.

Pete estaba sonriendo. —¿En su casa o en la nuestra?

—En la suya. Hagan obvio que estamos allí. Lleven una unidad y que se queden al otro lado de la calle para que los vecinos hablen.

Betty Hardy había afirmado, desde la primera vez que arrestaron a su hijo, que lo había sacado de su vida. Había vivido en la misma casa durante la mayor parte de su vida adulta y, con casi ochenta años, sostenía que no tenía interés en abandonarla.

Liz la había visto una o dos veces en el transcurso de entrevistas anteriores, y la mujer la recordó cuando abrió la puerta, mirándola a través de sus gruesas gafas.

—Supongo que ambos querrán café.

—No es necesario, señora Hardy —dijo Pete—. Solo una charla rápida, si no le importa.

—¿Importa si me molesta? —La anciana usó un bastón mientras cojeaba alejándose de la puerta principal y desaparecía en otra

habitación—. Cierra eso, joven.

Pete tenía una sonrisa tonta en la cara y Liz negó con la cabeza.

Se unieron a la señora Hardy en la sala de estar, una parte pequeña y sombría de una casa pequeña y sombría. Ella se estaba sentando en una silla y gruñó al hacerlo. Las cortinas estaban cerradas y un par de lámparas proyectaban extrañas sombras sobre el viejo papel tapiz.

—Siéntense y hagan sus preguntas. Pero no se molesten en preguntar si he visto a Malcolm o si sé dónde está porque no lo he visto y no lo sé. Igual que siempre.

Pete se sentó en un sofá, con los ojos recorriendo la habitación.

Liz permaneció de pie. —Ha sido clara sobre no tener contacto con su hijo durante varios años, pero nos preguntábamos si conoce a un hombre llamado Abel Farrelly. —Casi contuvo la respiración. Quería encontrar una conexión con tanta fuerza que le dolía.

—Ese nombre no me suena. ¿Tienen una fotografía?

Pete abrió su móvil y le mostró la foto del carnet de conducir de Farrelly.

Ella lo miró durante un largo tiempo y luego se reclinó. —No puedo decir que lo conozca. ¿Está ayudando a mi hijo?

Nunca iba a ser tan fácil.

—No lo sabemos. Pero gracias por mirar. ¿Ha tenido noticias de Richard Roscoe recientemente?

La señora Hardy se burló. —¿Él? Un hombre inútil con más dinero que sentido común. Todavía me llama una vez por semana para asegurarse de que estoy viva. Probablemente quiera estar listo para apoderarse de esta valiosa propiedad para venderla y cubrir sus honorarios en cuanto me vaya con Dios.

Liz intercambió una mirada con Pete, y él tomó la palabra.

—¿No es raro que la llame cada semana? ¿Siempre lo ha hecho?

Ella asintió tan vigorosamente que sus gafas se deslizaron por su nariz. —Desde que Malcolm fue a prisión. Una vez a la semana sin falta, excepto algunas veces cuando estaba en el extranjero y entonces hacía que el señor Black llamara en su lugar, su asistente. Siempre lo mismo. —Su voz cambió a un tono áspero—. ¿Cómo

estás, Betty? Malcolm te manda cariños. ¿Hay algo que te gustaría que le transmitiera?

—¿Y había algo?

La señora Hardy miró a Pete por encima de sus gafas y luego se las subió. —No sabría qué decirle si estuviera sentado aquí con nosotros ahora mismo.

Pete sacó su móvil. —Perdón, un mensaje. —Hizo como si lo estuviera leyendo y luego se puso de pie de un salto—. Tenemos que irnos, me temo. Gracias por ser tan servicial.

—¿Qué pasa? —La señora Hardy tocó un botón en su silla que comenzó a levantarla—. ¿Han encontrado a Malcolm?

—No… pero… no debería decirlo.

Le mostró a Liz el "mensaje", que era una pantalla en blanco.

—¡Oh! Quizás deberías informarle a la señora Hardy. Solo para mantenerla al día.

Con el móvil de vuelta en su bolsillo, Pete se tomó su tiempo para tomar una decisión. Para entonces, la señora Hardy ya estaba de pie y se apoyaba en su bastón, esperando.

—El mensaje era de nuestro jefe, que está supervisando la búsqueda de su hijo. Quiere que toda la policía disponible se concentre en un área de la Península de Mornington. Parece que hay una gran búsqueda planeada con la mayoría de nuestras unidades dirigiéndose allí. En fin, gracias de nuevo. Cerraremos la puerta al salir.

Un minuto después, Liz y Pete se apresuraron hacia su auto.

—No es una mujer tonta —dijo Pete mientras subía.

—En absoluto. Pero si le importa algo su hijo, quizás se le escape algo con Roscoe.

—Y si sabe dónde está Malcolm, podría hacerlo sentir lo suficientemente confiado como para cometer un error.

Bradley acercó su coche a la entrada del almacén y lo giró para quedar frente a la carretera, estacionando junto a la valla lateral. La

camioneta de plataforma no estaba allí, ni tampoco la furgoneta de alquiler que Abel había organizado para gestionar entregas y recogidas hasta que localizaran la suya. El robo era inquietante. Abel era meticuloso en mantener el lugar cerrado, y haber cortado la cadena pesada y robado la furgoneta había enviado una onda de preocupación entre el personal.

—¿Sigues ahí, Brad?

Estaba en una llamada telefónica con su abogado, que tenía una lista de asuntos por tratar debido a la muerte de David, pero su tema de los últimos minutos era igual de importante.

—Lo siento, Gary.

Gary continuó. —Como decía, con Vince Carter en el panorama como único familiar viable de Melanie, y estando dispuesto y capacitado para convertirse en su tutor, las cosas se complican.

—¿Se complican? ¿O se vuelven imposibles? —Hubo silencio y Bradley tamborileó los dedos en el volante—. ¿Me estás diciendo que no hay manera de asegurar que Melanie tenga una vida mejor? ¿Ninguna forma de traerla a casa, a un lugar que ama y donde prosperará?

—Todo es posible. Te lo estoy planteando para que puedas gestionar tus expectativas y las de Carla. En la superficie, Vince Carter es un héroe, un policía retirado y condecorado. Presenta una figura con la que empatizar al haber perdido a su hija, y tiene la carta de viudo. Su esposa murió el mismo día que él salvaba vidas en un tiroteo muy publicitado. ¿Quién no querría que tuviera a su nieta en su vida?

—Jesús. *Casi* estoy apoyándolo cuando lo dices así.

Gary se rio. —Soy bueno en mi trabajo.

—Entonces dime qué hacer en lugar de añadir testimonios halagadores a nuestro enemigo. —Bradley escupió las palabras.

—Tranquilo. No es tu enemigo, solo es un hombre que se interpone en lo que quieres. Necesitas pruebas contundentes para contrarrestar el voto de compasión.

—¿Contundentes? ¿Cómo?

—Incompetencia. Abuso de sustancias o de otro tipo. Historial de negligencia. Enfermedad mental no tratada. Problemas de ira.

Desenterrar algún secreto oscuro.

Abel pasó conduciendo en la camioneta de plataforma.

Bradley sonrió. —Gracias.

—Para que conste, ese no fue un consejo legal.

—Claro. Sí. Hablamos pronto.

—Pero necesitamos cubrir el…

Bradley terminó la llamada. Envió un mensaje a un número en su móvil y luego abrió la puerta mientras Abel se dirigía hacia el almacén. —Abel. ¿Podemos hablar un momento?

Ese momento se convirtió en veinte minutos de debate sobre cuánto se habían retrasado. No debate, gritos totales. Al menos por parte de Bradley, porque Abel ni siquiera levantó la voz.

—No sé por qué estás tan alterado, jefe. —Claramente cansado de estar parado en medio del almacén siendo regañado, Abel se dirigió hacia los contenedores en la parte trasera—. ¿Has visto siquiera el equipamiento?

Aunque su temperamento todavía tenía cosas que decir, el cerebro de Bradley se dio cuenta de que nada salía de la discusión aparte de un mayor riesgo de ataque cardíaco. Los trabajadores también se habían ralentizado durante la conversación, lanzándole miradas curiosas.

—Volved al trabajo, todos vosotros.

Siguió a Abel, quien abrió la parte trasera del primer contenedor con un fuerte estruendo. Bradley esperó hasta que la puerta estuviera asegurada antes de poner un pie dentro.

—Esto está casi listo para empacar y poner en el camión. —Abel pasó rozándolo—. ¿Ves esos rieles…? —Señaló hacia arriba. Varias filas de rieles (un equivalente industrial del tipo que se encuentra en ventanas para persianas verticales) cruzaban el techo. Dentro de ellos había múltiples ganchos que podían deslizarse a una variedad de posiciones—. Nos permite configurar redes o correas para contener lo que esté empacado. Podemos mezclar cajas con maquinaria pequeña. O enviar cargas parciales si nuestras marcas no necesitan transporte.

—Un desperdicio no llenar toda la cosa.

—No a las tarifas que pagará Duncan. Solo quiere una solución sin complicaciones para transportar sus productos interestatales ahora que puede ver lo fácil que será expandirse, y esta es, por mucho, la opción más económica —dijo Abel—. Si acepta tu oferta de comprar algunos de nuestros juguetes, eso solidifica el acuerdo de trabajo.

Bradley tocó los lados. —¿Por qué añadir paredes interiores?

—Están aisladas. Mejor para carga sensible.

—¿Como qué?

Abel se encogió de hombros. —Alcohol. Agua embotellada. —Sonrió—. Personas.

Imbécil.

Miró afuera para asegurarse de que nadie hubiera escuchado eso.

—¿Cuánto costó esto?

—Está dentro del presupuesto. —Abel pasó una mano por la pared en la parte delantera del contenedor.

—¿Cuándo se hizo esto, Abel? He estado aquí todos los días durante semanas y…

—Por la noche, jefe. Es más fácil sin trabajar alrededor del personal, considerando lo ruidoso que era el trabajo. Tenemos uno terminado y otro listo para comenzar cuando lo digas.

Bradley ya había tenido suficiente del espacio confinado y salió.

—Antes de que te vayas. —Abel cerró las puertas del contenedor y luego se apoyó contra ellas—. Esos policías que estuvieron aquí el otro día… lo escuché todo.

—¿Sobre aquella noche en el restaurante?

Abel asintió.

—El problema es que no recuerdo haber visto a nadie alrededor mientras él y yo hablábamos. Susie vino y habló con nosotros, pero está muerta, así que no cuenta. El camarero entraba y salía por la puerta, pero nunca el tiempo suficiente para escuchar algo.

—Piensa. ¿Estabas de cara a la puerta trasera o al área del comedor?

—Al comedor. Pero alrededor de la esquina, cerca de los baños… oh, mierda.

¿Cómo había olvidado a Melanie?

El móvil de Bradley sonó. Era el número al que había enviado un mensaje después de hablar con Gary. —Espera un momento, Abel. Tengo que contestar esto.

Carla terminó de limpiar la mesa del comedor y sacó una botella de vino de la nevera. La cena había sido tranquila, con ambos preocupados. Era en parte los efectos posteriores del funeral y, además, cualquier cosa que estuviera molestando a Bradley, se lo estaba guardando para sí mismo.

No importaba. Tarde o temprano hablaría con ella, y ella tenía suficientes cosas en mente.

Revisando su móvil después del funeral, había encontrado una foto olvidada de ella con Susie unas semanas después de haberse conocido. Carla estaba en su último año de universidad en una jornada de puertas abiertas, hablando con posibles estudiantes y padres. Susie estaba medio interesada en el curso que Carla estaba terminando y después de hablar un rato descubrieron un interés mutuo en el teatro musical. Fueron juntas a ver una obra y luego se convirtió en algo habitual. Esa fotografía fue tomada fuera del Teatro Her Majesty's.

—Y entonces éramos mejores amigas. Para siempre. —Carla había llorado de nuevo, sosteniendo el móvil contra su pecho hasta que no quedaron más lágrimas por derramar. Había besado la imagen de Susie. Cuántos hermosos recuerdos habían compartido, y nunca dejaría que la olvidaran.

Todavía estaba agotada por el dolor y por haber visto a Melanie sin poder traerla a casa. Tomando la botella, recogió dos copas y fue en busca de su marido. Él estaba sentado en la sala, girando su móvil entre los dedos, frunciendo el ceño.

—Buena idea. —Él tomó las copas y las sostuvo mientras ella servía.

—Te ves preocupado, cariño —dijo ella.

—¿Hm? Oh, no, solo cosas del trabajo. —Dio una palmadita en el sofá—. Por nosotros, nena.

Uniéndose a él, chocó su copa con la suya. —¿Hay muchos problemas ahora que David no está? ¿Estás haciendo su trabajo además del tuyo?

—Más o menos. El problema urgente es que no había firmado un acuerdo de transporte y estoy luchando para ponerme al día y hacerlo realidad. Nuestro negocio está a punto de despegar y este nuevo contrato de cadena de suministro era clave.

—Pensé que tu cadena de suministro era local.

—Hemos tenido la oportunidad de poner contenedores en camiones interestatales cada semana. Duncan quiere expandirse, y esta es una opción bastante económica para hacer viajes regulares a lugares como el Norte de Queensland y el Territorio del Norte.

—¿Seguís transportando juguetes y cosas así? ¿Y los nuestros además de los suyos? —preguntó ella.

—Sí. Abrirá algunos mercados nuevos.

—Entonces, ¿qué hay que hacer para que suceda? ¿Eran solo cambios en el contrato?

—Se acobardaron. Dijeron que con la muerte de David estaban preocupados por la estabilidad de nuestra empresa, perdiendo a uno de los dos socios, y al que era el experto en logística. Les envié una nueva propuesta y acaban de devolver una versión modificada. Quieren una garantía de tres meses de envíos pagados por adelantado.

—¿Entonces qué estás esperando? —Carla frunció el ceño.

Bradley tomó un largo trago de su copa.

Melanie tenía un interés en esto. Los abogados de todas las partes determinarían qué pasaría con la participación de David en la empresa, pero su éxito significaba más para el futuro de la pequeña.

—Brad, no esperes. Si Duncan está listo para comprometerse, haz lo mismo. Tres meses por adelantado no son nada comparados con el beneficio a largo plazo y, de todos modos, simplemente transfiérelo.

Casi escupió su vino. —¿A Duncan?

Ella asintió. —Dile que su cotización subió un poco. Aumenta tu precio para él para cubrir el costo. ¡Haz lo que sea necesario para asegurar el futuro de esta empresa!

Bradley se rio, dejó su copa y le tomó la mano. —Eres sensacional, nena. Había olvidado lo apasionada que eres por los negocios.

—Tengo un título en administración de empresas, Brad. Simplemente ya no se aprovecha bien.

Porque elegiste a un hombre como socio en lugar de a tu esposa.

Sin saber de dónde venía ese pensamiento, o por qué de repente importaba, Carla tomó un sorbo de su vino. No quería pelear, o mirar demasiado de cerca lo que estaba pasando en el almacén. Mejor pensar en Melanie. —Estaba considerando un lila suave con algunos toques amarillos.

—¿Perdón? —Bradley obviamente no tenía idea de lo que estaba hablando.

—Y sé que ella quiere un gatito, pero quizás tengamos que persuadirla de que un acuario es mejor. No puedo soportar la idea de cajas de arena y un gato arañando nuestros muebles, ¿no crees?

—¿De qué estás hablando?

—He estado pensando en cómo redecorar el segundo dormitorio para Melanie. Colores suaves. Una cama doble con dosel… como la cama de una princesa. Muchos juguetes hermosos. Estoy tan contenta de que ese dormitorio tenga su propio baño, de lo contrario tendríamos que renovar. Pero creo que puedo convertir el existente en una habitación hermosa para ella.

—Tranquila. —Bradley le besó los dedos—. Hay mucho camino por recorrer.

—Susie querría que viviera con nosotros. ¿Por qué más nos haría sus padrinos? ¿Por qué más sacaría a Vince de sus vidas?

Bradley extendió su brazo y ella se acercó para apoyarse contra él.

—Melanie va a ser nuestra niña. ¿Verdad?

¿Qué dijo el abogado? ¿Qué tenía que conseguir algo sucio sobre él?

—Sí, Carla. Lo haré realidad. De una forma u otra, te prometo que Melanie vendrá a vivir con nosotros.

VEINTICUATRO

No hay movimiento en el vertedero que él llama hogar. Cómo alguien puede vivir así, y mucho menos obligar a una niña a soportarlo, está fuera de mi comprensión. Y a una niña tan dulce.

Mis prismáticos recorren el frente de la cabaña. Sin cámaras exteriores. Las cortinas son endebles. No hay puerta mosquitera, solo una puerta de madera sin cerradura de seguridad. Excelente. El humo sale por una chimenea. Una chimenea. Mejor aún. Los incendios domésticos son comunes.

Solo hay una salida de la propiedad, a menos que haya una puerta en la parte trasera.

Demasiado lejos para ver.

Pero necesito saberlo.

Hay un largo camino de entrada que lleva a la siguiente casa y corre junto a la propiedad de Carter. Muchos arbustos lo bordean. Nadie me verá si pasa un coche. Mi reloj indica que son casi las dos de la madrugada y casi me río ante la idea de que alguno de estos paletos esté por ahí a estas horas.

Cada pocos metros a lo largo del otro camino de entrada me detengo, escucho y observo. Si alguna de las propiedades tiene perros, están dentro. No hay otra casa a la vista. Solo estas dos y no podrían ser más diferentes entre sí.

La tierra de Carter se extiende mucho hacia atrás. Estrecha pero larga y se vuelve empinada al fondo. Hay un poni dormido en un cobertizo de tres lados. Ese paddock comparte una puerta con el

camino de entrada. ¿Acaso Carter se escabulle allí a veces para visitar a la anciana? Qué asco. Hay un candado en la puerta. No tan fácil para un escape rápido. No para Vince.

Mirando de nuevo hacia la carretera, es obvio cómo se desarrollará esto.

Cuando llegue el momento adecuado.

¿Un lugar tan desprotegido? Está pidiendo problemas.

VEINTICINCO

Había tanto por hacer. Todas las cosas que Vince había postergado antes del funeral estaban en una larga lista para resolver hoy y no le importaba.

Mantenerse ocupado.

Comenzó a preparar panqueques. Harina. Huevos. Leche. Medir. Mezclar. Reposar.

Melanie ya se había duchado y estaba en su habitación. Buena niña levantándose sola cada día, duchándose, manteniendo ordenada su habitación. Él había estado recordándole eternamente a Susie que hiciera lo mismo hasta que fue a la secundaria y de repente empezó a preocuparse por su apariencia.

Asomó la cabeza fuera de la cocina. —Desayuno en diez minutos, Melly.

Hubo una respuesta amortiguada que esperaba fuera de reconocimiento.

Ayer habían jugado juegos de mesa, visto televisión y comido fruta y chocolate de las canastas enviadas por Liz y otras personas. Había habido una lasaña en la puerta cuando llegaron a casa después del funeral con una nota de Lyndall.

La favorita de Susie.

Lyndall no iba a funerales. No había asistido al de Marion, que era su amiga. Le dijo una vez que ya no podía enfrentarlos. No después de todo lo que había perdido. Él no había preguntado a qué se refería, y ella no había ofrecido más información. A pesar de ser

vecinos durante años, su pasado era un misterio. Por primera vez, sentía curiosidad.

—¡Oh, panqueques! —Melanie miró dentro del tazón—. ¿Puedo ayudar?

—Eh… claro. ¿Qué quieres hacer?

—Darles la vuelta.

A punto de decir que no, que él se encargaría de la parte de cocinar, se detuvo. Marion siempre animaba a Susie a ayudar, ya fuera cocinando o apilando madera. Había sido una mujer pragmática que quería que su hija tuviera una variedad de habilidades. Después de que muriera y Vince intentara asumir todos los aspectos de la vida sin ella, fue Susie quien tercamente siguió haciendo sus tareas y añadiendo más para que hubiera equidad en la casa. No era así como lo habían criado a él y a veces todavía escuchaba la voz de su padre en su cabeza recordándole que protegiera a sus mujeres. No es que alguna vez hubiera considerado a alguien en su vida como "suya". Otros tiempos.

—¿Puedo? —preguntó Melanie.

—¿Has volteado panqueques antes?

—Mm. Sí y no. Mami me ayudaba. Todavía necesito un poquito de ayuda.

Sonrió. —Estoy aquí mismo si la necesitas. ¿Sabes cuánta mantequilla debe ir primero?

Con un asentimiento, Melanie fue al fregadero y se lavó las manos.

Después de un par de pequeños contratiempos, cada uno se sentó a la mesa con platos de panqueques con nata fresca y más de la fruta de Liz.

—¿Es tu amiga? —Melanie finalmente dejó de comer después de haber logrado devorar más panqueques que Vince—. ¿La señora policía?

—¿Lizzie? Supongo que sí lo es.

—Entonces ¿por qué no te visita?

—Lo hizo la otra noche. Tú estabas profundamente dormida.

—Oh. —Melanie inclinó la cabeza—. Lyndall es agradable. ¿Es tu amiga?

Se compró un minuto para pensar en la respuesta recogiendo los platos. —¿Otro chocolate caliente?

—Estoy llena hasta el tope. —Se dio palmaditas en el estómago —. Entonces, ¿lo es?

Pequeña curiosa, ¿verdad?

—Hemos sido vecinos durante mucho tiempo. Ella y tu abuela eran amigas cercanas e incluso solía cuidar de tu mamá a veces, cuando tenía tu edad.

—¿Podemos visitarla pronto?

—Claro. Aunque quizás hoy no. Tengo que hacer algo de papeleo y tal vez vayamos a comprar comida un poco más tarde.

Melanie saltó de su asiento y comenzó a guardar la fruta restante en el refrigerador. —Voy a hacer más dibujos y dárselos a Lyndall cuando la veamos. Quizás uno del gatito.

—Gran idea, Mel.

Cualquier cosa para distraerla de hacer más preguntas sobre Lyndall. No tendría ni idea de cómo responder.

Después de pagar un montón de facturas que mantendrían la casa de Susie asegurada y con electricidad por un tiempo más, Vince se enfrentó al problema mayor.

Releyó la carta de la directora de la escuela de Melanie.

Dos puntos destacaban: El tiempo que la cuenta había estado sin pagar, y la mención de que el negocio de David estaba en problemas.

Después de comprobar que Melanie no estuviera al alcance del oído, llamó a la escuela. Pasó al buzón de voz y dejó su número. Las vacaciones escolares durarían otra semana más o menos. Encontró la dirección de correo electrónico en la carta y comenzó a escribir un mensaje, interrumpido cuando sonó el teléfono.

—¿Señor Carter? Soy la señora Joyce McCoy de la escuela de Melanie, devolviendo su llamada. —La voz al otro lado era clara y educada.

—Gracias por llamar. Olvidé que eran vacaciones.

—Estoy trabajando en mi oficina y normalmente dejo que los mensajes pasen, pero dada la situación… qué terrible impacto lo de Susan y David. Lamento mucho su pérdida.

—Sí. Gracias.

—¿Y cómo está Melanie?

—Un día a la vez. El brazo roto no le está dando problemas. El motivo de la llamada es que he recogido el correo y tengo su carta y factura.

Hubo silencio.

—Fue un poco impactante ver cuánto se debe a la escuela —dijo él.

—En circunstancias normales, esto no habría llegado tan lejos —dijo ella—. Pero la familia había sido muy generosa en el pasado ayudando a que otro estudiante permaneciera en la escuela… David estaba convencido de que podría pagar la factura completa a más tardar hace dos semanas.

—¿Le dijo qué iba mal en su negocio?

—No debería estar hablando de nuestras conversaciones confidenciales.

Vince puso los ojos en blanco.

—Señora McCoy, soy el padre de Susie. Tengo a Melanie viviendo conmigo y estoy tratando de entender por qué David diría que su negocio estaba en problemas, porque no hay señal de que ese sea el caso.

Ella respiró audiblemente. —Qué extraño.

¿Por qué las mentiras, David?

—Señor Carter, preferiría hablar de esto en persona. ¿Puede reunirse conmigo?

—Por supuesto. Melanie ama la escuela. Quiero asegurarme de que pueda continuar.

—Hablaremos sobre sus opciones. Tendría que ser mañana o pasado mañana.

Acordaron una hora y terminaron la llamada.

Vince borró el correo electrónico que había estado escribiendo. David y Susie habían terminado de pagar la hipoteca de su casa a

principios de año. No más cuotas. Más ingresos disponibles en cada período de pago y había un registro sólido de un salario decente. Entonces, ¿por qué decirle a una escuela que el negocio estaba en problemas? ¿Adónde iba el dinero extra?

Mientras tenía los correos electrónicos abiertos, buscó el nombre de David. Muchas menciones en los correos de Susie y no podía soportar leerlos. Aún no.

—¿Podemos ir de compras ahora?

Dio un salto. ¿Cómo se había acercado Melanie tan silenciosamente?

—Siento haberte asustado. —Puso su mano en su brazo y su sonrisa se desvaneció—. Solo tengo calcetines en los pies, así que no debes haberme oído.

—Tú nunca podrías asustarme, cariño. Mi mente estaba en otro lugar, y caminas muy suavemente. Y sí, podemos ir de compras ahora. Si puedo organizarlo, ¿te gustaría visitar a Lyndall después del almuerzo?

Su sonrisa volvió con toda su fuerza y saltó arriba y abajo.

—Muy bien. Ve a buscar tus zapatos y la llamaré ahora para preguntar.

Vince se sentó en el escritorio de David en la oficina de la casa de Susie. Siempre pensaba en ella en términos de pertenencia a Susie, pero había sido el hogar de ambos. No tenía sentido fingir lo contrario. Estaba esperando al teléfono mientras su abogada hablaba con los de ellos. Sabía que podría revisar cualquier cosa aquí y nadie lo descubriría, pero llevarse las propiedades del negocio de David a casa podría crear un problema más adelante.

—¿Vince? Siento haberte hecho esperar. Mira, siempre y cuando mantengas un registro de lo que sacas de la casa, no hay nada que te lo impida. Pickering no ha presentado prueba de propiedad del portátil. Valía la pena comprobarlo, pero como hemos solicitado que

administres el patrimonio, todo lo que estás haciendo es planificar con anticipación.

—Gracias, Sally. Después del allanamiento aquí, me preocupaba que pudiera haber otro intento.

—Es una decisión justa. Ya que te tengo, su abogado mencionó que han recibido una carta del abogado de Pickering sobre la empresa. Quiere comprar la participación de David.

—No —espetó Vince.

Sally se rio entre dientes. —Una vez que se asiente el polvo y Melanie esté permanentemente bajo tu cuidado, no pueden hacer nada sin tu aprobación. Pero en mi opinión como tu asesora legal, deja que hagan una oferta. Si es justa, entonces Melanie tendrá dinero en un fondo fiduciario para su uso futuro y, más importante para ti, imagino, es romper todo contacto con ellos.

—Son sus padrinos.

—Ese será el único papel que podrán desempeñar en la vida de Melanie. Nada legal que la vincule a ellos. Tú decidirás si hay algún contacto adicional.

Eso le atraía a Vince. Después de que terminó la llamada, abrió la maleta que ya había recogido del armario del pasillo y comenzó a llenarla. Archivos, el portátil, memorias USB, una grabadora, teléfono y un diario encuadernado en piel. Quedaba mucho espacio, así que recogió más ropa de la habitación de Melanie.

Antes de irse, entró en la habitación de Susie.

De alguna manera era más fácil que antes. Más fácil, desde que se había dicho a sí mismo que solo estaba aquí por el beneficio de Melanie y no entrometiéndose en el hogar de su hija. Cualquier aleteo de dolor era aplastado en el momento en que aparecía.

Había preciosas fotografías en su mesita de noche de Melanie a diferentes edades y las tomó. Ante la posibilidad de que pudiera haber algo que Melanie necesitara de la caja fuerte, marcó la combinación que Susie siempre usaba. No funcionó. Probó otras: su fecha de nacimiento, la de ella, la de David, la de Melanie. Nada.

¿Habría estado Pickering aquí el otro día?

Envió un mensaje de texto a Liz.

En casa de Susie. Creo que Pickering ha cambiado la combinación de su caja fuerte. ¿Podemos tomar huellas?

De vuelta en la oficina, Vince contempló el archivador. En el pasado, David era obsesivo con cerrarlo. Una vez bromeó diciendo que mantenía sus llaves bajo llave.

Pero el archivador no estaba cerrado.

Y había espacios donde faltaban carpetas enteras.

Su móvil emitió un pitido con un mensaje.

¿Puedo pasar esta noche? Hay cosas que discutir. Debería poder conseguir que tomen huellas.

Frunció el ceño. Liz le recordaba días mejores. Y los peores días. Pero era la única que lo tomaba en serio, aparte de Terry hasta cierto punto.

¿Vienes a cenar?

Melanie quería conocerla.

Me encantaría. ¿Qué llevo?

Una forma de atrapar a un asesino.

Postre. A Melanie le encanta todo lo que tenga limón.

Hecho. :-)

Menos mal que habían ido de compras antes. Tenía muchas opciones para meter en el horno. Vince se dio cuenta de que estaba sonriendo.

VEINTISÉIS

Las oficinas de Roscoe & Henderson estaban en Balwyn North en los suburbios del este, en el segundo piso de un viejo edificio de ladrillo cerca de la calle principal.

Liz y Pete se acomodaron en asientos incómodos frente a Richard Roscoe en una enorme oficina esquinera con ventanas diminutas y muebles caros. La alfombra, sin embargo, estaba raída y había grietas en las paredes.

Ella había visto a Roscoe unas doce veces. Visto no era la palabra correcta. Lo había observado. Lo había escuchado defender a asesinos en la sala del tribunal, Malcolm Hardy siendo el primero de muchos hace casi una década. El caso Hardy le consiguió otros clientes porque había logrado reducir la sentencia usando vudú o algo así. Liz no tenía idea de cómo lo había hecho. Pero el abogado tenía cierto talento que desperdiciaba defendiendo a criminales del peor tipo.

Una mujer de mediana edad con tacones muy altos entró sigilosamente con una bandeja, la bajó sobre el escritorio y salió apresuradamente.

—Sírvanse. —Roscoe hizo un gesto con el brazo.

Pete no perdió tiempo en hacerlo. Había café y un plato de galletas, y tomó un par de ellas. Cómo el hombre se mantenía en forma con lo que comía y bebía era uno de los grandes misterios de la vida.

—Señor Roscoe, estamos aquí para preguntarle sobre su reciente visita a la casa de Abel Farrelly —dijo Liz—. ¿Cómo lo conoce?

Los ojos de Roscoe se agrandaron y su boca se abrió ligeramente. ¿Iba a mentir sobre haber estado fuera de la casa de Farrelly? Tenía el video listo para mostrárselo si lo hacía.

—¿Abel? Es amigo mío desde la escuela. Si se refiere al día de anteayer, en realidad, al anterior a ese, estaba en la zona y planeaba pasar a tomar un café con él.

—¿Planeaba?

—Sonó el teléfono antes de que pudiera salir del coche.

Se mostraba seguro de sí mismo. Una vez que supo que esto era sobre Abel, se había relajado.

—¿Algo lo suficientemente importante como para impedirle visitar a su viejo amigo?

—Era un cliente al teléfono. De todos modos, Abel no me esperaba y, por lo que sabía, podría haber estado fuera. ¿De qué se trata todo esto?

—¿Es Abel su cliente además de ser un viejo amigo?

Roscoe sonrió con suficiencia. —No voy a hablar de mi relación con Abel a menos que me expliquen por qué están preguntando.

Con la boca medio llena de galleta, Pete agitó su mano libre. —¿Y Hardy?

—¿Y Hardy… qué? —Roscoe frunció el ceño.

Pete tragó y bebió un poco de café, arrugando la cara por el sabor. Devolvió la taza a la bandeja. —Ya veo por qué su secretaria salió corriendo. ¿Cuándo fue la última vez que lo vio?

Roscoe agarró una taza y se tomó su tiempo bebiendo a sorbos.

—¿La semana pasada? ¿Hoy? —insistió Pete.

—Han pasado semanas. Le dije a los suyos el otro día que me había reunido con él en prisión para hablar sobre su próxima comparecencia en el tribunal. Eso fue todo. Ahora, si no hay nada más… —Roscoe se levantó de la silla.

—Sería en su mejor interés ayudarnos a localizar a Hardy.

Era fascinante cómo un brillo rojizo crecía alrededor de las orejas del hombre. Se cruzó de brazos y no dijo nada.

—Muy bien. —Pete se puso de pie y se sacudió las migas de la ropa, sonriendo ante la evidente desaprobación en la cara de Roscoe —. Tomaremos eso como confirmación de que está en comunicación con Hardy. Tenga en cuenta que es un asesino a sangre fría, y no duda en enviar un mensaje contundente a cualquiera que no esté jugando según sus reglas.

Decía la verdad. Hardy había sido condenado por matar a dos colegas que le habían fallado. Estar en cualquier parte de su círculo era un riesgo. Incluso para su abogado.

Fuera del edificio, Pete atendió una llamada telefónica y Liz se puso al día con los mensajes. Vince seguía hablando de Pickering y ella estaba feliz de explorar la posibilidad de que el hombre estuviera de alguna manera involucrado en las muertes de Susie y David. Le sorprendió que no sólo aceptara que ella lo visitara más tarde, sino que le pidiera que viniera a cenar.

—¿Por qué sonríes? —Pete había terminado su llamada—. ¿Una cita especial?

—Sí y no. ¿Listo para irnos?

—No del todo. Mira quién se dirige hacia nosotros.

Jerry Black no los había visto al cruzar la calle, esperando a que pasara un tranvía. Era la mano derecha de Roscoe pero su papel era difícil de definir. Parte abogado, parte investigador, parte recadero. Había estado presente en todas las comparecencias de Hardy a lo largo de los años y Pete había testificado en varios casos en los que él había estado involucrado. Cuando llegó al lado de la calle donde estaban ellos, frunció el ceño e intentó pasar de largo.

Pete se interpuso frente a la puerta. —*Colega*. Jerry, ha pasado demasiado tiempo.

—Estoy ocupado.

—¿Has ido a ver a Hardy? —preguntó Pete.

—Idiota.

—Has herido mis sentimientos. Entonces, ¿ningún rastro de Hardy últimamente?

—Por Dios, acabo de decirlo. ¿Hay alguna razón por la que me detienes o es por diversión?

Black intentó pasar empujando a Pete, quien se movió con él, poniendo un brazo alrededor de los hombros del hombre como si solo estuvieran hablando. Liz sacó su móvil.

—Señor Black, ¿le importaría mirar algo para nosotros, y luego lo dejaremos en paz? —Antes de que pudiera responder, reprodujo el video del coche de Roscoe cerca de la casa de Farrelly—. ¿Sabe quién es el propietario de esta casa?

—No. Pero ese es el coche de Richard, así que necesitan preguntarle a él.

—Lo hicimos. —Pete no había aflojado su agarre.

Para un observador casual, parecerían un par de amigos reunidos, charlando y compartiendo un video. De cerca, las manos de Black estaban apretadas, y estaban a un paso en falso de que él arremetiera contra Pete.

Este hombre sabía mucho más de lo que estaba dispuesto a decirles y Liz observó atentamente su rostro. —¿Ve cómo estoy en la puerta? Cuando se abra podrá echar un vistazo al ocupante.

En el instante en que apareció Farrelly, los ojos de Black se agrandaron y se retorció para liberarse del agarre de Pete. —Presentaré una queja si alguna vez vuelves a tocarme, McNamara —. Abrió la puerta de un tirón y desapareció.

—¿Fue algo que dije?

Mientras guardaba el móvil, una sensación curiosa recorrió la espina de Liz. No era muy partidaria de la teoría de saber cuándo te están observando, pero… se tomó un momento para examinar el lado opuesto de la calle. Tiendas, gente, coches. Nadie la miraba.

—¿Crees que conoce a Abel? —preguntó Pete.

—¿Mm? Sí —. Dejó de mirar y asintió—. Y no de manera amistosa.

—Entre él y Roscoe, esperemos haber hecho que algo se desprenda.

De vuelta en la comisaría, Terry estaba nuevamente frente a la pizarra, pero esta vez tenía una serie de fotografías sujetas con imanes. No había otros detectives en la oficina. Pete tenía que ir a algún sitio y había dejado a Liz antes de marcharse.

—¿Qué estoy viendo? —Dejó sus llaves y móvil sobre su escritorio y se unió a él.

—Vistas aéreas de donde Hardy escapó y las rutas probables que tomó. —Terry señaló la imagen central, que era la más grande y ofrecía una vista general de unas cuatro manzanas de la ciudad—. Cuando se escapó, tenía tal vez treinta segundos de ventaja. Debería haber llevado grilletes en los tobillos, pero todavía usaba una férula por una lesión de la semana anterior. En todo caso, no debería haber podido correr.

—Quizás lo fingió.

Terry negó con la cabeza. —No. Las radiografías mostraron dos huesos rotos en su pie. Una de una serie de razones por las que sus escoltas se relajaron, pero eso es algo que otros deben resolver. Lo que sabemos es que se dirigió en esta dirección… —Señaló hacia el norte—, con el último avistamiento aquí.

—Cerca del Mercado Queen Victoria. ¿Hemos buscado grabaciones allí?

—Sí. Pero habría destacado con las esposas puestas, así que creo que bordeó algunas de estas calles laterales hasta que encontró a alguien que lo ayudara. —Alejándose de la pizarra, Terry cruzó los brazos y la miró fijamente—. La razón por la que estoy haciendo esto de nuevo es que encontramos algo. Sus esposas.

—¿Dónde?

—Las tiró a un contenedor de basura y un informante que vive en las calles las encontró. Hardy había recorrido más de un kilómetro a través de la ciudad si le quitaron las esposas cerca de donde fueron encontradas.

Liz entrecerró los ojos mirando la imagen aérea de la manzana donde un contenedor de basura rodeado con un círculo era apenas

visible en un callejón. —¿No está eso cerca de…? espera un segundo, jefe. —Agarró su móvil y se desplazó por sus notas—. Ginny Makos. Pete tiene historia con ella, creo que es una especie de informante. La interrogamos el otro día.

—¿Dónde vive?

—A una manzana de ese callejón.

Terry se dirigió a su oficina. —Podríamos tener otra charla con ella. —Estaba marcando en su móvil mientras recogía sus llaves—. Amigo, ¿hay posibilidad de apresurar las huellas en esas esposas? Sí. A este número. Gracias.

—¿Debería llamar a Pete? —Liz se unió a Terry en su camino hacia la salida.

—Veamos primero con qué nos encontramos.

Ginny fue sorprendentemente amable. Seguía ignorando a Liz, pero los invitó a ambos a entrar y preguntó dónde estaba Pete.

—Señorita Makos…

—Señora. Puede que sea viuda, pero sigo usando su anillo. —Ginny movió su dedo anular con su simple banda de oro para probar su punto—. Pero solo respondo a Ginny.

—Lamento su pérdida —dijo Terry.

A diferencia de la primera vez que Liz la había conocido, Ginny estaba vestida, con vaqueros y un suéter rosa. Las puertas de las otras habitaciones estaban abiertas y un canal de noticias sonaba en la radio en lugar de música clásica.

—Tenemos nueva información sobre Malcolm Hardy —dijo Terry —. ¿Da la casualidad de que posee usted cizallas?

Con una risita nerviosa, Ginny se dejó caer en el brazo de un sillón. No les había sugerido que se sentaran, así que no lo hicieron. Podía estar riendo, pero sus ojos eran duros. —Mi querido policía, ¿qué demonios haría yo con semejante herramienta? Mis… invitados, pueden disfrutar de un poco de dolor pero nada que les deje cicatrices permanentes.

—¿Nunca le ocurre encadenar accidentalmente a alguien con esposas y perder la llave? —Liz no pudo contenerse y por el rabillo del ojo tuvo la impresión de que Terry luchaba por no reírse—. Pensaría que sería útil tener cizallas a mano para tales situaciones.

Aunque la sonrisa de Ginny se transformó en una mirada fulminante, siguió sin dirigirse a Liz.

—¿Le importa si echamos un vistazo alrededor? —preguntó Terry.

—En realidad, sí me importa.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Malcolm Hardy?

Ginny se levantó. —Le dije a Pete el otro día y le diré lo mismo a usted: Malcolm no ha pasado por aquí en años. Fui a visitarlo una vez a la prisión y fue tan horrible estar allí que nunca volví.

—¿Y la prisión fue la última vez que habló con él o lo vio? —preguntó Terry.

—Bueno, sí. Eso es lo que dije.

En la puerta principal, Terry miró hacia atrás. —¿Ginny? Si pensó que la prisión era horrible como visitante, imagine cuánto la odiaría como residente. Fácilmente evitable si nos ayudas.

Su rostro cambió. Vaciló, y luego se encogió de hombros y se dio la vuelta.

VEINTISIETE

El almacén finalmente estaba en silencio. Los trabajadores se habían ido y las mesas estaban despejadas, listas para el día siguiente. Junto al contenedor de envío remodelado, había palés de madera cargados con grandes cajas de cartón selladas. Bradley estaba de pie fuera de su oficina con un merecido whisky. Las cosas estaban encajando y, por primera vez en semanas, la nube en el horizonte comenzaba a disiparse.

Abel entró por la puerta del pasajero, con una bolsa de lona colgada al hombro. —¿Todavía aquí, jefe?

—¿Quieres una copa?

—Gracias, no. Quiero revisar el contenedor otra vez. —Dejó caer la bolsa a sus pies cuando se unió a Bradley—. Así que esto finalmente está sucediendo.

—Firmé el papeleo con la empresa de transporte. Odio darles la garantía monetaria, pero si esto funciona…

Con una sonrisa poco habitual, Abel asintió. —Funcionará. Para estas fechas el año que viene estarás listo para cambiar de coche. Cambiar de casa. Comprar ese yate.

Un yate sonaba bien.

—¿Primera recogida? —preguntó Abel.

—Sí, bueno, ese es el único inconveniente. El primer espacio disponible es dentro de cuatro días…

—Eso no funcionará.

—Lo sé, si me dejaras terminar, les he pedido que consideren ayudarnos con este primer transporte con una bonificación si pueden hacerlo en dos días. Ofrecí el doble por esta vez. Me avisarán a primera hora de mañana. —Más dinero por adelantado que esperaba valiera la pena—. Duncan Chandler tiene a su gente entregando cuatro palés a las ocho de la mañana, así que organiza un equipo para empacar el contenedor y que estemos listos.

—Empacaré nuestras cajas esta noche. —Abel recogió su bolsa.

—Pagamos buen dinero a la gente para que haga esa mierda.

—Les pagas *dinero*. Quiero determinar la mejor configuración, así que déjame hacer mi trabajo. —El móvil de Abel sonó y frunció el ceño mientras leía el mensaje—. Quiere una actualización.

—Ya le dije a Duncan…

—No es Duncan.

—Oh. Dile que habrá una por la mañana. —El vaso de Bradley estaba vacío—. Me voy a casa. Si hay algún problema, llámame.

Con el maletín guardado, el vaso lavado y de vuelta en el armario, fue a apagar la luz de la oficina y casi le da un infarto cuando una sombra apareció desde fuera de la puerta.

—Mierda, Vince —murmuró.

—Te envié un mensaje. Dije que estaba afuera.

Bradley revisó su móvil. —Ah, vale. No lo escuché. ¿Por qué estás aquí?

—Hablamos de esto el otro día.

Con un vago recuerdo de una conversación fuera de su casa, hizo un gesto a Vince para que entrara en la oficina. —Toma asiento entonces. No puedo quedarme mucho tiempo.

—Yo tampoco. Tengo que recoger a Melanie. —Vince se quedó mirando la fotografía de David en el mueble.

—¿Está con Carla?

—No. Con una amiga.

Tú no tienes amigos.

—¿Vas a sentarte?

—Tengo entendido que quieres comprar la parte del negocio de David. —Vince se apoyó contra la pared con los brazos cruzados—. ¿Por qué sería eso lo mejor para Melanie?

Dejándose caer en su propia silla, Bradley suspiró. —Vince, estoy tratando de navegar por los cambios que vienen. Melanie no puede ayudar a dirigir este lugar. No puede invertir, ni asesorar, ni trabajar para el negocio. Todas las cosas que su padre aportaba, las habilidades, el talento y el tiempo… necesito reemplazar todo eso. Un socio silencioso no es una opción para una pequeña empresa.

—¿Estás en condiciones de comprar su parte?

—Eso no es un problema.

Vince tuvo la audacia de levantar las cejas. —He oído que David tenía problemas financieros.

En la distancia, sonó un fuerte estruendo.

—¿Algo que necesites revisar?

—Estamos trabajando en un contenedor preparándonos para un cargamento que saldrá gracias a un nuevo gran contrato con Duncan Chandler para facilitar el transporte de sus productos entre estados. Por eso tendré el dinero para comprar la parte de David y por eso tu insinuación sobre sus finanzas es ridícula. Ambos recibimos un buen salario del negocio y él nunca ha pedido más.

¿Para qué estaba realmente aquí Vince? Esto podría haberse discutido por teléfono o, mejor aún, por medio de sus respectivos abogados. ¿Y qué tonterías estaba diciendo? David no tenía problemas de dinero. Empujó su silla hacia atrás y se puso de pie. —¿No trajiste el portátil para mí?

—¿Qué archivos te llevaste de su casa el otro día?

—En realidad, eran los contratos para este nuevo acuerdo. Él los tenía para revisarlos antes de firmarlos, pero claro, eso no sucedió, y hay todo un archivador de carpetas relacionadas con el trabajo que necesito, así que ¿cómo llegamos a un acuerdo, Vince? Estoy feliz de ir allí contigo si crees que voy a robar la plata.

—La caja fuerte de David. ¿Cuál es la combinación?

—¿Qué?

En lugar de responder, Vince se enderezó y se acercó a la fotografía, tomándola. —Dijiste que tenías más fotos de David. Para Melanie.

—Claro. Aunque quiero quedarme con esa. Las recogeré y las llevaré a tu casa.

—Solo envíame un mensaje y yo las recogeré. —Volvió a colocar la fotografía—. La combinación, por favor.

Por mucho que intentara controlarlo, su cuello y cara se estaban calentando. —¿Qué caja fuerte?

Vince se dirigió a la puerta, deteniéndose al llegar. —Avísame cuando lo recuerdes y te conseguiré esos otros archivos. Tal vez incluso el portátil.

Luego se fue.

Bradley corrió alrededor del escritorio. Más le valía a Vince no intentar husmear por el almacén. Pero no lo hizo, cerrando de golpe la puerta del almacén al salir.

—¡Y el gatito chiquitito me recordó, abuelo, y me siguió a todas partes! —Como el gatito, Melanie seguía a Vince por toda la cocina —. Lyndall me enseñó cómo hacer un ra… um… una cosa de flores.

—¿Un ramo?

—Eso es. Ramo.

—¿Qué tal si pones la mesa y así no tropezamos uno con el otro?

—Vale. ¿Cuándo viene la señora?

—¿Lizzie? En cualquier momento. ¿Fuiste a ver los burros?

Con las manos en el cajón de los cubiertos, Melanie le dio una mirada extraña y negó con la cabeza.

—¿No tuviste tiempo?

—Son algo grandes.

—Ah. Pero son muy gentiles. Como Apple.

Ella se mordisqueó el labio inferior. ¿Cómo podía la hija de Susie tener tanto miedo a los animales? Y además, ¿cambiar tanto en tres años? No tenía sentido. Melanie había estado aquí muchas veces cuando era más pequeña, y estaba seguro de tener una foto en algún lugar de ella sentada sobre Apple con Susie sujetándola. Quizás en esos álbumes de fotos.

Melanie terminó de poner la mesa y corrió a mirar por la ventana de la sala de estar.

No había parado de charlar desde que la recogió antes, mucho más tarde de lo que había planeado. Lyndall no parecía molesta; si acaso, sonreía más de lo que recordaba. Podrían ser buenas la una para la otra. Incluso si había gatos de por medio.

—¡Ya está aquí!

—Abre la puerta, Mel. —Bajó un poco el fuego del horno y alcanzó a Melanie mientras esperaba dentro de la puerta principal—. Está bien.

—Solo pensé… ¿y si fuera el coche de otra persona? No la conozco. —Al igual que antes, Melanie se mordisqueó el labio inferior, y la emoción y el brillo anterior fueron eclipsados por la cautela. Había estado saliendo de la coraza que el accidente había creado, ¿por qué esa repentina preocupación? ¿Y a qué "otra persona" se refería?

Se inclinó para susurrar: —Liz está nerviosa por verte.

Su boca se abrió y sus ojos se agrandaron de sorpresa.

—Cuento contigo para ayudarla a recordarte porque ustedes se conocían antes.

Con un rápido asentimiento, Melanie abrió la puerta de par en par, justo cuando Liz llegaba a lo alto de los escalones. —Hola. Soy Melanie Weaver y eres bienvenida a visitarnos. —Extendió su mano derecha.

Liz lanzó una mirada sorprendida a Vince y luego estrechó la mano de Melanie. —Qué bienvenida tan encantadora, Melanie Weaver. Me llamo Liz Moorland. Pero creo que nos hemos conocido antes.

—¡*Sí* me recuerdas! El abuelo pensaba que te habías olvidado.

—Ha pasado mucho tiempo, pero nunca podría olvidarte. Oh, y tengo algo para el postre, ¿puedo pasar?

Dando un paso dramático hacia atrás para dejar paso a Liz, Melanie habló con tal seriedad que Vince casi estalla en carcajadas. —Una persona con postre siempre puede pasar.

¿Por qué había pospuesto tanto tiempo invitar a Liz a cenar? Habían sido amigos durante más de dos décadas, además de compañeros en la fuerza, y él había echado de menos su sentido del humor seco y su amabilidad. Y la ventaja era ver a Melanie sonreír tanto. Le había contado a Liz la historia sobre el gatito bajo la lluvia y luego cómo el gatito la recordaba hoy.

—¿Así que disfrutaste visitando a Lyndall? —Liz recogió lo último de su helado de limón.

—Ajá. Es muy agradable y nada aterradora.

—¿Aterradora? —preguntó Liz con la boca llena.

—El abuelo dijo…

—¿Qué tal si despejamos la mesa, jovencita? —Vince ya estaba de pie. No hacía falta que repitiera sus opiniones. Liz sonrió mientras ayudaba a llevar los platos al fregadero.

Melanie preguntó si podía terminar de ver una película en el viejo reproductor de DVD de Vince. Había estado revisando una vieja colección que él aún conservaba de hace unos años. Cosas que había comprado cuando ella y Susie todavía lo visitaban.

—¿Te apetece una copa de vino, Liz?

—Mejor no. Pete está haciendo vigilancia esta noche y puede que tenga que volver al trabajo.

Con un desaprobador bufido, dirigido exclusivamente a Pete, Vince se sentó de nuevo en la mesa de la cocina, uniéndose a Liz.

—Realmente no es tan malo —dijo ella—. Incluso me echó una mano cuando comencé a investigar…

—¿El accidente? No hace falta endulzar la realidad. No a menos que Mel esté cerca.

La risa de Melanie desde la otra habitación llegó justo a tiempo.

—Ha crecido tanto, Vince. Deben ser dos años desde la última vez que la vi, aparte del otro día. Es una niña extraordinaria y obviamente te adora.

Sintió algo cálido alrededor de su corazón. Un poco de felicidad. —Es mutuo.

El silencio se prolongó. Quizás Liz estaba avergonzada por su pequeña muestra de emoción, algo a lo que no había estado muy

expuesta. Bueno, no a sentimientos tiernos. Había visto demasiada ira y demasiada culpa, eso seguro.

—¿Ha dicho Melanie algo sobre el accidente? —preguntó Liz en voz baja, con un ojo en la puerta—. ¿Algo en absoluto?

—¿Por qué?

—No te pongas a la defensiva. Estoy tratando de armar el rompecabezas más difícil del mundo y podría usar algo de ayuda.

—Lo siento. Terry quería hablar con ella al principio y dije que no. Pensé que si tenía algo que decir, lo haría. Cuando estuviera lista. Pero —bajó la voz también—, hay un par de cosas. Cuando llegaste en coche le dije que fuera a abrir la puerta principal y se quedó muy callada y dijo algo sobre no saber si realmente eras tú. Que podría ser otra persona. En realidad, el coche de otra persona.

Liz apoyó los codos en la mesa y lo miró fijamente.

—Y el otro día hizo un comentario extraño sobre cuando Lyndall estaba bajo la lluvia. Le dio un poco de susto porque ella estaba justo debajo del refugio y solo podía ver parte de Lyndall.

—¿Qué dijo?

—Que estaba feliz de que fuera Lyndall y no el hombre enfadado.

Tenía que explorar esto. ¿Por qué pensaría que había un hombre enfadado y qué quería decir con eso?

—Vince. Necesitas…

—Lo haré. Hablaré primero con su psicólogo. Dime lo que sabes sobre el asesino.

—Podría haber sido accidental. Vale, tenía que decir eso. Lo que sabemos es que hubo transferencia de pintura en la parte trasera y en el lado delantero del pasajero del coche, que era pintura negra, y que provenía de uno de tres tipos de vehículo. David se había desplazado al carril contrario, pero no había señal de frenado o derrape durante varios segundos de conducción. También encontré un cigarrillo a medio fumar más arriba en la carretera desde el lugar del accidente. A la vista. Ahora está siendo analizado.

Respira.

Ella se reclinó. —Nada aún sobre el contestador. No hay huellas inesperadas del allanamiento de su casa… y arreglaré que se tome muestras en la caja fuerte.

—¿Eso es todo?

Conocía la expresión en su cara. Le estaba ocultando algo.

—Cuéntame qué pasó con los Pickering hace todos esos años.

Ella casi visiblemente se relajó y le contó sobre las extrañas exigencias de los Pickering con el hijo del nuevo vecino. Recordó partes a medida que ella hablaba.

—Siempre supe que él era mala persona. Aunque no pensé que Carla lo fuera —dijo él—. Apuesto a que no estaban encantados de verte de nuevo y en Homicidios.

—Cuando subí por el camino del almacén, Bradley casi se desmaya.

Espera…

—¿Por qué estabas allí?

Ella apartó la mirada.

—¿Lizzie?

Con los ojos de nuevo en él, eligió cuidadosamente sus palabras. Odiaba eso. —Quería saber por qué estaba en la casa de Susie.

—¿Y?

—Me dijo lo mismo que te dijo a ti. Recuperando archivos pertenecientes al negocio. Y… le pregunté sobre qué estaban discutiendo él y David en el restaurante aquella noche. Un camarero los oyó.

—¿Por qué no se me informó de esto? He dejado que Melanie vaya a su casa. ¿La he puesto en peligro? —Consciente de que su voz se elevaba, apretó los labios. Pero su corazón latía con fuerza, y quería conducir hasta la casa de Pickering y enfrentarlo.

—Dudo que esté en riesgo con ellos. Son sus padrinos y Susie confiaba en Carla para cuidarla, así que respira. El camarero niega haber dicho nada y Bradley también. No debería habértelo contado.

—Sí. Deberías haberlo hecho.

Su móvil sonó y mientras leía el mensaje sus hombros cayeron.

—Maldición. Maldita sea. Lo siento, tengo que irme.

Ya estaba de pie.

—¿Qué pasa?

—Ha habido un asesinato. Alguien con quien hablé sobre Malcolm Hardy. —Estaba claramente enfadada consigo misma—. He

tenido un presentimiento… maldita sea.

—Ve. Despídete de Melanie y ten cuidado.

Quería abrazarla pero no sabía cómo.

—Déjame manejar las cosas, Vince. Descubriré qué ocurrió.

Un abrazo para Melanie y Liz se marchó en coche. En cuanto giró hacia la carretera, encendió las luces y la sirena.

VEINTIOCHO

Las luces de los coches patrulla destellaban en la calle, tiñendo los edificios de azul y rojo. La gente se detenía en la acera y era desalojada, la mayoría cruzando al otro lado de la calle y sacando sus móviles. Llegó una furgoneta de prensa. Probablemente la primera de muchas.

Liz mostró su placa para pasar la cinta policial y luego entrar al edificio. El ascensor estaba precintado, así que subió corriendo los cinco pisos por las escaleras.

Fuera de la puerta le entregaron fundas para zapatos y se las puso.

Pete estaba dentro del apartamento, ladrando órdenes a un uniformado, que pasó rápidamente junto a ella.

El cuerpo estaba en el dormitorio.

—La Científica está en camino. No toques nada. —Apenas miró a Liz.

—¿En serio, Peter? No estás hablando con una novata.

Ginny podría haber estado durmiendo, de no ser por la media negra alrededor de su garganta. Solo llevaba un sujetador negro de encaje, bragas a juego y la otra media negra.

—¿Un cliente?

Pete comenzó a examinar la habitación. —Hardy.

—¿Hardy?

—Estrangulamiento. Por lo que se ve no opuso resistencia, así que conocía a su asesino. Probablemente a él le gustaba lo duro, y

ella habría pensado que era parte del juego hasta que perdió el conocimiento.

—Él corta gargantas.

—También solo ha matado a hombres que sepamos. Esta es una mujer por la que alguna vez sintió algo. Diferente versión del mismo crimen. —Pete salió de la habitación a grandes zancadas—. Estuviste aquí con Terry.

Liz lo siguió. —Encontraron unas esposas a una manzana de distancia que pertenecían al oficial que se las puso a Hardy, así que vinimos a charlar.

Estaban en la cocina, lejos de cualquier otro policía.

—¿Por qué no me pediste que me reuniera contigo aquí? —exigió Pete.

—Decisión de Terry.

—Liz… mierda. —Se pasó la mano por el pelo, con los ojos furiosos—. Deberíamos haberla vigilado. Él descubrió que la visitaste y la silenció.

—O descubrió que tú y yo estuvimos aquí el otro día.

La ira en el rostro de su compañero le dijo que sabía que eso era posible.

—Cuéntame qué pasó.

Liz le explicó la conversación omitiendo la parte sobre su sugerencia de que Ginny podría accidentalmente encerrar a sus clientes con esposas y necesitar cortarlas para liberarlos. No tenía sentido aumentar su frustración. —Terry pidió echar un vistazo y ella se negó. Decidió esperar a que llegaran las huellas de las esposas antes de solicitar una orden.

—¿Y han llegado?

—Que yo sepa no. Pero ahora podemos registrar la propiedad. —Dejando que Pete se calmara, Liz se puso guantes y encontró el cuarto de lavado. Apenas había espacio para girar, había una lavadora/secadora combinada, un fregadero y un estrecho armario de escobas, que abrió—. ¿Pete?

Deberían haber conseguido la orden antes.

Unas cizallas descansaban detrás de una tabla de planchar y una escoba.

—Esto cambia las cosas. —Terry sirvió café para Liz y Pete, además de para sí mismo.

Eran los únicos en la sala. Los que habían estado disponibles ya estaban de vuelta en la búsqueda de Hardy.

—He pedido una orden para acceder a las comunicaciones de Richard Roscoe y quiero que vosotros dos sigáis su rastro. Si Hardy se siente lo suficientemente seguro para matar a uno de sus viejos contactos, entonces podría cometer un error y contactar a su abogado. O atacar de nuevo. He enviado a alguien para vigilar a Roscoe, pero quiero que vosotros dos os hagáis cargo esta noche, por favor.

Pete había hablado con Terry antes sobre Ginny. Liz los había dejado y se fue al vestuario para cambiarse a sus pantalones y chaqueta habituales, y al regresar todo había vuelto a la normalidad y estaban planeando lo siguiente.

—La otra cosa es que los medios están alborotándose, así que tened cuidado de que no os sigan. Están especulando que Hardy está detrás de esto y generando indignación porque anda suelto.

—¿Dónde está Roscoe ahora? —Pete terminó su café.

—Lo comprobaré y os enviaré un mensaje para cuando lleguéis abajo.

Vince sabía que aún no dormiría, así que encendió la televisión, manteniendo el volumen bajo. No había nada interesante que ver, pero quería algún tipo de compañía y esto serviría. Melanie llevaba un par de horas dormida, agotada de manera placentera por su tarde con Lyndall y la cena con Liz.

Fueron las revelaciones de Liz las que lo inquietaron.

Había habido algún tipo de desacuerdo en el restaurante. Si un camarero lo había escuchado, entonces presumiblemente no fue en el área del comedor… ¿entonces dónde? ¿Afuera? ¿Por un pasillo?

Conocía Spironi's por un par de almuerzos allí con Susie. Tenía un vago recuerdo de un largo pasillo que conducía tanto a la cocina como a los baños, y tal vez a la salida trasera.

La persona que había dejado el mensaje en el contestador de Susie estaba amenazando a David y ya se había cansado de esperar a que accediera a algo. No había sido la voz de Bradley, así que ¿con quién estaba metido David? ¿O en qué?

Necesito encontrar al camarero y tener una conversación tranquila.

Si le había contado a una persona que hubo una discusión y luego cambiado su historia, es probable que hubiera un tercero involucrado. ¿Más amenazas? ¿O un buen pago?

Un avance de noticias llamó su atención y subió el volumen lo suficiente para escuchar.

—La muerte de Ginny Makos, supuestamente una escort de lujo, está siendo tratada como sospechosa.

Imágenes aéreas desde un helicóptero mostraban la escena. Un edificio de apartamentos en el noroeste de la ciudad con coches de policía, ambulancia y una multitud a pesar de la hora tardía.

—Un portavoz de la policía ha asegurado a los reporteros en la escena que el asesino no representa ninguna amenaza para el público en general. Creemos que saben quién es el asesino. Habrá un informe completo en nuestro noticiero regular y haremos la pregunta: ¿Malcolm Hardy mató a Ginny Makos?

—Mierda.

Apagó la televisión y comenzó a marcar a Liz en su móvil. Esta Ginny era la persona con la que ella había hablado sobre Hardy. Liz estaría hasta el cuello en esto. En su lugar, envió un mensaje.

¿Malcolm Hardy está detrás de esto?

El hombre era una amenaza. Vince estaba al final de su carrera cuando Hardy fue a prisión y no tuvo nada que ver con el arresto, pero sabía lo suficiente como para quererlo de vuelta tras las rejas. Si era él, entonces ¿dónde se escondía? El revuelo que generaría este asesinato sería suficiente para que cualquiera de sus viejos contactos se negara a ayudarlo. A menos que fuera una advertencia: *no te metas conmigo*.

Un mensaje apareció.

Creemos que sí.

Guardó el móvil. Ella estaba bastante ocupada. Hardy había logrado mantenerse fuera de la vista durante mucho tiempo, pero permanecer en una ciudad donde cada oficial de policía lo tenía en la mira cambiaría eso. Necesitaría una salida. Por mar era una opción. Podía conseguir que alguien con un pequeño bote se arriesgara a trasladarlo por la costa. Los aeropuertos serían imposibles a menos que tuviera un amigo en el interior y una avioneta, pero no era tan fácil como parecía en las películas. Lo mismo con el autobús y el tren. Muchas cámaras. Mucha gente vigilando.

O Malcolm Hardy estaba atrincherado en algún lugar invisible o haría un movimiento para salir del estado. Lo que solo dejaba el transporte por carretera. Un coche privado podría pasar desapercibido, pero el riesgo era alto. Los coches necesitan combustible y las gasolineras tienen cámaras.

Con un bostezo, Vince se puso de pie. Su mente no iba a descansar todavía, pero su cuerpo estaba exhausto y podía pensar tan bien en la cama como aquí.

La playa de Altona estaba casi desierta. La zona comercial (normalmente bulliciosa incluso a esta hora) estaba tranquila, probablemente gracias al frío de esta noche.

Richard Roscoe había llevado a Liz y Pete hasta aquí y ahora esperaban.

Había estacionado su lujoso coche a lo largo del paseo marítimo y caminado hasta el muelle de medio kilómetro de largo donde había permanecido durante la última media hora. No recorría su longitud ni hacía llamadas. Solo estaba de pie mirando hacia las tiendas.

—¿Es que no siente el frío? —Liz estaba congelada. Debería haberse dejado un jersey en lugar de la chaqueta que hacía poco para mantenerla caliente.

Pete no respondió. Había estado callado desde que habían tomado el relevo siguiendo a Roscoe y estaba todavía enfadado o lamentando la muerte de Ginny. No quería hablar de ello y Liz no iba a indagar en cualquier extraña conexión que hubiera tenido con la mujer.

Alguien caminaba por la playa hacia el muelle. Liz tomó los prismáticos, pero estaba demasiado oscuro para ver quién era. —¿Pete?

—Sí, lo veo. Se va a reunir con Roscoe.

El hombre subió al muelle y la luz superior le dio a Liz lo que quería. Pete comenzó a tomar fotos con la cámara que prefería y su enorme lente.

Se produjo una conversación. Principalmente por parte de Roscoe, pero con algún comentario ocasional del otro hombre. Roscoe agitaba los brazos y se metía en el espacio personal del otro. Hubo un rápido empujón y Roscoe retrocedió. Más palabras y luego un apretón de manos tentativo antes de que ambos se fueran por caminos separados.

Pete siguió tomando fotos del otro hombre hasta que subió a una camioneta con plataforma.

—¿De qué diablos iba todo esto? —Liz mantuvo sus ojos en Roscoe—. ¿Por qué Roscoe se reúne con Abel Farrelly en plena noche?

VEINTINUEVE

Fiel a su palabra, Liz había hecho los arreglos para que alguien revisara la caja fuerte a pesar de su larga noche. Había llamado a Vince poco después del amanecer para darle una hora y una breve actualización sobre cómo había seguido a Richard Roscoe durante las últimas horas. Dudó en un momento, considerando sus palabras, y luego le dijo que le mandara su cariño a Melanie.

Había algo más que se guardaba para sí misma, lo que significaba que tenía que ver con David o Pickering.

Él había cedido a la petición de Melanie de visitar a Carla y la había dejado después de asegurarse de que Bradley no estuviera cerca. Lo que Liz había dicho anoche era cierto: Susie amaba y confiaba en Carla, y la mujer nunca había mostrado otra cosa que no fuera cariño hacia Melanie. Con suerte, a medida que Melanie creciera e hiciera amigos más cerca de su nuevo hogar, gradualmente necesitaría menos a Carla.

Mientras esperaba a que el joven oficial trabajara en la caja fuerte, Vince se encontró de nuevo en la oficina de David. En la pared sobre el escritorio había fotos de la familia mezcladas con certificados enmarcados: una licenciatura en negocios especializada en logística que había completado al mismo tiempo que Susie terminaba la suya, aunque ella había cambiado del curso de negocios donde se conocieron por primera vez a uno de turismo.

Y nunca lo usó como ella quería.

Después de casarse, ambos querían ahorrar para una casa y, mientras David encontraba su puesto perfecto, Susie había aceptado un trabajo gubernamental fuera de su campo debido a la recesión en su profesión elegida. Cuando Melanie tenía unos meses, se conformó con un trabajo a tiempo parcial en una cadena de agencias de viajes. Una vez le dijo a Vince que era poco más que un puesto de registro de datos glorificado sin posibilidad de ascenso. Pero pagaba lo suficiente para ayudarles con el depósito de la casa.

Habían vivido aquí desde que Melanie tenía un par de años. Nunca había conocido otro hogar y era un mérito a su fortaleza lo rápido que se había adaptado a vivir con él.

—¿Señor Carter?

El oficial, que parecía más un chico de secundaria, dudó fuera de la oficina.

—¿Terminaste?

—Sí, señor. Disculpe por el desorden. Hay algunos productos que funcionan mejor para limpiar el polvo que otros, si le gustarían algunas sugerencias.

—Todo bien. Ya lo he hecho antes.

—Oh, por supuesto. Lo siento. Entonces me llevaré esto.

Vince cerró la puerta principal tras él y recogió la mezcla de amoníaco que había preparado y algunos trapos de limpieza. Ya había movido la mayoría de la ropa colgada de David a la cama para tener acceso libre a la caja fuerte sin riesgo de mancharla con polvo o amoníaco. Poniéndose una mascarilla, se puso manos a la obra, primero tomando fotografías de las huellas con su móvil. Por si acaso.

Una vez hecho el mejor trabajo posible, Vince abrió la ventana del dormitorio para dejar entrar aire fresco, deseando haberlo hecho antes. Los primeros síntomas de dolor de cabeza estaban apareciendo.

Sin saber qué hacer a largo plazo con la ropa de David, y sin estar ni cerca de pensar en la de Susie, comenzó a clasificarla en montones. El hombre tenía más conjuntos de los que Vince había tenido en toda su vida, y eso solo contando los que estaban en perchas. Pantalones para cada ocasión. Muchas camisas de vestir de

manga larga y corta. Chaquetas. Un par de abrigos de lana para el invierno que parecían casi nuevos.

—No son baratos. ¿Pero no hay dinero para pagar las cuotas escolares?

No tenía sentido.

Varios trajes, un esmoquin, y una chaqueta acolchada muy usada. Vince lo había visto con ella muchas veces y probablemente era la razón por la que a Melanie le encantaba usarlas. La levantó para colocarla en el montón con las otras chaquetas y un sobre se deslizó del bolsillo. Vince había leído libros donde ocurría algo así y se había burlado de la conveniencia.

—Mejor escribo mi propio libro.

Un mensaje sonó en su móvil cuando empezaba a abrir el sobre. Una mirada fue suficiente para que lo dejara caer.

Vince, a Melanie le duele un poco el brazo roto. Creo que podría necesitar que lo revisen y puedo llevarla al hospital si estás ocupado.

Se le cortó la respiración.

¿Tiene mucho dolor?

Agarrando el sobre, lo metió en un bolsillo y salió apresuradamente de la habitación. Luego volvió y corrió a cerrar la ventana. Otro mensaje.

Solo algo de molestia, pero no sé mucho sobre brazos rotos.

Intentó escribir mientras bajaba las escaleras y casi se cayó, así que se detuvo.

Voy para allá. Dile que se siente tranquila y llegaré pronto.

No si se rompía el cuello primero. Comprobó que la casa estuviera cerrada y se dijo a sí mismo, durante todo el camino hasta el coche, que se concentrara. No era una emergencia, solo una molestia. Melanie estaba bien.

Mientras revisaban a Melanie en consultas externas, Vince subió las escaleras. Tuvo que esperar unos minutos, pero pudo ver al doctor Raju entre sus pacientes.

—Agradezco esto, doctor. Melanie tiene cita con usted en unos días, pero como está abajo inesperadamente…

—Por favor, siéntese conmigo. ¿Cómo está ella?

Vince se acomodó en un sillón. Esta vez, sin embargo, no estaba tan estresado. Melanie tenía un poco de dolor, pero seguía alegre y feliz; y decepcionada por tener que acortar su visita. Carla estaba más preocupada que Melanie, aunque la pequeña hizo algunas muecas de dolor durante el viaje.

—Melanie es inteligente, divertida y amable. Y está de luto, aunque el funeral fue un punto de inflexión. Hemos tenido algunos momentos tristes. Pero estoy viendo más sonrisas. Y está trabajando para convencerme de traer un gatito a la familia.

—¿Un gatito?

—Sí. Encontró al pequeñín bajo la lluvia el otro día y desde que lo reunió con su dueña no ha parado de hablar sobre ello.

—Entiendo que Melanie tiene algunas molestias en el brazo hoy. ¿Hay otra razón por la que está aquí?

Debía tener poco tiempo para ser tan directo. Era considerado de su parte atender a un visitante inesperado sin previo aviso.

—Un par de veces, Mel ha mencionado a alguien al que llama "un hombre enojado". Nada específico. Pero lo ha dicho dos veces y también se preocupó anoche por abrir nuestra puerta principal a una amiga, por si no era nuestra amiga.

—¿Le ha preguntado sobre esto?

Vince negó con la cabeza. —La primera vez se había asustado un poco bajo la lluvia persiguiendo al gatito y lo atribuí a eso. Pero ahora me preocupa que esté cargando con un miedo y no sé si debería animarla a hablar de ello.

El doctor Raju se inclinó hacia adelante. —Anímela a hablar pero no la presione. Deje que ella guíe la conversación. Ella dibuja… estoy seguro de que me lo dijo.

—Mucho. —Vince se rio—. Hay obras de arte por toda la casa.

—Excelente. Preste atención a lo que dibuja. Para algunas víctimas, el arte es una forma de expresar lo que no pueden o no quieren verbalizar.

—¿Víctima?

—Ha sufrido un terrible accidente. Sus padres murieron frente a ella. No confunda sus sonrisas con sanación… aunque son parte de ello. —El doctor Raju se puso de pie—. Lamento no poder darle más tiempo.

Vince se levantó. —No, no, gracias a usted. No es como otros psicólogos que he conocido y está haciendo una diferencia para Melanie.

Con una sonrisa, el otro hombre abrió la puerta. —Y también para usted, espero.

La espera por Melanie le dio a Vince la oportunidad de abrir el sobre de la chaqueta de David. Se sentó en la cafetería de la planta baja del hospital. Con el café apartado a un lado, sacó la carta. Era de un intermediario de negocios y nada tenía sentido. Fechada dos semanas antes, contenía las cortesías habituales y luego pasaba a la aceptación de una oferta de David para comprar un negocio.

Había una fecha en que vencía el resto del depósito. El intermediario ya tenía una cantidad sujeta a la aceptación por ambas partes. Vince no tenía idea si eso era normal. Solo había comprado una casa.

La leyó dos veces y llegó a la misma conclusión. David estaba comprando su propia empresa, una pequeña empresa de transporte de carga basada en los suburbios del oeste. Solo su nombre aparecía en la carta. Sin mención de Susie.

Vince buscó el negocio en Google.

Una pequeña empresa, cubría el área metropolitana de Melbourne y se especializaba en entregas de rápido retorno. Había un sitio web elegante y un portal de reservas. La galería mostraba un edificio moderno y una flota de cinco furgonetas, cada una con un conductor uniformado sonriente.

Guardó la carta en su bolsillo y Vince sacó un pequeño papel doblado de su cartera. Era la copia original de la nota que había escrito del mensaje del contestador. Todo el tiempo su intuición le

había dicho que había algo en esa llamada telefónica relacionado con el accidente de coche.

Primero ignoras mis mensajes en tu móvil. Ahora esto. Has cavado tu propia tumba, amigo. Se acabó el tiempo, Weaver.

Era una amenaza, pero ¿quién la hizo? ¿Qué plazo no había cumplido David?

Sintió náuseas y tuvo que obligarse a no arrugar la nota en su mano. David había sido atacado por no hacer algo que el que llamó esperaba que hiciera. ¿Seguramente no era firmar los papeles para el nuevo negocio? El plazo para el depósito acababa de vencer un día antes. ¿Dónde encajaba Bradley en esto? ¿Siquiera lo sabía?

No había habido correo ni ningún otro documento en la casa sobre esta compra, así que ¿dónde recogía su correo? Sacando el sobre de nuevo, encontró la respuesta con un apartado postal en Laverton.

—Has estado guardando secretos.

Pensó que lo había dicho en voz baja, pero una mujer con un cochecito le lanzó una mirada extraña desde la mesa de al lado.

¿Qué más podría estar esperando en el apartado postal?

Vince necesitaba ayuda con esto. Pero Liz estaba ocupada ahora, demasiado ocupada atrapando a ese bastardo de Hardy para estar disponible, y no iba a ponerla bajo más presión. Terry aún no estaba convencido de que el accidente fuera deliberado, y no había nadie más en servicio que tuviera tiempo para él.

Su móvil sonó. Melanie estaba lista.

Si la policía no era capaz o no quería ver la muerte de Susie como un homicidio que necesitaba una investigación urgente, entonces alguien más tenía que dar un paso adelante, hacerse cargo de la creciente lista de anomalías y eventos, hablar con gente que supiera, descubrir los secretos.

Vince respiró profundo mientras las palabras de Susie de que necesitaba dar un paso adelante de repente llenaron sus pensamientos. Ella tenía razón. Le había fallado entonces, pero no le fallaría ahora. Era hora de dar un paso al frente.

TREINTA

Abel y Bradley estaban dentro del contenedor otra vez, pero esta vez estaba casi lleno, con cajas de cartón sobre palés aseguradas con correas. Un estrecho y sinuoso camino conducía hasta el fondo. Bradley odiaba los espacios pequeños, pero aquí su conversación no podía ser escuchada, así que aguantó la opresión en el pecho e intentó mantenerla breve.

—No sé cuál es el problema de Roscoe, jefe —dijo Abel. Tenía los ojos inyectados en sangre y le faltaba la energía habitual a la que Bradley estaba acostumbrado. Noche larga.

—Explícate.

—Está mirando por encima del hombro todo el tiempo. Los policías lo visitaron y luego acorralaron a uno de sus hombres fuera del edificio, insistiendo en que Hardy está en comunicación con ellos —dijo Abel.

—Buena suerte con eso. No les va a decir si lo está y, de todos modos, Malcolm Hardy tiene que ser un maestro de la desaparición. ¿Quién más podría aprovechar el más mínimo fallo en la seguridad y escapar de la custodia con esposas y un pie herido en medio de una ciudad concurrida y seguir escondido?

—Casi parece que lo admiras.

Bradley se encogió de hombros.

—De todos modos, Roscoe está aterrado por el asesinato de anoche —dijo Abel.

—¿La chica de compañía?

—Era la favorita de Hardy antes de la prisión.

No sabía eso. El aire se estaba haciendo más difícil de respirar. Si Abel lo sentía, no lo demostraba, pero había una sonrisa burlona en sus labios. Probablemente podía ver lo incómodo que estaba en este espacio cerrado y le parecía gracioso.

—Todavía no tengo idea de por qué eso nos afecta, Abel.

—Está aterrorizado de que Hardy estuviera enviando uno de sus famosos mensajes al matarla. Un mensaje para Roscoe de que su paciencia se está agotando y quiere abandonar el estado.

—¿Y qué le dijiste? —Bradley empezó a salir.

—Lo mismo que antes. —Abel no se había movido—. ¿Y jefe?

Bradley se detuvo a mitad del contenedor y esperó.

—Tengo la sensación de que Hardy tiene ventaja. Esperemos no caer en el lado equivocado.

—No he dejado de pensar en ti. Y mi corazón… duele. ¿Sabes cuántas veces he marcado tu número solo para escuchar tu buzón de voz?

Carla sujetaba un ramo enorme de lirios y rosas. Contemplaba la nueva lápida.

Susan Marie Weaver.

Amada hija de Vince y Marion.

Adorada madre de Melanie.

Alma gemela de David.

Tu luz guía nuestros corazones.

—Realmente duele, Susie. Brillabas tanto y aun en los momentos más oscuros siento que estás conmigo, diciéndome que todo mejorará. —Suspiró profundamente y colocó las flores cerca de la lápida—. Pero ¿por qué no hiciste un nuevo testamento? Uno que mostrara al mundo que querías que Melanie viniera con Brad y conmigo. Vamos a luchar por ella, por supuesto que lo haremos, pero cada día que está con Vince, Melanie se acerca más a él.

En cualquier otra circunstancia, eso sería algo bueno.

Pero Vince Carter no era un abuelo típico. Había engañado a muchas personas haciéndoles creer que era una especie de héroe. A Carla no. Ni siquiera a Susie, aunque ella lo amaba a pesar de su verdadera naturaleza y había luchado con la tristeza de mantenerlo alejado durante el último año.

Sus ojos vagaron hacia la iglesia en la distancia. Un lugar de consuelo y perdón. Una punzada de culpa la tocó. ¿Estaba siendo demasiado dura con Vince? No debería hablar mal de él… no aquí.

—Melanie vino a visitarnos antes. Estábamos haciendo una tanda de brownies y dijo que le dolía un poco el brazo. La hice sentarse y le di un poco de jugo de naranja, pero no estaba cómoda. De todos modos, Vince la llevó al hospital para revisarla y está bien, realmente lo está. Le hicieron una radiografía, y los huesos están sanando, pero necesitaban ajustarle el yeso. En fin, el punto es que Vince me llamó para decirme que estaba bien. Nunca pensé que haría eso.

Un grupo de personas pasó cerca y ella rezó una oración hasta que estuvieron fuera del alcance del oído.

—La estoy manteniendo tan segura como puedo, Susie. Brad va a reunirse con Vince en los próximos días para ver si podemos arreglar al menos la custodia parcial, para que Melanie pueda pasar algún tiempo con él y la mayor parte con nosotros. Estamos más cerca de su escuela, así que podría ir con él los fines de semana. ¿Eso te parece bien?

Ella y Bradley lo habían discutido anoche durante varias horas. Era poco probable que Vince aceptara la idea de que tuvieran la custodia completa de Melanie, así que esto era un compromiso. Si las dos partes podían arreglar algo en privado, entonces seguramente los servicios sociales o quien fuera que tomara las decisiones finales sobre estas cosas lo verían con buenos ojos. Tenían un hogar encantador y seguridad. Una larga historia con Melanie. Eran personas estables.

—Y prometo asegurarme de que Melanie nunca te olvide. Ha sido tan valiente y hoy le mostré la fotografía de ti y de mí en el Teatro Her Majesty y le conté un poco sobre cómo nos conocimos. Lloró un poco… ambas lo hicimos. Pero luego dijo que mami siempre está

aquí… —Carla se tocó el pecho—. Casi me derrumbo. Pero luego miré su dulce rostro y decidí que voy a ser como Melanie y ser valiente.

El débil sol de invierno desapareció detrás de una nube y Carla se estremeció. Tenía que hacer compras en el supermercado de camino a casa y prefería no acabar empapada al volver al coche.

—Quizás pase por esa tienda de muebles cerca del centro comercial, a ver si hay algo para la nueva habitación de Melanie, y te contaré todo en la próxima visita. —Dio un paso adelante y tocó la lápida—. Te quiero, Susie. Siempre y para siempre.

Por muy difícil que fuera alejarse de la tumba, la idea de elegir muebles para Melanie era suficiente para aliviar lo más pesado del dolor. Si Dios quiere, Melanie pronto estaría viviendo con ellos.

—Lo quiero para un interrogatorio. Es hora de sacudir algunas jaulas y ver si muerde. —Terry sujetó varias fotografías de Abel y Roscoe al tablero.

—Es más probable que uno de los viejos contactos de Hardy sea agredido. Como Ginny.

Pete había estado de mejor humor desde que habían visto al dúo en el muelle, pero la muerte de Ginny obviamente todavía le dolía. Finalmente le había contado a Liz que Ginny había sido informante antes de que Hardy iniciara su matanza y que había hablado de dejar su vida atrás por una familia. Liz rara vez había visto a Pete disgustado por un informante o criminal, así que el duro exterior de Ginny debía haber tenido un lado más blando que había llegado a afectarle.

—Siempre hay un riesgo, Pete. Tengo gente recopilando imágenes de todas las direcciones, así que descubriremos quién la mató.

—Jefe, ¿qué hay de la señora Hardy? ¿Sus vigilantes saben que podría estar en peligro? —preguntó Liz.

Tanto Pete como Terry la miraron como si estuviera loca.

No lo estaba. —Pensadlo. Pasamos algo de tiempo allí el otro día y ella estaba bastante dispuesta a decirnos que Roscoe mantiene el contacto. ¿Y si está en la lista negra de Hardy?

Terry sacudió la cabeza. —¿Su propia madre?

—Liz, ¿te fijaste en su sala de estar? —Pete se acomodó en el borde de un escritorio.

—La casa era sombría. Cortinas cerradas. Solo una lámpara o dos encendidas.

—Supuse que habías pasado por alto el televisor nuevo, las obras de arte caras y el sillón elevador de última generación.

¿Cómo me perdí los dos primeros?

—Vi el sillón.

Él sonrió. —¿Ves a lo que me refiero? Uno de varios.

—¿Así que crees que Hardy está financiando sus artilugios de lujo? Si es así, ¿por qué eliminaría a su propia madre? —preguntó Terry.

—Porque es un lunático. Un sociópata que solo se preocupa por su propia libertad, y si creyera que Ginny lo había traicionado, entonces bien podría seguir con cualquiera que lo cabree.

—Buen punto. Me pondré en contacto con los uniformados que vigilan a la señora Hardy. Les diré que sean más visibles. —Terry hizo una nota en su móvil—. ¿Alguien más a quien deba cuidar?

Liz miró a Pete. Él debía estar pensando lo mismo que ella y ninguno habló.

Si Jerry Black fuera ahora un objetivo, por su breve conversación, le sorprendería. A menos que tuviera una conexión con Hardy (o se lo dijera a alguien que la tuviera) y fuera considerado una amenaza… No había ocurrido nada que pusiera al hombre en peligro.

Aparte de esa extraña sensación de estar siendo observada.

Mentalmente, alejó ese pensamiento y esa sensación.

—¿Entonces invitaremos a Farrelly a una charla? —preguntó ella.

—Vale la pena, creo yo. —Terry golpeó ligeramente una de las fotos—. ¿Exactamente por qué se estaba reuniendo con Roscoe en plena noche en un muelle desierto?

—Una mejor pregunta podría ser qué estaban haciendo ustedes siguiendo a Richard. —Abel había dicho poco desde que el coche patrulla lo trajo, aparentemente más interesado en escuchar preguntas y mirar alrededor de la habitación o sus uñas. Liz estaba sentada observando cómo, una a una, Pete había colocado una colección de las fotografías que había tomado frente a Abel.

—Tal vez lo estábamos siguiendo a usted —dijo Pete.

—Soy aburrido. Voy al trabajo. Voy a casa. A veces hago compras.

—Sin embargo, estaba afuera en una noche helada reuniéndose con un hombre que iba a visitarlo el otro día… hasta que notó que la policía ya estaba allí.

—Ambos trabajamos en horarios extraños. Los míos giran en torno a las necesidades de mi jefe, así que a veces es de ocho a cinco y otras veces es de noche. No tiene mucho sentido el cómo funcionan los muelles, y tenemos que adaptarnos a ellos.

—¿Y Roscoe?

—Está a disposición de sus clientes. Hemos estado intentando ponernos al día durante semanas.

Pete apoyó los brazos sobre la mesa. —Ambos fueron a la misma escuela. ¿Y luego qué? ¿Mantuvieron el contacto? ¿Hace algunos trabajos secundarios para su viejo amigo?

—Trabajo para Bradley. Imagino que ha investigado mis antecedentes, lo que podría resaltar la falta de acreditaciones legales.

—No, estaba pensando más en actividades donde la ley es un obstáculo. Esos pequeños trabajos que un abogado no podría hacer sin terminar en el mismo lugar del que intentan mantener fuera a sus clientes.

La cara de Abel apenas cambió. Era inteligente, astuto, Liz no tenía duda, y sería difícil obtener una confesión de él. Ciertamente no sin pruebas.

—Entonces, ¿cómo encaja Malcolm Hardy en esto? —preguntó Pete.

—¿En qué?

—En esta relación suya. Usted, Roscoe y Hardy.

Negando con la cabeza, Abel se reclinó en su silla. —Solo he visto a Hardy en televisión. Richard y yo nunca hablamos de negocios. Ni de los suyos. Ni de los míos.

—¿De qué hablan? —Liz decidió unirse a la conversación.

Ni siquiera la miró. —Apoyamos a equipos de fútbol rivales. Eso genera discusiones animadas y es por eso que solo nos encontramos de vez en cuando. ¿Por qué estoy aquí?

—Espere… ¿solo hablan de fútbol? —Pete sonrió—. Debe haber sido una ronda importante para reunirse cuando hace un frío estúpido, *y* él lo enfadó lo suficiente como para empujarlo. ¿Qué equipo ganó?

—Está perdiendo mi tiempo.

Pete siguió sonriendo y movió su silla para mirar a Liz. —¿Es una pérdida de tiempo?

—Depende de qué equipo de fútbol ganó.

Abel casi sonrió.

El silencio se prolongó durante un par de minutos. Liz tenía que reconocérselo a Pete: le encantaba esto. Tenía un don natural para las entrevistas, y cuanto más sucio era el individuo, mejor. Tener una habitación en silencio a menudo llevaba a soltar información útil o a tropezar con los hechos. Pero Abel se relajó y cerró los ojos. Esta no era una respuesta típica.

—Roscoe y su jefe, Pickering. ¿Son buenos amigos?

Abriendo los ojos lentamente, Abel daba la impresión de que no le importaba. Probablemente no le importaba.

—Tendría que preguntarles a ellos. ¿Por qué estoy aquí? ¿Ya encontraron la camioneta? Es una molestia trabajar con la que hemos alquilado. Nunca arranca bien.

—Se me rompe el corazón por usted. ¿Qué sabe sobre la discusión entre Pickering y Weaver la noche del accidente? Y no me diga que no sabe nada.

—No sé nada.

—Mire, no le creo. Creo que sabe todo lo que sucede en ese almacén y bien por usted. Es su trabajo saberlo. Así que hágase un favor y denos una pista. A largo plazo, será lo mejor para usted.

Excepto que cree que es intocable.

—No puedo decir lo que no sé. —Abel empujó su silla hacia atrás y se puso de pie—. Hemos terminado.

—¿Y esa camioneta, amigo? ¿Cree que cuando la encontremos habrá evidencia de que chocó con otro vehículo?

De camino a la salida, Abel se detuvo lo suficiente para resoplar ruidosamente. —Huelo una trampa.

La puerta se cerró tras él.

—Me sorprende que pueda oler algo estando tan metido en la mierda. —Pete se levantó y empujó su silla.

TREINTA Y UNO

—¡Sabía que todavía tenía esta foto! Mira esto, Mel, y dime que no te agrada Apple.

La chimenea crepitaba y, a pesar de la advertencia de helada para esta noche, la sala de estar estaba cálida. Vince y Melanie compartían el sofá con una bandeja de aperitivos sobre la mesa de café al alcance de la mano. Él había optado por una cena temprana después del viaje de Mel al hospital, cortando queso, fruta, pan crujiente, tomates, cebollas y otras cosillas de la nevera. Era fácil para Mel llenar un pequeño plato y picar a su gusto sin poner estrés en el brazo roto.

—Apple es un ordenador. Y un teléfono. También un iPad. Mmm, ¡y una fruta!

—Y un poni —dijo Vince.

Melanie se metió una uva en la boca y masticó, con los ojos fijos en el álbum de fotos abierto en las manos de Vince.

—Antes de mostrarte esto, déjame contarte un poco sobre Apple. Cuando tu madre tenía un poco más de edad que tú, lo único que quería era un poni. Esos libros que te encanta leer… ¿los de aventuras con caballos?

Ella asintió con los ojos bien abiertos mientras escuchaba.

—Susie anhelaba encontrar aventuras montando en un gran semental castaño. Salir a buscar a los malos o derrotar a un ejército. Pero en vez de eso, un día ella y yo estábamos montando en bicicleta…

—¿*Tú* montas en bicicleta?

Dios, niña. Gracias.

—Todavía tengo dos bicicletas en el cobertizo. ¿*Tú* montas en una?

Melanie hizo un puchero. —No.

—Bueno, podemos arreglar eso.

No tenía ni idea si aún cabría en su bicicleta. Antes podía montar durante horas, y Susie y él descubrían arroyos, valles y todo tipo de lugares.

—¿Abuelo?

—¿Melanie?

Ella se rio. —Estabas sonriendo. Una sonrisa tan grande y feliz.

—Estaba pensando en tu madre. En cómo solíamos montar en bicicleta juntos. Pero bueno, me desvío. Un día, estábamos de camino a casa, pedaleando por un sendero estrecho, y nos encontramos con un joven poni que estaba perdido. Tu madre saltó de su bicicleta, sacó una manzana de su bolsillo, extendió la mano y el poni vino directamente hacia ella.

Los ojos de Melanie se agrandaron aún más, y se inclinó más cerca.

—Resulta que el poni se escapaba constantemente. Era la última de su familia y parecía que realmente quería más atención de la que sus dueños podían darle. Sus hijos ya habían crecido y se habían marchado, y el poni estaba solo.

—¿Y ese era Apple?

—Claro que sí.

La boca de Melanie formó una gran "o".

—Y tu madre y Apple eran inseparables. Cuando creció y se fue de casa, Apple ya tenía sus años y no estaba tan sola. Todavía me tenía a mí para hacerle compañía. A veces visitas con los burros. Y cada vez que Susie venía de visita, le llevaba una manzana o una zanahoria a su poni, que nunca la olvidó.

Melanie se acercó más y miró las fotografías. Había cuatro, todas de Apple con Susie y Melanie acariciándola, y la última con Mel sentada en su lomo. No había silla de montar ni siquiera cabezal gracias a lo dócil que era el poni.

—¿Estás seguro de que soy yo?

—Estoy completamente seguro. Supongo que tenías unos cuatro años. —Movió el álbum hacia su regazo—. ¿Ves lo gentil que es Apple? Le encantan las personas y cuando estés lista, estoy seguro de que disfrutaría llevándote a dar un paseo de verdad.

No hubo respuesta mientras Melanie trazaba la cara de Susie con su dedo.

—¿Te gustaría ver algunas fotos de tu madre cuando era pequeña?

¿La estaré apresurando?

Con una hermosa sonrisa, y un indicio de lágrima en sus ojos, Melanie levantó la mirada y asintió.

—De acuerdo entonces —dijo Vince—. En ese caso, ¿comenzamos con su libro de bebé?

—¿Te conté lo mucho que disfrutó Melanie cocinando hoy? —llamó Carla desde la cocina—. Al menos hasta que le molestó el brazo.

Bradley seleccionó una botella de vino blanco de la nevera cerca del bar. —¿Te gustaría una copa de vino, cariño?

—Vaya, ¿qué clase de pregunta tonta es esa? —Carla, con delantal y las manos cubiertas de harina, le dirigió una de esas sonrisas por las que él vivía—. No pude dejar de cocinar después de que ella se fue, así que tengo unos pastelitos deliciosos para que lleves al almuerzo mañana. Y acabo de preparar masa para unas tartaletas de postre.

Él la besó, manteniéndose alejado de sus manos. —Me cuidas tan bien.

—Ya lo creo. —Fingió alcanzarlo con las manos enharinadas y se rio cuando él esquivó alrededor de la encimera—. ¿Qué? ¿No quieres bonitas huellas blancas en tu bonito jersey?

—Si quieres vino, tendrás que mantener tus manos quietas. —Se ocupó sirviendo dos copas mientras ella se lavaba las manos.

Cuando revisó el horno, abriéndolo un poco, a él se le hizo agua la boca. Algo olía muy bien.

—Tiempo para un trago o dos y luego sacaré eso.

Se sentaron en taburetes después de chocar sus copas.

—¿No dijiste por qué llegaste temprano a casa?

Había dejado el almacén poco después de que Carter saliera furioso, trayendo a casa una pila de archivos y encerrándose en su oficina durante unas horas. Al menos había reunido documentación para el futuro. Un correo electrónico alterado, impreso y fotocopiado de David expresando su firme intención de venderle su parte a Bradley. No importaba quién lo hubiera escrito realmente.

David se había ido. Susie se había ido.

Melanie se beneficiaría.

—¿Brad?

—Perdona, cariño. Estaba en las nubes.

—Ya lo veo. ¿Te gustaría comer aquí o en el comedor?

—Aquí está bien.

Ella dejó su copa medio llena para recoger manteles individuales y cubiertos. Él se la rellenó, sin ofrecerse a ayudar porque Carla siempre se negaba. Decía que le encantaba poder cuidarlo con comidas caseras y una casa feliz porque él la hacía feliz.

—*Tú* me haces feliz.

Habló sin pensar y ella levantó la cabeza de golpe. Su rostro se iluminó con amor y si no estuviera a punto de sacar la cena del horno, él habría sugerido otra actividad aquí y ahora.

—Gracias, cariño. El sentimiento es mutuo.

A veces se preguntaba si necesitaban un hijo. Tenían la mejor relación que jamás había visto. No como sus propios padres, que se habían vuelto a casar dos veces cada uno. Y sus amigos eran igual de malos… aparte de David, que estaba comprometido con Susie.

Excepto que le había mentido a ella.

Y a mí.

La cena estaba deliciosa, como siempre. Carla insistió en limpiar y Bradley deambuló hasta la sala de estar para poner algo de música. No había podido ver a Melanie hoy, pero en su última visita había estado un poco distante con él. No era la primera vez. Desde

que murieron sus padres, apenas lo miraba. Tenía que ser algo más que dolor porque con Carla, la niña reía y charlaba como siempre lo había hecho. ¿Cómo la había molestado? Recogió un conejito de peluche que Melanie había dejado en el sofá, acariciando sus orejas. Siempre se habían llevado tan bien. Incluso David solía bromear sobre Bradley siendo su padre sustituto. ¿Qué cambió?

Esa noche… en el restaurante. Dos parejas felices mimando a una niña feliz. Su cena regular de los viernes por la noche al menos dos veces al mes durante años.

Él había llegado tarde y Carla había tomado un Uber para llegar. Pero una vez que comenzó la cena, hubo risas y charlas. Melanie estaba tan emocionada por las vacaciones escolares, que acababan de comenzar. Pero luego, apenas lo miró cuando se fue antes que los demás. Él se había despedido e iba a besarle la mejilla como de costumbre, pero ella se había dado la vuelta.

Entonces, ¿qué pasó entre el entrante y la salida?

Había salido del baño de damas cuando él y David estaban discutiendo. ¿Cuánto había escuchado?

—¿Tomamos más vino? —Carla se acomodó junto a él.

—Claro.

—¿Qué le estás haciendo a ese pobre conejito, Brad?

Su mano le apretaba el cuello.

—¿Antojo de estofado de conejo? —Se rio y lo dejó caer en su regazo—. ¿Esto necesita volver con Mel, o se queda aquí?

—Aquí. Estoy armando una linda colección para ella. De todos modos, me estaba contando sobre la granja de Vince.

Él resopló. —¿Granja? —Llenó sus copas—. Supongo que para una niña que no está acostumbrada al campo debe parecer una.

—Supongo. Tiene el viejo poni de Susie, Apple. El nombre le divierte a Mel, pero tengo la sensación de que le da un poco de miedo, así que no debe tener recuerdos de haber estado allí. Y la vecina tiene vacas y burros.

Bradley le entregó su copa a Carla y luego se reclinó. —En realidad, el lugar de al lado es bonito. Una gran casa en lo alto de la colina. Apuesto a que fue diseñada por un arquitecto. Hay potreros con vallas de postes y rieles. Quien sea que lo posea lo cuida, a

diferencia del basurero de Carter. —Tragó un poco de vino. Luego un poco más.

—A menos que lo haya vendido, esa mujer Lyndall todavía estaría allí. Susie la adoraba, pero a mí me parecía extraña, siempre usando un sombrero viejo y rescatando burros y cosas así.

—Olvidé que habías estado allí a menudo. Por supuesto que sabrías.

Carla acunó al conejito contra sí misma. —Mel dijo que tiene su propia habitación pero le gusta estar en la sala de estar por la chimenea. Parece un poco peligroso tenerla cerca de un fuego abierto. De todos modos, le gusta mirar los pájaros que Vince talla y las fotos de su abuela y su madre en la repisa de la chimenea. Es bonito que encuentre consuelo en esas cosas.

—Lo es. ¿Qué más?

—Ah, es cierto, y esto es un poco preocupante, vio un gatito bajo la lluvia y lo siguió. Una vez que atrapó a la criatura, una persona aterradora con un sombrero grande (esas fueron sus palabras) caminó pesadamente por todos los charcos y encontró a Mel debajo de un cobertizo de madera. Era Lyndall quien es dueña del gatito y Melanie quiere adoptarlo.

—¿Un gatito?

Ella asintió. Sus ojos estaban tristes. —Aparentemente el gatito aún no está listo para dejar su hogar, pero Mel espera que le permitan tenerlo más adelante.

—Carter no la dejará.

—¿Pero cómo puedes estar seguro? Mel quiere tanto este gatito, lo cual entiendo. De verdad, necesita algo que amar. Pero si él cede, ¿qué pasará cuando se mude aquí? No quiero un gato. Huelen mal y arruinan las cosas.

Bradley tomó otro sorbo para darse tiempo de pensar en algo mientras ella hablaba de nuevo.

—Pero lo soportaría por tener a Mel. —Su labio inferior tembló.

No llores, cariño. Dios. Ya basta de llorar.

Le tomó la mano. —Nos preocuparemos por eso más adelante. Nuestro abogado está investigando opciones sobre la venida de

Melanie a vivir aquí. Hasta que tengamos toda la información, no tiene sentido especular e imaginar lo peor, ¿verdad?

—No lo sabía, cariño, lo del abogado. Será nuestra niña, ¿verdad? —Carla se apoyó contra él.

—Voy a hacer todo lo que pueda para que suceda.

Incluso si eso significa matar a Vince Carter para quitarlo de mi camino.

Vince cerró un libro que le había estado leyendo a Melanie. —Y eso es suficiente por esta noche.

—¿Un capítulo más?

—Solo quedan dos, así que guardémoslos para mañana y leeré ambos.

El libro fue a la mesita de noche, y apagó la lámpara.

—Me gusta esta habitación. —Los ojos de Mel estaban cerrados y abrazaba a Raymond y Topsy.

—Eso es bueno. —Vince le besó la frente.

—Aunque Carla me haga una habitación bonita en su casa, creo que me gustará más esta.

El teléfono comenzó a sonar desde la cocina.

—Será mejor que conteste. Buenas noches, Melly-belly.

—Buenas noches, abuelo.

Mientras cerraba la puerta, ella esbozó una sonrisa somnolienta, y él le lanzó un beso. ¿Qué tonterías estaba diciendo Carla?

Su mente corría mientras agarraba el teléfono. —Vince Carter.

—Lyndall al habla. ¿Está dormida esa dulce pequeña?

Se apoyó contra la mesa. —Casi. Acabo de terminar de leerle un cuento.

La suave risa al otro lado lo hizo sonreír. No se estaba riendo de él como tal, pero de todos en su vida, ella apreciaría la ironía.

—Ella es una de las razones por las que te llamo, Vince.

—¿Una?

—Creo que es hora de que tenga ese gatito… si estás de acuerdo. No decidas ahora. Sube mañana y compruébalo tú mismo.

—No soy muy amigo de los gatos.

—No se trata de ti. ¿Verdad?

Hasta que le tocara a él hacerse cargo de todo.

—De todos modos, necesito hablar sobre otras cosas. Temprano cuando quieras.

—¿Qué otras cosas, Lyn…?

Pero ella ya había colgado la llamada.

TREINTA Y DOS

Melanie subió saltando por el camino de entrada a la casa de Lyndall, manteniéndose a una distancia segura de los curiosos burros que deambulaban por la línea de la cerca. Vince caminaba pesadamente detrás.

Más cerca de la cima, los potreros daban paso a jardines bien cuidados y Melanie se detuvo varias veces para oler una que otra flor. La casa de Lyndall era una obra maestra de arquitectura, diseñada por alguna premiada firma de Melbourne que seguía ganando reconocimientos. Cada parte era ecológica y se adaptaba perfectamente al paisaje. Era enorme, aunque Vince nunca había visto a familiares de visita. Ni hijos adultos ni nietos.

Cuando alcanzó a Melanie, ella buscó su mano y lo guio. Esto se parecía más a la niña pequeña que él conocía. Curiosa y naturalmente amigable. La tristeza seguía allí, bajo la superficie, y lo estaría por mucho tiempo, pero le levantaba el ánimo verla emerger un poco de la niebla.

En lo alto del camino había un garaje con cuatro puertas abiertas una al lado de la otra. El Range Rover de Lyndall estaba dentro de una y un cuatriciclo en otra. Las otras dos estaban vacías. Estacionado detrás del garaje, apenas visible por un lado, había un viejo camión de ganado. Lyndall había dicho una vez que lo tenía por si necesitaba transportar a todos los burros y sus pocas vacas de una vez si hubiera amenaza de incendio.

Puedo imaginarte conduciéndolo.

—¡Oh! ¡Aquí estás, gatito! —chilló Melanie cuando el gatito se precipitó hacia ella desde la esquina de la casa. Se puso de rodillas y lo recogió suavemente. Detrás venía otro gatito y una adulta, presumiblemente la madre, que inspeccionó a Melanie a distancia.

Era contagiosa, la alegría en el rostro de Melanie. Vince casi se pone en cuclillas junto a ella.

—Te recuerda —dijo Lyndall siguiendo a los gatos.

La gata madre caminó alrededor de Melanie y frotó su cabeza contra su pierna.

—Sí. Mamá te aprueba. Ahora solo tienes que lidiar con el abuelo. —Lyndall se inclinó para hacer cosquillas en la barbilla del gatito—. Déjamelo a mí. El gatito es prácticamente tuyo.

Vince resopló.

—¿Te parece bien quedarte aquí vigilando a estas criaturas mientras charlo con él? —preguntó Lyndall—. Si no, ya sabes dónde está la cocina y hay limonada recién hecha en la mesa.

Melanie asintió con una sonrisa que parecía permanente.

Creo que he perdido esta batalla.

Lyndall se le unió. —¿Caminas conmigo? Tu niña estará bien aquí. —Se dirigió hacia el potrero frente a la casa.

—¿Estarás bien un minuto, Mel?

Ella ya se había acomodado para sentarse en el suelo y los tres felinos se acurrucaron a su alrededor.

Él alcanzó a Lyndall, quien apoyó sus brazos en el riel superior de la cerca. Los burros la notaron y comenzaron a acercarse.

Ella le dio una larga mirada. —Es tu decisión sobre el gatito, pero me parece que esa niña necesita algo a qué aferrarse. Algo nuevo que amar.

Contemplaron el potrero, que tenía varios acres de tamaño y era solo uno de una docena aproximadamente en la propiedad. Los animales de Lyndall eran todos rescatados y ella pasaba la mayor parte de sus horas de vigilia haciendo mejorando sus vidas. Vince no tenía idea de dónde provenía su dinero o cuál era su historia. Nunca había habido razón para preguntar.

—Regresé ayer y había un tipo estacionado en tu entrada —dijo Lyndall.

—¿Estacionado?

—El coche estaba aparcado. Él apareció por el costado de tu casa, ocupado tomando fotografías. Un gran teleobjetivo en la cámara.

El estómago de Vince se revolvió.

—Lo confronté, por supuesto —añadió ella—. Le pregunté quién era y qué hacía.

—¿Te lo dijo?

—Me apuntó con la cámara y le di algo que valía la pena fotografiar. —Había un toque de enojo en su tono—. ¡Qué descaro!

El primero de los burros llegó y metió su hocico a través de la cerca buscando en los bolsillos de Lyndall. —Hola, cariño. Pensé que podría ser un agente inmobiliario. Pero era demasiado grosero. ¿Has molestado a alguien?

—A muchos.

—Pero en serio, ¿alguien te está vigilando?

—Tal vez. No sé. Mel dijo…

—¿Qué?

Él negó con la cabeza y se estiró para acariciar al burro. —Probablemente nada. La madrina de Mel, Carla, le dijo algo sobre hacer una habitación especial en su casa. Para Mel.

—La recuerdo. —La expresión de Lyndall dejó claro que no era una admiradora.

—Ella quiere mucho a Mel. Y Susie confiaba en ella.

—Yo vigilaría a Melanie muy de cerca. Por si acaso.

Había tanta gravedad en sus últimas tres palabras que Vince le lanzó una mirada.

—¿Por si acaso qué?

Ella quería decir algo. Sus ojos estaban serios.

—¿Qué, Lyndall? ¿Qué estás pensando?

—Ahí fuera hay gente mala que va a…

—¡Abuelo!

Ambos saltaron cuando Melanie, con el gatito acurrucado en su brazo sin yeso, apareció de la nada. Lyndall se mordió el labio inferior. Vince no iba a dejar pasar eso, pero con Melanie presente, tendría que esperar.

—¿Qué pasa, Mel?

—¿Por favor, por favor, por favor puedo quedarme con este gatito? —Se detuvo entre los adultos, mirando de uno a otro mientras un ceño se formaba entre sus ojos—. No me gustan las discusiones.

Vince se agachó frente a ella. —A mí tampoco me gustan. Ni a Lyndall. Solo estábamos hablando sobre que tengas el gatito y acariciábamos a los burros.

Ella miró al burro que todavía intentaba encontrar alguna golosina en la chaqueta de Lyndall, y luego volvió a mirar a Vince. Algo de la preocupación abandonó su rostro. —¿Decidiste?

—Sabes que un gatito requiere bastante trabajo. Alimentarlo, limpiar su caja de arena, jugar. ¿Estás dispuesta a hacer todo eso?

Melanie asintió.

—Y no solo por una semana. Para toda la vida. Y los gatos viven mucho tiempo.

—Prometo que lo cuidaré muy bien y haré todo por Robbie.

Lyndall hizo un sonido gracioso que rápidamente ahogó.

—Bueno, en ese caso, sí, puedes quedarte con Robbie —dijo Vince.

Con ojos brillantes, Melanie abrazó a Vince hasta que el gatito protestó. Él se puso de pie de nuevo después de un primer intento fallido. Ponerse en cuclillas no había sido una buena decisión. Em… necesitaremos ir de compras para… Robbie. Y primero tenemos la cita en tu escuela.

—Déjalo aquí por ahora y lo llevaré abajo en cuanto me llames. —Lyndall extendió una mano y, después de besar su nariz, Melanie se lo entregó—. Buena chica. Le mandaré un mensaje a tu abuelo con una pequeña lista para que pueda comprar la misma comida y demás.

—¡Vamos, abuelo! ¡Vámonos! —Melanie se fue sin mirar atrás.

Cuando Vince iba a seguirla, Lyndall tocó su brazo con su mano libre. —Espera un segundo. —Encontró un trozo de papel en su bolsillo—. Matrícula del intruso. El fotógrafo. Consúltalo con tus amigos policías.

—Gracias.

—¡Oye, Melanie! —llamó Lyndall antes de que la niña desapareciera por el camino—. Lo llevaré más tarde y puedes llamarme cuando quieras si tienes alguna pregunta.

—De acuerdo, gracias, Lyndall. —Se volvió y saludó con una gran sonrisa.

La voz de Lyndall se suavizó. —Es un placer, cariño.

Vince siguió a Melanie.

—Lo mismo va para ti —dijo Lyndall cuando él pasó.

Él le lanzó una mirada de soslayo, pero logró evitar sonreír hasta que ella no pudiera ver su rostro.

Era extraño estar en una escuela sin alumnos. Melanie lo guio a la oficina de la señora McCoy donde fueron conducidos adentro con una sonrisa por una mujer alta y delgada con el ceño fruncido.

Durante unos minutos, Melanie y la directora charlaron sobre el próximo trimestre y qué materia le entusiasmaba más a Melanie. Era arte. La señora McCoy sugirió que Melanie se dirigiera a su aula habitual donde su maestra estaba preparando el salón.

Tan pronto como la puerta se cerró nuevamente, su sonrisa desapareció. —Lamento muchísimo lo de los padres de Melanie, señor Carter. Susie era muy activa aquí, más allá de los requisitos habituales de voluntariado para los padres. Realmente le encantaba ayudar con los estudiantes.

Él esperaba que mencionaran la pérdida, pero aún así le apretó las entrañas. —Gracias —La compasión no le devolvería a su hija. Los modales sociales actuaban mucho últimamente.

—¿Estará Melanie lista para volver a la escuela, señor Carter?

—Su brazo estará escayolado durante un tiempo, pero lo está manejando bien.

—Me refiero a… emocionalmente. Ha tenido una experiencia terrible entre estar en el accidente de coche y perder a sus padres. Ha habido un gran cambio en su vida.

—Lo cual hace que tener algo de normalidad sea importante —dijo Vince—. Su psicólogo dijo que ayuda.

—Ah. Entonces está viendo a alguien. Y por supuesto tenemos apoyo aquí. Nuestro sistema de capellanía es excelente. ¿Está familiarizado con nuestra escuela? No recuerdo haberlo visto aquí en ninguna de las noches de puertas abiertas o conciertos de Melanie, aunque por supuesto no conozco a todos los abuelos.

Me estás juzgando.

Estaba decidiendo si era digno de tener la custodia. O lo suficientemente bueno para la escuela.

Ella frunció los labios mientras abría una carpeta sobre el escritorio.

—¿Fue un viaje largo para usted? ¿Para traer a Melanie?

—Cuarenta minutos.

—A media mañana. Podría ser hasta una hora en cada dirección durante las horas punta, que es cuando la dejaría. No hay una ruta fácil de transporte público que pueda encontrar, así que a menos que tenga a alguien más cerca que…

—Nadie. —Sus dedos se tensaron y los aplanó contra sus piernas —. La traeré cada día. La recogeré cada tarde.

—Ya veo.

No. No lo ves.

—¿Habrá una lista de lo que Mel necesita este trimestre? Para que pueda empezar a organizar las cosas.

—Quizás.

—Señora McCoy… ¿hay algún problema con Melanie? ¿O conmigo?

Con un rápido asentimiento, la mujer giró la carpeta abierta. —Nada personal. Adoramos a Melanie. Es una buena estudiante. Amable e inquisitiva. Pero como comentamos brevemente por teléfono, está el asunto del pago. Y creo que lo mejor es abordarlo ahora. —Señaló la hoja de papel frente a Vince.

Era una copia de lo que tenía en el bolsillo superior.

—¿Estas cosas no se pagan normalmente por adelantado?

—Este es el tercer año de Melanie con nosotros, y su padre siempre pagaba al comienzo de cada año. No por un trimestre, sino

un año completo, lo cual era más de lo esperado. Y a menudo había un poco extra también, para ayudar si otra familia tenía dificultades. De hecho, David pagó un trimestre completo para otro niño en un momento dado, lo que marcó la diferencia para esa familia.

—¿Por qué?

Su boca se abrió y parpadeó.

—Quiero decir, ¿por qué David pagaría por el hijo de un extraño, pero no por su propia hija? —aclaró Vince.

—Oh, entiendo.

—Yo no.

—Fue antes de que su empresa entrara en dificultades financieras, señor Carter. En los dos años anteriores, el dinero no era un problema. La familia era como casi todas las demás familias aquí. Financieramente estable. Comprometida con la educación de su hija. Y como había sido tan generoso en el pasado, le concedimos un período de gracia hasta mediados de año.

¿Qué dificultades financieras? ¿Lo sabía Susie?

Abrió la boca para preguntar qué prueba le habían dado y la cerró. Esta reunión era sobre Melanie. No sobre David.

Ella ofreció una sonrisa. —Nadie esperaba esta tragedia. Y por supuesto, Melanie es bienvenida aquí y usted también, señor Carter, como voluntario, lo que normalmente son veinte horas al mes, pero podríamos aumentar eso para ayudar con el costo… siempre que esté dispuesto a obtener un permiso de trabajo con niños y pasar las verificaciones policiales habituales.

Si no estuviera agarrando sus rodillas con tanta fuerza ahora, echaría la cabeza hacia atrás en una risa histérica. En cambio, sonrió en respuesta.

—Puedo proporcionar esos documentos. Tengo que preguntar si está asumiendo que no puedo pagar las cuotas de Melanie. También hay bienes por liberar. Melanie es lo único que importa y si desea quedarse en esta escuela, entonces las cuotas se mantendrán al día.

La directora parecía incómoda ahora, inquieta en su asiento.

Él se puso de pie. —¿Me indicaría a dónde está Melanie?

—Por supuesto.

En la puerta, ella le dio breves instrucciones y luego tocó su brazo. —Antes de que se vaya… espero no haber sonado… bueno, de todos modos, me alegra que desee que su nieta se quede con nosotros. Y estoy aquí para responder cualquier pregunta, aunque su maestra está mejor situada para darle información sobre el próximo trimestre. Es solo que… aunque conocía mejor a Susie, era David quien pagaba las cuentas y una vez dijo… bueno, lo mencionó a usted. Dijo que no estaba en una buena situación. Mis disculpas.

Solo se le ocurrió una respuesta. —Ya veo.

Con eso, salió al pasillo y fue en busca de Melanie.

TREINTA Y TRES

Esta noche era importante. Uno de esos momentos cruciales en la vida de un hombre. Bradley había trabajado duro toda su vida, desde repartidor de periódicos a los diez años hasta hacer turnos nocturnos en restaurantes de comida rápida para pagarse la universidad. Luego, a los veintiún años, le tomó el gusto al dinero después de un éxito increíble en el casino un día. Mientras sus amigos perdían todo su dinero, de alguna manera él volvió a casa con veinte mil. Y fue lo suficientemente inteligente para no volver a apostar jamás. No ese tipo de apuesta. Estudiaba los riesgos calculados y le encantaba la emoción cuando un plan funcionaba contra todo pronóstico.

Estamos tan cerca.

Todo estaba listo.

Bradley recorrió el almacén por tercera vez en la hora desde que los trabajadores se fueron. La furgoneta alquilada estaba encerrada dentro del edificio y la puerta enrollable bajada. Abel estaba revisando algo en el techo del contenedor marítimo, golpeando alguna parte con la que no estaba del todo satisfecho, pero así era como funcionaba el hombre. Siempre perfeccionista.

Le apetecía una copa temprana para celebrar y se sirvió un doble en su oficina. Sobre su escritorio, había apilado varias fotos enmarcadas de David para dárselas a Melanie.

—Salud, amigo. Si solo estuvieras aquí para ver este día. — Levantó el vaso hacia la imagen de David y bebió rápidamente.

Había mantenido su dolor a raya manteniéndose ocupado y cuidando de Carla, pero tarde o temprano, lo alcanzaría.

Junto a las fotos había un gran sobre blanco, parte de su lista de tareas para más tarde esta noche. Tenía tiempo entre ahora y la medianoche para visitar a Vince y regresar con tiempo de sobra para supervisar que su primer envío conjunto con Duncan Chandler saliera de forma segura en su viaje inaugural hacia el extremo norte de Queensland. Un largo viaje por carretera a una hermosa parte del país.

—Hola, jefe. El contenedor está cien por cien listo para partir. Todo lo que necesitamos ahora es la carga final y el camión. —Abel se apoyó en el marco de la puerta—. Creo que iré a comer algo. Ha sido un día de mierda gracias a los estúpidos policías. Un poco de comida y estaré de vuelta antes de que llegue el camión.

—Nunca dijiste qué querían.

—Ni idea, solo estuvieron fastidiando sobre mi encuentro con Richard la otra noche. —Se rio—. Los idiotas no tienen ni idea.

—Bueno, ve a comer. Voy a subir a lo de Carter. Tengo algunas cosas que arreglar.

Su móvil sonó y cuando vio el número, levantó la mano hacia Abel.

Un minuto después, golpeó el móvil contra el sobre.

—¿Qué? —Abel no se había movido.

—Su conductor está enfermo del estómago. Lo han retrasado veinticuatro horas más.

Abel maldijo.

—Lo sé. —Bradley se desplomó en su silla y dejó caer la cabeza sobre sus manos—. Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

—Tiene que ser esta noche, jefe.

La cabeza de Bradley se levantó de golpe. —Entonces *tú* encuentra un camión y lleva el contenedor tú mismo. —Se puso de pie tan rápido que su silla salió volando hacia atrás—. Me he matado trabajando para que esto suceda. Pagos extra. Bonificaciones. Súplicas. ¡No hay esta noche!

—No me grites. Estoy tan frustrado como tú.

Abel no se había movido, pero se había calmado mucho más rápido que Bradley.

Forzando su tono a la normalidad, Bradley empujó la silla de vuelta a su sitio habitual. —¿Qué demonios le vas a decir?

La risa de Abel le envió un escalofrío por la espalda.

—¿Yo?

Recogiendo el sobre, el teléfono y las fotografías, Bradley se dirigió a la puerta. Abel seguía sin moverse.

—Tú. Y que sea convincente. Estoy cansado de parecer incompetente gracias a las acciones de otras partes. Este negocio financia nuestros estilos de vida y este lío está arriesgando que ese estilo de vida reciba una masiva y duradera inyección de dinero.

Abel levantó ambas cejas y se hizo a un lado. —Si esta carga no se mueve pronto, será más que nuestro estilo de vida lo que estará en riesgo.

No se equivocaba.

—Haz la llamada. Luego tómate la noche libre. —Sin esperar más debate, Bradley cruzó el almacén. En la puerta lateral miró hacia atrás. Abel estaba junto al contenedor, apoyándose contra él mientras marcaba en su móvil.

Lyndall había llegado con el gatito a última hora de la tarde, rechazando una taza de café con la excusa de asegurarse de que la gata madre no estuviera demasiado alterada. Había evitado retomar la conversación anterior cuando había comenzado a advertir a Vince sobre mantener a Melanie cerca, marchándose casi tan rápido como había llegado.

Ahora, mientras Melanie repasaba las reglas de la cabaña con Robbie, un golpe en la puerta frontal alejó a Vince de la cena que estaba preparando.

De camino a abrirla, echó un vistazo a la habitación de Melanie donde ella estaba tumbada sobre su estómago, hablando

solemnemente en voz baja con Robbie, que escuchaba sentado. No pudo evitar sonreír.

Hasta que abrió la puerta.

Bradley estaba en el porche.

—¿Qué estás haciendo aquí?

—Traje esas fotografías para Melanie.

—Dije que las recogería yo.

—Bueno, necesito hablar rápidamente contigo así que las traje conmigo. Toma. —Bradley le entregó una bolsa transparente con fotografías sueltas. El hombre actuaba con cautela. No encontraba la mirada de Vince y se movía de un pie a otro.

—Estoy en medio de algo —dijo Vince.

—Una pregunta y me iré. Carla y yo quisiéramos hacer un arreglo legal contigo para la custodia, al menos parcial, de Melanie.

—Ni hablar.

—Vamos, amigo. Al menos escúchame.

—Es hora de que te vayas.

En lugar de moverse, Bradley le tendió un gran sobre y esta vez, miró a Vince a los ojos. —Es una lástima que te sientas así. Deberías echarle un vistazo.

Vince miró por encima de su hombro y salió, cerrando la puerta tras él. —¿Qué demonios es esto, Pickering?

—Ábrelo.

Aunque sabía que debería entrar y cerrarle la puerta al otro hombre, Vince no pudo evitarlo. Dentro del sobre había una carpeta de aproximadamente un centímetro de grosor. La hojeó, su estómago revolviéndose más con cada página.

Había fotografías de su propiedad con aspecto desolado y descuidado.

Un primer plano de cientos de botellas vacías de vino y licores apiladas detrás de un cobertizo.

Cadáveres de conejos muertos cerca de las entradas de madrigueras, acribillados con agujeros de balas.

—Sabes que estas botellas no son mías.

—El lugar está deteriorado. Inadecuado para un niño. —Bradley tenía un tono desafiante en su voz.

—No ando por ahí disparando conejos por diversión y nunca tendría un arma cerca de un niño. —Debajo de la última fotografía había una carta mecanografiada firmada por "Susan Weaver".

Algunas frases destacaban.

Tuve que echar a papá otra vez.

Estaba borracho y volviéndose violento.

Nunca le confiaría a mi hija.

No era un héroe en casa.

—Esa no es la firma de Susie —dijo Vince.

—Bastante parecida.

—¿Esto es chantaje?

Bradley sonrió, arrogante. —Nada de eso. Es una amistosa mirada a lo que podría suceder si dejas que las cosas continúen así. Nada de esto es necesario y esa carpeta y sus copias nunca tendrían que ser vistas por otra alma.

Quería agarrar al viscoso bastardo por el cuello. Pero Melanie estaba en la casa, y no iba a darle al canalla esa satisfacción.

—¿Qué quieres?

—Solo lo que David y Susie habrían esperado: que Melanie viva con nosotros, y que la parte de David en la empresa se transfiera a mí sin ningún problema.

Vince metió la carpeta de nuevo en el sobre.

—Melanie nos quiere, y Carla vive por Mel, haría cualquier cosa por ella. Tendrá una buena vida con todas las ventajas —dijo Bradley.

—¿Una buena vida con un criminal en la casa?

—Bueno, eso es muy grosero. Estoy ofreciendo un arreglo pacífico. Podrás verla, pero necesitas informar a las personas apropiadas que quieres que la adoptemos.

—Sobre mi cadáver. —Vince sostuvo el sobre.

—Quédatelo. ¿Cuál es tu respuesta?

—Tienes treinta segundos para abandonar mi propiedad. Veintinueve…

—Eres un idiota.

—Veintiocho. Veintisiete.

—¡Detente! ¡Por el bien de Melanie, piénsalo bien!

Vince se acercó a Bradley, quien retrocedió.

—Estás destruyendo su futuro…

—Veintiséis. Corre. —Siguió a Bradley, quien medio cayó, medio se deslizó por los escalones—. Si vuelves a poner un pie en esta propiedad…

Bradley estaba corriendo.

Vince dio media docena de zancadas tras él, vigilando para asegurarse de que el hombre estaba en su coche y alejándose antes de darse la vuelta.

La cortina de la sala se movió.

Melanie estaba en el baño cuando él regresó, lo que le dio tiempo para arrojar el ofensivo sobre en su dormitorio. Revisó el horno y deslizó el plato en una rejilla. Su corazón volvió gradualmente a su ritmo normal, pero su cabeza daba vueltas con pensamientos sobre lo que le gustaría hacerle a Bradley. Malos pensamientos.

¿Había escuchado Melanie algo de la conversación o solo había mirado por la ventana cuando Bradley abandonaba la propiedad? Se dirigió a su dormitorio.

Ella estaba tumbada de espaldas en el suelo con el gatito en su pecho.

—El tío Brad era tan divertido antes. Solía contar las historias más graciosas.

Vince se quedó en el pasillo.

—Y la tía Carla sigue siendo la misma de siempre y me encanta hacer cosas con ella. Pero Robbie, el tío Brad se enojó tanto aquella noche terrible con papá y ahora está enfadado con el abuelo… Espero que nunca vuelva a venir aquí a nuestra casa, Robbie.

De alguna manera, Vince se contuvo de entrar y levantar a la niña para decirle que nunca permitiría que sucediera nada malo. ¿Serviría de algo? No parecía llorosa ni preocupada. De hecho, sonaba como si estuviera constatando un hecho. Y si ella pensaba que él escuchaba sus conversaciones, entonces podría estar menos

dispuesta a compartirlas, aunque solo fuera con un gato. De todos modos, ¿cómo podría prometer tal cosa?

Volvió a la cocina y marcó su teléfono.

—¿Lizzie? Soy Vince. Llámame cuando puedas. Y ¿podrías verificar esta matrícula para mí? —Sacó el papel que Lyndall le había dado antes y lo leyó.

Bradley entró en la casa, furioso. Durante el viaje de regreso se le habían ocurrido una docena de formas de matar a Carter y las había descartado todas. Él no era ese tipo de persona.

Pero estoy hasta las narices del altivo Carter.

Las luces de la sala estaban encendidas, pero Carla estaba en otra parte de la casa, así que se sirvió un brandy y caminó de un lado a otro, tratando de aclarar su mente y diluir la ira. Cualquier otra persona se habría doblegado ante las pruebas condenatorias que había recopilado. No importaba que algunas fueran falsas. Había suficiente verdad para hacer que alguien temiera que sus secretos estuvieran a punto de revelarse al mundo, y Vince Carter tenía muchos. El montón de botellas podría no ser de su propiedad, pero todos sabían que el hombre tenía un problema con la bebida. El lugar era un vertedero y si los servicios sociales lo visitaran, seguramente cuestionarían su idoneidad para que un niño viviera allí. Lo cual podría valer la pena sugerir a esa mujer desaliñada que no había hecho nada para ayudar la última vez.

—¿Cariño?

—En la sala.

Levantó un segundo vaso cuando ella entró. —¿Brandy?

—Oh, claro. —Le besó la mejilla—. No te oí llegar, pero creí escuchar una voz.

—Probablemente hablaba conmigo mismo. Aquí tienes. Salud.

—Salud. Por Melanie.

—Sí. Siempre por nuestra pequeña Melanie.

Carla inclinó la cabeza en señal de interrogación.

Maldito Vince.

—¿Qué hay para cenar, nena?

—Brad… ¿cuándo viene Melanie?

Le tomó la mano libre.

—¿Viste a Vince? ¿Le explicaste que nos aseguraremos de que pueda verla a menudo y lo maravillosa que será su vida…?

—Se niega a escuchar, Carla. Lo siento. Lo intenté con todas mis fuerzas.

—Entonces iré yo a hablar con él.

—Es peor que no escuchar, nena. Dijo que no quiere que la veamos más.

Carla jadeó y el vaso en su mano tembló.

—Pero tengo una idea. Voy a hablar con el abogado otra vez y preguntar cómo podemos denunciar las malas condiciones en las que vive Melanie. Esta batalla acaba de comenzar. Te lo prometo. —Besó sus dedos, pero sus ojos brillaban con lágrimas y ella retiró suavemente su mano.

—Yo… creo que revisaré la cena.

Lo había arruinado. Debería haber pensado bien esto antes de volver a casa para que ella tuviera esperanza. El sonido ahogado de su esposa llorando desde la cocina lo apuñaló por dentro.

Después de cenar, Melanie ayudó a lavar los platos y luego leyó un rato en el puf con el gatito en su regazo. Todavía era temprano cuando se cambió para ir a dormir. Parecía agotada.

—Parece que a Robbie le gusta estar aquí. —Vince trajo una taza de chocolate caliente a su dormitorio—. ¿Crees que dormirá toda la noche?

Melanie tomó la taza con un suave "gracias" y se sentó al borde de su cama. Robbie estaba acurrucado en su cama junto a la de ella, sus diminutas patas temblando en un sueño. Era más fácil observarlo bien ahora que estaba quieto. Era mayormente negro con puntas blancas en la nariz y las patas.

—¿Te agrada? —susurró ella—. Tenemos que estar muy callados y no molestarlo.

—Claro que me agrada —susurró en respuesta—. Te hace sonreír. Eso me agrada mucho.

—Lo quiero mucho, abuelo. Gracias.

Y yo te quiero a ti, cariño.

—¿Leemos?

—Demasiado ruidoso. Es un bebé y tiene que dormir.

—Está bien. ¿Quieres que apague la luz del techo entonces?

—Sí, por favor. Y ¿puedes cerrar la puerta? Así no se perderá si se despierta temprano.

Ella dejó que él le besara la frente y luego él hizo una demostración de salir sigilosamente, esperando una sonrisa. Finalmente llegó, pero la alegría anterior de Melanie había sido sofocada por lo que fuera que hubiera visto entre Vince y Bradley.

Y yo tengo la culpa de eso.

Había cien maneras, o al menos un puñado, en que debería haber manejado la visita del otro hombre. Por muy satisfactorio que hubiera sido echarlo, no valía la pena las consecuencias.

Recogió el sobre de su dormitorio y lo arrojó sobre la mesa de café en la sala de estar. Después de apagar la mayoría de las luces de la cabaña, cogió una botella de whisky de un armario alto y un vaso, y regresó al sofá. Unos faros parpadearon en la pared y su corazón se saltó un latido. Pero era solo alguien usando el camino de entrada para dar la vuelta.

Durante unos minutos observó para asegurarse. Ese coche se había ido, pero otro pasó lentamente. Sus nervios le estaban jugando una mala pasada. Cerró las cortinas y se sentó junto a la luz parpadeante de la chimenea.

Se sirvió un trago pero no lo tocó, en su lugar, abrió el sobre.

Su teléfono sonó.

Liz.

¿Puedo hacer la verificación de la matrícula por la mañana? ¿Cuál es el contexto?

Él respondió.

Alguien merodeando por mi casa. Tengo bastante que contarte.

Antes de que pudiera dejar el teléfono, otro pitido.
¿Quieres compañía?
Vince miró el vaso. Luego respondió.
Todo bien. Hablamos mañana.
Apagó el teléfono.

TREINTA Y CUATRO

Liz estaba lista para una siesta por la tarde, aunque apenas había amanecido. Había trabajado hasta casi las dos de la madrugada entrevistando a posibles testigos y hablando con los oficiales de la escena del crimen, así como con los primeros en responder.

Gracias a otro maldito asesinato.

La llamada había llegado justo después de haber hablado con Vince anoche. A pesar de haberle dicho que podría buscar la matrícula más tarde, le había intrigado y había realizado una búsqueda en ese momento. Antes de que pudiera hacer más que tomar algunas notas, Pete estaba recogiendo sus cosas y diciéndole que se apresurara. Algún pobre transeúnte nocturno había tropezado con un cadáver en un baño público.

Las quejas de Pete sobre volver a salir cesaron en el segundo en que llegaron a la escena. Al margen de su personalidad, el hombre era una máquina. Trabajador, inteligente y astuto. Había puesto todas esas cualidades a buen uso evaluando el macabro descubrimiento e iniciando la investigación mientras Liz hablaba con el joven oficial que había sido el primero en responder.

Alertado sobre una posible sobredosis por el ciudadano que había encontrado el cuerpo, el agente había entrado en las instalaciones sin estar preparado. Tenía un tono verdoso y estaba tembloroso cuando ella lo llevó aparte. Una mirada al cuerpo explicaba su reacción. Un hombre de mediana edad, apuñalado en el cuello y abandonado para morir en el inmundo baño público, no era una

imagen agradable desplomado con los ojos abiertos contra una taza de inodoro. Combinado con el hedor de orina, sangre y heces, no era de extrañar que el agente se excusara dos veces para vomitar detrás de un árbol.

Finalmente, Liz y Pete se marcharon para descansar un poco y ahora, horas más tarde, con el cuerpo ya retirado, la escena estaba más tranquila, pero los curiosos seguían apareciendo en el área.

—¿Liz? —Pete asomó la cabeza por la puerta del baño de hombres—. Necesito tu opinión.

—Ambientador. Mucho ambientador.

Pete ya había vuelto a entrar y ella lo siguió. Los investigadores de la escena del crimen habían terminado, dejando marcadores y residuos de huellas dactilares. Había dos cubículos y un urinario, un lavabo mugriento y un secador de aire colgando de una sola bisagra. El edificio era de ladrillo, con un techo de hojalata elevado unos centímetros sobre la hilera superior para ventilación.

—¿Cuánto tiempo hace que nadie limpia? —preguntó Liz—. Seguramente hay un contrato para mantenimiento regular.

—¿Nunca has estado en un baño de hombres? —Pete negó con la cabeza—. ¿Por qué estaba nuestra víctima aquí? —Pete se cruzó de brazos—. A kilómetros de su casa y su lugar de trabajo.

La imagen del cuerpo desplomado apareció en la mente de Liz, y se obligó a alejarla. Le encantaba Homicidios pero no los cadáveres. —Salgamos.

Un equipo de televisión se estaba instalando al otro lado de la cinta. Liz y Pete encontraron un lugar fuera de su vista, resguardados bajo los árboles pero lo suficientemente lejos del edificio para perder el hedor. Sin embargo, hacía un frío glacial y Liz se metió las manos bajo las axilas.

—¿Contribuimos a esto, Pete? —Liz sabía que nadie era responsable de un asesinato excepto el asesino, pero estaba surgiendo un patrón—. Primero hablamos con Ginny, y es estrangulada. Luego charlamos con Jerry Black y Hardy le corta la garganta.

Las cejas de Pete se alzaron. —No hemos probado que fuera Hardy.

—Fue Hardy.

—Está bien. Lo fue. Tú y yo lo sabemos.

—Lo que significa que todavía está aquí en Melbourne. Entonces, ¿por qué demonios no podemos encontrarlo? —Liz quería gritar. Malcolm Hardy estaba jugando con ellos. Enviándolos a búsquedas inútiles…— Jerry Black fue la persona que envió a todos al aeropuerto después de que Hardy escapara. ¿Lo recuerdas?

—Y sus contradicciones. Necesitamos otra charla con Roscoe. —Pete sonrió—. Le informaremos de la muerte de uno de sus empleados. Pero te apuesto a que ya lo sabe.

Liz estuvo de acuerdo. —Creo que es una advertencia para Roscoe.

Pero, ¿una advertencia sobre qué?

La brillante luz del sol a través de las cortinas abiertas despertó a Vince. Eso y el martilleo en su cabeza.

Se cubrió los ojos y se sentó con cuidado, alterando una manta sobre su cuerpo. Él no se la había puesto encima. No creía haberlo hecho. Sus pies tocaron el suelo, y gimió mientras el dolor de cabeza lo seguía.

La botella de whisky estaba en la mesa de café, con la tapa puesta. El vaso había desaparecido.

Junto a la botella estaban las fotografías y la carta. Sin sobre. Tenía un vago recuerdo de haber hecho pedazos el papel blanco y haberlos arrojado al suelo. Entonces, ¿dónde estaban los trozos?

Y hablando de eso… ¿quién abrió las cortinas?

Mierda.

Vince se puso de pie y esperó unos segundos. La habitación no se tambaleaba ni giraba. Encendió su móvil y recogió las fotografías y la carta y las llevó al dormitorio. Melanie no necesitaba ver esa basura, pero no recordaba haberlas dejado en otro lugar que no fuera esparcidas por el suelo. La sensación de malestar en su estómago no era por la resaca.

En la cocina, Melanie estaba de espaldas a la puerta mientras untaba mantequilla en una tostada. Un vaso de jugo de naranja y una taza de café, cuyo vapor se elevaba, estaban en una bandeja. Con la tostada lista, añadió el plato a la bandeja. Cuando se volvió, sus ojos se agrandaron al ver a Vince, y no era de extrañar, debía tener un aspecto terrible con la ropa arrugada de dormir y lo que quedaba de su cabello sin peinar.

—Buenos días, Melly. ¿Es para mí?

Ella asintió y llevó la bandeja con mucho cuidado a la mesa.

—Se ve delicioso. ¿Tú vas a tomar algo?

—Desayuné más temprano. —Miró el reloj en la pared y sus ojos la siguieron. Casi las diez.

—¿Te sentarás conmigo mientras como?

Otro asentimiento y se deslizó en una silla.

—¿Dónde está Robbie? —preguntó Vince, tomando un sorbo de café. Necesitaba analgésicos y un gran vaso de agua, pero eso podía esperar hasta que Melanie saliera de la cocina.

—En mi habitación. Le gusta jugar con la peonza.

—¿Durmió bien?

—Creo que extraña a su madre.

Tenía la cabeza agachada, y no era solo de Robbie de quien estaba hablando.

—Cariño… ¿recogiste esas fotografías y papeles del suelo?

—Sí.

—Gracias. Em… ¿las miraste? No me enfadaré si lo hiciste.

—Creo que a Robbie le gustaría salir a jugar al sol hoy. —Jugueteaba con sus dedos, todavía sin levantar la mirada.

Vince saltó cuando sonó su móvil. Apareció el número de Liz. —Lo siento, Mel, tengo que contestar. Volveré en un…

—Robbie necesita visitar la caja de arena. —Melanie se levantó de un salto y salió disparada de la cocina.

—Maldita sea, Vince —murmuró, luego tocó aceptar llamada—. Hola, Liz.

—Siento haber tardado tanto en responderte. Hemos tenido otro asesinato… Perseguir a Hardy es… bueno, ya sabes.

Lo sabía.

—¿Podemos reunirnos? Preferiría hablar cara a cara —dijo Liz.

—Melanie tiene una cita con su psiquiatra a las tres. Pero no tengo tiempo suficiente para salir del hospital.

—Envíame un mensaje con la hora y el lugar e iré a verte.

—Necesito hablar contigo de todos modos. Creo que Melanie escuchó a Pickering amenazar a su padre, la noche del accidente.

Hubo una pausa. Vince creyó oír un suave "maldición" pero no estaba seguro.

—No puedo dejar lo que estoy haciendo en este momento —dijo Liz.

—No es necesario. Te veo a las tres.

Colgó antes de que ella pudiera decir algo más. No podía lidiar con la bien intencionada compasión de Liz ahora. Ni con la de nadie.

—Sentimos su pérdida —dijo Pete—. ¿Cuándo fue la última vez que vio al señor Black?

Richard Roscoe tenía los codos sobre su escritorio y la cabeza entre las manos. A simple vista, estaba conmocionado y angustiado por la noticia de la muerte de su colega.

—Ayer. Aquí, en esta oficina. Vino a pedir unos días libres —murmuró entre sus palmas.

—¿Era eso normal?

—No. Pero hacía tiempo que no tomaba vacaciones, así que se lo concedí. Le dije que descansara porque lo necesitaríamos una vez que encontráramos a Hardy.

—¿Y cuándo fue la última vez que el señor Black vio a Hardy? —preguntó Liz.

La cabeza de Roscoe se alzó de golpe. —¿Eh? ¿Por qué necesitaría verlo? A Jerry lo apartaron del caso de Hardy después del desafortunado malentendido sobre el aeropuerto. Fue completamente engañado por una llamada anónima, como bien saben, pero creí prudente que se alejara.

Ahora, ¿por qué mencionaste eso?

—Como pregunté, ¿cuándo fue la última vez que se vieron? ¿Jerry Black se estaba reuniendo con Hardy ayer?

Un interesante rubor apareció por encima del cuello de Roscoe, viajando rápidamente hasta la parte superior de sus orejas. —¡No, por supuesto que no! ¿Por qué lo haría?

—¿Adónde iba? —preguntó Pete.

—¿Ir?

—De vacaciones. ¿De viaje?

Roscoe se encogió de hombros. —No es asunto mío. Pidió tiempo libre. Lo aprobé. Fin de la historia.

Ciertamente lo era para Jerry Black.

—¿Alguna idea de por qué estaba cerca de Hopper's Crossing anoche? Muy lejos de casa —preguntó Liz.

—Ya les dije que estaba de vacaciones. Lo que la gente hace en su tiempo libre no es asunto mío. Y ahora necesito llamar a su esposa, así que si no hay nada más… —Hizo una demostración de tomar el teléfono y marcar.

Pete cerró la puerta tras ellos y se llevó el dedo a los labios. Había un sonido extraño que venía de algún lugar entre la oficina y el mostrador de recepción.

La fuente estaba en una cocina, donde detrás de una puerta parcialmente cerrada, la secretaria que les había traído café el otro día estaba llorando.

—Disculpe… señora, ¿está bien? —Liz entró.

La secretaria, de espaldas a la puerta, se sobresaltó. Agarró un puñado de pañuelos de una caja e hizo algo en su cara. —Estaré bien enseguida. Lo siento. Algo en mi ojo.

—Gracias por el café y las galletas del otro día. —Pete se acercó a ella—. ¿Por qué está llorando? Somos oficiales de policía si necesita ayuda.

Ella negó con la cabeza y sorbió. —Estoy siendo tonta. Solo por Jerry.

—Muy triste. Mi más sentido pésame. ¿Eran cercanos?

—No realmente. A veces nos reíamos. Y siempre charlábamos en eventos del personal y cosas así. ¡Es que es una conmoción tan grande que haya sido asesinado!

—¿Dónde escuchó eso? —preguntó Liz.

—Oh… el señor Roscoe me dijo que era él el que salía en la tele. Dijeron que estaba visitando un baño de hombres y algún drogadicto lo atacó. No puedo imaginar por qué estaba siquiera en esa zona porque siempre se refiere a sí mismo como un hombre de los suburbios del Este.

—¿No había dicho nada sobre tomar días libres? ¿Alguna posibilidad de que estuviera en camino a algún lugar para un descanso?

Su cara se arrugó mientras pensaba. Luego negó con la cabeza.

—No sabía que estaba de baja. No soy su asistente, pero aun así, esperaría que hubiera dicho algo. Particularmente porque lo vi brevemente ayer. Salió de una reunión con el jefe y casi chocamos al doblar una esquina.

Se escucharon pasos por el pasillo en su dirección y Liz rápidamente le dio su tarjeta a la mujer justo cuando Roscoe irrumpió.

—¿Por qué están molestando a mi personal?

—Señor Roscoe, ¿cómo supo que Jerry Black era la persona encontrada anoche? —preguntó Pete.

—No lo sabía. Lo adiviné. Consigan una orden judicial si quieren volver.

La mujer se encogió contra la pared, con la mirada baja.

—Nos vamos. —Liz siguió a Pete fuera de la cocina.

—¿Qué les dijiste? —comenzó Roscoe.

—Estaba angustiada por Jerry y solo me preguntaron si estaba bien. Nada más, señor Roscoe.

Un momento después, ella salió corriendo de la cocina en dirección opuesta.

—Espero que ese pequeño imbécil no la tome con ella. —Pete mantuvo la voz baja mientras se dirigían a la puerta principal—. Creo que podría saber algo, incluso si no se da cuenta.

Liz estuvo de acuerdo en ambos aspectos. Lo que aún no sabía era cómo conectar todos los puntos.

TREINTA Y CINCO

Gracias a un poco de calor y un cielo despejado, Vince y Melanie se sentaron fuera para almorzar. Robbie jugaba cerca, haciéndoles reír a ambos con su valiente exploración de unos arbustos, donde se escondía y luego saltaba sobre sus pies.

Vince había rescatado una pequeña mesa y dos sillas de un cobertizo, las había limpiado y las había colocado en un lugar resguardado del viento. No podía recordar la última vez que habían visto la luz del día, pero servirían. Mel trajo la comida de Robbie en un cuenco para que no se perdiera nada.

—¿Por qué no hay mucha hierba, abuelo?

—Aquí hace calor en verano y se seca.

—Pero ha llovido mucho. ¿No debería estar verde, como en mi casa? —Melanie dio un mordisco a su sándwich, con ojos curiosos—. Papá siempre se quejaba de tener que cortar el césped.

¿Ese diminuto trozo de césped?

Vince miró alrededor, tratando de ver las cosas a través de sus ojos. Estaban en el lado de la cabaña que daba al camino de entrada de Lyndall, no lejos del paddock de Apple. Contra la cabaña había unos pequeños arbustos donde jugaba el gatito, pero eran plantas resistentes que nada podía matar. El suelo estaba duro. Hierba, sí, pero luchaba por crecer y era esporádica. El paddock del poni tenía un par de árboles grandes, al igual que otras partes de la propiedad, pero había muy poco por aquí. Era casi estéril.

—Tienes razón, Melly. No hay mucho que hacer en pleno invierno, pero cuando llegue la primavera, ¿qué te parece si me ayudas a pensar en algunas ideas para que esto se vea más bonito? Tu madre y yo incluso plantamos algunos árboles frutales hace mucho tiempo y no tengo ni idea de si siguen creciendo.

Mel se levantó de un salto.

—Vamos a buscarlos.

—Están más arriba en la colina. ¿Qué tal si lo hacemos mañana, siempre que haga buen tiempo?

—Supongo. —Se sentó de nuevo—. Y puedo traer a Robbie.

—Por supuesto.

Robbie decidió que ya había tenido suficiente de jugar solo y maulló a Mel. Ella lo subió a su regazo, habiendo terminado su almuerzo. Pronto querría entrar y la oportunidad de preguntarle desaparecería de nuevo.

Pero, ¿cómo no asustarla?

Respiró hondo.

—¿Melanie? No tienes que responderme, pero tengo que hacerte una pregunta. ¿De acuerdo?

Ella estaba haciendo cosquillas a Robbie y asintió.

—Accidentalmente te oí hablar con Robbie anoche.

Melanie levantó la mirada.

—Es un buen oyente. Me preguntaba si te sentirías cómoda contándome sobre el tío Brad enfadado con tu papá.

Sus ojos se abrieron y abrazó a Robbie contra su pecho.

—Supongo que sabes que el tío Brad estuvo aquí anoche. Estaba enfadado conmigo, pero estoy a salvo. Y tú estás a salvo, cariño.

Su voz vaciló.

—¿Y… Robbie?

—Especialmente Robbie. —Vince se inclinó y acarició la espalda del gatito. Era más suave de lo que esperaba. Hacía años que no tenía un animal pequeño en su vida—. ¿Recuerdas de qué hablaban el tío Brad y tu papá?

Ella se mordió el labio.

—¿Vamos a ver al doctor Raju hoy?

—Sí, Mel. En un par de horas. ¿Preferirías hablar con él sobre esto?

—Tal vez.

—Bueno, tal vez está bien. Ahora, ¿Robbie ha corrido por aquí el tiempo suficiente? —Vince se puso de pie y recogió sus platos—. No me vendría mal tomar una ducha antes de irnos.

—Entonces yo lavaré los platos. —Melanie intentó recoger sus vasos vacíos.

—Tienes las manos llenas de gatito. —Vince añadió los vasos a los platos—. Tendremos que dejar a Robbie en casa cuando salgamos, así que ¿qué tal si vas a jugar con él un rato para que esté bien cansado y duerma toda la tarde?

—Me pregunto si le gustará la varita con plumas.

—Solo hay una forma de averiguarlo.

Ella estaba sonriendo de nuevo. Bueno, al menos, no estaba frunciendo el ceño.

Liz se encontró con Vince en la cafetería de la planta baja.

—Tienes un aspecto horrible, Vince.

—Siempre puedo contar contigo para ser honesta. Tú tampoco tienes muy buen aspecto.

—Creemos que Malcolm Hardy ha vuelto a atacar. Fue una noche larga, y un día más largo aún.

—¿Quién está muerto? No pongo las noticias cuando Mel está cerca.

—Jerry Black. Trabajaba para Richard Roscoe.

Ese aleteo de interés volvió a agitarse en las entrañas de Vince. Le habría encantado trabajar en este caso, en otros tiempos. Hardy estaba jugando con la policía, lo que lo hacía tan intrigante como peligroso.

Liz se rio.

—Puedo verlo en tus ojos. Esto es justo lo tuyo, así que dime otra vez ¿por qué nunca te convertiste en detective?

—Demasiado riesgo considerando que tenía a Susie. Ya sabes, Hardy tiene fama de enviar mensajes desagradables a personas que no cooperan. Pero ya habrás deducido esa parte, así que dime, ¿a quién está enviando los mensajes?

—Cuando asesinaron a Ginny, supusimos que él pensaba que ella nos había contado demasiado. Y para ser honesta… Pete y yo hablamos con Jerry en un lugar público el otro día. Posiblemente sea tan simple como advertir a cualquiera de sus otros contactos que podrían poner en riesgo su libertad, pero aun así.

—¿Pero aun así, qué? —preguntó Vince.

—No tiene sentido advertir a la gente de que no hable con nosotros pero no hacer ningún movimiento para abandonar la ciudad.

—Tal vez la respuesta esté entonces en la razón por la que sigue aquí.

Liz lo miró fijamente. Casi podía ver su mente trabajando.

Él miró su reloj.

—¿Cómo está ella? —preguntó Liz.

—Escuchó a Pickering discutiendo con David, pero no quiere hablar de ello, al menos, no conmigo, o no todavía. Espero que lo haga con el psicólogo. Pero ese camarero del restaurante dijo que no sabe nada, ¿verdad?

—Así es. Pero Vince, ¿qué razón tendría Pickering para hacerle daño a su propio socio? Probablemente solo fue un desacuerdo. A menos que sepas algo más.

Nada que quiera compartir todavía.

—Dijiste que tenías información sobre esas matrículas.

Liz sacó su móvil.

—La tengo. Pero no puedes hacer tu propia investigación. Lo digo en serio, Vince. Prométeme que no seguirás esto por tu cuenta.

—Recibí una visita de Bradley Pickering anoche. Quiere adoptar a Melanie.

—Sí, bueno, apuesto a que eso fue bien.

—Me entregó un montón de fotografías manipuladas para que parecieran de mi propiedad. Había algunas tomadas de la propiedad, pero la mayoría eran de quién-sabe-dónde y me hacen parecer un

monstruo alcohólico que mata conejos. Y hay más: una carta firmada por alguien haciéndose pasar por Susie con una lista de mis transgresiones.

Liz gimió.

—Oh, Vince.

—El idiota las dejó todas conmigo, así que quiero autenticarlas. Solo por si acaso.

—¿Dijo que las usaría? Porque si esto es un intento de chantaje…

—Quiere la parte de la empresa de David, pero sabe que ahora ha provocado al dragón. Necesito volver arriba.

Liz fue con él. No volvieron a hablar hasta que estuvieron en el ascensor.

—¿Vince? Me gustaría hablar con Melanie sobre aquella noche.

—Sí. No.

No importaba que Vince hubiera querido exactamente lo mismo en otras circunstancias. Esta era su nieta.

—¿No acabas de decir que no quieres a Bradley en tu casa? —insistió Liz.

—Lo pensaré. —Sintió sus dedos enroscándose en puños.

—Podría arrojar algo de…

—Me has oído, Liz.

Las puertas del ascensor se abrieron, y Vince salió. Liz sujetó la puerta para hablar.

—¿Las matrículas? El coche pertenece a un investigador privado. Ha trabajado para PickerPack Holdings hace algunos años. Si encuentras algo, Vince, cualquier cosa… llámame.

Las puertas se cerraron.

Claro, Lizzie. Serás la primera en saberlo.

A medio camino de casa, Melanie comenzó a hablar. Había estado callada desde que salieron de la consulta del doctor Raju, o al menos desde que se despidió de él. El médico había sonreído y levantado

una mano a modo de reconocimiento a Vince, pero no hubo ninguna llamada a su despacho.

—¿Crees que Robbie nos echó de menos? Nunca ha estado solo antes —dijo Melanie.

—Imagino que se acurrucó en esa elegante cama que le compraste y ha estado durmiendo. Necesitarás pasar tiempo jugando con él y quemar algo de energía.

Ella asintió.

—¡Querrá jugar *mucho*!

—Estás haciendo un buen trabajo con él, Mel.

—El doctor Raju dice que Robbie parece un gato agradable. Le dije que es un gatito agradable. Y el doctor Raju se rio y dijo que yo tenía razón.

Todas esas visitas estaban haciendo algún bien, entonces.

—¿Abuelo?

—¿Melanie?

—Me sentía un poco rara esta mañana. Cuando me levanté y tú estabas dormido, fui e hice algunos dibujos para llevar a la escuela. Me gusta mucho mi profesora de arte y le gusta ver lo que dibujo durante las vacaciones. En fin, dibujé la cabaña. Y a Robbie. Y a Apple.

Eso fue una sorpresa.

—¿Dibujaste a Apple?

—Ajá. Pero luego sentí como que no quería volver a la escuela.

Vince la miró de reojo. Melanie estaba mirando por la ventana como hacía cuando algo la molestaba.

—¿Sabes por qué te sentiste así?

—No entonces. Pero el doctor Raju me ayudó. Él siempre ayuda.

—¿Algo que te gustaría compartir?

Ahora, ella se volvió para mirarlo fijamente. Sus ojos eran enormes.

—Mamá siempre iba a la escuela. Ayudaba allí cada semana y… me siento rara con todo esto. Triste. Pero el doctor Raju dijo que está bien sentirse triste y rara sobre la escuela porque mi corazón está recordando, y me llevará un tiempo, eh… ¿algo sobre acostumbrarme?

—¿Adaptarte?

—Adaptarme. Y que mamá y papá siempre están aquí en mi mente y corazón.

—El doctor Raju es muy sabio.

—Y me hace reír.

Ella le contó un poco más sobre su sesión, todas cosas que sonaban sensatas y útiles. Llegaron a casa y él aparcó, esperando que ella saliera corriendo para ver a Robbie, pero ella le dio una mirada sincera.

—¿Abuelo? Mamá me enseñó a nunca leer el correo de otras personas sin permiso. Yo quería ayudar a ordenar.

El alivio lo inundó.

—Y has hecho un gran trabajo, Mel. Gracias. ¿Vamos a dejar que ese gatito tuyo salga a jugar?

TREINTA Y SEIS

Bradley estaba cansado de esperar a que Abel abriera su puerta principal y golpeó con mayor intensidad. Sabía que Abel podía verlo a través de la cámara de la puerta, así que a menos que el hombre estuviera corriendo desnudo por la casa, no había razón para no responder. La camioneta con plataforma estaba en el frente, ¿dónde demonios estaba él?

—¿Intentas molestar a mis vecinos?

La puerta exterior chirrió mientras Abel la abría. Llevaba bolsas de compras.

—¿Caminas hasta las tiendas?

—¿Tú no? —Abel le pasó un puñado a Bradley y desbloqueó la puerta principal—. Dame un segundo para desactivar la alarma.

Entró.

—He estado aquí por diez minutos.

—Cierra la puerta al entrar.

Bradley lo hizo y siguió la voz de Abel hasta la cocina. Le encantaba esta casa. Muebles elegantes y cuadros caros. Carla había estado aquí una vez y pensó que le faltaba carácter, pero él habría copiado felizmente muchas de las ideas si a ella le hubieran gustado. Abel era inteligente al mantener la fachada poco atractiva. Probablemente mantenía bajos sus impuestos además de disuadir a los ladrones.

Abel estaba desempacando verduras y frutas frescas sin envolver, y pescado en papel de carnicería.

—¿Mercado Queen Vic?

—Después de cultivarlos y pescarlos yo mismo, es la mejor opción.

Después de poner las otras bolsas en la encimera, Bradley sacó un taburete.

—Entonces compra un terreno y cultiva los tuyos. Compra la propiedad de Vince. Hay mucho espacio vacío allí. Pon un lago.

—¿Por qué estás aquí, jefe?

—Tu móvil está apagado.

—¿Y? —Abel comenzó a llenar un fregadero con agua, cargando verduras en él—. No hay nada más que hacer hasta esta noche. Hablé con todas las partes como me dijiste. Pero no necesito que me molesten todo el día. Ni ellos ni tú.

—Me estoy cagando de miedo, si quieres saberlo.

—¿Sobre nuestro envío? Entonces déjame manejarlo más tarde. Tú quédate en casa con tu esposa. —Abel frotaba las verduras con un pequeño cepillo de alambre, arrojándolas a una rejilla para secar cuando terminaba cada una.

¿Cómo puedes estar tan tranquilo con esto? ¿Y si se retrasa de nuevo?

Su corazón había estado acelerado durante horas.

—Mi negocio está en juego.

—Un poco más que solo tu negocio. Pero tener un derrame cerebral no es la solución.

—¿Y qué hay de Jerry Black? —Bradley golpeó con las manos en la encimera. Le dolió más a él que al mármol y se estremeció—. Mira, estoy estresado. Saltando ante cualquier sombra.

Con un suspiro, Abel se secó las manos y sacó una jarra de una mezcla verde del refrigerador. Sirvió dos vasos y cuando Bradley comenzó a protestar que no podía beber esa mierda saludable, añadió un chorro de vodka a uno y lo empujó hacia él.

—Jerry Black no es nuestro problema, ¿verdad? Roscoe es quien debe saltar ante cualquier sombra porque parece que su cliente se ha vuelto contra él, pero no es nuestro problema. —Abel bebió la mitad de su vaso—. Deberías beber estos a diario. Llenos de antioxidantes y vitaminas. Ayuda con los cambios de humor.

—No tengo cambios de humor y Carla me hace tomar vitaminas.

—No naturales como estas. Le enviaré la receta.

Estaba tomándole el pelo a Bradley. Uno nunca sabía realmente con Abel, pero tenía que ser una broma ya que él y Carla no eran cercanos, para nada. Si estuviera más relajado estaría dormido. De alguna manera, ayudaba ver a Abel sin preocupaciones.

—¿Has hablado con Roscoe? —preguntó Bradley.

—Dios, no. Y no pienso acercarme a él de nuevo hasta que Hardy recoja sus cosas y se vaya. Tiene vigilancia policial, y no necesito más visitas a la comisaría para charlas amistosas porque no creen que Richard y yo no tengamos algún acuerdo comercial ilegal.

—Bueno, no lo tenéis. —Bradley probó la bebida verde y arrugó la nariz. Pero quería el vodka así que tragó un poco de todas formas —. Solo me enferma pensar que Hardy está por ahí matando gente de nuevo y haciendo que cada policía en la ciudad tenga el dedo inquieto en el gatillo.

—Termina tu bebida y vete a casa. Hablaba en serio. Puedes dejar que yo me asegure de que el contenedor de envío esté seguro en ese camión. —Abel terminó su bebida y limpió un dedo dentro del vaso para recoger la espesa sustancia antes de chuparla de su piel.

Asqueroso.

No había forma de que Bradley pudiera tragar más. Se bajó del taburete.

—Estaré allí. No puedo descansar hasta que esto termine, y el maldito Vince Carter me está volviendo loco. Estaré allí a las once.

—Cierra la puerta al salir. —Abel llevó ambos vasos al fregadero.

—Y enciende tu móvil de nuevo.

Carla no se había sentido así en años. No desde que la carrera que adoraba había llegado a un abrupto final sin ser culpa suya. Un toque inapropiado más de su supervisor directo y había estallado, quejándose formalmente a Recursos Humanos para encontrarse sin trabajo en cuestión de días.

Bradley no había sido de ayuda en la lucha por su carrera, desalentándola de emprender acciones legales incluso mientras le regalaba joyas y amor para compensar. Le encantaba tenerla en casa y probablemente siempre había esperado que perdiera el interés en el trabajo. Su madre nunca trabajó fuera del hogar, y él lo había mencionado más veces de las que ella quería recordar. Por supuesto, él la apoyaba. La consolaba. Pero realmente no entendía que ella acababa de perder todo por lo que había trabajado tan duro.

En otra época, habría luchado con uñas y dientes para mantener su trabajo y ver que se hiciera justicia. Pero algo cambió. Susie acababa de tener a Melanie y su propio corazón estaba lleno de un anhelo doloroso por un hijo propio. Pero cuando pasó un año y no hubo bebé, Carla cayó en un lugar oscuro. Quería tanto un bebé que dolía. Los especialistas no encontraron ninguna razón por la que no quedara embarazada y les dijeron que siguieran intentándolo. Después de otro año sin carrera y sin bebé, Carla se deprimió.

Lo ocultó por un tiempo, pero fue Susie quien se dio cuenta de que su mejor amiga estaba sufriendo y la convenció para que buscara ayuda. Bradley intentó hacerla feliz con bonitos regalos y vacaciones a lugares exóticos, pero fue poder ser parte de la vida de Melanie lo que eventualmente la ayudó a encontrar un lugar más feliz de nuevo. Y nunca había perdido la esperanza de tener su propio hijo algún día.

Hasta ahora.

—Eres demasiado vieja —le dijo a su reflejo.

Acababa de terminar de aplicarse maquillaje después de una larga ducha, esperando que el agua se llevara su estado de ánimo. No lo había hecho.

Abajo, la puerta principal se cerró.

—Estoy en casa, cariño —llamó Bradley.

Ella no había comenzado la cena. Ni siquiera había pensado en ello.

Carla terminó de abotonarse la blusa y roció perfume en sus muñecas. No importaba cómo se sintiera por dentro. Tenía que verse bien. Era la única forma de fingir durante la noche.

—Aquí estás. —Bradley entró a zancadas en el dormitorio y arrojó un suéter sobre la cama—. Recuerda que voy a salir de nuevo esta noche para supervisar el primero de nuestros nuevos envíos.

—¿A qué hora?

—Saldré alrededor de las diez. Pero no te quedes despierta. Los contenedores son cosas complicadas de mover, y el camión estará en el almacén por primera vez. —Se quitó la parte superior y la dejó caer sobre el suéter antes de desaparecer en el vestidor—. ¿Has visto mi cuello alto? Más tarde hará un frío terrible.

—Tercer estante a la derecha.

Carla recogió la ropa tirada y la depositó en el cesto de la ropa sucia escondido dentro del vestidor. Bradley había encontrado lo que quería y se puso el cuello alto sobre la cabeza.

—Lo siento. Lo habría recogido.

Pero no lo hiciste. Nunca lo haces.

Y nunca había importado antes.

—Está bien, cariño. ¿Qué te gustaría para cenar?

Él la siguió afuera, atrapándola cerca de la puerta entre sus brazos.

—Cualquier cosa. Algo fácil. Hueles bien.

Ella se escabulló de su abrazo.

—Pues tú no. ¿Qué es ese olor extraño?

—¿Hmm? Oh, tomé una de las mezclas verdes de Abel hace un momento. Sabía horrible.

—Huele horrible.

—Dice que debería beberla todos los días para mejorar mi salud. Dice que te enviará algunas recetas.

—Espero que estés bromeando, Bradley. De lo contrario, veo divorcio en nuestro futuro cercano.

Bradley se rio.

—Como si alguna vez me fueras a dejar. Estaremos juntos para siempre, cariño. Voy a revisar mis correos electrónicos y bajaré enseguida. —Se fue de nuevo.

Así era con él. Corriendo de una cosa a la otra. Días y a menudo noches llenos de ideas, planes y trabajo. Esperaba que ella estuviera

cerca para recordarle dónde estaba su ropa o alimentarlo. Y la amaba. Ella también lo amaba.

Pero no pareces encontrar la manera de traer a Melanie a casa conmigo.

Liz conducía por un estrecho camino rural. Estaba a casi dos horas de la comisaría, y estaba oscureciendo más rápido de lo que podía llegar a su destino. El GPS parpadeaba de vez en cuando, cuando entraba en una zona sin cobertura y el riesgo de tener que usar un mapa normal era real.

—¿Sigues ahí, Liz?

—Sí, acabo de pasar bajo un puente.

Había estado al teléfono con Pete durante unos minutos.

—Tenemos la intervención en las comunicaciones del teléfono de Roscoe, pero no ha habido llamadas entrantes ni salientes desde que la instalamos. Terry dejó el seguimiento diurno. Estamos demasiado estirados para seguirlo hasta su oficina y de vuelta a casa, además de vigilar a la señora Hardy y media docena más.

—¿Hay algo del análisis de la escena del asesinato de Black?

—Deberíamos tener algunos resultados por la mañana. Liz, ¿adónde demonios vas?

—Te lo dije.

—No. Me enviaste un mensaje extraño sobre un dron.

Quizás no había sido clara antes. La oportunidad de seguir esta pista surgió mientras Pete estaba en casa descansando, gracias a su intención de pasar la noche vigilando a Roscoe de nuevo.

—Alguien estaba volando un dron y notó lo que parece ser nuestra furgoneta desaparecida enterrada en el matorral. Llamaron a su comisaría local, que la ha localizado —dijo.

—Así que vas allí en lugar de dejar que la policía local se encargue.

—Por supuesto que sí.

Un coche se acercó a gran velocidad, con las luces altas encendidas. Liz redujo la velocidad y se movió hacia el arcén. Apenas había espacio para pasar con el otro coche precipitándose por el centro. Liz miró por encima de su hombro mientras pasaba velozmente.

—No vas a creer esto, pero creo que Roscoe acaba de pasar en dirección contraria. No puede haber muchos coches como el suyo por aquí, ¿puedes verificar si tiene una propiedad por aquí? —Le dio a Pete la dirección a la que se dirigía.

¿Estaba visitando a alguien o era su propia propiedad? Poseía una cartera de propiedades de inversión por todo el país.

¿Es demasiado esperar que esta sea una de ellas?

Giró hacia un camino aún más estrecho. No había luces por aquí, ni casas que pudiera ver. Muchos árboles y baches. Frenó cuando una docena de canguros saltaron por el camino adelante, el más grande de ellos deteniéndose en el borde para observarla.

—Bien, Liz. Parece que posee quinientas hectáreas no lejos de allí. Tiene una gran casa que da a un parque nacional donde invita a clientes especiales.

—Mierda. ¿Supones que Hardy es uno de ellos?

—¿No sería bueno para nosotros? Dime otra vez por qué estás conduciendo allí sola. —El tono de Pete era en parte divertido, en parte molesto. Odiaría perder la oportunidad de atrapar a Hardy.

Subió una colina empinada y luego bajó hacia lo que parecía un callejón sin salida. Los faros iluminaron un coche patrulla estacionado.

—¿Dónde diablos está la furgoneta? —Alrededor todo era espeso matorral y el camino no continuaba—. Ya llegué. Te llamaré en breve.

Colgó antes de que Pete pudiera debatirlo y maniobró el vehículo para colocarlo junto al coche patrulla, con los faros iluminando la maleza. Había la forma más tenue de algo grande escondido del camino y un par de linternas se dirigían hacia ella.

Afuera, el aire era fresco. Se avecinaba otra noche helada y ya la niebla coloreaba su aliento. Encendió una linterna y la movió

alrededor. Un camino que no llevaba a ninguna parte. Árboles, matorral denso, suelo rocoso.

Dos agentes aparecieron a través de la penumbra.

—Comprobamos que no hubiera nadie dentro. Pero no hemos alterado la escena.

—Echaré un vistazo.

La furgoneta estaba cubierta con ramas, una mezcla de algunas muertas hace tiempo y otras cortadas de arbustos cercanos. Era un milagro que fuera detectada por el dron. Los agentes ayudaron a quitar cuidadosamente suficiente follaje para permitir el acceso al frente.

Quizás la persona que abandonó el vehículo había sido inteligente usando ramas, pues había arañazos y marcas en gran parte de la pintura.

—Alguien se tomó muchas molestias para estropear esto —dijo Liz. Se agachó cerca del frente derecho—. No creo que esto sea de una rama. —Enfocó la linterna en una pequeña serie de abolladuras, algunas con escamas de pintura desaparecidas—. ¿Podría uno de vosotros sostener esto y concentrarse en ese punto? —Entregando la linterna a un agente, sacó su móvil y abrió la cámara.

A través del zoom de su móvil, había algo más.

Pintura roja.

—Tendremos que avisar a la División de Ciencias Forenses.

No necesitaba evidencia forense para probar lo que veía, pero los tribunales sí.

Una vez que hizo algunas llamadas telefónicas, los agentes fueron los encargados de vigilar la furgoneta y se les advirtió que podría ser una noche larga, ya que nadie de la Escena del Crimen estaría disponible hasta el amanecer.

—Llamaré a vuestro sargento de camino de regreso para asegurarme de que no os quedéis atrapados aquí toda la noche. —Los jóvenes parecían desanimados—. ¿Por casualidad sabéis quién es el propietario de este terreno?

—La furgoneta está en terreno municipal, señora. Pero al otro lado de la valla —señaló—, eso pertenece al abogado cuyo cliente escapó de custodia.

—¿Richard Roscoe?

—Sí. Él.

—¿Lo veis por aquí? ¿Por vuestro pueblo?

—De vez en cuando. A veces organiza grandes fiestas. La casa es una mansión y pone dinero en negocios locales. Ya sabe, proveedores de catering y cosas así.

—Puede que necesite que uno de vosotros me muestre. Dejadme hacer otra llamada.

—Eso es lo que pasa cuando dejas de seguir a alguien. Roscoe podría haber estado transportando a Hardy de ida y vuelta a su propia maldita propiedad. —Pete estaba en el coche de Liz, con los prismáticos enfocados en el frente de la casa de Roscoe desde una colina cercana.

—¿Crees que Hardy está detrás del accidente de Weaver?

Pete asintió.

—Fue tonto abandonar la furgoneta cerca de la propiedad de Roscoe, pero probablemente pensó que estaba bien escondida. Pudo tirarla y caminar hasta la casa.

—Hay tantos cabos sueltos, Pete. ¿Por qué querría Hardy que David muriera? ¿Cómo conseguiría esa furgoneta, que pertenece a Pickering? ¿Quiere que culpen a Bradley? ¿Y por qué dejarla aquí, donde su propio abogado será implicado?

—Con un poco de suerte, el canalla está en esa casa y podremos hacerle esas y otras preguntas antes de que termine la noche.

Liz no podía esperar a que llegara el Equipo de Respuesta a Incidentes Críticos y se hiciera cargo. Había estado aquí durante más de dos horas, y nada se había movido en la propiedad. Terry estaba en otro límite junto con otros tres oficiales.

—El lugar es enorme. —Liz había descargado un plano de planta. Roscoe lo compró apenas un año antes y el anuncio original de venta estaba en una página de "ventas pasadas" del agente vendedor—. Siete dormitorios, cuatro baños, sala de cine, sala de

juegos, piscina interior con invernadero, más alojamiento para el personal.

—¿Entonces dónde está el personal? —Pete bajó los prismáticos —. Un lugar de este tamaño necesitaría gente para mantenerlo, pero aparte de las luces exteriores no hay señal de nadie.

—A menos que Roscoe los haya sacado. Si ha escondido a Hardy aquí, entonces que la gente lo sepa es un riesgo.

Pete resopló.

—Cientos de acres para enterrar cualquier cuerpo en su propio terreno y miles alrededor.

El número de Terry apareció en el teléfono.

—Estás en altavoz, jefe —dijo Liz.

—Richard Roscoe ha sido llevado para interrogatorio gritando como loco sobre cómo nos va a demandar. Su coche elegante ha sido confiscado y no estoy seguro de si está más molesto por eso o por ser interrogado.

Liz y Pete se sonrieron. La mejor noticia en días.

Terry continuó:

—El Equipo de Respuesta a Incidentes Críticos está a unos minutos. Uno de vosotros venid a encontrarse conmigo a pie colina abajo cerca del camino.

Colgó.

—¿Piedra, papel o tijera? —sugirió Pete.

—Sé que no puedes resistir la tentación de pasar el rato con la policía de verdad. —Liz bromeó—. Ve. Estaré aquí asegurándome de que ni siquiera un ratón asome la cara por allí.

—¿Y si lo hace? —Pete abrió la puerta.

—Te lo diré. Y luego iré a atraparlo. ¿O es al revés?

—Qué graciosa. Mantén la cabeza agachada.

—Tú también.

En un minuto Pete desapareció de vista. La casa estaba rodeada de colinas con un largo camino de entrada que serpenteaba durante medio kilómetro desde el camino de tierra hacia el que Pete se dirigía. A través de los prismáticos, la casa seguía tranquila. Ningún vehículo. La oscuridad rodeaba el coche.

El móvil sonó y Liz saltó.

Tranquilízate.

Era Vince y ella dudó. Ahora no era el momento de perder su concentración. Pero si era urgente…

—¿Estás bien? —Contestó.

—Sí. ¿Mal momento?

—Vigilancia.

—Maldición. Lo siento, llámame mañana —dijo.

—Tengo un minuto.

—¿Hay alguna posibilidad de que pueda pasar por la comisaría mañana? He llegado a un muro con algunos de los papeles de David y necesito escalarlo, conseguir algo de ayuda oficial.

¿Estás pidiendo ayuda? ¿Qué demonios es?

—Sabes que puedes. Pero aún no sé cuándo estaré allí.

—¿Dónde estás?

—En una colina rodeada de matorral a las afueras de un pueblo cerca de Maryborough.

Vince se rio.

—Y te oyes encantada. ¿No esperas encontrarte con Hardy por ahí?

—Teniendo en cuenta lo escurridizo que es, probablemente no.

Se encendió una luz en la casa en el piso superior.

—Vince, hay algún movimiento. ¿Puedo enviarte un mensaje por la mañana? —Liz estaba saliendo del coche.

—Ve. Ten cuidado. —Colgó.

Marcó a Pete mientras abría el maletero.

—Hay una luz encendida. Esquina izquierda, piso superior.

—Volviendo ahora.

Se puso el chaleco sobre la cabeza y preparó el rifle. Si Hardy estaba en esa casa, no iba a escaparse de ellos.

TREINTA Y SIETE

Liz y Terry esperaron un poco más atrás, pero Pete fue con el Equipo de Respuesta a Incidentes Críticos a la casa. Había trabajado lo suficiente con ellos en el pasado para saber cuándo apartarse, y gracias al tamaño del lugar, cubrir todos los puntos era importante. Otros agentes de policía, como Liz, formaron una especie de perímetro a unos veinte metros del edificio principal.

Todas las horas de espera llegaron a un rápido final cuando la unidad entró. En cuestión de minutos quedó claro que Liz podía entrar, y Terry corrió hacia la parte trasera de la casa para ayudar con el registro de los edificios pequeños.

Pete estaba encendiendo las luces interiores mientras ella entraba, murmurando palabrotas para sí mismo.

—¿Nada? —Su corazón se hundió. Estaba segura de que iban por el camino correcto.

—Un ama de llaves aterrorizada. Dice que se echó una siesta después de que Roscoe se marchara y acaba de despertar.

—Y supongo que no sabe nada sobre Malcolm Hardy.

Los agentes tácticos se movían por la casa, revisitando cada habitación. No había sido necesaria una orden judicial basándose en la creencia de que Hardy estaba dentro. Pero a menos que una búsqueda visual revelara alguna evidencia de actividad ilegal, tendrían que irse pronto.

—Voy a ver si Terry tuvo algo de suerte —dijo Liz y se marchó sin mirar atrás. Se sentía enferma por el cansancio y la caída después

de la excitación.

Terry parecía sentirse como ella. —No me rindo. Hemos pedido una orden para hacer un registro completo, pero dudo que la veamos antes de media mañana. Los uniformados locales montarán guardia aquí y en la furgoneta… a menos que suceda algo y necesiten usarlos. Ya sabes, pueblo pequeño y todo eso.

—Me quedaré.

Él negó con la cabeza. —Pete puede quedarse. Tú y yo necesitamos volver.

—¿Ahora?

—Te explicaré en tu coche. ¿Nos vemos allí en diez minutos?

Terry desapareció en la noche. Liz se apresuró a volver a la casa para encontrar a Pete. Él restó importancia al hecho de que se quedaba. —No me importa. Así atraparé al cabroncete si regresa. Vete a casa a dormir y yo traeré su cabeza como trofeo.

Todavía estaba sonriendo por su actitud cuando Terry subió al coche. Él se puso inmediatamente al teléfono, así que ella navegó de regreso por el sendero casi inexistente hasta la carretera principal, por así decirlo, y la siguió hasta el pequeño pueblo de Talbot. Fue un viaje de diez minutos por carreteras oscuras que desembocaba no muy lejos de la estación de ferrocarril. Redujo la velocidad, frunciendo el ceño. Quizás una hora a pie llevaría a alguien allí.

Terry colgó. —¿Por qué vamos a paso de tortuga?

—La estación de tren.

Él miró hacia atrás. —Está desierta por la noche.

—Solo es una idea. Ya que estoy conduciendo, ¿te importa tomar nota para mí? Me gustaría revisar cualquier grabación de la estación desde la noche en que murió Susie hasta el momento en que se reportó la desaparición de la furgoneta.

—¿En qué estás pensando, Lizzie? —Tecleó en su móvil—. Nota hecha.

—No estoy segura. Pero alguien abandonó esa furgoneta, y puede que fueran a la casa de Roscoe. Pero jefe, ¿y si no fue Hardy? ¿Y si quien robó la furgoneta y sacó a los Weaver de la carretera la trajo aquí por alguna razón? Tal vez para atacar a Roscoe.

Terry se quedó callado y Liz lo miró de reojo. Tenía su cara de estar pensando. Lo dejó meditar mientras llegaban a la carretera abierta y ella aceleraba.

—¿Cómo… crimen organizado? No estoy seguro —dijo él—. Hardy bordeaba los límites, aunque sabe Dios que tenía contactos dentro. He pasado mucho tiempo en los cementerios de Keilor y Faulkner vigilando funerales de gánsteres.

—O chantaje.

¿Por qué no vi esto antes?

—¿Chantajeando a quién?

—Esa es la pregunta del millón. —Liz adelantó a un coche—. ¿Por qué estamos regresando?

—Ah. Se me ocurrió que visitar el almacén de Bradley Pickering podría ser tiempo bien invertido.

Liz pisó el acelerador.

Vince miraba fijamente la pantalla. Había reunido el valor para leer más correos electrónicos de Susie y tenía una lista de notas manuscritas a un lado. Ella solía escribir a diario con frecuencia, desde un alegre saludo hasta fotos de Melanie que había copiado a una carpeta, hasta correos más largos y reflexivos. Había uno al que seguía volviendo, escrito unos días antes de que ella lo excluyera de su vida.

Hemos estado hablando de comprar otra casa. Sabes cuánto me gusta aquí, pero supongo que David tiene algunos puntos válidos. Me recordó cuánto echo de menos tener más espacio a mi alrededor. Echo de menos a Apple. Recordando aquellos días montándola y cuando tú y yo solíamos montar en bicicleta… Me encantaría que Melly tuviera más experiencias en la naturaleza. Quizás no su propio pony, pero al menos algo de espacio para lanzar una pelota e inventar aventuras en el jardín. Fue una buena infancia para mí.

Cada vez que leía esas palabras se le cortaba la respiración. Vince siempre pensó que ella había odiado su vida, no solo por

perder a su madre sino por todas las cosas que se había perdido. Solo había tenido un par de amigos de la escuela y ninguna de la ropa elegante o los dispositivos caros que querían los niños. Había olvidado este correo. Había olvidado leerlo en el momento en que ella lo envió y haberse sorprendido de que su experiencia fuera diferente a sus recuerdos.

—¿Qué más he interpretado mal?

Melanie está creciendo tan rápido que puedo entender por qué David quiere esto para ella. Significaría ir un poco más lejos y ahí está mi mayor preocupación. Tendríamos que cambiar de escuela y a Melanie le encanta la suya. Es horriblemente cara y a medida que avance a cursos superiores habrá aún más presión financiera. Y aunque me gusta ir allí para ayudar, han comenzado a pedir más de mi tiempo y ya me lleva muchas horas cada semana. Me encantaría volver a tener una carrera. Si nos mudáramos, creo que ella entendería que la distancia es demasiado grande. Así que hay ventajas ahí.

Pequeñas piezas estaban encajando. David había querido hacer grandes cambios en la vida de su familia. Comprar un nuevo negocio. Mudarse más lejos de la ciudad. Cambiar de escuela. ¿Por qué?

¿Pero papá? Tengo la extraña sensación de que hay más en esto de lo que David está diciendo. No habla mucho de lo que sucede en el trabajo. Algunos días me da la impresión de que preferiría quedarse en casa. Sé que tienes tus opiniones sobre él, y estás equivocado, nos quiere mucho y ha dicho que nunca permitirá que suceda nada malo.

Vince se echó hacia atrás alejándose de la mesa. —Pero lo hiciste, David. Sí dejaste que sucediera algo malo. —Se pasó una mano por los ojos para limpiar las estúpidas lágrimas.

Por mucho que quisiera odiar a David, culpar a David, el hombre no había pedido que lo sacaran de la carretera. Tal vez no había hecho nada malo. Recogió la carta para David sobre la exitosa compra del otro negocio. ¿Era esto un nuevo comienzo para su familia? ¿David había tenido suficiente de las prácticas turbias que Bradley llevaba a cabo?

¿Cómo se conecta todo esto?

Con el corazón pesado, volvió a los correos electrónicos.

—Lo más probable es que el lugar esté cerrado. Pero desde que llegué a la propiedad de Roscoe he tenido a Jerry Black en mi cabeza —dijo Terry—. No hay forma de probarlo, pero nos envió al aeropuerto deliberadamente aquel día.

Las carreteras estaban tranquilas a esta hora, incluso de regreso en los suburbios. Estaban a solo unos minutos del almacén, y ella giró hacia la carretera principal que conducía a su calle.

—Lo negó. Dijo que había recibido una llamada de alguien que vio a Hardy cerca del aeropuerto, ¿y enviamos cuántos oficiales? —Terry negó con la cabeza—. Habría hecho un poco más fácil que trasladaran a Hardy a algún lugar.

—¿Y crees que Roscoe acaba de hacer lo mismo?

Un camión se acercó transportando un contenedor, pasando en dirección a los muelles. Ese lugar nunca dejaba de trabajar.

Liz estaba agotada hasta los huesos y anhelaba su cama. Pero si Terry tenía razón…

—Quizás. Es conveniente que alguien llamara informando haber visto esa furgoneta. No costaría mucho deducir que uno de nosotros lo investigaría. Y donde viste el coche de Roscoe, fácilmente podría haberse sentado en lo alto de esa colina esperando y hacer un espectáculo de ocupar la carretera para llamar la atención.

—Muchas piezas en movimiento, jefe. Podríamos haberlo perdido. O no haber relacionado que tenía una casa allí arriba.

—Pero es una comadreja y podría haber sido un riesgo que valía la pena tomar.

Doblaron la esquina hacia el almacén.

—Pasa lentamente, Liz. Echaré un vistazo.

Como de costumbre, la calle sin salida estaba desprovista de luces y movimiento. Ninguno de los negocios estaba abierto y el

almacén estaba a oscuras. Liz giró al final de la calle y detuvo el coche atravesado en el camino de entrada.

—Maldita sea —murmuró Terry.

—¿Echamos un vistazo?

—Cerrado. Cadena en la puerta. Sin vehículos. O nos perdimos algo o no había nada que perder. —Terry dio una palmadita en el tablero—. ¿Puedes dejarme en la comisaría para que pueda recoger mi coche?

Un escalofrío recorrió la espalda de Liz. Estaba sucediendo de nuevo.

—¿Lizzie?

Se subió la manga del brazo y la sostuvo para que Terry la viera. Todos los vellos estaban erizados. —Creo que nos están observando.

En lugar de reírse de ella como Pete podría haber hecho, Terry salió del coche en un instante. Ella lo siguió y agarró una gran linterna. Se pararon casi espalda con espalda en la acera buscando cualquier señal de movimiento.

—¿Alguna idea de dónde? —Terry mantuvo su voz baja.

—Solo una sensación extraña. Probablemente no sea nada.

—Confía en tus instintos. ¿Quieres tomar un lado de la calle y yo hago el otro?

La sensación no abandonó a Liz mientras revisaba el frente de la media docena de negocios. Ninguna señal de personas. Había algunas furgonetas de trabajo detrás de puertas cerradas. Si alguien estaba dentro de uno de los edificios podrían verla, y la mayoría tenía ventanas tintadas, así que su linterna se reflejaba sobre sí misma.

—Ni siquiera una rata dirigiéndose a una alcantarilla. —Terry se encontró con ella al final de la calle—. Si nos están observando, se están escondiendo bien.

—¿Has revisado el almacén?

Comenzaron a subir, Liz continuaba barriendo con la linterna de un lado a otro.

—Cadenas en la puerta. Nada a través de las ventanas. Sin vehículos estacionados. Parece todo cerrado y tranquilo.

Fuera del almacén, Liz negó con la cabeza. —Lo siento, Terry. Estoy agotada. —Dio un paso alrededor del coche—. Espera.

En la cuneta había un cigarrillo a medio fumar. Lo recogió en una bolsa de evidencia. —Todavía está caliente.

—Solicitaré una comparación urgente con el que encontraste cerca del lugar del accidente. ¿Eso es lo que estás pensando? —Terry lo tomó de ella, sus ojos intensos—. ¿Que quien fumó este podría haber fumado el otro?

—Esa furgoneta que encontramos… pertenece a Pickering y tenía transferencia de pintura roja. Sé que hay una conexión lejana…

—Creo que se está acortando.

Yo también.

Echó un último vistazo alrededor, con un hormigueo en la columna vertebral.

TREINTA Y OCHO

El tiempo que ganamos fue bien aprovechado, pero aun así estuvo muy cerca.

Si los policías hubieran llegado un poco antes, lo habrían arruinado todo.

Ella simplemente no puede dejarlo estar.

La observo husmeando por ahí. Iluminando con su linterna. Buscando pruebas que no existen. Fui demasiado cuidadoso para dejar algo que pudieran encontrar. Pero ella necesita tener cuidado. Dejar de investigar.

O la detendré yo.

Ese es un pensamiento agradable.

Han recorrido la calle, ella y su jefe. La furgoneta fue una mala idea. Le dije que no la usara como cebo. Pone en riesgo nuestra operación. No hay posibilidad de que me culpen por el accidente, pero podría haber preguntas, interferencias durante un tiempo.

No importa. Nuestro primer cargamento está a salvo y así comienza nuestro valiente nuevo negocio.

Ella recoge algo de la cuneta. No puedo ver… su coche bloquea mi vista, pero saca una bolsa de plástico de su bolsillo y se la muestra a su jefe.

Algo la ha sobresaltado.

Mujer estúpida. Mirando alrededor como si pudiera ver en la oscuridad.

Está mirando directamente hacia mí y no lo sabe.

Justo como hizo la niña.

TREINTA Y NUEVE

Bradley silbaba para sí mismo mientras servía dos tazas de café y las llevaba a la barra del desayuno. Había cortado algo de fruta y tenía un gran cuenco de yogur y un plato de croissants frescos de la panadería local ya esperando. A pesar de la noche tardía, estaba de buen humor y planeaba un día relajado con su hermosa esposa. Tal vez podrían almorzar en algún lugar agradable.

—¿Qué estás haciendo?

No había oído a Carla bajar las escaleras. Estaba de pie en la puerta, todavía en bata, lo que era tan raro que le preocupó que estuviera enferma. Quizás no había dormido bien con él fuera hasta altas horas de la madrugada.

—El desayuno, y café recién hecho si te apetece. —Cruzó la habitación y le dio un beso en la mejilla—. ¿Te sientes bien?

—Un poco cansada. Pero debería ducharme y vestirme primero…

—No. Puedes ser una dama ociosa hoy y dejar que te mime un poco. Ven y toma un poco de café para empezar.

Carla frunció el ceño pero se sentó en la barra del desayuno.

—Te has tomado tantas molestias.

—No realmente. No hay huevos ni crepes elegantes como las que haces tú, pero los croissants son directamente de la panadería. ¿Te gustaría mantequilla con ellos? ¿O miel?

Con una sacudida de cabeza, Carla levantó su taza.

—Esto primero. Gracias.

Él se unió a ella y tomó un sorbo de su propio café, observándola por encima del borde. Pequeñas líneas se formaban alrededor de sus ojos y había algo más: tristeza.

—Siento haber llegado tan tarde anoche, pero son buenas noticias. Por fin conseguimos enviar el cargamento de forma segura —dijo.

—¿El de Duncan Chandler?

—Sí. El suyo y el nuestro combinados. El primero de muchos.

Ella asintió, pero era obvio que su mente estaba en otra parte. ¿Melanie?

—Estaba pensando… ahora que tengo un poco más de tiempo, deberíamos irnos unos días. ¿Qué tal Bali? ¿O Fiji?

—¿Unas vacaciones? —Lo miró como si le hubiera sugerido ir al purgatorio—. No podría ir a ninguna parte hasta que el futuro de Melanie esté resuelto.

—Cuatro o cinco días no harán diferencia, cariño. Vince está lejos de conseguir la adopción y…

Carla se puso de pie.

—¿Siquiera quieres que Melanie viva con nosotros?

—Por supuesto que sí. Sabes que la adoro. —Extendió su mano hacia la de ella—. No necesitamos irnos. Solo pensé que te gustaría un descanso de toda la reciente agitación, pero veo lo mucho que te estás estresando por Mel.

El timbre sonó y Bradley se levantó.

—Tómate tu café y regresaré enseguida.

Cuando abrió la puerta, Carter estaba a unos metros de distancia, de espaldas. Esta era la última persona que esperaba, y su primer instinto fue cerrar la puerta de golpe. Pero, ¿y si se trataba de Melanie?

—¿Cambiaste de opinión? —Después de cerrar la puerta, Bradley caminó parcialmente hacia el otro hombre. No se atrevía a acercarse demasiado en caso de que Carter le diera un puñetazo.

—La contraseña, gracias.

—¿Eh?

Carter se dio la vuelta. No parecía enfadado. Quizás arrogante.

—Quiero la contraseña de la caja fuerte de Susie y David en su casa.

—Mira, ya te dije que no tengo ni idea…

—Sin embargo, tus huellas dactilares están en ella. Acabo de recibir el informe y has tocado el teclado numérico. Así que tienes una oportunidad para decirme a qué cambiaste la contraseña, o presento cargos.

Incluso si la policía se hubiera molestado en buscar huellas en la caja fuerte, decirle a Carter ese tipo de información era ilegal. Seguramente. Estaba fanfarroneando. Excepto que, como ex policía, probablemente todavía conocía a gente que se lo diría.

La puerta detrás de él hizo clic al abrirse.

—¿Vince? —Carla sonaba preocupada y Bradley miró hacia atrás. Apenas era visible, solo su cara asomándose por una rendija—. ¿Está bien Melanie?

—Melanie está bien, Carla —dijo Carter.

—Volveré enseguida, cariño. Danos un minuto.

Tan pronto como la puerta se cerró, Carter estaba en su cara.

—Y esa es la otra cosa. Si alguna vez quieres que tu esposa tenga acceso a Melanie, harás lo que te pido. Última oportunidad. ¿O le pregunto a ella si lo sabe?

—Ella no lo sabe y no forma parte de esto, así que déjala en paz. Abrí la caja fuerte para obtener el contrato que David había mencionado que estaba ahí.

Bradley le dijo a Carter la combinación.

—Eso no fue difícil, ¿verdad? —Carter se alejó.

Después de un segundo, Bradley corrió tras él.

—¿Qué hay de Melanie? ¿No hablabas en serio la otra noche? Carla la adora. Y Melanie quiere a Carla, sería cruel mantenerlas separadas.

En su coche, Carter hizo una pausa y por un segundo, Bradley pensó que estaba a punto de estar de acuerdo. Darle algo a cambio de la combinación.

Pero luego abrió su puerta.

—Deberías haber considerado eso antes de intentar chantajearme. Nunca dejaré que ninguno de vosotros se acerque a

mi nieta otra vez.

Los pies de Bradley eran como plomo mientras Carter se alejaba conduciendo. ¿Cómo podía ese hombre ser tan malvado y egoísta? ¿Cómo se lo diría a Carla? La rabia burbujeó hasta que sus manos se cerraron en puños.

—Acabas de cometer el peor error de tu vida, Vince Carter. El peor.

Pickering parecía un gnomo de jardín en el espejo retrovisor. Bajo, con la cara roja y enfadado. Pero no podía subestimar al hombre y se arrepentía de sus últimas palabras. Carla merecía algo mejor que su marido y no tenía intención de impedirle ver a Melanie mientras Mel quisiera. Aunque bajo su supervisión y lejos de Pickering.

No podía creer que su farol funcionara. Sabiendo que podrían pasar días antes de que llegaran los resultados oficiales, había tomado un riesgo calculado. Lo más probable era que Pickering hubiera vaciado la caja fuerte de cualquier cosa de interés, pero necesitaba tacharla de su larga lista para la mañana. Mel pasaría el día con Lyndall, y él tenía mucho terreno que cubrir. Desde aquí, iba a la casa de Susie.

El GPS lo guio por la ruta más directa, saliendo de este suburbio y hacia la autopista antes de seguir una serie de carreteras cada vez más tranquilas. Conocía bien esta zona y solo usaba el GPS para sus actualizaciones de peligros de tráfico. Así que cuando la voz del navegador insistió en que girara a la derecha, cuando él habría seguido recto un rato más, la siguió por curiosidad. ¿Había cambiado la carretera para hacer de esta una mejor opción?

Un par de kilómetros más adelante y su estómago comenzó a agitarse. No había estado prestando atención. Y hasta ahora, había hecho todo lo posible por evitar venir aquí.

A la izquierda había un gran eucalipto con un trozo de su lado destrozado.

Se detuvo un poco más adelante y se sentó un rato mientras el coche seguía en marcha, con las manos agarrando el volante y la espalda y los hombros tan tensos que dolían. Con un giro brusco, apagó el motor y antes de que pudiera pensarlo bien, empujó la puerta para abrirla y salió.

No había tráfico. No se veían casas. Solo unas pocas vacas salpicadas por vastos potreros a ambos lados. El árbol se cernía delante mientras caminaba por la carretera. Bajo unos pies que se sentían pesados, el asfalto estaba en buenas condiciones. Sin baches o depresiones que pudieran contribuir a que un coche derrapara en condiciones heladas. Era estrecho, sí, pero adecuado para pasar otro coche, ya fuera en sentido contrario o no, y el centro estaba claramente marcado.

Se detuvo a unos metros de distancia y, sin sus pasos, cayó un silencio inquietante. El aire estaba quieto. Las nubes eran bajas y grises. Nada se movía.

Habría habido un terrible chirrido de frenos antes de un repugnante golpe cuando el metal se encontró con la madera. Cristales rompiéndose y luego un silencio espantoso.

¿Sabía Susie lo que estaba pasando?

¿Había gritado mientras el árbol se precipitaba hacia ella?

¿Cuál fue su último pensamiento? ¿Melanie?

¿Estaba Melanie despierta?

Cómo sobrevivió Melanie…

—¡No! —Su cabeza se echó hacia atrás—. ¡LA QUIERO DE VUELTA! —Su voz se elevó en un grito de furia, de pérdida, de impotencia. Cuando ya no le quedaba aliento, todo lo que quedó fue un sollozo.

Se acercó un coche, disminuyendo la velocidad hasta que él obligó a sus piernas a funcionar y se apartó del camino. El conductor lo miró fijamente como si estuviera evaluando si necesitaba detenerse y ayudar. Vince levantó una mano.

—Estoy bien.

En la base del árbol había flores. Coronas y ramos, algunos frescos, otros marchitándose. Tarjetas escritas a mano, derramando el dolor de los amigos. Muchas eran de Carla. ¿Conducía hasta aquí

todos los días? Tocó un lirio. Susie los amaba. No había pensado en traer flores aquí, ¿y por qué lo haría? Este árbol le quitó la vida.

Marion solía decir: "Las flores son para los vivos".

¿Cuánto tiempo hace que no te visito, amor?

Sus manos se cerraron en puños, y levantó un brazo como si se preparara para golpear el árbol. La muerte estaba en todas partes. En el aire y la hierba y el árbol, y podía olerla y saborearla y sentirla. Una tarjeta se había deslizado al suelo y las palabras saltaron hacia él. Se inclinó y la recogió.

"Te extrañaremos todos, Susie, y estaremos ahí para Melanie".

Estaba firmada por varias personas cuyos nombres no reconocía. Amigos… de la escuela, quizás.

Melanie estaba viva y lo necesitaba.

Le dio la espalda al árbol y se dirigió al coche a grandes zancadas.

Vince tecleó la combinación que Pickering le había proporcionado, soltando un suspiro de alivio cuando los cilindros giraron y la puerta hizo clic al abrirse. Tenía una pequeña bolsa de transporte y vació todo en ella. Pasaportes, tres. El de Melanie estaba vigente. Certificados de nacimiento, tres. Un grueso fajo de dinero en efectivo. Todos billetes de cien dólares y sin contarlos, Vince estimó diez mil dólares. Mucho dinero en efectivo para tener en una caja fuerte. E interesante que Pickering no se hubiera fugado con él.

En el fondo había un sobre amarillo grueso. Sellado. Esto era importante de alguna manera. Vince cerró la caja fuerte y cambió la combinación. El armario seguía vacío y no tenía sentido devolver el contenido, aún esparcido sobre la cama.

Le preguntaría a Carla si podría ayudar con la ropa. Ella seguía insistiendo en que quería ayudar y esto era demasiado difícil para él. No le importaba si ella la guardaba, la vendía o la regalaba, pero a menos que Melanie quisiera particularmente alguna prenda como recuerdo, estaría encantado de quitarse eso de encima. Hablaría con

Carla una vez que Mel volviera a la escuela. Por ahora, recogió las joyas de Susie y David para que Melanie pudiera decidir, cuando estuviera lista, qué le gustaría conservar.

Vince empacó casi todo el resto de la habitación de Melanie, colocando cuidadosamente su ropa, zapatos, libros, juguetes y adornos en más maletas del armario. Ya quedaba poco allí. Los muebles los transportaría después de las vacaciones escolares.

Con las maletas guardadas en el coche, vació el refrigerador y el congelador. Gran parte de los productos refrigerados fueron a un contenedor que dejaría fuera para su recogida. El congelador estaba lleno de comidas caseras y cosas sueltas como helado y verduras. No podía soportar la idea de comer esas comidas. Cada bocado sería un recordatorio demasiado difícil de digerir. Deslizándolas todas en una bolsa para congelador, fue a la casa de al lado y llamó.

—El padre de Susan, buongiorno.

—Buenos días, señora Rionetti. Me preguntaba si le servirían estas… ¿o conoce a alguien que las necesite? —Abrió la bolsa para mostrarle—. Susie las hizo todas.

—¿No para usted y la pequeña?

Él negó con la cabeza.

—Las tomo. Comparto con otros, y llámeme Rosa. Venga, llévelas adentro para mí. —La señora Rionetti lo guio hacia su cocina y Vince la ayudó a guardar las comidas en su congelador. Luego ella tomó varios frascos de su armario y los puso en la bolsa antes de que él pudiera protestar—. Yo hago. Passata. Alcachofa. Pimientos rellenos. Guardar en armario. Comer antes del verano.

—Es muy amable. Gracias, Rosa.

En la puerta principal, señaló en diagonal hacia una casa a pocas puertas de distancia.

—¿La policía descubrió quién tenía la furgoneta?

—¿Qué furgoneta?

—Esa triste noche. Antes de que la familia saliera en coche, furgoneta negra en ese camino de entrada. No pertenece a la calle.

Con el corazón latiendo fuerte, volvió a mirar la casa. Un vehículo estacionado allí tendría una excelente vista de la casa de Susie,

particularmente de las habitaciones delanteras y el camino de entrada.

—¿Vio al conductor?

—Demasiado lejos. Demasiado oscuro, y ventanas tenían… em, ¿hechas más oscuras?

—¿Tintadas?

—Ci. David condujo y la furgoneta siguió.

¿Alguien tiene cámaras de seguridad? Por favor, que las haya.

—El otro día, cuando la policía hizo la llamada puerta a puerta sobre el allanamiento… ¿le contó al oficial sobre esto?

Ella asintió.

—Lo escribió.

—Una de mis amigas que es detective de policía podría venir a verla. ¿Está bien?

La señora Rionetti le dio unas palmaditas en el brazo.

—Envíe a su amiga y cuento de nuevo. Y bese a Melanie de parte de Rosa.

De vuelta en la casa, le envió un mensaje a Liz.

Tengo nueva información. ¿Estás en la comisaría?

Vació el contenido de la despensa en dos grandes cajas y las guardó en el asiento trasero del coche. Todos los productos perecederos estaban fuera de la casa. Los electrodomésticos podían apagarse y la casa quedar cerrada hasta que tuviera más tiempo para ocuparse de ella.

Por ahora, tenía que ver a Liz y encontrar a cualquier idiota de uniforme que tuviera información vital que no se hubieran molestado en transmitir.

CUARENTA

Las piernas de Liz estaban acalambradas por estar tanto tiempo de pie frente a la pizarra. Podrían haber sido diez minutos o una hora, pero desde que se añadió la última actualización, había obligado a su cansado cerebro a establecer conexiones y ahora su cuerpo protestaba.

Demasiado conducir, demasiado tiempo sentada en un coche, demasiado correr.

Y muy poco que mostrar por todo ello.

—¿Café? —Terry apareció de la nada y le puso una taza en las manos—. ¿En qué estás pensando?

—En que me gustaría dormir más y unas vacaciones, jefe.

Él se rio entre dientes. —Tú y yo ambos.

La taza de café calentó unos dedos que no había notado que estaban fríos. Terry lo había comprado en una cafetería en lugar de preparar la porquería que normalmente toleraban, y estaba bueno.

Recordó su pregunta. —Hay una conexión entre Malcolm Hardy y PickerPack… ¿pero cuál demonios es? —Su dedo señaló la fotografía de Abel y Roscoe en el muelle—. Estos dos no son amigos. Los amigos no se comportan así, entonces ¿quién tiene el control sobre quién?

—¿Qué sabemos de Farrelly? Más allá de lo que hemos discutido previamente.

¿Que es un pequeño mierdecilla asqueroso?

—No aparece nada. Sin historial extraño ni antecedentes policiales.

—Entonces busca de nuevo, Liz. Profundiza en la vida y obra de Abel Farrelly. Pete debería volver pronto, así que ponlo a trabajar en eso si quieres.

—No. Tengo mucha curiosidad. La otra cosa es ¿dónde se conocieron Farrelly y Pickering? ¿Qué está pasando realmente en ese almacén? ¿Qué sabemos de Pickering?

—Puedo ayudar con la última pregunta.

Ambos se dieron la vuelta. Vince estaba dentro, con una carpeta bajo el brazo y sus ojos devorando la información en la pizarra. Terry levantó la mano para girarla.

—Espera un segundo, amigo. —Vince se acercó—. Tengo nueva información y dejar que eche un vistazo rápido a lo que tenéis podría ayudar. Sabes que tengo buenos instintos.

—Diez segundos.

Terry se apartó y tomó un sorbo de su café.

Vince se acercó a la pizarra, con una mano flotando a pocos centímetros de las fotos y palabras. Era su manera de concentrarse en las piezas, al menos, eso le había dicho a Liz más de una vez. Se detuvo en la imagen de Farrelly y Roscoe y pasó a una imagen sombría de la furgoneta.

—¿Quién está al mando de los uniformados estos días?

—¿Por qué?

Dio la espalda a la pizarra y miró a Liz. —La vecina de Susie vio una furgoneta negra en la calle la noche del accidente. Estaba estacionada en una entrada cercana y siguió su coche cuando se fueron. La señora Rionetti dio esta información a quien le preguntó sobre el allanamiento. Ahora, o no considerasteis que fuera lo suficientemente importante para transmitirlo, o lo sabíais y no habéis hecho nada.

—No lo sabíamos, Vince. Pero te diré que esa furgoneta de ahí está ahora en el taller y probablemente sea el vehículo involucrado en el accidente.

Sus hombros se relajaron como si liberara una tensión contenida durante mucho tiempo. —¿Dónde la encontraron?

—Abandonada en el norte. Fue robada.

—¿Quién la posee?

Terry debió decidir que ya habían compartido suficiente. —Dijiste que podías ayudar con los antecedentes de Pickering.

Con una ligera sonrisa para reconocer que le estaban vetando más detalles sobre la furgoneta, Vince asintió. —Bradley no planeaba ser dueño de un negocio. Tenía grandes planes para su vida, pero la universidad no fue amable con él y suspendió sus exámenes finales. En lugar de hacer otro año e intentarlo de nuevo, se casó con Carla, que tenía dinero. Ella viene de una buena familia, trabajadora, hecha a sí misma. Y cuando sus padres se jubilaron y se mudaron a un clima más cálido, le regalaron el almacén.

—¿Ella es la dueña? —preguntó Liz. No había visto venir eso.

—Se lo dio a su marido. Carla estaba en camino a convertirse en ejecutiva de una importante empresa cuando causó revuelo al atreverse a denunciar acoso laboral. Para entonces, Bradley estaba tan involucrado en construir su pequeño imperio que ella quedó fuera.

Sigue sin caerme bien. Menos ahora, si es posible, por no defenderse a sí misma.

Estos pensamientos poco amables molestaron a Liz y los relegó al fondo de su mente. —Vince, dijiste que Pickering fracasó en sus estudios universitarios. ¿Sabes qué estudiaba?

—¿No lo sabes? Soñaba con convertirse en abogado, eventualmente. Estudió derecho.

Sus ojos volaron hacia los de Terry, y podía imaginar que sus pensamientos eran los mismos que los de ella. ¿Era posible que Pickering conociera a Roscoe a pesar de afirmar lo contrario? ¿Estaba Farrelly actuando como intermediario y, si es así, por qué?

—Eso es útil, Vince. ¿Cómo está Melanie? —preguntó Terry.

—Bien. Está en casa de Lyndall hoy para dejarme cubrir terreno sin ella. Espero que no vuelva a casa con otro gatito. —Abrió la carpeta—. Encontré un sobre en una de las chaquetas de David cuando estaba vaciando el armario. Acababa de comprar un negocio.

—¿Qué? —Liz tomó la carta que le ofreció y la examinó—. ¿Se iba a marchar de PickerPack?

—Parece que sí. Pero Pickering no ha dicho nada al respecto, solo que quiere comprar la parte de David de su negocio y acabar con esto. Mi instinto me dice que no tiene idea… o que lo descubrió recientemente —dijo Vince—. También encontré cerca de diez mil en efectivo en la caja fuerte.

—¿Conseguiste abrir la caja fuerte?

Ella no había visto ningún informe sobre las huellas dactilares.

Él sonrió. —Puede que haya mentido un poco.

Terry ahogó una risa.

—¿Qué más había allí? —preguntó Liz—. ¿Ese sobre?

Vince miró el sobre amarillo grande y grueso sin escritura. —Aún no lo he abierto. ¿Qué hago con el dinero? ¿Y si proviene de fuentes ilegales? —Mostró un fajo de billetes—. Todos de cien por lo que parece y nuevos.

Después de dejar su café, Terry localizó una bolsa para evidencias y la abrió para que Vince dejara caer el dinero. —Déjalo conmigo. Mejor comprobar que no sea sospechoso. ¿Crees que él guardaría esa cantidad a mano?

—No tengo idea. Pero las cuotas escolares de Melanie no han sido pagadas este año y David le dio a la directora una triste historia sobre su negocio en quiebra. Es más probable que estuviera volcando todo para comprarse a sí mismo y a su familia una nueva vida. Y había estado hablando con Susie el año pasado sobre mudarse más lejos a un terreno más grande.

—Hablando de terrenos, ¿no tienes una vaca que ordeñar o algo? —Pete lanzó unas llaves sobre su escritorio y luego se sentó en la esquina, con los brazos cruzados.

—¿Ya atrapaste a Hardy? —respondió Vince—. ¿O el número de muertos seguirá aumentando bajo tu vigilancia?

Pete se puso inmediatamente de pie y Terry levantó una mano.

—Ya basta, vosotros dos. Vince, te avisaré sobre el dinero.

Vince miró la pizarra y luego a Liz. —Melanie hizo un nuevo dibujo de ti.

—Dile que iré a verlo pronto. —No pudo evitar sonreír. Pero en cuanto Vince salió de la habitación, la sonrisa se desvaneció y miró

furiosa a Pete—. Si vuelves a hacer esa mierda, te dejo tirado, amigo.

Las cejas de Pete casi tocaron su línea del cabello. —¿Prefieres tener de vuelta a ese dinosaurio? Adelante.

Sí. Sí, tendría a Vince como mi compañero de nuevo en un instante. Pero estoy atascada contigo.

—Solo digo… déjalo en paz.

Terry los estaba ignorando a ambos y Liz se unió a él en la pizarra y tocó la imagen de la furgoneta. —Él no sabe que pertenece a Pickering —dijo.

—Lo que me lleva a mi pregunta, Liz. ¿Fue robada o Pickering… o uno de sus asociados, la usó para sacar a David Weaver de la carretera?

Por muy molesto que fuera McNamara, había llegado en buen momento. Vince no tenía intención de abrir el sobre delante de nadie más y solo lo llevó a la comisaría para mantenerlo a salvo. Probablemente no era nada importante, pero podría contener cosas personales mejor guardadas de ojos ajenos.

La siguiente parada sería Lygon Street. De nuevo, usó el GPS. Aunque conocía todas estas rutas, tenía un motivo para navegarlas hoy. Más tarde, descargaría los datos de todos los viajes y los analizaría. Algo no le había cuadrado durante días sobre el lugar del accidente y tenía que haber una respuesta más allá de las garantías de que todos estaban en el lugar que se suponía que debían estar.

La pizarra de la comisaría había sido interesante, informativa, y confusa.

En su época como sargento (a cargo de una gran unidad de oficiales a menudo jóvenes) había diseccionado tablones de información más veces de las que podía recordar. Había un orden en ellos. Una forma de conectar detalles visualmente o con pocas palabras que superaba a los informes escritos o las discusiones verbales.

Marion solía decir que tenía talento para ver más allá de lo obvio. Él le había creído entonces y confiaba en sus instintos. A menudo, una imagen se correlacionaba con un informe o una declaración de testigos, y él sería el primero en ver un patrón. O el único en verlo.

Por eso supe que había un tirador en lo alto de las escaleras durante la marcha aquel día.

Tenía que reducir la velocidad. El velocímetro indicaba que iba diez kilómetros por encima del límite.

—Por Dios, Vince. Mantente enfocado. Concéntrate en los problemas actuales.

La propiedad que poseía Roscoe tenía algo siniestro. Una extensa parcela de tierra en medio de la nada era ideal para esconder criminales. ¿Era allí donde habían abandonado la furgoneta? ¿En la tierra de Roscoe?

La mirada entre Lizzie y Terry no había pasado desapercibida. Su historia sobre Pickering había rellenado algunos espacios en blanco, posiblemente aclarado una conexión. Pensaban que Pickering y Roscoe se conocían y ¿por qué no deberían? Abel Farrelly en esa foto en la pizarra, en profunda conversación con el abogado, probaba que tenía que haber algo más que un encuentro casual tarde en la noche en la playa de Altona.

Por primera vez en mucho tiempo, deseaba seguir llevando una placa.

Era imposible aparcar en Lygon Street tan temprano, así que Vince dejó el coche en una calle lateral y caminó hasta Spironi's. El cartel de "cerrado" estaba girado y comprobó la hora. Un poco temprano para el servicio de almuerzo, aunque había señales de que los chefs estaban allí. Cruzó al otro lado, dejando pasar tranvías y coches antes de cruzar para tomar un café en una cafetería. Desde un asiento junto a la ventana vería llegar a cualquier empleado, y como no tenía idea de cuál había escuchado la discusión, se quedaría allí hasta hablar con cada uno de ellos.

El personal de Spironi's fue poco cooperativo, pero Vince admiró su solidaridad al repetir las mismas respuestas a sus preguntas.

—¿Recuerdas a Susie Weaver y su familia?

Sí.

—¿Presenciaste una discusión entre David y Bradley?

No.

—¿Notaste algo fuera de lo común?

No.

—¿Melanie se alteró en algún momento?

No tengo idea.

Los clientes comenzaban a entrar y un camarero con la etiqueta de "Mike" en su delantal estaba agitado por la presencia de Vince. —Si no va a ocupar una mesa y ordenar, necesita irse, señor.

—Si hago eso, ¿serás honesto conmigo?

—¿Es policía? —preguntó Mike, haciendo señas con el brazo a uno de los otros empleados para que atendiera a una pareja que estaba en la puerta—. Ya les he dicho que no pasó nada.

—Alguien le dijo a mi ex compañera que otro miembro del personal aquí escuchó una acalorada discusión esa noche. ¿Eres alguna de esas personas con las que habló?

La cara de Mike se endureció. —Por favor, váyase, señor.

—Usaré su baño primero.

—Es solo para clientes.

—He comido aquí en el pasado. Debe contar para algo.

Con un movimiento de cabeza, Mike se alejó.

Vince usó el baño y esperó dentro de la puerta. El baño de damas estaba junto a este, así que si Melanie hubiera estado allí, podría haber escuchado a su padre discutir con Pickering si estaban cerca.

Salió al pasillo. Las luces no estaban encendidas y aunque lo estuvieran, dudaba que añadieran mucho al lúgubre espacio que solo tenía dos bombillas desnudas para toda su longitud. A su izquierda y doblando la esquina estaba el área del comedor. En diagonal enfrente estaba la puerta a la cocina, con voces elevadas y ollas golpeando. A la derecha estaba la salida. Si hubiera querido

discutir con alguien, lejos de oídos curiosos, habría estado entre aquí y la salida. Vince se posicionó allí.

Si alguien saliera de la cocina, lo vería.

Lo mismo con los baños.

—¿Con qué te topaste, Melly? —murmuró.

Las voces se acercaban desde el área del comedor, y salió por la salida, deteniéndose para que sus ojos se ajustaran al relativo brillo exterior. Estaba en un callejón estrecho, reducido aún más por contenedores de basura y una fila de coches estacionados uno detrás de otro. Apoyado contra la pared, un joven vistiendo el delantal de Spironi's mantenía la mirada baja, concentrado en un juego en su móvil.

Habló sin levantar la vista. —¿Se ha ido, Mike?

Vince llegó hasta él antes de responder. —¿Si ha dejado el restaurante? Sí. Me gustaría hablar contigo, hijo.

CUARENTA Y UNO

—¿Marco? Sí, tú debes ser. —Vince apoyó la palma de su mano en la pared cerca de la cabeza del camarero, bloqueándole efectivamente la huida gracias al contenedor de basura que había al otro lado.

El chico se encogió hacia atrás. —No soy Marco.

—El delantal dice lo contrario.

—Em… no es mío. Lo tomé prestado.

—Tus compañeros de dentro han sido muy serviciales, Marco —dijo Vince—. Me contaron los acontecimientos de la noche en que David Weaver, Bradley Pickering y sus familias estuvieron aquí juntos por última vez.

—No estaba trabajando.

Había pánico en los ojos del chico. Alguien lo había amenazado, o chantajeado.

—Sí que estabas. Mike lo ha confirmado.

Marco expresó sus sentimientos sobre eso con una ristra de palabrotas. Incluso una que Vince nunca había oído.

—¿Te sientes mejor? Bien. Mira, no estoy aquí para arrestarte. No esta vez. ¿Y podemos mantener esta conversación entre nosotros? ¿Vale?

Quizás su racha de engañar a la gente había llegado a su fin. Los labios de Marco estaban fuertemente apretados. ¿Era miedo? ¿O miedo a perder algo si hablaba?

—Ambos sabemos que escuchaste una discusión entre David y Bradley. No me interesas tú… a menos que te niegues a ayudarme.

—¿Qué quieres?

—La niña pequeña. ¿Melanie? ¿Escuchó lo que dijeron?

Los ojos de Marco se movieron a izquierda y derecha y luego volvieron a los de Vince. —¿Cómo podría saber lo que ella escuchó?

—¿La viste cerca de ellos?

Gotas de sudor se formaron en la frente de Marco.

Dame algo.

—Es una niña pequeña, tío. Con toda la vida por delante. ¿Sabías que estaba en el asiento trasero del coche cuando una furgoneta lo golpeó y lo obligó a estrellarse contra un árbol? Vio morir a sus padres. ¿Sabías que está completamente sola en el mundo excepto por su abuelo? Nunca volverá a ver a su madre. Nunca la abrazará. Ni a su padre.

—Entonces será mejor que la mantengas a salvo. —Marco se agachó bajo el brazo de Vince y salió corriendo.

—Mierda. —Vince salió tras él.

Marco ya había desaparecido cuando llegó al final del callejón. Mientras se inclinaba, intentando desesperadamente tomar aire, las palabras pasaban por su mente una y otra vez.

Será mejor que la mantengas a salvo.

A falta de un viaje por carretera a Gippsland, lo mejor que Liz podía hacer era revisar años de noticias del pueblo natal de Abel Farrelly, Moe. Había estado allí un par de veces de camino a otros destinos y recordaba poco más que la sensación de un pueblo que no envejecía bien a pesar de su bonito aspecto. Muchas tiendas vacías.

Estadísticamente, el pueblo tenía una tasa de criminalidad alta en comparación con la media estatal, casi el doble. Los ingresos eran más bajos. No muy diferente de muchos pueblos pequeños que una vez florecieron pero que a lo largo de las décadas no lograron crecer y prosperar.

Empezando por el año de nacimiento de Farrelly, buscó su apellido. Había mención de su nacimiento como primer hijo de sus

padres. No aparecían hijos posteriores. Su padre era dueño de una ferretería que se quemó por completo en un incendio no sospechoso cuando Farrelly era un joven adolescente. El artículo del periódico lo describía como una pérdida para el pueblo y que había sido suerte que nadie resultara herido.

Encontró el obituario de sus padres solo dos años después… murieron en un incendio en su casa.

—¿En serio?

Esto había ocupado la portada del periódico local con una imagen perturbadora de la casa destruida y un cuerpo en una bolsa siendo sacado. Abel fue descrito como un huérfano sin familia restante. Tenía quince años. Informes posteriores indicaban que el incendio se consideró accidental después de un problema con la chimenea. Seis meses después apareció un artículo deportivo sobre los prometedores jugadores de la liga de fútbol australiano, Abel Farrelly y Richard Roscoe, suspendidos de la final de fútbol local por infracciones no reveladas del club.

Liz cortó y pegó todas las referencias e imprimió un documento, completo con enlaces. Al ser menores de edad, cualquier acción disciplinaria contra Farrelly o Roscoe se habría mantenido en silencio, pero alguien lo sabría. Le llevó varias llamadas telefónicas localizar al hombre que había entrenado al equipo ese año.

—Dios mío, eso fue hace media vida, oficial. —Bob Kirk ahora vivía en Queensland en su jubilación—. Ese equipo sufrió con la pérdida de esos dos chicos, pero no tuve opción. Si rompes las reglas, pierdes tu lugar.

—¿Qué reglas en particular?

—¿Se me permite hablar de ello? ¿No tengo que hacer una declaración formal, verdad?

—En absoluto. Esto es puramente para ayudarme a reconstruir los primeros años de Abel y Richard. Cualquier cosa que recuerde será importante.

—Bueno, en ese caso, recuerdo haberme sentido decepcionado con Richard. Venía de una buena familia, una familia estable. Ambos chicos eran brillantes, pero Richard tenía la capacidad de hacer

cualquier cosa con su vida. Abel… bueno, sus antecedentes eran diferentes.

—¿Por la muerte de sus padres? —Liz garabateó notas.

—Incluso antes. Normalmente no hablo mal de los muertos, pero su padre era un ser despreciable. El chico trabajaba en esa ferretería desde muy joven y más de una vez fue golpeado hasta caer al suelo delante de los clientes. Cuando murieron, Abel fue a vivir con la familia de Richard y pensé que eso lo ayudaría, pero si acaso, él llevó a Richard por un mal camino.

—Señor Kirk, ¿recuerda por qué fueron suspendidos?

—¿Después del alboroto que armó Richard Roscoe senior cuando tomé esa decisión? —Resopló—. Me mantuve firme a pesar de que me dijo que era cosa de niños. Tonterías. Los niños no son diferentes a cualquier otra persona, y si chantajean a un compañero de equipo, reciben lo que se merecen. Tuvieron suerte de que no se escalara a la policía.

—¿Chantaje?

—Consiguieron fotos de otro chico besando a una chica… no significa nada hoy en día, pero el chico venía de una familia religiosa estricta y habría tenido muchos problemas. Nunca supe hasta dónde llegó, pero esos dos tenían al chico asustado y pagándoles semanalmente. No iba a permitir esas tonterías en mi equipo.

Después de terminar la llamada, Liz volvió a la pizarra.

Farrelly y Roscoe en el muelle esa noche habían parecido una dupla muy extraña. La discusión, el empujón y luego el apretón de manos. ¿Eran siquiera amigos o esta relación adulta estaba conectada a su comportamiento pasado? Un abogado y un capataz de almacén en extremos opuestos del mundo profesional y financiero. Al menos, en la superficie.

—¿Qué dijo el entrenador?

Pete se unió a ella para colgar una imagen impresa.

—Que Farrelly y Roscoe no solo vivieron en la misma casa de adolescentes, sino que chantajearon a otro chico durante un tiempo. Farrelly sufrió abusos en casa. El negocio familiar se quemó cuando él tenía trece años y la casa familiar dos años después, y ambos padres murieron en ella.

—Mierda. Esa es mucha historia de fondo para una sola llamada. —Señaló la imagen—. Todo lo que tengo es esta figura sombría en la estación de tren de Talbot.

Liz miró más de cerca. Un hombre esperaba en la oscura plataforma, con las manos en los bolsillos de un abrigo y un sombrero calado. —¿Es la mejor foto?

—Hasta ahora. He pedido a la policía local que hable con los comerciantes locales que tienen cámaras en las calles por las que podría haber pasado, pero creo que se habría mantenido en caminos secundarios.

Liz le dio una palmada en el hombro. —Bien, te conservaré un poco más. Buen trabajo.

—Antes de que vosotros dos os pongáis demasiado acaramelados, Vince acaba de llamar. Está en Spironi's y está a punto de meterse en problemas. —Terry los hizo salir con un gesto —. Recordadle que no es policía, por favor.

—¡Se hizo pasar por un oficial de policía! ¿Eso no es ilegal? —La cara de Mike estaba roja y agitaba los brazos.

Pete asintió solemnemente, claramente disfrutando de la situación en la que se habían metido. Le encantaba la idea de que podía darle la vuelta a la situación y meter a Vince en problemas como venganza por la investigación sobre Pete que casi terminó con su carrera hace años. Había sido exonerado, pero Vince había hecho lo correcto al denunciar el comportamiento sospechoso de Pete en ese momento. No es que Pete lo viera así.

Estaban en el callejón detrás de Spironi's con Mike y Vince, que habían estado gritándose cuando llegaron. Liz inmediatamente envió a Vince al lado opuesto con un "Te atenderé en breve" antes de intentar apaciguar al camarero. Él se estaba alterando cada vez más y ella ya había tenido suficiente.

—Mike, ¿recuerdas que cené aquí recientemente? Pregunté sobre la noche en que estuvieron los Weaver.

—No.

—Claro que sí. Me dijiste que eran buenas personas. Buenos clientes. Recordabas a su niña pequeña.

Miró furiosamente hacia Vince, que estaba de pie, con las piernas separadas y los brazos cruzados, devolviéndole la mirada. —Ha ahuyentado a mi camarero.

—Que estaba escondido aquí esperando a que le dieras la señal.

—Vince, cállate. —Liz le dio la espalda—. Mike, ignóralo por un momento, por favor. Me dijiste que Marco había atendido su mesa y que mencionó haber escuchado una discusión. Más allá de los baños, me dijiste.

Finalmente, mirándola a los ojos, Mike asintió. —Sí, dije eso.

¡Oh, gracias al cielo!

—Cuando volví otra vez y hablé con Marco, lo negó. Dijo que estabas equivocado, así que si lo enviaste aquí mientras Vince estaba adentro haciendo preguntas sobre él, debe haber una razón.

—Estaba asustado.

—¿De qué?

—Pregúntele a Marco —dijo Mike.

—Necesitaré su dirección y número de teléfono. ¿Alguien lo amenazó? Porque podemos ofrecerle protección.

La boca de Mike se abrió y se cerró de nuevo.

—Algo ocurrió en tu restaurante, Mike. Creemos que condujo al accidente de coche que se llevó la vida de la hija de Vince.

—Debiste haberlo dicho. —Mike miró a Vince—. No sabía que eras su padre.

Vince mantuvo la boca cerrada por una vez.

—A Marco le dijeron que se mantuviera callado sobre lo que oyó o vio, y no tengo más detalles. Conseguiré su dirección. —Mike se dirigió a la puerta trasera, con Pete pegado a sus talones.

Liz respiró profundamente. Esto era progreso.

—Sabía que estaba ocultando algo.

—Este es tiempo que necesitaba usar en otra parte, Vince.

No parecía estar avergonzado en absoluto, ¿y por qué lo estaría?

—Lizzie, antes de que tu idiota compañero regrese, Marco dijo algo que me está molestando. Me dijo que será mejor que mantenga

a Melanie a salvo.

—¿En qué contexto?

—Le había dicho que ahora solo le quedaba su abuelo en el mundo.

—¿No te dijo a *ti* que tuvieras cuidado?

—No. Que la mantuviera a salvo. —Bajó la mirada por un momento y murmuró algo que ella no alcanzó a oír.

—¿Vince?

—Quizás… está bien, puedes hablar con ella. Sobre esa noche. —Su expresión, cuando levantó la cabeza, le dolió ver. Esto era doloroso para él.

—¿Quieres que vaya a tu casa… o la traigo a la comisaría?

—¿Puedo irme? Tengo terreno que cubrir antes de recogerla.

—Claro. ¿Me avisas?

Asintió y giró sobre sus talones. En un momento había desaparecido de la vista. Estaba en algún tipo de misión hoy, concentrado. Decidido.

Solo mantente fuera de problemas.

Marco no estaba en su apartamento y tocar la puerta de sus vecinos inmediatos no ayudó. Nadie sabía nada.

—No podemos quedarnos aquí esperándolo, Liz. —Para alguien que se quejaba de esperar en el coche, Pete parecía cómodo. Le dio un gran mordisco a la hamburguesa que acababa de comprar.

—Nos quedaremos hasta que termines de comer. Que huele asqueroso. —Bajó una ventanilla—. Me gustaría mucho charlar con el joven Marco y averiguar con quién se reunió.

—Pickering.

—La opción más obvia. Pero ¿y si Pickering está en medio de algo criminal? Algo más grande de lo que sabemos. Todo lo que tendría que hacer es dejar escapar que tuvo esa discusión y uno de sus secuaces podría intervenir. No veo dónde encaja Hardy. Ni Roscoe, y ahora él y su lujoso coche están sueltos sin evidencia.

Su móvil emitió un mensaje. Vince.

Después de cenar está bien si quieres.

Iba a ser otro día largo.

Haré lo posible. ¿De lo contrario, mañana por la mañana?

—Pete, has tenido algo que ver con testigos infantiles… tengo permiso para hablar con Melanie Weaver sobre el restaurante, quizás incluso sobre el accidente de coche.

Él masticó un rato, pensando. La experiencia de Pete era más amplia que la suya gracias a misiones encubiertas y tiempo trabajando estrechamente con Terry en crimen organizado. Siempre confiaba en él para asuntos serios. Eran las cosas periféricas las que le molestaban.

—Es una niña muy inteligente, lo que significa que también es sensible. Por cualquier razón (conmoción, miedo, incredulidad) ha cerrado los canales normales de comunicación. Trauma. Siempre que ella recuerde, encontrarás una manera si vas con cuidado. Pero no la subestimes. Si eres directa con tus preguntas, de manera suave, se sentirá más confiada.

Mierda. ¿Cómo te volviste tan sabio?

—Creo que le caigo bien, así que es un comienzo. Lo otro es que dibuja mucho. Prácticamente todo.

—Haz que dibuje lo que pasó. —Pete se metió el resto de la hamburguesa en la boca.

Después de otra mirada hacia abajo y al otro lado de la calle, sin señal de Marco, Liz arrancó el coche. Pediría a alguien que estuviera atento a él. Tarde o temprano volvería a Spironi's o a casa. No es como si alguien más lo estuviera buscando.

CUARENTA Y DOS

Error uno: creer que el dinero habla a todas las personas.

Error dos: dejar a un testigo suelto.

¿Error tres? Este es suyo. ¿Qué idiota me dice que cree que necesita hablar con la policía? ¿Qué parte de pagarle el funeral no entendió?

El hombrecillo quiere más dinero para quedarse callado y eso me hizo reír y reír.

Me gusta este callejón.

Sin cámaras.

Casi sin tránsito peatonal.

Él quiere volver al trabajo, así que encontrarnos aquí nos conviene a ambos.

Él cree que volverá a ver el interior de ese restaurante.

Es un idiota muerto.

CUARENTA Y TRES

No debería haber accedido a que Liz viniera más tarde. Melanie no necesitaba ninguna presión para hablar sobre la noche del accidente. Vince llevaba veinte minutos sentado en su coche un poco más allá del almacén de Pickering. Miró la hora otra vez. Ningún rastro de Pickering o Farrelly, sus coches, o, para el caso, cualquier movimiento en el interior. Era un día laborable y no tenía sentido que el lugar estuviera cerrado.

A menos que realmente estés en quiebra.

De alguna manera lo dudaba. Pickering se había comportado demasiado arrogante en su casa esta mañana. Al menos hasta que descubrió por qué Vince estaba allí.

El sobre estaba en el asiento del copiloto. Podía hacer varias cosas a la vez.

Deslizó una llave bajo la solapa y lo abrió, vaciando el contenido sobre el asiento.

Dentro había dos sobres blancos sellados, junto con un juego de llaves, un teléfono móvil y más dinero en impecables billetes de cien dólares. Otros diez mil o así. El móvil estaba descargado, pero su cargador le servía, así que lo conectó. Las llaves eran variadas, incluyendo una llave de apartado postal y lo que podría ser una llave de casa.

El primer sobre estaba dirigido a la señora McCoy en el colegio de Melanie.

Sin estar seguro de si abrirlo, lo dejó a un lado.

El número de Lyndall apareció cuando sonó su móvil y lo cogió.

—Qué rápido. Antes de que preguntes, Melanie está bien. Yo también. —Había humor en su tono y el corazón de Vince volvió a latir.

—¿Qué pasa?

—Llamó mi herrador. Viene mañana a primera hora para arreglar los cascos de los burros, así que trae a esa poni tuya cuando llegues a casa y él le recortará los suyos. Puede quedarse con ellos por la noche. Un poco de compañía no le hará daño.

—No está sola, pero le vendría bien un recorte. Debería llegar a casa en un par de horas.

—Bueno, estamos a punto de estirar la masa para hacer empanadillas caseras, así que no te apresures. También planeamos hacer una tarta de manzana, así que es en tu mejor interés dejar que Melanie se quede por otras tres horas. O más.

—Gracias, Lyndall.

—Es un placer, cariño.

Colgó.

Sin ella esto sería más difícil. Imposible, porque nunca habría expuesto a Melanie a la comisaría o a Spironi's. Con suerte, pronto no necesitaría seguir pidiendo tanta ayuda a Lyndall. Solo tenía que armar el puzle.

El otro sobre no estaba dirigido a nadie. Dentro había dos documentos. Una carta y una copia de un testamento. Estaba a nombre de Susie y David y fechado hace solo tres meses.

Cerró los ojos. ¿Cómo podía leer esto sabiendo que podría destruir cualquier posibilidad de adoptar, o incluso tener la custodia de Melanie? Si Susie había decidido que había esperado lo suficiente a que su padre se convirtiera en un hombre mejor…

Melanie me necesita.

¿Habría otra copia? Seguramente lo habrían dejado con alguien, pero su abogado solo habló del original de hace años.

—No te dejaré ir, Mel. Te prometo que no lo haré.

Abrió los ojos. Suponiendo que esta fuera la única copia, podría mantenerla oculta, sin dejar que viera la luz del día nunca, seguir con los trámites ya en marcha para asegurar su futuro.

Temiendo lo peor, lo levantó para leerlo.

Un coche entró en la calle y luego, en el camino del almacén, deteniéndose en las puertas cerradas. Un hombre salió, revisó su móvil, y volvió a entrar. Vince metió todo en la guantera.

¿Qué hacía Richard Roscoe aquí?

El Lexus dio marcha atrás y se dirigió por donde había venido.

Vince arrancó el motor y lo siguió.

Era un grupo apagado de detectives en la oficina cuando Terry convocó una reunión a media tarde. Muchos habían estado en Talbot la noche anterior, mientras que otros estaban cansados por las largas horas trabajando en otros aspectos del caso Hardy. Liz pensó que estaba mejor que algunos, con sus cinco horas más o menos de sueño, aunque fuera intranquilo.

Una bandeja de productos de charcutería (queso, carnes, galletas y similares) estaba en medio de cuatro mesas juntas, y todos estaban picoteando. Terry era un buen jefe. Uno que sabía cómo regenerar los ánimos decaídos.

Caminaba lentamente de un lado a otro en el espacio entre las mesas y la pizarra, deteniéndose ocasionalmente cuando uno de los detectives hablaba, como ahora.

Pete había construido algo con dos galletas, un gran trozo de queso duro, tomate seco, salami y encurtidos apretados entre ellas, y lo agitaba mientras hablaba. Liz no podía quitarle los ojos de encima mientras esperaba que explotara por todas partes sobre él.

—Déjame ver si lo entiendo, Terry. De todo ese operativo de anoche no tenemos nada. Ninguna evidencia de que Hardy haya visitado alguna vez la propiedad de Roscoe. Ninguna huella de la furgoneta que recuperamos. Y nada del coche de Roscoe, o de nuestra entrevista con él.

Terry asintió. —Sí. Sí. Sí, y… sí.

—Deberías haberme dejado interrogarlo. —Pete finalmente le dio un mordisco a su creación.

—No es una causa perdida. Lo que sabemos es que alguien abandonó esa furgoneta lo suficientemente cerca de la propiedad de Roscoe, tal vez para convertirlo en sospechoso del accidente que mató a los Weaver. Y otro alguien, probablemente la misma persona, se aseguró de que supiéramos que estaba allí.

—Sí, pero ¿qué loco llamaría la atención sobre sí mismo de esa manera? —preguntó uno de los detectives y varios otros asintieron.

Liz se puso de pie y fue a la pizarra, agarrando un rotulador.

Terry la miró pero siguió hablando. —No hay razón para creer que Roscoe tuviera algo que ver con esto. Quienquiera que la abandonara allí muy bien pudo haberlo hecho para controlarlo.

Ella dibujó una línea entre las fotos individuales de Farrelly y Roscoe y encima escribió "historial de chantaje a otros". Luego debajo de la línea, "¿quién está siendo chantajeado ahora?".

—¿Quieres compartir tus ideas, Lizzie?

No estoy segura de cuáles son.

Sin embargo, se enfrentó a la sala y todos, incluso Pete, le prestaron atención.

—Hace poco hablé con un antiguo entrenador del club de fútbol de Moe sobre estos hombres. En aquel entonces eran adolescentes y Farrelly vivía con la familia Roscoe después de la muerte de sus padres en un incendio. Según el entrenador, los dos estaban chantajeando a otro compañero de equipo y él los suspendió de jugar en las finales. Debe de haber habido mucha ira y resentimiento y a veces eso es suficiente para unir a las personas.

—¿Quién provocó el incendio? —preguntó alguien.

—Se dictaminó que fue un accidente. Sin embargo… —Dio un golpecito en la imagen de Farrelly—, la ferretería de su padre se quemó por completo dos años antes *y* su padre lo maltrataba cuando era niño.

Pete comenzó a crear otro sándwich de galletas. —Si las autoridades que regulan los bufetes de abogados se enteran del pasado de Roscoe, podría causarle algunos problemas. —Miró hacia arriba con una sonrisa—. Me encantaría charlar con él sabiendo esto. Ver si Farrelly está usando su historia compartida para conseguir algo de él.

—Y al mismo tiempo, una charla con Farrelly, sacando a relucir esos incidentes juveniles, podría desconcertarlo por una vez —dijo Liz—. ¿Pero cuáles son las apuestas? Malcolm Hardy tiene que encajar aquí de alguna manera, pero no puedo ver dónde.

¿Y por qué nos enviaron a buscar la furgoneta anoche?

—Liz y Pete, id por Farrelly. Yo iré por Roscoe. —Terry recorrió la sala con una ligera sonrisa—. Si alguien no ha dormido desde anoche, id a casa. El resto de vosotros volved a revisar las grabaciones de las cámaras de las zonas cercanas a los dos asesinatos y Talbot.

—Sí… pero esta comida no se comerá sola. —Pete comenzó a llenar una servilleta con golosinas.

Para decepción de Vince, Roscoe no hizo nada más que volver a sus oficinas.

El trayecto por la ciudad había consumido parte de sus planes. Esperaba echar un vistazo al negocio en el que David había dejado el depósito, pero el tiempo jugaba en su contra y se dirigió a casa.

Después de una parada en el supermercado, regresó a la casa cuando la luz comenzaba a cambiar. Dejando los objetos de la casa de Susie para más tarde, metió la compra y rápidamente se cambió a botas y fue a buscar a Apple.

—Espero que no estés sola, pequeña —dijo mientras enganchaba una correa a su cabezada. Ella hurgó en sus bolsillos y resopló cuando no salió ninguna golosina—. Lyndall dice que necesitas compañía.

Abrió la puerta lateral y ella lo siguió felizmente. La puerta fue idea de Lyndall hace años, cuando Susie era joven y solía ir a caballo a visitarla. Ahorraba tener que bajar hasta la carretera y volver a subir, y había un sendero al que podía acceder un poco más adelante que conducía a incontables hectáreas de rutas para montar. No muy lejos estaba el lugar donde él y Susie habían plantado aquellos árboles frutales. La tierra era suya, pero gracias a la

naturaleza escarpada de la parte trasera de su propiedad, era más accesible desde el largo camino de entrada de Lyndall.

Él y Apple tardaron más de lo esperado, con la poni deteniéndose cada tanto para agarrar un bocado de hierba que debía ser lo suficientemente diferente de la de su paddock como para llamar su atención. Para cuando dio la vuelta por detrás de la casa, Lyndall caminaba a grandes zancadas desde un paddock más pequeño con varios refugios de tres lados y media docena de burros comiendo de una pila de heno fresco.

—Vamos, Apple, no te dejarán nada si no te metemos ahí.

—¡Hola abuelo! —Melanie saludó desde un espacioso porche abierto.

Él le devolvió el saludo. —¿Ya tienes todo listo?

—Casi. —Corrió de vuelta a la casa.

—Dormirá bien —dijo Lyndall. Abrió la puerta, empujando suavemente a uno de los burros que quería saludar a Apple—. No hay mucho que no haya hecho hoy, aparte de ayudarme a mover a este grupo, pero cuando lo hice se mantuvo a la vista todo el tiempo.

Con la correa desenganchada, Apple trotó hacia el grupo principal, relinchando mientras levantaban la vista. Ocasionalmente pasaba tiempo con ellos y parecía contenta de estar aquí de nuevo.

—¿Conseguiste hacer todo? —Lyndall cerró y aseguró la puerta.

—No del todo. Me desvié un par de veces pero ha sido productivo. Tengo más información para revisar, pero creo que será para beneficio de Melanie.

Ella le lanzó una de esas miradas largas y pensativas que siempre le hacían sentir como si conociera sus pensamientos. —Tenerte como su custodio es el beneficio número uno que tiene. Melanie no necesita cosas elegantes. Necesita autenticidad. Hablando de eso, hay una tarta de manzana casera y muchas empanadillas para llevar a casa y ella ha ayudado en cada parte de su elaboración. —Llegaron a los escalones del porche—. ¿Te gustaría entrar?

Melanie abrió la puerta trasera, luchando con su brazo bueno para cargar una bolsa de gran tamaño.

—O tal vez esta vez no. —Lyndall se rio mientras Vince se apresuraba a tomar la bolsa.

—¡Hicimos el mejor pastel de todos!

—En ese caso, deberíamos llevarlo a casa y probarlo.

—Abuelo, no hasta después de la cena. —Melanie intentó ser seria, pero sus ojos brillaban de felicidad. Rodeó la cintura de Lyndall con sus brazos—. Eres la mejor, Lyndall.

Si esas eran lágrimas formándose en sus ojos, Lyndall dejó claro que no quería que se vieran, girando la cabeza y dando palmaditas en la espalda de Melanie. —Llévate a tu abuelo a casa, cariño, y recuerda poner los productos horneados en la nevera para mantenerlos frescos.

Espero que algún día compartas tu historia conmigo.

—Es hora de irnos, así que da las gracias —dijo Vince.

Melanie dio un paso atrás. —Gracias por invitarme.

—Eres más que bienvenida.

—De mi parte también. —Vince tomó la mano de Melanie con su mano libre—. Vendré por la mañana para pagar al herrador y llevar a Apple a casa.

—Sin prisa. Ella es bienvenida a visitarnos. Al igual que vosotros dos. —Lyndall se dirigió de vuelta al paddock con un saludo.

Cuando llegaron al sendero hacia los árboles frutales, Vince lo señaló. —¿Y si vamos a dar un paseo allí mañana? A ver si esos árboles tienen algo para recoger. Podría haber algo que los pájaros no se hayan llevado.

—¿Adónde lleva el sendero? —Melanie miró en la casi oscuridad —. No puedo ver lo suficientemente lejos.

—Serpentea por la parte trasera del terreno y luego sube un poco más para que puedas mirar hacia abajo a nuestra casa. Después hay un valle detrás de la cresta donde tu madre solía montar a Apple. A veces llevaba un pequeño picnic y se iba durante horas.

—¿En el poni?

—En el poni.

—Apple, el poni. Y ahora la hemos cambiado por pastel de manzana —comenzó a reírse, y Vince se rio con ella mientras se

dirigían a casa.

CUARENTA Y CUATRO

Carla no podía creer lo que habían logrado en un día. La nueva habitación de Melanie estaba tomando forma y aunque todavía quedaba mucho por hacer, este era un gran comienzo. Todos los muebles viejos se habían ido y había lonas protectoras sobre la alfombra listas para pintar las paredes. Estaban imprimadas para que ella pudiera comenzar por la mañana. No era mala pintando y decorando, y esto era un completo trabajo de amor.

Fuera lo que fuese lo que Vince Carter le dijo a Bradley cuando visitó esta mañana, había galvanizado a su marido para tomar acciones positivas. Él no quiso contarle sobre la conversación, pero cuando sugirió que fueran a comprar muebles… bueno, era obvio.

Vince lo había reconsiderado.

Si Melanie se convertía en parte permanente de su familia o en una visitante regular, no importaba en este momento. Poco a poco, Carla trabajaría en convencer a Vince. Le demostraría cuán feliz hacía a Melanie y cuánto más fácil sería su vida desempeñando el importante papel de abuelo, pero los fines de semana. O cada dos fines de semana.

Bradley la había ayudado a elegir una nueva cama, una mesita de noche y una preciosa silla que podía convertirse en cama individual para cuando sus amigas se quedaran a dormir. Todos estos llegarían en unas semanas, lo que le daba tiempo para terminar todos los otros detalles. Melanie podría elegir su propia

ropa de cama y cualquier otra cosa que quisiera. Quizás una pequeña biblioteca, y un acuario.

Cuando llegaron a casa, ella estaba eufórica y no perdió tiempo en mostrarle a su marido exactamente cuánto lo amaba por ser tan comprensivo. Pero mientras él se habría quedado en la cama el resto del día, ella lo había empujado y obligado a ayudarla aquí.

Y ahora se está convirtiendo en una habitación adecuada para una niña pequeña.

—Nuestra niña pequeña.

No había nada más que hacer aquí esta noche, así que cerró la puerta y fue a la cocina para empezar la cena. Prepararía uno de los platos favoritos de Brad y podrían compartir una botella de vino y acostarse temprano.

¿Tinto o blanco?

Él no estaba en la sala de estar, pero desde allí podía oírlo hablando con alguien y siguió el sonido. La puerta principal estaba entreabierta y después de asomarse para confirmar que estaba al teléfono y no con un visitante, comenzó a regresar.

—No en el almacén. Hay demasiados ojos vigilándolo.

Carla se quedó paralizada en la entrada de la sala. ¿Quién vigilaba el negocio? ¿Y por qué?

—No. Nunca en mi casa. Jamás. Carla no sabe nada de esto y me condenaré si alguna vez llega a saberlo.

Un repentino frío la recorrió y su cuerpo se tensó.

Bradley rio brevemente.

—Tienes que estar bromeando, pero sí, me reuniré contigo allí. Pero tenemos que hablar sobre Carter además de los otros asuntos.

¿Vince? ¿Qué pasa con Vince?

—Salgo ahora mismo.

No podía quedarse ahí, escuchando a escondidas. Carla se movió rápida y silenciosamente mientras la puerta principal se cerraba.

—Cariño, voy a salir una hora.

Su garganta estaba contraída y tuvo que forzar un chillido:

—Hasta luego entonces.

—¿Estás bien?

Con los dedos cruzados detrás de su espalda, tomó un respiro profundo.

—Voy a ducharme. Luego haré la cena.

—De acuerdo. Vuelvo pronto.

En cuanto la puerta principal se cerró, corrió a buscar su bolso y llaves.

—¿Pete se marchó? —Terry pasó por el escritorio de Liz para lanzar sus llaves a su oficina, luego regresó paseando. Solo quedaban un par de detectives más y ambos trabajaban con las grabaciones de cámaras de video locales de las áreas de los dos asesinatos diferentes.

—No. Está reuniéndose con uno de sus antiguos informantes. Algo sobre Ginny.

—Un avance sería agradable. —Terry arrastró una silla y se sentó frente a ella—. Hasta ahora, todas las grabaciones alrededor de su edificio no mostraron absolutamente nada de valor. El problema es que tiene más de cien apartamentos. Es extraño que no haya cámaras internas.

—Por eso vivía allí, imagino. El cliente promedio no querría ser visto entrando a su apartamento. Estamos investigando un par de entregas que parecían extrañas, fuera del horario comercial normal, pero si la información de Pete puede ayudar, mucho mejor. —Liz se estiró—. ¿Qué pasó con Roscoe?

Terry gruñó.

—Dijo que si no lo estaba arrestando, entonces no vendría para otra entrevista. Muy tentador, pero quiero que el caso sea sólido antes de dar ese paso. Solo necesitamos una cosa. Solo una.

—¿Entonces no le preguntaste sobre su adolescencia?

—Todavía no. ¿No ibas a traer a Farrelly?

—Lo haré, jefe, cuando lo encontremos. No está en casa y el almacén está cerrado. Ahora hay un pequeño letrero en la ventana, algo sobre tomarse un día libre y abrir con normalidad mañana. Me

encantaría saber si pasó algo allí anoche. Simplemente siento que así fue.

Terry se puso de pie.

—Ve a casa, Liz. Comenzaremos de nuevo por la mañana y pondré una unidad vigilando a Roscoe durante toda la noche. Veré si hay otra disponible para cubrir también la casa de Farrelly. —Se dirigió a su oficina.

Ella no quería irse a casa. No quería dejar de buscar entre la montaña de papeleo que había acumulado en su escritorio para cruzar referencias de todo lo disponible desde el momento en que Malcolm Hardy escapó. Y con la camioneta ahora confirmada como la involucrada en la muerte de Susie (y perteneciente a PickerPack Holdings) su instinto gritaba que había más en esto que un vehículo robado y un accidente.

La parte de detectar de ser detective no está funcionando.

Liz cerró carpetas y apiló papeles. Terry tenía razón. Ve a casa, come, duerme.

Poniéndose un abrigo, Terry salió de su oficina. La expresión en su rostro hizo que Liz se pusiera de pie en un segundo.

—Hay un cadáver.

—¿Entonces no vamos a casa? —Ella alcanzó sus llaves.

—Detrás de Spironi's.

Él ya estaba fuera de la puerta.

—No vamos a casa.

Pete ya estaba en la escena en el callejón detrás del restaurante. Alguien había llamado a una ambulancia, pero una sola mirada al cuerpo debería haberle dicho al que llamó que no se molestara.

—Igual que Ginny. Estrangulado. Hardy de nuevo —dijo Pete.

No convencida, Liz se mantuvo a distancia mientras un oficial de la escena del crimen tomaba fotografías. Era Marco, con los ojos abiertos y las cuerdas de su delantal envueltas alrededor de su cuello. No era sorprendente que nadie lo hubiera encontrado hasta

ahora, ya que su cuerpo yacía a lo largo de la pared del callejón y estaba de lado. Desde unos metros de distancia podría haber parecido dormido, si es que alguien lo hubiera notado en la oscuridad.

—No murió en esa posición, ¿verdad?

—Señales de resistencia cerca del contenedor. Tiene un corte en el brazo y hay sangre en el metal allí. La parte trasera de sus zapatos muestra marcas de arrastre. Podría ser de arrastrarlo hasta aquí, así que no, esta es una escena montada.

Ella se alejó, inclinando la cabeza para que Pete la siguiera. Terry estaba cerca de la puerta trasera del restaurante hablando con una mujer desconsolada que llevaba un delantal de Spironi's, así que Liz se detuvo lo suficientemente lejos para una conversación privada.

—¿Qué dijo tu informante?

—Cree que Ginny había cortado todos los lazos con Hardy cuando él fue a prisión, o poco después. Y que ella tenía una especie de novio. Un tipo al que no le importaban los clientes mientras ella estuviera disponible cuando él se pasara —dijo Pete.

—¿Alguien que conocemos?

—Nunca lo conoció. Lo único que sabe es que el tipo puede arreglar cualquier cosa. Una especie de manitas.

Mike salió de golpe por la puerta trasera y comenzó a gritarle a Terry.

—Un manitas… ¿alguien que podría tener cizallas?

Pete asintió.

—Como las que encontramos en la lavandería de Ginny.

—Útiles para quitar esposas y cortar candados en puertas.

Sus ojos se agrandaron.

—Podríamos volver a revisar las cizallas y hacer otro registro completo del apartamento de Ginny. ¿Crees que esto es suficiente para conseguir una orden para el almacén? ¿Ver si ese candado todavía está en las instalaciones?

—Supongo que podríamos simplemente preguntarle a Pickering… pero ¿dónde estaría la diversión en eso?

Los gritos se hicieron más fuertes.

—¡Ese hombre hizo esto! Fingiendo ser uno de vosotros y tiene cuentas pendientes.

Pete se inclinó un poco.

—Tal vez *fue* Vince.

Liz puso los ojos en blanco.

¿Por qué demonios estás aquí?

Después de cuestionarse a sí misma por seguir a Bradley, Carla no sabía si sentirse conmocionada o curiosa cuando él estacionó en el cementerio. Ella había aparcado en una parte diferente del estacionamiento.

Ahora él esperaba cerca de la tumba de David, moviéndose inquieto. El cementerio estaba desierto, como debería estar por la noche. Ella se había detenido a cierta distancia, sin desear entrometerse en su visita privada a la tumba de su amigo.

—Ahí estás, jefe.

El sonido de la voz de un hombre sobresaltó a Carla y se agachó detrás del tronco de un árbol, con el corazón acelerado. Después de un segundo, miró alrededor. Con razón Brad había dicho por teléfono que no quería que su esposa supiera con quién se estaba reuniendo. El horrible Abel Farrelly estaba con otro hombre… no podía distinguir quién. Cuidando de no ser vista, Carla saltó de árbol en árbol hasta que encontró una mejor perspectiva. ¿Era ese el abogado? ¿El que estaba en televisión con el asesino fugado?

Los otros dos hombres se detuvieron entre las lápidas de David y Susie, y Abel se apoyó contra la primera.

Qué irrespetuoso.

—¿Por qué el cementerio? —preguntó Brad.

Abel sonrió con suficiencia.

—Me gusta este lugar, me recuerda por qué seguir órdenes es importante.

Roscoe (ese era su nombre) estaba callado, sus ojos saltando de las lápidas a Bradley y luego a Abel. Parecía nervioso.

—Será mejor que ninguno de vosotros dos haya sido seguido —dijo Brad.

—Nunca pasaría. No a mí. ¿Y tú, Richard? —Ese Abel era demasiado arrogante para el gusto de Carla. Siempre había sido uno de los que buscan molestarte.

—Hagamos esto rápidamente entonces —dijo Brad—. Primero, Hardy está a salvo. En dos días comenzará su nueva vida en un paraíso tropical. Costó un poco de lío hacer que sucediera, pero con la credibilidad que aporta Duncan Chandler y la empresa de transporte bajo control, sabemos que esta nueva empresa nuestra funciona. Las fuerzas del orden difícilmente sospecharán de transportes de juguetes.

—No me relajaré hasta que Malcolm esté allí. No cantemos victoria antes de tiempo. —Roscoe miró por encima de su hombro—. ¿Y si detienen el camión por alguna razón?

—No hay riesgo —dijo Abel—. Ese contenedor es impenetrable a menos que alguien sepa dónde buscar. Todo lo que tiene que hacer el conductor es entregar el envío y mi contacto se encargará de todo lo demás.

¿Hardy? ¿Malcolm Hardy el asesino?

Carla apenas podía respirar. Se sentía enferma del estómago al pensar que su marido supiera algo sobre esa persona malvada.

Roscoe se aclaró la garganta.

—Tengo dos envíos más listos para ser programados. Uno en una semana y el otro en tres. Pero estoy recibiendo mucha presión de la policía y la mayor parte de eso es gracias a la muerte de Jerry. —Miró fijamente a Abel—. Él estaba haciendo lo que queríamos. Siempre lo hizo.

—Al final dejó de ser útil. Todo el mundo es prescindible. —La risa de Abel era como tiza en una pizarra.

Brad miró alrededor. Carla se encogió lo más cerca posible del árbol.

—Necesitamos hablar sobre Vince Carter.

—¿No le mostraste las fotografías y la carta? —Abel cruzó los brazos—. No debería haber nada más que hacer sino dar la bienvenida a la niña a tu hogar.

—Excepto que me lo echó en cara. No es el pusilánime que todos piensan, y protegerá a Melanie hasta su último aliento.

—Ahí tienes tu respuesta entonces.

Antes de que un jadeo pudiera escapar, Carla se cubrió la boca con ambas manos.

—No estoy seguro de eso, Abel. Todavía hay algunos canales legales…

—¿Realmente estás preparado para arriesgarte a que venga por ti? Tiene el oído de policía. Es un hombre sin alma que no se detendrá hasta que encuentre una manera de aplastarte y evitar que esa niña te vea a ti y a tu mujercita de nuevo —dijo Abel.

—Melanie debe mantenerse al margen.

—No siempre se pueden evitar los daños colaterales.

Brad se abalanzó sobre Abel y lo agarró por el frente de su chaqueta. Roscoe rodeó rápidamente el cuello de Brad con su brazo.

La sonrisa burlona de Abel regresó.

—Oh, yo tendría mucho cuidado.

Brad lo soltó, pero Roscoe mantuvo el agarre en su cuello.

—Solo recuerda, Brad, no pudiste manejar a David. Él te estaba dejando y llevándose su conocimiento de nuestra operación con él —siseó.

Roscoe quitó su brazo y empujó a Brad lejos. Este se dobló, aspirando oxígeno.

—Nunca quise que muriera, y menos la pobre Susie —jadeó Brad.

Abel se encogió de hombros.

—Bueno, funcionó a tu favor. —Se volvió hacia Roscoe—. Nunca vuelvas a intervenir así. Tu único propósito para mí es proporcionar criminales como carga por mucho dinero. Si eso se seca, acabaré contigo.

Roscoe retrocedió y la risa de Abel cortó la noche.

Por fin se fueron.

Contó hasta cien para asegurarse de que los tres hombres se habían ido por completo antes de tambalearse fuera de detrás del tronco de un árbol que de alguna manera la había mantenido

erguida durante los últimos minutos cuando sus piernas querían doblarse.

Mi marido…

Usando toda su fuerza de voluntad, Carla llegó al lugar donde los hombres habían estado.

¿Susie murió porque eres un criminal?

¿Había tenido razón Vince todos estos años? Le dijo a Susie que vigilara a Brad. La advirtió que David se estaba metiendo demasiado en una situación peligrosa. ¿Pero estar involucrado en matar a un hombre que no quería formar parte de algo criminal?

—Nunca quise que muriera, y menos la pobre Susie. —Bradley había dicho esas palabras.

¿Lo sabías? ¿Lo hiciste ocurrir?

El mundo daba vueltas, y Carla cayó de rodillas, y luego, mientras los sollozos sacudían su cuerpo, se arrastró hasta la tumba de Susie y se acostó a su lado.

CUARENTA Y CINCO

El teléfono de Vince sonó cuando tenía las manos en un fregadero con agua jabonosa.

—¿Contesto por ti? —Melanie estaba secando los platos.

—Em, sí, vale. Estaré ahí en un segundo.

Ella salió disparada hacia la sala mientras él se secaba las manos. La cena había terminado y su siguiente tarea era hablar con Melanie antes de que Liz llegara.

Melanie reapareció sonriendo, charlando con quien llamaba. —Eso será agradable de hacer. El abuelo está aquí ahora. Adiós, Liz. —Extendió el teléfono con un solemne—: Liz la detective está al teléfono para ti.

—Bueno, gracias. ¿Te importa terminar con los platos? Volveré enseguida.

—Los lavaré *todos*.

Probablemente lo haría. Vince esperó hasta estar en la sala para hablar. —Perdona, tenía las manos en agua.

—Melanie es tan dulce. Me preguntó cuándo iré a cenar.

—¿Lo hizo?

—Sugerí que la próxima vez vengáis los dos a mi casa.

No podía recordar la última vez que la visitó en su casa. Debían ser años.

Ella continuó. —Te llamé para avisarte que estoy atrapada en el trabajo esta noche. Lo siento mucho porque sé que esto es importante para ti…

Lo que sintió fue alivio. No decepción.

Llámame egoísta.

—¿Qué ha pasado?

Hubo una pausa. En el fondo se oían gritos. Una voz vagamente familiar. —¿Estás otra vez en Spironi's?

Liz suspiró. —Sí. Encontramos a Marco. Solo que no vivo.

—Mierda. ¿No fue un accidente?

—No a menos que accidentalmente se enredara los cordones del delantal alrededor del cuello y luego accidentalmente moviera su cuerpo diez metros. Mike te está culpando.

Miró su reloj. —¿Cuándo lo mataron?

—Hace un par de horas. ¿Tienes coartada? —Había un toque de humor en su voz.

—Probablemente estaba llevando al poni a la casa de Lyndall en ese momento.

—Genial. Tomaré la declaración de Apple mañana.

Alguien llamó su nombre. McNamara.

—Tengo que irme, pero Vince, sin alarmarte, tengo la sensación de que esto no fue obra de Hardy. Pete no está de acuerdo, pero algo no cuadra. Realmente no cuadra. Estamos esperando una orden para registrar el almacén de Pickering, así que, ¿tendrás cuidado extra?

—Siempre. Tú también. Pero, ¿por qué el almacén?

—Tengo que irme.

—Lizzie… maldición.

Había colgado.

¿Por qué buscarían una orden? ¿Qué había en el almacén que tuviera algo que ver con Hardy… o estaba malinterpretando?

Esto es sobre David.

Vince se sentó en el sofá, girando el teléfono entre sus dedos. Según Susie, su marido quería mudarse más lejos a una casa nueva. Sin que ella lo supiera, también había planeado un cambio de carrera, uno grande. ¿Sabía Pickering algo de esto? ¿Era por eso que discutían aquella noche?

Y el mensaje en el contestador. La amenaza.

Estoy harto de que me ignores. Se acabó el tiempo, Weaver.

No era Pickering, pero tenía interés en algo lo suficientemente importante como para discutir en un restaurante. Delante de una niña pequeña.

—¿Abuelo? ¿Estás bien? —Melanie movió su puf para poder verlo cuando se dejó caer en él. Llevaba uno de sus cuadernos de dibujo y algunos lápices.

—Claro que sí. Solo estaba pensando.

Ella inclinó la cabeza, curiosa.

—Nada importante. ¿Disfrutaste tu día con Lyndall?

Su sonrisa respondió. —Es tan divertida. ¿Sabías que solía ser una artista famosa? Algunos de sus cuadros están en grandes galerías de arte por todo el mundo. Pero usaba un nombre diferente y ahora se me ha olvidado.

¿Es eso cierto? ¿Quién es mi vecina?

—No lo sabía. Bueno, sé que pinta y es muy buena. Pero no el resto. ¿Te dijo el nombre de alguno de los cuadros?

—Uno se llama *El Solitario*.

—¿*El Solitario*? Es un nombre un poco extraño.

Melanie frunció el ceño. —Lo pintó después de que su familia muriera. Todos murieron. Al menos yo te tengo a ti, abuelo.

Su mano se extendió hacia la suya y él la sostuvo, forzando una sonrisa aunque su corazón latía con fuerza. —No voy a ir a ninguna parte, Melly-belly. Significas todo para mí, y te protegeré y estaré ahí para ti siempre.

Ella pareció satisfecha con su respuesta y retiró su mano para abrir el cuaderno. —Dibujé a Lyndall, ¿quieres ver?

—Siéntate aquí y enséñame.

Había muchos dibujos. Lyndall debía estar ayudando a Melanie con la técnica, ya que la calidad mejoraba en las últimas páginas.

—Aquí está el que hice de Lyndall mientras ella me dibujaba a mí. ¿No es la idea más divertida?

—Es muy ingeniosa. Y tienes mucho talento.

—¡Oh! Lyndall dijo eso. Dijo que si sigo practicando entonces en un par de años debería encontrar una escuela que se espe… um, especia…

—¿Especialice?

—Especialice, sí. Gracias. En arte.

—Hm. Eso suena caro.

Melanie le dio una mirada ligeramente impaciente. —Dice que podría conseguir una beca.

—Ya veo. ¿Y esto qué es? ¿Dibujaste un burro?

Ella se rio. —Son algo lindos desde lejos. Tal vez dibuje a Apple después.

—¿Qué hay de Robbie? En realidad, ¿dónde está Robbie?

Saltando a sus pies, Melanie salió corriendo de la habitación. Vince recogió el cuaderno de dibujo y volvió al principio. Página tras página, las imágenes eran tristes. Dibujos aleatorios de lágrimas y corazones partidos por la mitad. Realmente tenía talento. Uno de su madre, sonriendo, pero con alas de ángel. Un pequeño gemido salió de sus labios.

Uno de Vince. La cabaña, mucho más bonita de lo que era en realidad.

Luego una serie de rostros. Carla, sonriendo. Pickering, enojado. Y otro hombre… todo lo que podía distinguir era un rostro delgado porque ella había garabateado encima y todo lo que quedaba eran sus ojos.

—Está enojado.

Vince cerró el libro.

—Encontraste a Robbie.

—Estaba jugando con el juguete giratorio. —Lo depositó suavemente en el puf, y él maulló a Vince—. Está bien mirar los dibujos.

—¿Quién es el hombre enojado? Solo si quieres decírmelo.

—No sé su nombre. Voy a dibujar un rato. Robbie, ¿te sentarás en mi regazo?

Vince le entregó el cuaderno y acarició la cabeza de Robbie. —¿Te importa si voy a hacer más papeleo aburrido? Tú quédate aquí cerca del fuego y mantente caliente, y yo podría meter ese pastel de manzana en el horno para calentarlo.

Ella sonrió. —¡Date prisa!

—¿Pero y si no sabe bien?

—Imposible. Fue hecho con amor.

Se mordió el labio para calmarse. Esta niña era todo su mundo. No había nada que no haría por ella, incluyendo descubrir quién era el "hombre enojado".

Carla no estaba en casa.

Después de conducir durante media hora procesando lo que había ocurrido en el cementerio, Bradley supo que tenía que aparecer. Ella estaría preocupada.

Se detuvo en la tienda de licores local, charló con el dependiente un rato a plena vista de la cámara, y luego fue a casa para encontrarla a oscuras.

—¿Cariño? ¿Dónde estás?

Cuando no obtuvo respuesta, subió corriendo las escaleras. Luego bajó de nuevo.

—Carla, estoy en casa.

¿No había dicho que se iba a duchar y luego empezaría la cena? Pero la ducha no había sido usada… ella siempre dejaba el extractor encendido durante mucho tiempo; y la cocina no mostraba señales de ninguna preparación.

¿Fue de compras?

Debe ser eso. Todo el día había estado cariñosa y agradecida por su pequeño gesto de ayudar con los muebles para la habitación de Melanie, y debía haber decidido comprar ingredientes para una cena especial.

Su estómago se revolvió. ¿Y si ese dormitorio terminaba como un memorial para una niña atrapada en medio de una guerra que no era de su creación?

Apartó el pensamiento y marcó el número de Carla. Fue al buzón de voz. —Hola cariño, ya estoy en casa. ¿Fuiste de compras? Puedo pedir algo si quieres. En fin, llámame.

Esto era molesto. Nunca salía sin dejar una nota. Se sirvió un gin-tonic y se quedó mirando por la ventana de la sala buscando su coche, frotándose el cuello.

Roscoe estaba loco, agarrándolo así.

¿Y la amenaza de Abel al hombre, su supuesto amigo, que no había hecho nada más que intervenir? Mostraba un lado completamente diferente de su empleado. Bradley tenía la impresión de que los dos eran viejos compañeros de escuela, aprovechando las posiciones del otro para beneficio mutuo. Pero esta noche pintaba un cuadro diferente. Roscoe actuaba como si tuviera miedo de Abel. Se había echado atrás más de una vez durante la conversación.

Llegó un mensaje de Carla.

En las tiendas. Me retrasé. Vuelvo pronto.

—Date prisa, Carla, tengo hambre.

Otro mensaje, pero no de su esposa: señalaba un depósito en su cuenta secreta por una cantidad impresionante. Roscoe había cumplido con el pago anticipado para su próximo cliente, lo que significaba que estaban en el negocio.

La jubilación anticipada con su propio yate y casa europea estaba a la vuelta de la esquina.

Los puntos de entrada del almacén ofrecieron poca resistencia a los corta pernos y un ariete. Liz y Pete lideraron un pequeño grupo de oficiales uniformados que se extendieron para cubrir diferentes partes de la propiedad.

Pete recogió la cadena que había cortado. Cualquier cosa que pudiera conducir al robo de la furgoneta iría a la División de Servicios Forenses.

—Sabes que no fue robada, ¿verdad, Liz? —Pete la alcanzó dentro de la puerta lateral—. La pregunta es quién la condujo la noche del accidente.

—Estoy de acuerdo, y por mucho que intenten culpar a otra persona, solo Farrelly y Pickering tenían algo parecido a un motivo. —Encontró las luces del techo—. Si la información de Vince es correcta y David quería salirse debido a actividades criminales, entonces era un riesgo.

—¿A cuál de los dos llamamos para avisarle que estamos aquí?

—A Pickering. Es el dueño. —Liz se dirigió a la parte trasera del almacén—. ¿Cuántos contenedores de envío había aquí el otro día cuando asomaste la cabeza?

—Cuatro.

—Ahora hay tres. Echemos un vistazo a su oficina. Averigüemos adónde fue.

Una búsqueda en el escritorio de Pickering dio con una respuesta de cierto tipo. Pickering había firmado un contrato con Duncan Chandler para hacer espacio disponible para nuevos destinos. En la misma semana, había hecho un acuerdo con una empresa de transporte local para recoger contenedores regulares del almacén.

—Todo parece legítimo —dijo Liz—. Pero hay un recibo interesante aquí. —Se lo entregó a Pete—. Tres meses de pago como depósito. ¿Es eso normal?

—Lo dudo. O no estaban seguros de su compromiso o solvencia, o él necesitaba algo hecho rápidamente. ¿Tienes las especificaciones de ese contenedor? —Tomó una foto del recibo.

—Mierda.

—¿Qué?

—Según esto, el primer envío debía salir anteayer pero se retrasó hasta anoche. —Liz se sintió mal—. Terry y yo pasamos un camión cargado con un contenedor a la vuelta de la esquina cuando regresamos de la casa de Roscoe. No le dimos importancia ya que iba en dirección a los muelles… pero también a la autopista.

—No podías saberlo. Te ayudaré a encontrar su número y a contactar con la empresa de transporte. He dejado un mensaje para Pickering.

—Entonces dame una mano para revisar ese archivador antes de que se nos escape.

CUARENTA Y SEIS

Quien fuera lo suficientemente decente para mover el ganado de este potrero merece un agradecimiento. Si no están aquí, no se pondrán curiosos ni ruidosos. Y este cobertizo está en la posición perfecta para vigilar.

La lluvia no durará mucho.

He hecho dos viajes al coche y tengo todo.

Rifle. Solo para emergencias.

Munición.

Acelerante… no puedo creer que vuelva a usar este tipo. Casi no deja rastro que puedan encontrar.

Todavía hay movimiento en la cabaña. No es tarde.

Puedo esperar.

La otra casa en la colina está a oscuras. Es vieja. Probablemente toma siestas de abuela además de acostarse temprano.

Me acomodo en un cubo de pienso volcado. Hay tiempo ahora para comer y preparar mi mente.

Adiós, Carter.

CUARENTA Y SIETE

Melanie estaba dormida, el gatito acurrucado nuevamente en su cama. Una criaturita tan buena, gracias por completo al vínculo y la atención de Melanie. Vince cerró la puerta con una sonrisa. Nunca se habría imaginado teniendo un gato en casa, pero Robbie ya era parte de la familia.

Ahora que ella se había acomodado para pasar la noche, regresó a la cocina donde el portátil estaba abierto sobre la mesa. También lo estaba el sobre amarillo. Sacó el móvil que estaba cargado y encendido, pero necesitaba una contraseña. Tendría que conseguir ayuda pronto, porque este móvil podría ser al que se refería aquella persona que llamó. La que había amenazado a David. No había mensajes ni llamadas sospechosas en los teléfonos de David o Susie desde el accidente.

La primera carta podría estar dirigida a la señora McCoy, pero podría contener información importante.

Era de David para la directora y estaba llena de disculpas.

Cuando le dije que la empresa de la que soy copropietario estaba en problemas, no fui completamente sincero. Está en problemas, pero no financieros. Espero haberle entregado esta carta personalmente, pero si no es así, por favor acepte mis más sinceras disculpas por engañarla y por aprovecharme de su amabilidad.

Desde que supe de los planes de mi socio comercial para llevar a cabo futuras actividades criminales, no he tenido más opción que acumular tanto dinero como sea posible para comprar mi propio

negocio y comenzar una nueva vida con mi familia, que como comprenderá, lo significa todo para mí. Todo el dinero adeudado será depositado en la cuenta de la escuela antes del inicio del próximo trimestre; sin embargo, Melanie no regresará ya que nuestro nuevo hogar estará demasiado lejos para desplazarse.

Y así continuaba.

Vince miró fijamente el papel sin ver las palabras.

¿Por qué David no le había hablado de esto? Seguramente sabría que un ex policía tendría contactos que podrían ayudar.

Excepto que yo se lo había hecho imposible.

El nudo en su garganta se negaba a desaparecer. Había alejado a David durante años, desde que se convirtió en socio de Pickering, cuando debería haberlo apoyado. David debió haberse sentido muy solo.

Hubo un golpe afuera y su cabeza se levantó de golpe, escuchando.

No se repitió.

De pie, comprobó que la puerta trasera estuviera cerrada y luego abrió la puerta principal y salió.

Durante unos minutos permaneció inmóvil en la oscuridad, observando y escuchando. Un chaparrón pasajero estaba terminando, y las nubes se alejaban rápidamente. A lo lejos, un burro rebuznó y más cerca, un ave nocturna continuó con su canto, perturbada quizás por algún pequeño depredador. Cuando el frío le mordió los dedos con demasiada fuerza, se retiró al calor de la casa, cerrando la puerta con llave y sacudiéndola para asegurarse. En la sala, revisó las ventanas y luego extinguió los restos del fuego con agua de un cubo. Por la mañana limpiaría el área y comenzaría de nuevo.

Preparó una tetera, mirando fijamente el testamento doblado sobre la mesa mientras el agua se calentaba.

¿Ese primero o la carta que lo acompañaba?

Con el té preparado, se sentó a la mesa.

Había mucho que no entendía sobre el plan de David. Susie y Carla eran mejores amigas, así que presumiblemente él no había compartido sus preocupaciones con su esposa. ¿Esperaba que ella

cortara lazos una vez que se mudaran? A menos que Susie conociera la razón, nunca le daría la espalda a alguien que amaba. ¿O acaso Susie sabía sobre cualquier actividad en la que Pickering se estaba metiendo?

Era una copia de un testamento preparado por un abogado diferente al que Vince había tratado hasta ahora y era de David. Dejaba claro que todo quedaba para Susie y en caso de su muerte prematura, para Melanie. Había instrucciones de que si ambos morían antes de que Melanie alcanzara la mayoría de edad, ella debería quedar bajo el cuidado y custodia de Vince.

Alrededor de su pecho, una banda de presión hacía difícil respirar. No era un ataque cardíaco sino un tipo diferente de dolor. Uno por todo el tiempo perdido y los malentendidos.

Podría haberlos salvado a ambos.

La carta estaba escrita a mano por Susie y fechada el día antes del accidente.

Querido papá:

Espero que recientemente hayamos podido hablar en persona sobre todo esto, pero si no, necesito que sepas que nunca dejé de amarte. Nunca.

Parpadeó rápidamente.

Eres más duro contigo mismo de lo que cualquiera debería ser. Hasta que te perdones por la muerte de mamá, temo por tu salud mental. La realidad es que ella tenía una enfermedad y murió. Si hubieras estado allí, ella habría muerto de todos modos, papá. Pregúntate si ella habría querido que te culparas después de todo este tiempo.

Marion era la persona más indulgente que conocía.

La banda alrededor de su pecho se aflojó.

Pero no estoy aquí para regañarte por millonésima vez por eso. Esto es sobre Melanie. David está dejando PickerPack. No conozco todos los detalles, pero tengo la sensación de que Brad no lo sabe y que hay algo sucediendo que ha deteriorado su relación laboral. A pesar de lo que piensas, David es ético, y siempre he estado de acuerdo contigo en secreto en que Bradley no lo es. Él se aprovecha de la necesidad de Carla de tener un hijo, desalentándola para que

no vuelva a trabajar, lo que significa que aunque son los padrinos de Mel, yo no querría que tuvieran la custodia de Melanie.

Un largo suspiro salió de los labios de Vince.

David insistió en que pusiera esto por escrito para que no hubiera dudas. Ha hecho un nuevo testamento y tú me conoces… odio esas cosas, así que no lo he leído ni he cambiado el mío todavía. David quiere llevarnos a Melanie y a mí a algún lugar el fin de semana para ver algo. Creo que tiene que ver con la compra de terrenos como mencioné hace un tiempo.

Una vez que volvamos, iré a visitarte, te guste o no. Preferiría decirte cara a cara que nada importa más que saber que Melanie irá a vivir contigo si nos sucediera algo. ¡Ya, lo dije, las cosas que dan miedo!

De todos modos, nada malo va a suceder, pero me siento mucho mejor habiendo escrito algo. Melanie es nuestro mundo, y no podría estar en manos más seguras que las tuyas.

Te quiero, papá,

Susie

—No podría estar en manos más… más seguras. —Vince sostuvo la carta contra su pecho—. La protegeré con mi vida, Susie.

—Tenemos la última ubicación del camión que transporta el contenedor de envío. —Liz entró apresuradamente en la oficina de Terry—. Se detuvo para recargar combustible hace solo una hora, así que las autoridades locales en Nueva Gales del Sur se están preparando para detenerlo. Estará justo dentro de la frontera con Queensland.

—Más le vale a Hardy estar en ese contenedor.

—El personal de Pickering está volviéndose contra él. El tercero consecutivo confirmó que ese contenedor estaba prohibido para todos excepto para él y Farrelly. Hay un gran contenedor para cartón en la parte trasera del camino y justo al fondo había una caja de una unidad de filtración de aire portátil. No hay señales de ella en las

instalaciones, así que a menos que alguien se la haya llevado a casa, lo más probable es que esté manteniendo el aire respirable para Hardy.

Cualquier sensación de agotamiento fue reemplazada por adrenalina de bajo grado. Liz podía oler la persecución.

Terry respondió su móvil y levantó una mano para que se quedara en el sitio. Después de un minuto o dos colgó, con una expresión divertida en su rostro.

—La señora Hardy aparentemente acaba de llevar muffins a los uniformados que la vigilan y dijo que había tenido noticias de su hijo. Él quería que ella supiera que iba a un lugar seguro y que Roscoe tenía instrucciones sobre su seguridad financiera futura.

La imagen de la anciana, con un bastón en una mano y muffins en la otra, esperando a que un oficial de policía bajara la ventanilla, no tenía precio. —Realmente no sé qué decir.

Terry se rio. —Entonces espera a oír esto. Le dijo a Malcolm que ha aceptado una mejor oferta, de un promotor, y que no necesita su dinero sucio.

—Bien por ella. ¿Supongo que no sabía desde dónde llamó?

—Todavía no. Fue a su móvil, así que alguien está investigándolo con su compañía telefónica.

Pete asomó la cabeza. —Tengo órdenes de registro para las respectivas casas de Pickering y Farrelly. Ya que no se molestó en presentarse en el almacén, ¿qué probabilidades hay de que Pickering haya huido de la ciudad?

—¿Has intentado llamar de nuevo? —preguntó Liz.

—Justo ahora. El teléfono está apagado.

Ella se dirigió a la puerta.

—También he puesto a Mike de Spironi's en la sala tres. Se ha calmado y quiere hablar contigo, Liz —dijo Pete.

—¿Tiene algo más que decir? ¿Adónde vas?

—A la casa de Farrelly.

Terry los siguió. —Pete, yo me encargaré de dirigir la inspección en la casa de Pickering. Liz, habla con Mike y luego reorganiza la pizarra en base a toda nuestra información más reciente y llámame si surge algo.

Parte de la adrenalina anterior se desvaneció. —¿Estás seguro de que pidió hablar conmigo, Pete?

Ambos hombres se rieron mientras salían.

—Bien. Simplemente dejadme aquí con el camarero que culpa a Vince de todo —murmuró—. Pero si me grita…

Uno de los otros detectives le sonrió mientras ella pasaba con paso firme.

Mike ya no gritaba. Estaba sereno mientras se disculpaba por no haber sido más comunicativo cuando ella visitó Spironi's por primera vez. —Solo protegía a mis clientes y a mi personal.

—Lo entiendo. Pero si hay algo que sepa sobre esa noche, por favor no se guarde nada —dijo Liz.

—Pobre Marco. Un poco tonto por aceptar dinero, pero no era un mal chico ni nada.

—¿Sabe quién le dio dinero?

—Alguien estuvo en el callejón hace unos días y le dijo que mantuviera la boca cerrada sobre la discusión. Le dio mil dólares y dijo que habría más… pero le advirtió que el dinero iría para su funeral si decía algo.

—¿Describió a esta persona?

—Dijo que la conocía.

Conocía a Pickering.

—Ahora es demasiado tarde, pero voy a instalar cámaras de seguridad en la parte trasera y en todos los lugares donde sea legalmente permitido. —Su rostro era sombrío—. No lo tomé en serio y Marco ha pagado.

—La muerte de Marco no es su culpa. Cuando vine a verlo la primera vez, mencionó que llevó a los Weaver y a los Pickering a su mesa. ¿Recuerda algo, por pequeño que sea, que le pareciera extraño?

Asintió. —Es por eso que estoy aquí ahora. El señor Pickering llegó un rato después que todos los demás. Quizás veinte minutos más tarde. Y se fue antes que ellos.

—¿Con cuánto tiempo de diferencia?

—Al menos media hora. La señora Pickering me pidió que llamara un taxi, pero el señor Weaver insistió en que ellos la llevarían a casa.

David estaba en esa carretera porque era la ruta más directa desde la casa de los Pickering hasta la suya. Pickering habría sabido que no dejarían que Carla tomara un taxi. Quería que estuvieran en ese tramo. Esto fue un asesinato frío y calculado.

—Mike, ha sido de gran ayuda. ¿Hay algo más que quiera decirme?

Negó con la cabeza y ella se excusó.

Ella había hablado con Pickering. Vince lo había hecho. Pete también. El hombre nunca había mencionado una palabra sobre dejar a Carla en casa. ¿Por qué alguien ocultaría eso? ¿Y dónde había estado?

CUARENTA Y OCHO

Vince nunca se había considerado una persona con conocimientos tecnológicos, pero últimamente se estaba sorprendiendo a sí mismo con lo que podía resolver. Encontrar su camino en sistemas informáticos había sido parte de ser policía, pero la tecnología más reciente como la navegación en teléfonos móviles no existía en aquella época.

Sus matemáticas eran sólidas, y su padre era carpintero, así que desde joven había aprendido a calcular medidas. Lo que estaba haciendo ahora era simplemente una mezcla de varias habilidades.

Tenía un mapa de la ciudad extendido sobre la mesa de la cocina, doblado para mostrar los suburbios occidentales hasta su casa y de vuelta hasta Lygon Street en Carlton. Había descargado su registro de viajes a su ordenador y trasladado los datos a una hoja de cálculo que mostraba puntos de inicio y final, distancia y tiempo. Con un rotulador negro y una regla, trazó por donde había estado.

De la casa de Pickering a la casa de Susie.

De la de Susie a la comisaría.

De la comisaría a Lygon Street.

De Lygon Street al almacén.

Del almacén a Balwyn North.

De Balwyn North a casa.

Calculó la ruta desde la casa de los Pickering hasta la de Susie y luego calculó desde Lygon Street hasta la casa de Susie. Sabía a qué hora se había pagado la cuenta en Spironi's, gracias al extracto de la

tarjeta de crédito de David que había llegado por correo a la casa de Susie esa mañana.

—Y no cuadra.

Después de revisar sus notas, se recostó, inquieto. A menos que David se hubiera detenido en algún lugar entre el restaurante y casa, la hora del accidente no tenía sentido. Había más de media hora perdida. Bradley lo había mirado a los ojos cuando le preguntó sobre el momento en que su familia se marchó de Spironi's. "Se fueron con un saludo. Melanie tenía sueño. Nada fuera de lo común, Vince".

Entonces, ¿por qué tardaron tanto y por qué tomarían esa carretera?

Envió un mensaje a Liz.

¿Sigues trabajando?

En menos de un minuto sonó su teléfono.

—Iba a enviarte el mismo mensaje —comenzó ella—. Miré la hora y pensé que podría ser un poco tarde.

—¿Por qué?

Se puso de pie para no molestar a Melanie. La sala se sentía fría sin el fuego encendido.

—Han pasado muchas cosas esta noche, Vince. Por un lado, creemos… estamos casi seguros, de que Malcolm Hardy está escondido dentro de un contenedor de envío rumbo al norte de Queensland. Él y un cargamento de juguetes.

—Pickering.

David debía saber algo.

—Sí. A quien no podemos localizar en este momento. La otra cosa es que tenemos nueva información sobre la noche del accidente.

Vince se hundió en el sillón.

—Continúa.

—Un camarero de Spironi's se presentó. Pickering llegó tarde y se fue temprano esa noche. Por lo que entendió, Susie y David iban a llevar a Carla a casa.

Cerró los ojos y su cuerpo se desplomó hacia atrás.

—Por eso.

—¿Por eso qué?

—Faltaba media hora esa noche. ¿Y por qué otro motivo David tomaría esa carretera?

—Yo también me lo había preguntado, pero no había tenido oportunidad de hacer los cálculos con todo el lío de Hardy —dijo Liz —. No puedo creer que todo esté conectado.

—Me mintió. —Se frotó los ojos con la mano libre y luego los abrió—. El muy cabrón me dijo que se había despedido con la mano cuando se marcharon todos juntos del restaurante. Lizzie, él sabría cuál era su ruta.

—¿Crees que está detrás del accidente?

—¿Tú no?

Hubo un largo silencio, luego Liz habló suavemente.

—Voy a ir contigo. ¿Está cerrada la cabaña?

—¿Por qué? ¿Qué no me estás contando?

—Me dijiste que Melanie mencionó algo sobre David discutiendo con Pickering.

—Pero él no lo sabe.

—Sí. Creo que sí lo sabe.

Le dijiste que alguien había escuchado. Pensó que fue el camarero y lo mató.

—¿Has guiado a un asesino hasta mi nieta…?

—No lo he hecho. Por lo que sabemos, la quiere. Ciertamente ama a su esposa y quiere que Melanie esté bajo su cuidado, así que eres tú quien me preocupa porque *tú* eres el obstáculo para su vida perfecta. Nos contaste que intentó chantajearte, y alguien está eliminando a las personas que se interponen en su camino. Si imagina que Melanie te contó algo, entonces por supuesto estás en su punto de mira.

Vince fue a comprobar las ventanas. No había señal de movimiento fuera, ni siquiera tráfico. Solo una típica noche. A lo lejos, un relámpago atravesaba el cielo.

—Mira, o abrigas a Melanie y venís los dos aquí, o iré para allá en breve. —Había tensión en la voz de Liz, preocupación.

—Prefiero no asustarla. Vale, si te hace sentir mejor, ven aquí. Puedo mostrarte en lo que he estado trabajando.

—Nos vemos pronto.

Nadie entraría en la cabaña. No a menos que hicieran un montón de ruido rompiendo ventanas y, para entonces, Vince ya habría sacado a Melanie de allí. Había pensado en planes de escape cientos de veces, no solo para Mel, sino también para Susie después de haber matado al tirador del Día de Anzac. Durante años había vivido con el temor de que algún familiar o amigo viniera a por él.

Nada ni nadie haría daño a Melanie.

Liz estaba saliendo cuando el oficial de guardia la llamó. Alguien quería denunciar la desaparición de una mujer: Carla Pickering.

Tiene que ser una broma.

Bradley Pickering esperaba donde le habían indicado que se sentara.

¿Aquí, en la comisaría, no pudimos identificar a una persona buscada cuando se presenta?

Al pasar junto al oficial, este susurró:

—Pensé que era mejor mantenerlo ignorante de su situación.

Retiro lo dicho.

Pickering levantó la mirada cuando ella se acercó, con un gesto de enfado cruzando su ya de por sí airado rostro.

—¿Usted?

—¿Quiere ayuda para encontrar a Carla?

Se puso de pie y la siguió. Hasta que no lo metiera en una sala de interrogatorios, no iba a asustarlo. Habiéndose dejado caer en su regazo, por así decirlo, obviamente no tenía idea de que existía una alerta en toda la ciudad para su detención.

—Tome asiento, señor Pickering.

Repasó las palabras habituales sobre la entrevista y se sentó enfrente.

Pete estará molesto por haberse perdido esto.

—¿Cuándo fue la última vez que vio a Carla?

—Em… antes de la cena. Bueno, dijo que iba a ducharse y luego empezar a preparar la cena. Yo tenía una reunión a la que asistir.

—¿Pero a qué hora?

—¿Las seis? Un poco más tarde.

—¿Fue esa la última vez que habló con ella?

Él le lanzó una mirada impaciente.

—Señor Pickering, ¿Carla está desaparecida? ¿O simplemente no está en casa?

—Desaparecida. Ella nunca se va así. Jamás. Y me envió un mensaje de texto a las siete y cuarenta y cinco diciendo que estaba de compras. Buscando algo bueno para nuestra cena. Tenemos mucho que celebrar.

—¿Algo especial?

—Sí. Pero todavía no ha vuelto a casa, y he marcado su número docenas de veces.

Por supuesto que lo has hecho.

El hombre estaba loco.

—¿Dónde ha estado durante las últimas seis horas más o menos?

—¿Yo? ¿Qué importa eso?

—Estoy componiendo un panorama general.

—Bien. Tuve una breve reunión a la que asistir, volví a casa, esperé a Carla y luego salí a buscarla. Tiendas locales, después un poco más lejos, a algunas que le gusta visitar cuando busca ingredientes especiales. Hay un par de lugares que abren hasta tarde y le gustan.

—¿Dónde fue la reunión?

Con la boca abierta para responder, Pickering la cerró de golpe.

—¿La zona general?

—No tiene nada que ver con la desaparición de Carla.

—En ese caso, háblame de su acuerdo con Richard Roscoe para transportar a Malcolm Hardy al norte de Queensland.

Y ahí estaba.

Si una persona hubiera podido hundirse en el suelo, habría sido Pickering. Una expresión de incredulidad, luego de horror cruzó su rostro. Liz estaba dispuesta a esperar. No tardó mucho.

—Quiero ver a mi abogado.

—¿Por qué mintió sobre marcharse temprano de Spironi's la noche del accidente, y sobre que su esposa fue llevada a casa por David Weaver?

—He dicho que quiero un abogado.

—Estoy segura de que sí.

Tan pronto como salió de la habitación, Liz envió un mensaje a Vince.

Tenemos a Pickering bajo custodia. Avísame si aún quieres que vaya.

El mensaje de Liz lo tranquilizó. Había estado en alerta máxima y ahora, se permitió respirar; la gente de Pickering se mantendría oculta hasta que recibieran noticias de su jefe.

Como preparación para una salida rápida, su portátil y objetos importantes estaban en una mochila junto con cargadores y botellas de agua. Si hubiera tenido que sacarlos de la cabaña sin tiempo para empacar, al menos tendrían algo para beber hasta llegar a un lugar más seguro.

Pero ahora puedo descansar.

O al menos acostarme hasta el amanecer.

Envió un mensaje a Liz para hacerle saber que no se molestara en conducir hasta allí, luego apagó la luz de la cocina y se dirigió a su dormitorio. La lluvia comenzó a caer con un suave staccato sobre el techo.

CUARENTA Y NUEVE

Despierto del sueño ligero que me permití. Sin nada más que hacer que observar y esperar, mi cerebro se agotó.

La cabaña está en silencio.

No me verá venir.

El repiqueteo creciente en el techo metálico sobre mí llega como una maldición para mis planes. O quizás un regalo. La lluvia hará mi trabajo más difícil pero me ofrecerá protección.

Y si alguien decide salir de la casa, no tendrá las habilidades para lidiar con el clima… y conmigo.

¿Cuándo aprenderá la gente a no interponerse en mi camino?

¿Cuándo aprenderán que siempre ganaré, sin importar el precio que ellos paguen?

CINCUENTA

—¿A qué abogado llama un abogado? —Pete estaba ridículamente alegre mientras le entregaba un café a Liz—. Pensé que podrías necesitar esto.

—Lo necesito. Gracias. ¿A qué te refieres?

—Oh. Atraparon a Richard Roscoe intentando abordar un avión a Perth. Dice que era un viaje de negocios, pero aparentemente se ha quejado de ser intimidado y no ha parado de balar pidiendo representación legal desde entonces.

—¡Otro que cae! Solo necesitamos que algo los incrimine. ¿Qué encontraste en casa de Farrelly?

Él acercó su silla.

—El hombre tiene un excelente gusto para la decoración interior. Hay mucho dinero invertido en esa casa, desde electrodomésticos de alta gama hasta obras de arte caras. Verificaremos si el arte es robado, pero mi instinto me dice que los posee legalmente. Alguien está revisando su oficina en casa, así que veremos qué resulta. No hay señal de armas. Nada fuera de lo común.

—¿Entonces por qué estás tan contento?

Quizás podría irme a casa pronto. Dormir suena bien.

Pete levantó las cejas. —¿No te has enterado? El falso techo en la oficina de Pickering en el almacén tenía varias bolsas de lona escondidas al fondo. Una llena de dinero en efectivo. Otra con armas. Nuestro amigo va a pasar mucho tiempo entre rejas.

No pudo evitarlo. Se rio en voz alta, terminando con un breve "¡yupi!".

Cuando su móvil sonó, Pete leyó el mensaje y empujó su silla hacia atrás. —No hay descanso para mí. Terry regresa al almacén y yo me haré cargo del registro de la casa de Pickering. Puede que te vea por la mañana, o puede que esté durmiendo.

—Yo también. Ten cuidado con esa tormenta.

—¿Qué tormenta? —sonrió mientras el trueno retumbaba alrededor del edificio.

Liz terminó el café, dejando que su cuerpo se relajara por unos minutos y mirando fijamente la pizarra. Dos tipos malos bajo custodia. El otro, que podría no ser más que un ayudante contratado por Pickering para los contenedores, no estaría lejos de ser capturado. Hardy sería encontrado en cuestión de horas.

Entonces, ¿por qué siento que algo está mal?

Tirando el vaso, comenzó a reorganizar la pizarra.

Pickering estaba dirigiendo una operación para transportar criminales. ¿Fue Malcolm Hardy el primero? ¿O había habido una sucesión de contenedores? Ella pensaba que era lo primero. David Weaver había estado tratando de desligarse del negocio, así que posiblemente tenía una idea de lo que venía y no quería formar parte de ello. El cambio de planes en el almacén para una recogida de una noche a la siguiente podría explicar por qué Roscoe era un señuelo. La presión de Hardy para sacarlo de la ciudad claramente había ido aumentando, siendo él responsable de tres muertes…

Dos muertes.

Colocó la foto de Ginny y debajo, la de Jerry Black. Ambos tenían fuertes vínculos con Hardy. Ginny probablemente había sido quien le quitó las esposas y posiblemente le ofreció refugio, y Black estaba involucrado en desviar a la policía y darle al criminal un espacio para respirar.

Ginny fue estrangulada.

A Black le cortaron la garganta.

Pero luego estaba Marco.

Su foto fue la siguiente. Estrangulado.

—No pudo haber sido Hardy.

Él estaba, hasta que se demostrara lo contrario, en un contenedor de envío en otro estado cuando Marco murió. Pickering también tenía coartada. Roscoe era un cobarde, no un asesino capaz de estrangular.

Liz llamó a Pete.

—No me digas que tengo que dar la vuelta.

—No. ¿Puedes recordarme qué dijo tu informante sobre Ginny? ¿Sobre un novio? —Puso una foto de los corta pernos que había encontrado en el apartamento junto a Ginny.

—No hay mucho que contar. Era una especie de manitas. Ah, es cierto, Ginny dijo que el novio había arreglado un cajón de la cocina. Nuevos deslizadores o algo así. Incluso la llevó con él a la ferretería en la ciudad donde ella nunca había estado.

—¿Ferretería?

—Muchos hombres van a ferreterías. Muchas mujeres también.

—Pero solo algunos crecieron trabajando en una. ¿Tienes idea de cuándo la llevó de compras?

—Lizzie. —Suspiró sonoramente—. No. Resolvamos un problema a la vez, y si no podemos sacar nada de los registros y los idiotas bajo custodia, entonces comenzaremos a buscar grabaciones. ¿De acuerdo?

—Sí. Estoy un poco preocupada por Vince.

—Probablemente tiene un arma, y ningún criminal que se respete se enfrentaría a él. En serio.

Tenía razón. Vince era ingenioso y astuto en las calles. Pero aun así.

Uno de los detectives le hizo señas para llamar su atención.

—Tengo que irme.

Colgó y siguió al detective, corriendo para alcanzarlo. —¿A dónde vamos?

—El sargento dice que es como Grand Central Station en lo que respecta a una familia.

—Está bien, iré. ¿Puedes preguntarle a Bradley Pickering, muy amablemente, si recuerda dónde estaba Farrelly el día que Hardy escapó? Llévale un café y hazle saber que llamamos a su abogado.

De vuelta en el mostrador, el oficial de guardia puso los ojos en blanco ante Liz. —La *señora* Pickering para usted.

Oh Dios, ¿ha venido a denunciar la desaparición de su marido?

El agotamiento estaba jugando con su mente.

—¿Carla? ¿Quiere pasar?

La mujer estaba empapada, su cabello goteando agua mientras se ponía de pie. Su ropa estaba sucia por un lado con lo que parecía ser barro.

—Vamos a conseguirle un café y una toalla.

La mujer sentada frente a ella no era una amiga. Pero Carla no tenía amigos de todas formas ahora. No había amor en su vida. No tenía marido. No después de esta terrible noche. Solo presentándose podría salvar su relación con Melanie, porque si Vince la apartaba de la vida de la niña, no habría nada por lo que vivir.

—¿Carla? ¿Por qué estaba empapada? ¿Y tan embarrada? ¿Se cayó?

La detective le había traído pantalones deportivos y una blusa de manga larga, junto con toallas y algunas toallitas húmedas. Luego, le dio privacidad unos minutos para cambiarse, regresando con café caliente.

—¿Por qué es tan amable, oficial?

—Liz. Solo llámeme Liz, ¿de acuerdo? ¿Alguien la atacó?

—Oh. No físicamente. No. —Se tocó la cara que estaba seca pero debía verse terrible. Había intentado limpiarse el barro y el maquillaje corrido—. ¿Puede arrestar a mi marido, por favor?

El rostro de la otra mujer apenas cambió de expresión, pero su mano, sosteniendo un bolígrafo sobre una libreta, se levantó un poco. —¿Por qué?

¿Por qué? Oh Dios mío, él mató…

El pánico la dominó. Si decía las palabras en voz alta, serían reales. No habría vuelta atrás. No podría desdecir la verdad. Todos los años que lo había amado tan profundamente que había

cambiado su vida por él. Se había convertido, poco a poco, en la mujer que él siempre quiso.

No la mujer que yo quería ser.

Le dolía el corazón.

—Preguntó por qué llegué tan mojada y sucia. Estuve acostada junto a la tumba de Susie durante horas. Incluso cuando comenzó la lluvia, no pude moverme. Estaba paralizada por lo que había escuchado.

—¿Qué escuchó? ¿Qué la hizo ir al cementerio de noche?

Los dedos de Carla giraban su anillo de bodas una y otra vez hasta que se dio cuenta y se detuvo abruptamente.

—Brad estaba hablando con alguien por teléfono. En casa. Iba a preguntarle si prefería vino blanco o tinto para la cena y accidentalmente lo escuché diciéndole a esta persona que… bueno, que necesitaba discutir qué hacer con Vince. Fue la manera en que lo dijo lo que me asustó, así que cuando se marchó, lo seguí. Lo último que esperaba era que fuera al cementerio.

—Continúe.

—Se reunió con ese abogado, Richard Roscoe y Abel. No soporto a Abel. No podía oír al principio, pero logré acercarme lo suficiente escondiéndome detrás de los árboles.

—Eso fue valiente. ¿No la vieron en absoluto?

—No, definitivamente pensaban que podían hablar tranquilos. Abel dijo algo sobre Brad mostrando unas fotografías a Vince, creo que para chantajearlo, y Brad dijo que Vince se las arrojó de vuelta. Es amiga de Vince. ¿Sabe a qué se refería?

Ella lo sabía. Sus ojos la traicionaron. —No puedo decirlo.

El corazón de Carla latía tan rápido que pensó que podría desmayarse. Pero el dulce rostro de Melanie siempre estaba en su mente y era lo único por lo que valía la pena luchar.

—Estoy bastante segura de que Brad tuvo algo que ver con el accidente de coche. Incluso admitió que no quería que David muriera, y mucho menos… Susie. —Se le hacía cada vez más difícil hablar mientras su garganta se tensaba—. Creo que él lo provocó. Pero no lo hizo él mismo. Creo que fue Abel. Agarró a Richard

Roscoe y estaba muy enojado con él y, lo peor de todo, dijo que a veces los daños colaterales no podían evitarse.

Liz se inclinó sobre la mesa. —¿Daños colaterales? ¿Qué quiso decir, Carla?

—Lo siento mucho. Debería haber venido aquí antes, pero no pude… no sabía qué hacer. Creo que Abel va a intentar matar a Vince.

Liz irrumpió en la sala de interrogatorios, sobresaltando a Pickering, que tenía la cabeza sobre la mesa entre sus brazos. Cuando sus ojos se enfocaron en ella, se echó hacia atrás.

—¿Dónde está mi abogado?

Atrapada entre la desesperación y las reglas, dejó caer ambas palmas sobre la mesa con un golpe y se inclinó tan cerca de él como pudo sin agarrar su escuálido cuello.

—Una oportunidad, Bradley, así que escuche. Carla acaba de entrar en la comisaría y me dijo que Abel Farrelly planea matar a Vince Carter. Está dispuesta a dar una declaración completa basada en lo que escuchó esta noche en el cementerio.

Su boca se abrió.

—Si algo le sucede a Vince o a Melanie, me aseguraré de que vaya a la cárcel por mucho tiempo. Esta es su única oportunidad de darme información que podría, *podría*, ayudarlo. ¿Tiene razón? ¿Abel Farrelly va tras Vince y Mel?

Se echó hacia atrás tanto como le permitió la silla.

—¿Carla está aquí?

—No tengo tiempo para esto. —Liz se giró para irse.

—No, espere. ¿Está en problemas?

Debería estarlo, maldita sea.

Liz se volvió. —Haré todo lo posible por ayudarla, pero si me voy sin una respuesta…

—Sí. Abel probablemente esté allí ahora. Tengo información sobre él. Sobre lo que le hizo a sus padres. Puedo ayudar…

Liz cerró la puerta de golpe tras de sí, marcando mientras corría hacia el ascensor.

CINCUENTA Y UNO

Con el rifle colgado al hombro, Abel Farrelly corrió a lo largo de la valla del camino de entrada, saltando hacia el terreno árido alrededor de la cabaña después de una docena de metros. En una mano llevaba la lata de acelerante.

La tormenta estaba sobre él, y tuvo precaución al cruzar áreas abiertas para evitar los destellos de luz.

La lluvia ya había dejado el suelo embarrado en algunas zonas, lo que funcionaba a su favor. Años de correr regularmente en las montañas habían preparado su cuerpo para lo inesperado. Si escapaban de la casa, los cazaría en cuestión de segundos.

Su mente estaba libre de cualquier cosa que no fuera la tarea entre manos.

La euforia elevaba sus ánimos.

Estos momentos hacían su vida soportable.

CINCUENTA Y DOS

—¿Abuelo?

Vince se despertó sobresaltado, medio caído de la cama antes de ver a Melanie cerca de la puerta. Estaba encima de las sábanas y seguía vestido, excepto por las botas.

Me quedé dormido.

Un relámpago iluminó la habitación. Melanie estaba envuelta en su bata y sostenía a Robbie contra su pecho con los dos osos de peluche metidos dentro de su bata. Cuando el trueno retumbó sobre la cabaña, ella corrió hacia él.

—Ven aquí, cariño. —La subió a su regazo—. Es solo una tormenta ruidosa. ¿Y si vamos a la cocina y preparamos un chocolate caliente?

Ella asintió y él la volvió a poner de pie, descalza.

—Primero, ve a ponerte las zapatillas. El suelo está demasiado frío. Tal vez también calcetines.

—¿Puedes llevarte al oso Raymond y al oso Topsy? —Los dejó caer en sus manos—. No hay suficiente espacio para el pobre Robbie.

—Eh, claro. ¿Puedes arreglártelas sola?

—Me apuraré y pensaré en el chocolate caliente. —Dio un saltito con otro relámpago—. Chocolate caliente. Chocolate caliente. —Su voz se desvaneció mientras corría a su habitación.

Buena niña.

Se puso las botas y agarró los osos de peluche. —Vamos, vosotros dos.

En la cocina, los colocó sobre la mesa y llenó el hervidor. Una vez encendido, recogió tazas y cucharitas, mirando por la ventana mientras un relámpago convertía la oscuridad exterior en día por un instante.

Algo se movió cerca del tendedero.

Se acercó a la ventana, esperando.

Un destello.

Nada.

Su instinto se alteró.

Había algo ahí fuera. Alguien.

En la sala, movió cuidadosamente una cortina lo suficiente para ver afuera. A través de la lluvia torrencial, una figura se acercaba. No había coche. No era Liz ni nadie más de la comisaría. Llevaba un bidón de gasolina y un rifle.

Poniéndose su pesado abrigo que estaba cerca de la puerta, Vince corrió a la cocina. Melanie estaba en la mesa, con un cuaderno de dibujo abierto.

—¿Tienes a Robbie?

—Sí. ¿Qué pasa?

—¿Zapatillas?

Abrió la mochila y metió los osos dentro.

—Zapatos. ¿Por qué haces eso? —Estaba de pie, con el miedo llenando su rostro.

—Necesito que escuches con atención, cariño. Tenemos que abandonar la cabaña ahora mismo. Vamos a salir por la puerta trasera e ir directamente a casa de Lyndall, ¿de acuerdo?

Sus palabras eran casi imposibles de oír por encima de la lluvia. —¿Es el hombre enfadado?

—Eso creo. Pero vamos a estar a salvo. Tú, yo y Robbie. —Deslizó su cuaderno de dibujo en la mochila y la cerró. Su móvil estaba en la mesa y lo metió en el bolsillo de su abrigo—. ¿Me prometes hacer todo lo que te diga?

Melanie asintió, con lágrimas brillando en sus ojos.

—¿Estás bien con el gatito?

Ella levantó la cabeza y movió su brazo roto, para que su mano cubriera la parte superior de su bata. Él debía estar dentro como solía estar.

Vince se echó la mochila al hombro. Quería llevar a Melanie en brazos, pero podrían ser más rápidos si ella se mantenía a su lado.

—Vamos entonces. Por la puerta trasera.

CINCUENTA Y TRES

Abel subió los escalones hasta la puerta principal. Se detuvo, saboreando el momento.

Esto era felicidad pura.

No se podía comparar en absoluto con el acto repugnante del asesinato por estrangulamiento. Ginny murió porque él perdió el control. Eso fue un error. Nunca mates con emoción. Había demasiado riesgo de cometer errores.

Como las cizallas que había usado para liberar las muñecas de Hardy de las esposas.

No es que sus huellas estuvieran en ellas.

Los policías estarían en su puerta si lo hubieran relacionado.

O tal vez lo estaban. Su móvil permanecería apagado hasta que regresara a su coche.

No, no había razón para que la policía lo investigara a fondo, ni a Bradley.

Todo había encajado perfectamente.

Solo quedaba un obstáculo.

Melanie Weaver.

Ella lo había visto en el restaurante.

Cómo había sobrevivido al accidente era un milagro. Debería haber muerto con sus padres.

Dentro de la cabaña, sonó un teléfono.

Empuñó el rifle y derribó la puerta de una patada.

La chimenea estaba apagada. Empapada. Abel maldijo y recorrió la cabaña hasta el dormitorio de Vince.

Vacío.

La puerta trasera se cerró de golpe con el viento.

Con el rifle nuevamente guardado, abrió la lata y vertió el acelerante sobre la cama.

CINCUENTA Y CUATRO

—Contesta, contesta. —Con la sirena aullando y las luces encendidas, Liz atravesaba a toda velocidad los suburbios exteriores. El móvil estaba llamando sin parar a la cabaña. El móvil de Vince tampoco había respondido.

Redujo la velocidad para esquivar el tráfico y la llamada se interrumpió.

Cuando sonó su móvil, presionó el botón bruscamente.

—¿Vince?

—Solo Pete. ¿Has logrado contactarlo?

—No, maldita sea.

—Llegaré antes que tú. Terry está en camino. Media fuerza policial está en camino.

Abel Farrelly mató a sus propios padres. Eso es lo que Pickering comenzó a contarle.

—¿Puedes conseguir que envíen camiones de bomberos? Será la CFA donde él vive.

—Y ambulancias. Cubriré todo.

—El Equipo de Respuesta a Incidentes Críticos no llegará antes que nosotros. Simplemente no dejes que te disparen, Pete.

Él se rio entre dientes.

—Yo también te quiero. —Colgó.

Ella no logró esbozar una sonrisa. Habían pasado demasiadas horas desde que Carla escuchó el plan para matar a Vince. Lo único

que podía esperar es que Farrelly hubiera esperado hasta que las condiciones fueran óptimas para atacar.

Voy en camino, Vince. Por favor, sal de ahí.

Presionó llamar de nuevo.

CINCUENTA Y CINCO

A los pocos segundos de salir de la cabaña, el cabello de Vince y Melanie quedó pegado a sus cráneos. Si hubiera tenido otro minuto, la habría metido en una chaqueta gruesa. Todo lo que podían hacer era correr hacia el paddock de Apple.

Llegar al camino de entrada.

Alcanzar la casa de Lyndall.

Pedir prestado el rifle que sabía que Lyndall guardaba bajo llave.

Dejar a Melanie a salvo con ella.

Encontrar a quien fuera que los perseguía.

Detenerlos.

Había dejado ambas puertas abiertas después de llevar a Apple a casa de Lyndall y recoger a Melanie. Corrieron a toda velocidad a través de la primera puerta hacia el paddock, con la mano de Melanie resbalando por la lluvia. Tuvo que sujetarla con fuerza para que no cayera al ritmo que había impuesto. Ella no se quejó ni miró hacia atrás ni reaccionó ante la tormenta que estaba justo encima, con el trueno retumbando.

Se detuvieron de repente en la segunda puerta. Entre el paddock y el camino de entrada, estaba cerrada con llave. Una cadena y un candado que nunca había visto rodeaban el poste y la puerta.

—Te ayudaré a pasar por encima. Sujeta al gatito.

Ella se agarró a la parte delantera de la bata mientras él la levantaba por encima, dejándola en el suelo con un gemido. Era ligera pero el ángulo era difícil.

—Vamos, abuelo. Trepa.

—Lo haré. Pero tú ve. Vete ahora, corre lo más rápido que puedas. Dile a Lyndall que voy y que necesito su rifle.

—Pero tengo miedo…

—Eres la persona más valiente que he conocido. Corre, cariño. *Corre*.

Nunca olvidaría el terror en su rostro mientras se tambaleaba hacia el camino de entrada. Quería esperar; podía verlo. Sabía que el hombre enfadado se acercaba y no quería dejar a Vince solo. Luego se dio la vuelta y salió corriendo hacia la noche.

Él pisó el barrote más bajo de la valla y se impulsó hacia arriba. Era demasiado difícil y se deslizó hacia atrás. Se quitó la mochila, la lanzó por encima de la valla y comenzó a trepar. Esta vez llegó hasta arriba y mientras se balanceaba hacia el otro lado, el cielo se iluminó.

No era el cielo.

Eso no era un relámpago.

—¡No, no, no!

La cabaña estaba en llamas.

Abel arrojó la lata sobre la cama y retrocedió mientras las llamas producían otro rugido.

Era hermoso… el poder del fuego, el humo ondulante.

Puede que las cosas no hubieran salido como había planeado, pero para eso tenía el rifle.

Un viejo fuera de forma y una niña pequeña no llegarían muy lejos.

Probablemente todavía estarían intentando abrir la puerta.

Las llamas alcanzaron las frágiles cortinas y esa fue su señal para irse. Los tablones de madera no tardarían en seguir el mismo camino y entonces este montón de mierda quedaría reducido a cenizas.

No pudo contenerse. Entró en la habitación de la niña.

En su mesita de noche había una fotografía enmarcada de ella con David y Susie. Sacó la foto y la deslizó en un bolsillo. Bonito recuerdo para guardar.

Afuera dejó que la lluvia lavara el olor a humo de su piel mientras escudriñaba la propiedad, esperando que un relámpago le mostrara dónde se escondían sus presas. Había tantas opciones.

¿Habrían corrido hacia la carretera? Poco probable con un ex policía. No querría arriesgarse a encontrarse con su cazador y casi no había cobertura entre el frente de la cabaña y la carretera.

¿Estarían escondidos dentro de uno de los cobertizos o bajo el techado? Si hubieran llegado a la puerta que había cerrado, podrían haber buscado refugio. El viejo estaba demasiado gordo para trepar vallas.

Incluso mientras se dirigía al establo del poni para verificar, un grito atravesó el trueno.

—¡No!¡No!¡No!

Y ahí estaba: Vince Carter, avanzando con dificultad por el camino de entrada.

Excelente.

CINCUENTA Y SEIS

Muévete, Vince. Llega hasta Lyndall. Consigue el arma.

Sus piernas eran de plomo.

Su corazón era de piedra.

Una vida entera de recuerdos se estaba consumiendo hasta la nada.

Vince tropezó, su corazón dando un vuelco mientras apenas lograba mantenerse en pie. El suelo estaba empapado y resbaladizo. Se movió hacia el borde mismo del camino de entrada donde había hierba y el terreno era un poco más firme.

Inhaló aire y se obligó a ir más rápido, sus músculos protestando por el esfuerzo. La visibilidad era escasa en la oscuridad y la lluvia, excepto durante esos segundos de relámpagos. Tenía que evitar ser visto y al mismo tiempo intentar localizar a este loco.

Piénsalo bien.

Casi en el sendero que llevaba al pequeño huerto de Susie, Vince se detuvo, pegado a un espeso arbusto casi de su altura. Desde aquí la vista del camino de entrada estaba despejada. Se obligó a mantener su atención en él, pero en su visión periférica las llamas rojas y naranjas se hacían más altas.

Melanie debía estar en casa de Lyndall, si no, muy cerca. Necesitaría encontrar una manera de despertarla desde fuera y con todo el ruido de los truenos, ¿y si Lyndall no la oía? Esto no estaba ayudando. Se quitó la mochila. Podía dejarla aquí detrás de los

arbustos. Su móvil vibró. Era la primera vez que lo notaba. Si pudiera llamar pidiendo ayuda…

Zigzagueando por el cielo, un relámpago golpeó algo no muy lejos con un fuerte estallido. Igual de rápido, la oscuridad volvió a caer, pero Vince había visto al hombre trotando por el centro del camino, rifle en mano. El hombre de confianza de Pickering.

Mirando hacia la casa de Lyndall, calculó sus posibilidades de llegar allí antes de que Farrelly lo atrapara. Ya estaba casi dentro del rango de tiro.

Lo estaría guiando hacia Melanie y Lyndall.

Si se quedaba aquí fuera de la vista, podría tener el elemento sorpresa. Una rápida mirada alrededor no ofreció armas potenciales. Ni ramas sueltas ni rocas pesadas. La mochila podría derribar al hombre si Vince golpeaba con suficiente fuerza, pero era poco probable que lo mantuviera en el suelo. No obstante, Vince la recogió.

Seguramente Lyndall llamaría a la policía de inmediato. La ayuda llegaría. Todo lo que tenía que hacer era mantener a Farrelly lejos de la casa hasta entonces.

La protegeré, Susie. La protegeré con mi vida.

Vince corrió hacia el sendero y cuando lo alcanzó, esperó.

Con el siguiente relámpago, Farrelly había reducido la distancia a la mitad. Consciente de que era visible, Vince gritó en dirección al huerto.

—¡Melanie! ¡Vuelve!

Y con eso, arrojó la mochila y corrió por su vida.

—Tranquilo, pequeño. Tenemos que encontrar a Lyndall.

Melanie estaba en la casa, en la terraza trasera. No tenía idea de cómo encontrar a Lyndall y golpear en la puerta principal solo le lastimaba la mano. Robbie estaba inquieto. Las lágrimas corrían por su rostro y los sollozos se ahogaban en su garganta, pero no iba a rendirse.

El abuelo necesitaba que despertara a Lyndall y pidiera el rifle.

Él llegaría pronto.

Arropó un poco más a Robbie. Estaba casi tan mojado como ella, pero eso no importaba. Tenía que mantenerlo a salvo del hombre enojado.

La puerta trasera era una gran ventana corrediza de cristal. Había entrado y salido por ella varias veces durante el día, siguiendo a Lyndall hasta las escaleras y luego retirándose a la barandilla para verla atender a los burros.

Intentó abrirla deslizándola, pero había un cerrojo. Golpeó la puerta. —¡Lyndall! ¡Lyndall, abre la puerta!

En la pared de ladrillos junto a la cerradura había un botón y lo pulsó. Sonó un fuerte timbre, y ella gritó y saltó. Robbie le arañó la piel, y ella comenzó a llorar de verdad. Su mano buena fue a la cabeza de él para acariciarlo y se calmó, pero le dolía y estaba muy asustada.

La luz se encendió sobre ella y la puerta se deslizó para abrirse.

—Mi pobre niña…

De repente, Melanie fue levantada en los brazos de Lyndall. El mundo giró un poco y la puerta se cerró con un clic. Estaban dentro.

—Melanie, ¿qué ha pasado?

—El abuelo…

Ahora estaba en una silla y Lyndall estaba arrodillada frente a ella, desatando su bata. Robbie saltó y salió corriendo.

—Robbie.

—Está bien. Irá a buscar a su mamá, así que vamos a quitarte esta cosa mojada.

Melanie se puso de pie y ayudó.

—Cariño, estás empapada. ¿Dónde está Vince?

—Estaba detrás de mí. El hombre enojado vino. El hombre enojado nos persigue.

—Voy a llamar a la policía. Ven conmigo. —Lyndall tomó la mano de Melanie y corrieron a la cocina. A Melanie le gustaba estar aquí con sus grandes encimeras y ventanas que daban a la cabaña, pero ahora, gritó y señaló el fuego.

—Oh, Dios mío, no mires ahí, Melly. Ven aquí mientras llamo.

Sostenida contra la bata de Lyndall que olía a rosas, Melanie trató de recordar lo que el abuelo necesitaba. Estaba temblando y las lágrimas no querían parar, pero Lyndall estaba hablando con alguien y diciendo su dirección y pidiendo policía, camiones de bomberos y ambulancias.

—Escúchame, Melanie, todo estará bien. Voy a llevarte a una habitación especial que tengo donde nadie, y digo nadie, podrá encontrarte. Podrás ver hacia afuera y cuando te sientas segura, hay un botón que te mostraré y puedes presionarlo para dejar entrar a las personas adecuadas.

De nuevo estaban moviéndose. Melanie miró por todas partes pero no pudo ver a Robbie.

—Él estará bien, te lo prometo.

—Lyndall, el abuelo necesita prestado tu rifle.

Se detuvieron frente a una puerta. —¿Es así? Bueno, pequeña, será mejor que te instale y me asegure de que él obtenga lo que necesita.

La puerta se deslizó y Melanie miró dentro. Había una cama, una mesa con sillas, un fregadero y otra puerta que daba a un baño. Una estantería estaba contra una pared junto a un refrigerador y había tres televisores en otra pared.

—Vamos a repasar esto rápidamente y encender los monitores, luego iré a buscar a tu abuelo.

Un momento después, Lyndall la besó y cuando salió, Robbie y su madre y hermano entraron de un salto. Recogiéndolo con alivio, Melanie miró la primera pantalla. Lyndall estaba abriendo un armario alto construido en la pared frente a esta habitación. Sacó algo largo, un rifle, y una pequeña caja. Luego se movía por la casa. El siguiente monitor la mostraba en la puerta trasera, poniéndose su gran abrigo y sombrero.

Una vez que salió, Melanie no pudo encontrarla en el último monitor, que mostraba parte del jardín. Abrazó a Robbie. —Vamos a buscar una toalla para ti.

CINCUENTA Y SIETE

No había recorrido este sendero en años, pero sus pies recordaban el camino. Una estrecha senda de tierra, casi cubierta por la hierba suave y larga que favorecía esta parte de la propiedad, seguía una cresta durante unos cien metros antes de desviarse del descenso. Había una hondonada donde los árboles comenzaban a ofrecer algo de refugio, y luego una subida.

Para asegurarse, volvió a gritar: —¡Melanie! Espérame.

Si Farrelly no le pisaba los talones, no tenía un plan B.

A Vince le daba vueltas la cabeza por el esfuerzo y sus piernas flaqueaban. Cada respiración era jadeante y dolorosa. Pero encontró el bosquecillo de una docena de árboles crecidos, muy lejos ya de los diminutos retoños que había plantado con Susie hacía tanto tiempo.

Tambaleándose hasta el más cercano, se lanzó tras él, tratando de recuperar el aliento. No le quedaba nada de energía. Farrelly lo encontraría y lo mataría, pero había ganado tiempo para que Melanie llegara a un lugar seguro. Era lo único que importaba. La había mantenido a salvo.

Su mano presionó contra el árbol.

Susie plantó esto.

Habían pasado infinidad de horas aquí arriba, preparando el terreno, plantando, transportando agua durante todo el camino.

—Mira lo que hicimos, papi.

Sobresaltado, miró alrededor del tronco, pero no había nada más que los otros árboles.

—Un día estos nos alimentarán y nos darán refugio. ¿No es genial?

He perdido la cabeza.

La luz del sol se filtraba a través de los árboles a medio crecer mientras Susie, de quince años, bailaba alrededor de ellos.

—Ven a ver este. Mira la rama en el suelo aquí. Y de dónde se cayó. Vamos, papá. Usa tus ojos.

La siguió hasta el árbol, pero cuando extendió la mano para tocar su brazo, solo encontró el aire oscuro.

A sus pies, con el largo aproximado de un bate de béisbol, había una rama gruesa, y a la altura de su hombro, sus restos dentados formaban un gancho en el árbol.

Vince se quitó la chaqueta de un tirón y la colgó.

Agarró la rama y se retiró en la noche.

CINCUENTA Y OCHO

La tormenta estaba pasando y la lluvia amainó lo suficiente para que otros sonidos penetraran la noche. Crujidos y chasquidos de la pobre cabaña. Una sirena distante. Un chasquido cuando una rama se rompió bajo un pie.

Vince contuvo la respiración y apretó su agarre.

Una sombra pasó por su escondite y se detuvo.

El ominoso *clic-clac* cuando el rifle fue preparado y entonces Farrelly lo levantó y disparó al abrigo de Vince en el árbol.

Con la rama en ambas manos, Vince golpeó con todas sus fuerzas, impactando en la parte posterior de la cabeza de Farrelly con un satisfactorio golpe seco. El hombre se desplomó boca abajo y el rifle salió volando de su agarre.

¿Estás muerto?

Buscó el rifle en la hierba donde creía que había caído. No estaba allí. Regresó sobre sus pasos, con los ojos en el suelo. Dejarlo aquí no era una opción.

—Ahora tengo otra razón para matarte.

Vince giró. Farrelly estaba de rodillas, con el rifle apuntando, sangre derramándose por los lados de su cabeza.

—Y luego encontraré a la niña. Y a la vecina también, para completar.

Las sirenas se acercaban. Farrelly miró en esa dirección por un instante y Vince se lanzó hacia el árbol más cercano.

¡BANG!

Dolor punzante.

Su pierna derecha no respondía, y cayó al suelo, gritando de agonía y desesperación. Todo había terminado. Farrelly estaba de pie, caminando hacia Vince mientras recargaba. No debía terminar así. Aquí, en el huerto de Susie.

La policía estaba cerca. Había visto los coches precipitándose por el camino de entrada. Melanie estaría a salvo.

La protegí, Susie.

Farrelly levantó el rifle y apuntó directamente a Vince.

¡BANG!

¡BANG!

Con la boca abierta por la sorpresa, Farrelly se desplomó al suelo agarrándose el pecho.

No tenía sentido. *Él* era quien había recibido el disparo, no el asesino. Pero no había vida en los ojos del otro hombre.

El mundo quedó en silencio.

CINCUENTA Y NUEVE

Oscuridad… frío… muerte…

Sus párpados estaban demasiado pesados para abrirlos.

—¿Dónde está la ambulancia? ¿No pueden hacer que llegue más rápido?

—Es Lyndall, ¿verdad? Mire, es un viejo cabrón duro. Probablemente ni siquiera esté realmente herido y solo esté ahí tirado buscando atención.

—¿Por qué tuve que hacer su trabajo por usted, oficial?

—No lo hizo. Ambos hicimos mi trabajo, y llámeme Pete.

Una mano suave tocó la cara de Vince. —Deme su chaqueta, Pete.

—Realmente no la necesita… vale, vale.

La chaqueta olía a comida chatarra. Pero su calor se filtró en el cuerpo de Vince. Las voces eran un sueño. Alguna broma del más allá donde McNamara lo perseguiría para siempre.

—¡Vince! Oh Dios mío, Vince…

¿Por qué está Liz aquí también?

Más importante aún, ¿por qué estaba llorando?

Esta vez sus ojos se abrieron, directamente a los de ella. —Hola, Lizzie. No llores por mí.

—Gracias a Dios. Y no estoy llorando. —Se limpió los ojos con el dorso de la mano—. ¿Dónde estás herido?

—Le dispararon en la pierna derecha, Liz. Creo que la bala la atravesó. —Ahora el rostro de Lyndall se cernía junto al de Liz—. Con

un poco de remiendos estará como nuevo.

—Lo estaré. —Se incorporó apoyándose en un codo y el dolor recorrió su pierna, más como una pulsación intensa que el dolor agudo de la bala—. ¿Farrelly está muerto?

—Por supuesto. —Pete apareció en su campo de visión llevando tres rifles—. Dos grandes agujeros en el pecho y un golpe en la parte posterior de la cabeza. Era hombre muerto, creo.

—¿Dos agujeros?

Lyndall se encogió de hombros.

—¿Dónde está Melanie? ¿Te encontró? ¿Está…?

—Completamente a salvo. Es una joven valiente que probablemente esté secándose a sí misma y a ese gatito suyo. Voy a volver con ella ahora. Nos veremos en el hospital un poco más tarde cuando tengas mejor aspecto y no asustes a la pobre niña.

Los paramédicos se acercaron y Liz se puso de pie. —¿Estarás bien sin mí un rato?

—¿Por qué me dejas solo con McNamara?

—Qué bonito. —McNamara se burló.

—Necesito tomar declaración a Lyndall, y creo que tranquilizará a Melanie tener otra cara conocida. Y antes de que hagas más preguntas, voy a tener que correr para alcanzar a Lyndall.

Conozco esa sensación.

Solo quedaban él, McNamara y el cadáver. El humo se asentaba a su alrededor.

—Los bomberos están trabajando duro para salvar lo que puedan. No me importaría recuperar mi chaqueta, Vince. Está haciendo frío.

—Tómala. Huele asqueroso.

—Gracias. Ya me lo agradecerás después. —Por primera vez en años, el rostro de McNamara no mostraba burla ni odio hacia Vince. Se puso en cuclillas cerca, teniendo cuidado con los rifles—. Salvaste la vida de Melanie. No hay duda de ello.

Llevándose la chaqueta consigo, se enderezó con una amplia sonrisa. —Y yo fui una de las dos personas que salvaron tu miserable trasero. Voy a lamentarlo durante mucho tiempo.

SESENTA

Vince estaba dormido cuando Liz lo visitó. Le habían operado pocas horas después de llegar al hospital y había estado descansando cómodamente, según la persona con quien había logrado hablar. Ella misma había dormido durante la mitad del día, agotada a un nivel que rara vez alcanzaba. Después de un par de horas en la comisaría, había tenido que venir a comprobar por sí misma que estaba bien. Había tomado la decisión correcta al ir primero a ver a Melanie aquella noche. ¿No es así?

—¿Por qué tan preocupada, Lizzie?

Sus ojos estaban fijos en ella, y sonrió y se sentó junto a la cama. —¿Cómo te encuentras?

—Mejor que tú. ¿Murió alguien? Me dieron unos analgésicos agradables y estoy vivo.

—¿Y te preguntas por qué me preocupo? —Le tomó la mano—. Pensé que llegaríamos demasiado tarde y cuando llegué y vi la cabaña… lo siento mucho. Y luego verte allí tirado…

Él le apretó los dedos. —Pero debes haber visto a Lyndall y al imbécil y ninguno de los dos estaba llorando. Seguramente podías ver que tenía arreglo.

—Ese imbécil te salvó la vida. Él y Lyndall.

—Sí… bueno, Pete y yo hicimos las paces. Por ahora.

—Gracias a Dios por eso.

—¿Qué pasó, Liz?

Ella le soltó la mano y se reclinó. —¿Versión corta? Farrelly te tenía en la mira con un tiro mortal. Ya estabas en el suelo por el disparo en la pierna y sin poder encontrar refugio. No había tiempo para negociar con ese canalla, así que recibió un par de agujeros de bala en el pecho.

—Sí. Esa parte la entiendo. Pero Pete tenía tres rifles. El de Farrelly y el suyo los reconocí, pero el otro… ah. ¿Lyndall?

—Lo has adivinado a la primera. Pete dice que ella disparó primero, pero no lo incluirá en su declaración por si le causa problemas. Y dice que ella estaba bastante lejos de Farrelly, colina arriba. Disparó, descargó el rifle y se lo entregó sin decir palabra.

Hay una historia ahí con Lyndall. La gente no se convierte en tiradora experta sin algún tipo de entrenamiento especial.

—¿Está bien Melanie? —Vince gruñó mientras se impulsaba a una posición más erguida—. Fue increíble, Lizzie. Hizo todo lo que le dije y más a pesar de estar aterrorizada.

No pudo evitar una pequeña sonrisa. —Recibí muchos abrazos, eso es seguro. Pero una vez supo que ibas a estar bien, solo le preocupaba la cabaña. No por sus propias cosas que acababa de perder, sino por ti. Por tus fotografías y pájaros tallados y porque era el hogar de Susie.

Vince apartó la mirada, parpadeando rápidamente.

—Recuperamos tu mochila y todo está seco en su interior. Nada roto. ¿Quieres que te la traiga?

Asintió, aún sin mirarla a los ojos.

Ella miró alrededor y vio una jarra de agua. —Necesitas mantenerte hidratado. ¿Tienes idea de cuánto tiempo estarás aquí? —Le sirvió un vaso y se lo llevó.

—Em, gracias. No mucho.

—Tú y Melanie sois bienvenidos a quedaros conmigo si os ayuda.

Ahora sonrió. —A menos que te hayas mudado recientemente, no estoy seguro de dónde cabríamos.

Cierto. Su piso tenía un dormitorio y un baño y estaba a tres tramos de escaleras.

—De hecho, olvídalo. El ascensor no ha funcionado en semanas, y dudo que te apetezca subir esas escaleras con muletas.

—Necesitas denunciar al casero. De hecho, necesitas mudarte a algo más agradable.

Ya habían tenido esa conversación antes y él tenía razón, pero ella no tenía tiempo para buscar otro hogar. Y tenía sus propias razones para quedarse allí.

—¿Sabías que Lyndall tiene una habitación del pánico?

Sus ojos se abrieron. —No lo sabía.

—Melanie me lo contó todo. Cama, baño, mucha comida y agua. Monitores que le permiten ver quién estaba fuera de la habitación. Pensó que era, cito, muy guay. Así que, en algún momento, me encantaría charlar sobre tu vecina.

—Quizás. —Miró a Liz y su rostro se iluminó—. ¡Están aquí!

Liz le besó la mejilla. —Pórtate bien y llama si me necesitas. Te traeré la mochila un poco más tarde.

—¡Abuelo! —Un borrón de niña pasó corriendo.

Liz se cruzó con Lyndall cerca de la puerta. La otra mujer le agarró las manos y aunque no dijo nada, había calidez y gratitud en sus ojos.

—Se alegrará de que estés aquí.

Con un asentimiento, Lyndall le soltó las manos y entró.

Cuando su móvil vibró con un mensaje, Liz se detuvo fuera de la ventana para leerlo. Cuando miró dentro de la habitación, todo lo que pudo ver fue amor y alivio en los tres.

SESENTA Y UNO

Vince se estaba volviendo hábil con las muletas y no tuvo problemas para llegar a la oficina de Terry.

Algunas cabezas se levantaron de su trabajo cuando pasó y se escucharon murmullos de "Hola Vince" y "Qué bueno verte". Gran diferencia respecto al día en que irrumpió en la oficina hace unas semanas.

Terry se puso de pie y acercó una silla para Vince. —¿Café?

—Primero alguien intenta dispararme, ¿y ahora me ofreces veneno?

—Touché. —Terry se rio y volvió a su asiento—. Me enteré de que tú y Melanie os estáis quedando con tu vecina.

—Sí. Solo por un tiempo mientras resuelvo lo del seguro y toda esa mierda de la cabaña. Podríamos ir a la casa de Susie, pero las escaleras serían imposibles hasta que me quite estas. Aún no sé si usar esto como una oportunidad para mudarme, ya sabes, más cerca de la vida anterior de Melanie.

—¿Qué dice Melanie?

—Me ha dibujado una serie de imágenes de cómo debería ser nuestra nueva cabaña cuando la construyamos.

—Ya veo.

Liz asomó la cabeza. —¡Vaya, mírate!

—Únete a nosotros, Liz. —Terry señaló otra silla—. ¿Quieres poner al día a Vince sobre nuestra investigación?

—Me encantaría. Hemos establecido que Farrelly fue responsable de las muertes de Ginny y de Marco. Roscoe ha sido cooperativo, una vez que supo que su carrera estaba acabada y su única oportunidad de evitar una larga condena era cooperar. Farrelly hostigaba a Roscoe desde que se mudó a su casa a los quince años, hasta el punto de conseguir que hiciera su trabajo sucio. Lo localizó hace unos años y comenzó un plan a largo plazo para aumentar su riqueza.

—¿Utilizando PickerPak para trasladar a criminales? —preguntó Vince.

—Eso era lo último. Pickering todavía no admite mucho, pero hemos reconstruido, gracias también a lo que nos proporcionaste, que David descubrió este nuevo rumbo y cuando intentó vender su parte, Farrelly lo amenazó hasta el punto de que temió por su familia.

Si tan solo hubiera estado allí para él.

—Estaba intentando salir sin llamar la atención sobre sus planes. Cuando llegó el momento de firmar ese contrato de transporte, se plantó. —Liz negó con la cabeza—. Supongo que Farrelly lo vio como un obstáculo.

—¿Tenéis pruebas de que Farrelly conducía la furgoneta? ¿O fue Pickering? —Con el estómago revuelto, Vince cerró los puños—. Es fácil mentir ahora que Farrelly está muerto.

Liz se acercó, posando su mano sobre una de las suyas por un momento.

—Fue Farrelly. Las pruebas forenses lo sitúan en la escena del accidente gracias a su asquerosa costumbre de tirar cigarrillos a medio fumar. Pickering lo sabía, pero aún no puedo probarlo.

El malestar se detuvo. Había terminado. Realmente había terminado.

—¿Carla?

Terry sonrió. —No para de hablar. Está destrozada por sus acciones, y tenía acceso a todas las cuentas y datos ocultos de Pickering, solo que no sabía que existían, pero el idiota solo usaba una contraseña que ella adivinó.

—No se le imputarán cargos —dijo Liz—. Creo que es inocente de cualquier parte de las actividades de Pickering, y se culpa a sí misma por el accidente. No sabemos adónde desaparecía Pickering, pero lo descubriremos. Pero, ¿Vince? Quiere verte. Para preguntarte si Melanie puede seguir formando parte de su vida.

—Eso es decisión de Melanie. Más adelante. Una vez que se asiente todo. Melanie tiene muchas más cosas que afrontar ahora y lo único que puedo decir es que menos mal que existe el doctor Raju. —Enderezó las muletas—. Ahora, si me disculpáis, tengo una cena con mi nieta.

—¿Puedes buscar a esa nieta tuya y avisarle que la cena está casi lista? —llamó Lyndall desde la cocina. Lo que fuera que estuviera cocinando allí hacía rugir el estómago de Vince. Se frotó el vientre. Con unas cuantas comidas más de Lyndall, sin mencionar los dulces que ella y Melanie preparaban, tendría que empezar a correr.

Cuando esta pierna vuelva a funcionar.

La última vez que la vio, Melanie estaba en la terraza trasera, jugando con Robbie bajo el sol del atardecer. Pero ninguno de los dos estaba allí y ella no había pasado por donde él estaba.

Bajó cuidadosamente los pocos escalones hacia el jardín. A ella le encantaba el amplio huerto cerca de los potreros, pero tampoco estaba allí.

—¿Mel?

¿Dónde más podría estar? Su corazón latía con fuerza mientras regresaba hacia la casa, desviándose al camino para avanzar más rápido con las muletas. No era propio de ella alejarse mucho de la casa sin él o Lyndall.

No quedaba mucha luz.

Necesito buscar a Lyndall y algunas linternas.

Un relincho de bienvenida de Apple llegó desde el potrero más cercano.

No había posibilidad de que estuviera saludando a Melanie, quien todavía se negaba a acercarse a metros de ella. A menos que Robbie hubiera corrido hasta allí. Se movió hacia el césped y avanzó pasando los canteros, luchando con las muletas en el suelo blando.

Estaba a punto de volver a gritar cuando vio a Apple en la cerca, y se detuvo.

Melanie estaba a solo un par de metros de la valla, con Robbie posado en su brazo enyesado, asomándose desde el cabestrillo. Típicamente amistosa, Apple metió la cabeza por encima de la puerta, moviendo los labios mientras investigaba, pero Melanie estaba justo fuera de su alcance.

La cabeza de Apple subió y bajó varias veces y luego se calmó, bajando un poco el cuello para inclinar la cabeza. Melanie extendió la mano… y acarició el copete de Apple.

—Oooh… —Vince se cubrió la boca mientras se le erizaban los pelos de los brazos.

Con un relincho feliz, Apple empujó contra la cerca para darse más oportunidad de alcanzar los bolsillos del pantalón de Melanie.

Mel se rio. —No, no tengo golosinas.

No voy a llorar. No voy a hacerlo.

Todo se volvió borroso cuando Melanie levantó al gatito para mostrárselo a Apple. Robbie golpeó el hocico del poni y Apple resopló, provocando un ataque de risa en Melanie.

Vince levantó la cara hacia el cielo y murmuró "gracias".

La vajilla ya estaba limpia. Melanie había recogido su nuevo cuaderno de dibujo y lápices y, con Robbie cerca, se sentó en su lugar favorito de la cocina.

Lyndall sirvió dos vasos de whisky y se unió a Vince en la sala de estar, lo que le permitía mantener un ojo en Melanie pero desde un asiento más cómodo. —Gracias —dijo él—. Y por otra cena deliciosa.

—Es un placer. Me gusta la compañía. No pensé que sería así después de tanto tiempo. —Lyndall tomó un pequeño sorbo de su

vaso, con los ojos fijos en Melanie—. Ella me da nueva vida.

—Y a mí.

—Sin duda. —Ahora, Lyndall lo observaba con una pequeña sonrisa—. Tengo la sensación de que parte de la carga se ha ido. Nunca entendí por qué cargabas con toda esa culpa, pero todos tenemos nuestro equipaje.

Melanie se rio de algo que había dibujado, mostrándoselo al gatito antes de pasar a una página nueva.

—No tengo forma de pagarte lo que hiciste por ella. Mantenerla a salvo esa noche. —Vince miró a Lyndall—. Y salvar mi vida.

—Ella fue fácil de proteger. La excusa perfecta para probar esa habitación que había construido. ¿Tú? Pensé que había llegado demasiado tarde. Pero lo logramos al final. —Los ojos de Lyndall se entrecerraron—. ¿Qué quieres preguntarme? Puedo verlo en tu cara. ¿Es sobre mi puntería excepcional o mi habitación del pánico?

—Ambas. Hemos vivido uno al lado del otro durante décadas, pero tengo que preguntarme si eres una sicaria retirada o algo así.

Ella soltó una breve carcajada. —Nada tan emocionante. Te contaré toda la historia un día, pero por ahora, digamos que entiendo lo que son las personas malvadas con propósitos. Sé lo que es perder a tus seres queridos y tener que dejar atrás tu vida real.

Vince siguió su mirada hacia una de las pinturas originales en la pared. Sabía que era talentosa y recordaba a Melanie hablando de que Lyndall era una artista famosa. ¿Conocía Marion su historia? De repente había tantas cosas que quería preguntar.

Pero su expresión decía lo contrario, y sostenía el vaso con fuerza.

No la presionaría para obtener respuestas.

—¿Podemos visitar a Mamá y Papá pronto, por favor? —Melanie se plantó en el asiento junto a Lyndall, quien pasó un brazo por los hombros de la niña.

—Déjame arreglar esta pierna…

—No hace falta esperar —dijo Lyndall—. Encantada de llevaros a los dos. No me importaría visitar el lugar yo misma.

Un sol brillante calentaba la cara de Vince y por primera vez en mucho tiempo, se sintió realmente vivo. Era extraño estar aquí, en la tumba de su hija, y tener esperanza en su corazón. Pero ella habría estado feliz por él, orgullosa de él.

Melanie charlaba animadamente con la lápida, contándole a Susie sobre Robbie y cuánto le gustaba su habitación en la casa de Lyndall donde podía ver a los burros y a Apple en sus potreros. Luego habló de su nueva escuela, donde acababa de comenzar el trimestre.

—Echo de menos mi antigua escuela, Mamá, pero ya he hecho dos amigas que viven justo al final de la calle del abuelo. Y tienen bicicletas, así que necesito aprender a montar, pero el abuelo dice que tu vieja bicicleta está un poco oxidada, así que también voy a tener una bicicleta pronto… —Miró a Vince con una amplia sonrisa—. ¿Puedo tener una?

—Pronto es tu cumpleaños, así que pongámosla en tu lista de deseos.

Ella soltó un pequeño grito y luego volvió a su conversación.

Él dejó flores en la tumba de Susie y luego más en la de David. Tocó la lápida de David. —Los han detenido. Solo lamento que haya tardado tanto.

Después de un rato, él y Melanie caminaron más lejos hacia otra tumba mucho más antigua.

—¡Oh, hola abuela!

—¿Mel?

—Mamá y yo veníamos aquí todo el tiempo para hablar con la abuela. Vuelvo enseguida. —Salió corriendo en la dirección de donde habían venido.

—Por supuesto que lo hacíais. —No sabía qué decir ante el lugar de descanso de Marion. Nunca había salido de su corazón en todos estos años, pero ahora había dejado ir la culpa. En su lugar había una calma que devolvía el color a su vida. Eso y Melanie.

—¡Aquí está!

Regresó con uno de los lirios de la tumba de Susie y con mucha delicadeza lo colocó cerca de la lápida. Susurró algo y luego vino y tomó la mano de Vince.

—Gracias, cielo. Por la flor.

—A mamá no le importa compartir. Y le dije a la abuela que voy a cuidar de ti porque tú cuidas muy bien de mí.

—Nos cuidaremos el uno al otro, Melly-belly. Siempre.

Me has enseñado a respirar de nuevo, pequeña. Estaré a la altura de tu confianza y amor cada día.

Habían perdido tanto.

En la distancia, Lyndall se enderezó después de colocar flores en una tumba.

Una vez le había dicho que no iba a funerales, pero aquí estaba. Quizás Melanie también le había dado esperanza.

—Vamos, abuelo. Creo que Lyndall está lista para volver a casa. Y Robbie estará feliz de vernos. Incluso Apple, quizás. Y quiero seguir dibujando porque algún día seré una artista famosa.

—Puedes ser lo que tú elijas.

La sonrisa que Melanie le dio llenó el corazón de Vince de calidez. —Tú también, abuelo. La abuela quiere que tengas alegría en tu vida.

Mientras Lyndall se acercaba, sus miradas se encontraron. Cada uno con su propio dolor profundo, y posiblemente, un toque de esperanza recién encontrada.

DETECTIVE LIZ MOORLAND. CRÍMENES PRIORITARIOS.

Presentamos a la detective Liz Moorland y a su equipo. Esta serie continua está escrita con términos y referencias australianos para una experiencia auténtica. Puedes leer el primer libro de forma independiente o continuar la lectura para descubrir emocionantes misterios detectivescos. Recomiendo leer los libros en orden y espero que los disfrutes tanto como yo disfruté escribiéndolos. Gracias y saludos desde Australia.

Para no perdonar Libro 1

Para no cerrar puertas Libro 2

Para no cambiar el rumbo Libro 3

Para que no quede nadie con vida Libro 4

ACERCA DEL AUTOR



Phillipa vive a las afueras de un hermoso pueblo en la zona rural de Victoria, Australia. También vive en los múltiples mundos de su imaginación, coleccionando historias junto a su portátil.

Escribe con el corazón sobre el amor, los sueños, los secretos, los descubrimientos, el mar, el mundo tal como lo conoce... o como desearía que fuera. Le encantan los finales felices, el suspense emocionante y los personajes que te acompañan mucho después de la última página.

Apasionada por la música, el océano, los animales, la naturaleza, la lectura y la escritura, a menudo se la puede encontrar en el jardín reflexionando sobre una nueva historia.

www.phillipaclark.com

OTROS TÍTULOS EN INGLÉS

Detective Liz Moorland

Rivers End Romantic Women's Fiction

Temple River Romantic Women's Fiction

Charlotte Dean Mysteries

Daphne Jones Mysteries

Bindarra Creek Rural Fiction

Maple Gardens Matchmakers

Doctor Grok's Peculiar Shop Short Story Collection

Simple Words for Troubled Times
(Short non-fiction happiness and comfort book)

Para no perdonar Copyright © 2025 Phillipa Nefri Clark. Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida o transmitida en ninguna forma ni por ningún medio, incluyendo fotocopias, grabaciones u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la autorización previa por escrito de la editorial, salvo lo permitido por la legislación australiana sobre derechos de autor. Para solicitar autorización, póngase en contacto con hello@phillipaclark.com. La historia, todos los nombres, personajes y eventos representados en esta producción son ficticios.

Diseño de portada: Steam Power Studios.

Traducción al inglés: Maxwell Zachs.

Contact Phillipa Nefri Clark
hello@phillipaclark.com